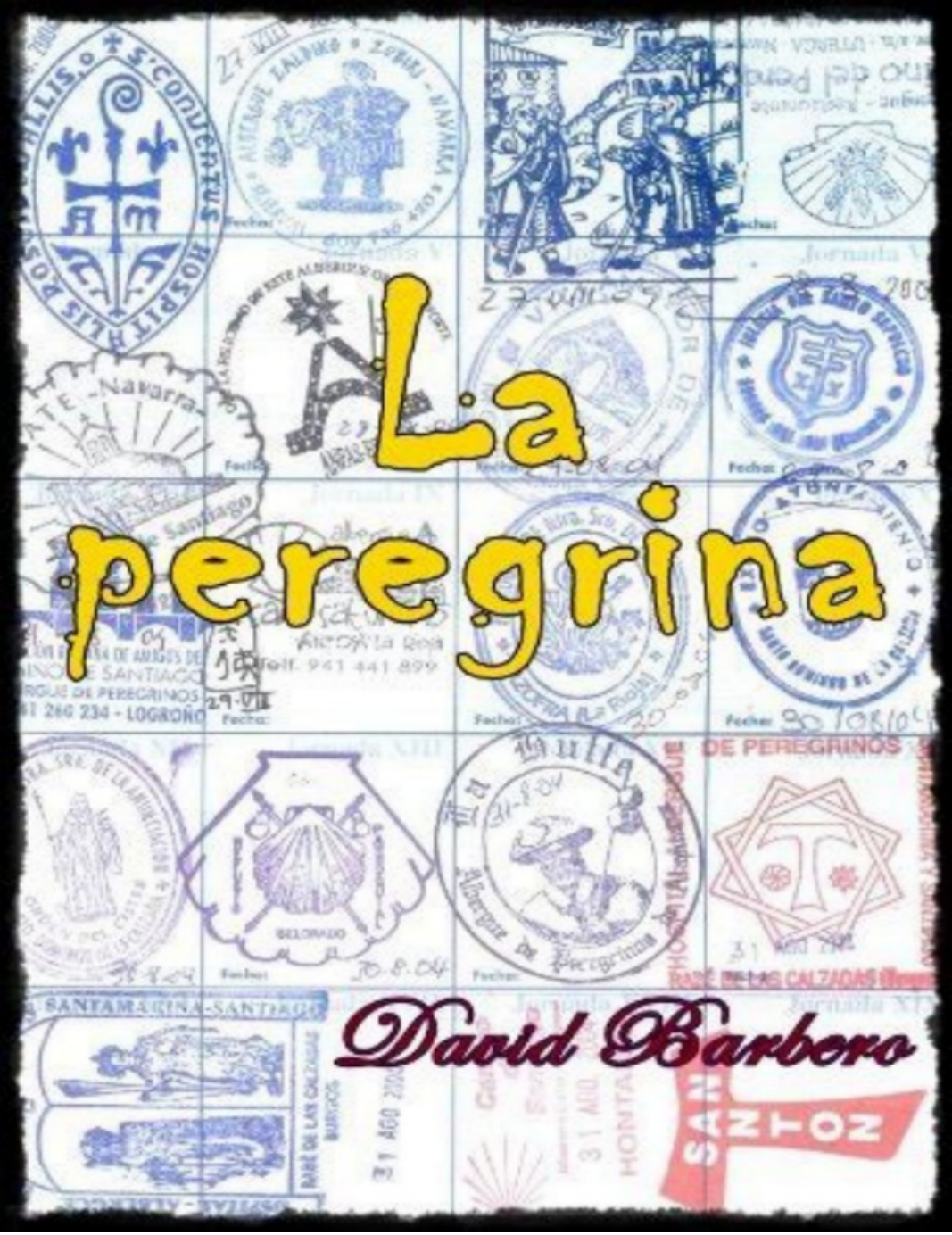
La peregrina
David Barbero

La peregrina

David Barbero

David Barbero
© Copyright 2014
Todos los derechos reservados

1.- EL DESTINO

1.1

‘Comienzo aquesta peregrinación, andando e con la única protección de unas viejas sandalias abiertas, por el Camino de Santiago. Tengo el firme e decidido propósito de llegar hasta la catedral donde reposa el cuerpo del Santo Apóstol a pesar de mi grave enfermedad. Allí depositaré a sus pies e asimesmo entregaré al obispo de Compostela el Santo Grial que utilizó el Apóstol Santiago en la última cena al lado de nuestro señor Jesucristo.

Aqueste Santo Grial fue confiado a la nuestra familia face agora un siglo por el último gran Maestre de la Santa Orden de los Caballeros del Temple, Jacques de Moley. Debíamos protegerlo ante las amenazas del rey de Francia Felipe V, llamado el fermoso, quien, en complicidad con el papa Clemente V, deseaba destruir dicha Orden para apoderarse de los suyos bienes.

Numerosos motivos me han llevado a tomar la decisión de depositar aqueste Santo Grial bajo la protección del Santo Apóstol. El primero dellos es el grave peligro que corremos para su custodia a causa de los numerosos e violentos intentos que se realizan para arrebatárnoslo a pesar de las garantías de seguridad que pone toda nuestra familia.

Nuestra familia adquirió el compromiso de salvaguardar aqueste gran tesoro hasta ver cumplida la misión de restaurar la Santa Orden de los Caballeros del Temple. Dicho compromiso fue asumido personalmente por mi abuelo, llamado en ese tiempo Jean Michel de Renaud, entonces asimesmo sacerdote, el día 12 de octubre del año de mal recuerdo 1307. Ese mesmo día se inició la convención de la Santa Orden de los Caballeros del Temple en París bajo el temor de que todos los reunidos fueran detenidos por orden real. Mi abuelo adquirió el compromiso de restaurar la santa orden templaria en caso de que fuera suspendida o destruida, vinculando a esa misión su destino personal e también el de toda su futura familia.

Todos los intentos para restaurar la orden templaria que han tenido lugar, promovidos por nuestra familia han tendido un resultado negativo. Debemos concluir, en consecuencia, que nuestra misión, a la que hemos entregado, en unión de nuestros antepasados tantos trabajos e a la que hemos sacrificado nuestros destinos, non puede ser llevada cabo. Por ello, el Santo Grial del Apóstol Santiago debe ser custodiado, a partir de agora, en la catedral donde también reposan sus restos.

Un motivo más para comenzar aqueste camino de los peregrinos jacobeos es implorar la protección del Santo Apóstol para eliminar la enfermedad que, como una maldición, pesa sobre los varones de nuestra familia. Esa susodicha maldición comenzó precisamente en el momento en que recibimos la misión de restaurar la Santa Orden de los Caballeros del Temple e custodiar el Santo Grial.

Desde esa fecha, tanto mi abuelo como, después, mi padre adquirieron una grave dolencia que degeneraba sus huesos al cumplir los cincuenta años e al poco tiempo fallecieron, tras sufrir muchos dolores.

Yo mesmo, como encarnación del destino familiar, me encuentro agora en esa mesma situación. Desde que, face veinte meses, cumplí cincuenta años, padezco de muy fuertes dolores e veo que mis huesos sostienen con dificultad al resto de mi cuerpo.

Me lleva la esperanza de que, al entregar aqueste Santo Grial a los pies del Apóstol, éste nos libere a mí e a mis descendientes de la carga de aquesta enfermedad e cambie el trágico destino familiar. A la vez, pido que nos perdone los pecados cometidos e salve las nuestras ánimas cuando sean sometidas al juicio final.

Firmo aqueste documento en nuestra residencia familiar de Arcentales, tierra de Vizcaya, en el reino de Castilla, el día 18 de enero del año 1414, la víspera de comenzar aqueste peregrinaje que mañana mesmo iniciaré en Roncesvalles.

Varias caballerías e mi fiel criado, Teodoro, me conducirán hasta dicha basílica, en las montañas del Pirineo. Desde allí, comenzaré andando en penitencia e casi descalzo, como el resto de los peregrinos, el Camino hasta Compostela e hasta el fin del mundo, que cerca de ella está.

Deseo que aqueste documento permanezca en propiedad de mi dilecta e respetada esposa, Doña Urraca de Leguizamón. Ella queda en la tutela de nuestros dos fijos, todavía menores de edad. Es la mía voluntad que sólo sea abierto después de mi muerte, cuando así sea ordenado por los jueces o cuando sirva para testimoniar a favor del honor de alguno de mis antecesores o descendientes.

Nuestro señor redentor e su Santo Apóstol Santiago sean alabados.'

1.2

 ¡Esta es la enfermedad que tiene papá! Por eso, está en la cama.

A pesar de estar sola en la habitación, Fernanda Lucía pronunció en alto las últimas frases de esa reflexión. El texto que le había encargado leer su padre, Juan Jacobo de Arcentales, le había aclarado de repente su incomprensible dolencia. Había

comprendido, además, que ningún médico de Venezuela lo supiera y que tampoco dieran con la naturaleza de esa enfermedad los mejores especialistas de los Estados Unidos, a los que su padre estaba consultando sin escatimar dinero.

 ¡También la padecerá mi hermano James John!

Esta vez, Fernanda Lucía no exteriorizó sus pensamientos. Estaba estática viéndose en el gran espejo que tienen las habitaciones del Hotel Los tres Reyes de Pamplona al lado derecho de la cama. Se veía sin mirarse, sin darse cuenta, a causa de la impresión que le había producido la carta de su antecesor. Volvió a mirar la fecha. 'El día 18 de enero de 1414'. Hacía ahora casi seiscientos años. La joven venezolana tuvo otro pensamiento pero trató de borrarlo inmediatamente.

 ¡Menos mal que he nacido hembra! Me he librado de ese destino legendario y trágico de los varones de mi familia.

Trató de disimularlo, porque le pareció un acto de egoísmo hacia su hermano. En casa, se peleaba mucho con él y discutían muchas veces. Pero ahora le compadecía. ¡Menuda cruz le esperaba! Además, él ni lo sospechaba. Seguro que no sabía nada. De haberlo sabido, se lo habría comentado. Alguna vez, tendría que haber salido en la conversación.

 Esto sí que es un grave problema. ¿Qué debo hacer? ¿Tengo yo la obligación de darle a conocer su destino?

Fernanda Lucía entró en un mar de dudas preocupantes. Lo que acababa de conocer era muy grave. Era muy grave incluso para ella. La lectura de la carta de su antepasado le había llenado de inquietudes. La había leído en la víspera de comenzar ella también el Camino de Santiago, como le había indicado su padre. Pero no podía suponer que esa primera carta iba a contener un secreto tan importante. Se propuso premeditadamente debatir, en su interior, sobre si debía o no decírselo a su hermano. Si se lo decía, destruiría toda su vida. James John tenia ahora veinticinco años, Dos más que ella. Estaría toda su existencia amargado, pensando que a los cincuenta años se pondría enfermo de un mal incurable y muy doloroso. ¡No podía decírselo! Quizá llegaría a suicidarse. Tenía que ser horrible vivir de esa manera. Pero bien pensado, su hermano tenía derecho a saberlo. Era su vida.

 Debe saber lo que le pasará. Toda persona tiene derecho a conocer su destino. ¿Quién soy yo para ocultárselo?

Se puso a pasear por la habitación sin ser consciente de lo que estaba haciendo. Volvió a coger la carta de su antepasado con la intención de leerla de nuevo. Se detuvo. Los pensamientos se le

agolpaban. ¿Por qué su padre no les había hablado nunca de todo esto? ¿Conoce él su destino? Por supuesto, tenía que saberlo. Por eso, le había mandando hacer este viaje por todo el Camino de Santiago. Estaba claro. Su padre quería que ella hiciera el mismo Camino que realizó su antepasado. El mismo camino y de la misma manera, a pie y como peregrino. Bueno, lo de las sandalias abiertas, no. Pero ese era un detalle sin importancia. También debía hacerlo sin contactar con nadie de la familia ni con su novio. Ahora, tras la lectura de la carta de su antepasado, comprendía las intenciones de su padre. Deseaba librarse, él y su descendencia, de esa grave y dolorosa enfermedad hereditaria.

 ¿Por qué me lo ha encargado a mí y no a mi hermano?

No necesitó reflexionar mucho tiempo sobre esa duda. Su padre no quería que su hermano se enterara de la enfermedad que iba a heredar al cumplir los cincuenta años.

 Si mi padre no quiere que se entere, yo tampoco se lo diré.

Este propósito sí que lo materializó pronunciándolo en voz alta. Quizá lo hizo para tomar más conciencia de su decisión. De esa manera, se evitaba ningún cargo más de conciencia. Ya no tenía que decidir. Su padre había decidido que James John no debía saberlo. Había decidido por ella.

El teléfono de la mesilla la sacó de sus pensamientos. Estaba tan abstraída que le costó un tiempo darse cuenta de que estaba en la habitación del hotel y que era el teléfono de recepción el que sonaba.

 El taxi que ha pedido para las cinco de la tarde, ya ha llegado.

 ¡Todavía no estoy preparada!

 Si quiere, le despedimos y pedimos otro cuando Vd. nos diga.

 Dígale que espere. Tengo que salir hacia Roncesvalles. En unos minutos, me habré preparado y bajaré.

 Como Vd. desee.

 Prepáreme también la cuenta.

 Muy bien, señorita.

1.3.

La encargada del albergue de los peregrinos en Roncesvalles era una chica joven, no muy alta, de pelo corto, entrada en carnes pero muy dinámica. Estaba de pie junto a una mesa en la que había un bote con bolígrafos y lápices, varios montones con hojas explicativas sobre las etapas del Camino de Santiago en Navarra y algunas credenciales de los peregrinos jacobeos.

 ¿Es Ud. la encargada de este local? -preguntó una atractiva

mujer rubia, cercana a la treintena, que se acercó hasta la mesa de recepción sin quitarse la mochila recién estrenada.

 Mi puesto exactamente es el de hospitalera del albergue. Soy voluntaria y mi función es la de ayudar a los peregrinos en todos los problemas que puedan tener. Además, vigilo por el orden de las instalaciones. ¿Es Ud. peregrina?

 ¡Sí, por supuesto! Voy a hacer el Camino de Santiago completo.

Marta Martín, la mujer rubia recién llegada, manifestó con muchos nervios su sorpresa. No esperaba que nadie dudara de su carácter de peregrina. Inmediatamente, comprendió que todas las cosas que había comprado para parecer una auténtica caminante sin que faltara ningún detalle, no habían sido suficiente.

 ¿Desea inscribirse para pasar la noche en el albergue?

 Antes, quiero hacerle una pregunta. ¿Se ha inscrito ya una joven venezolana, procedente de Estados Unidos, llamada Fernanda Lucía de Arcentales?

 Señora,...

 Soy señorita.

 Señorita, esto no es un hotel y aquí no llevamos ningún control policial de los peregrinos.

 No es ningún control policial. Simplemente deseo saber si ha llegado Fernanda Lucía para... para poder saludarla.

 Nosotros no damos ningún dato sobre ningún peregrino. Nuestras actas no están abiertas al público. Solamente damos los datos de la procedencia de los peregrinos al sacerdote que dirá la misa de bienvenida en la colegiata a las ocho de la tarde.

 Perdóneme si la he molestado.

 No me ha molestado. Pero no le puedo dar el dato que me ha pedido. De todos modos, puedo decirle, sin rebelar ningún secreto, que hoy, hasta este momento, sólo se han inscrito varones salvo dos mujeres que no eran jóvenes. De ese dato, puede deducir la respuesta.

 Muchas gracias.

 De nada. ¿Desea inscribirse ya? Si no lo hace ahora, después tendrá más problemas. A partir de ahora, comenzarán a llegar los peregrinos y se llenará el albergue muy pronto.

 Es la primera vez que hago el Camino y no conozco muy bien los trámites que debo hacer.

1.4

En el hotel Los tres reyes de Pamplona, Fernanda Lucía, nada

más colgar el teléfono de recepción, cogió su propio auricular móvil, muy sofisticado, regalo de su padre en el último cumpleaños. Con mucha agilidad, por la costumbre en utilizarlo, fue tecleando un mensaje electrónico.

'M. Sola en habitación hotel español, te recuerdo. Cumpliré deseo de mi padre de no comunicarme con nadie. Mañana comenzaré Camino. En cuanto termine volaré. Hasta pronto, Luci.'

Lo releyó. Le pareció un poco frío. Pero esos eran exactamente sus sentimientos. Con la misma destreza, pulsó la tecla en la que tenía personalizada la dirección electrónica de su novio, Michael López, jr, como a él le gustaba llamarse.

1.5

La hospitalera, que ya había demostrado su carácter seco, hizo también gala de su eficacia a la hora de gestionar los trámites de la peregrina novata a la que no había podido satisfacer su curiosidad sobre la llegada o no de la joven americana. La ayudó a rellenar los datos de la credencial. Le explicó que no era obligatorio alegar motivos religiosos para realizar el Camino.

 ¿Puedo poner motivos religiosos y artísticos? -preguntó Marta Martín en su afán de no crear problemas.

La hospitalera también le explicó los horarios y las normas que todo peregrino debía respetar dentro del albergue. La puerta se cerraría a las diez de la noche. Media hora después, debía respetarse absoluto silencio. Por la mañana, las puertas se abrirían a las seis, que era la hora en que habitualmente comenzaban los peregrinos su camino, a pesar de no haber amanecido todavía. Le pidió tres euros como donativo y le indicó que, subiendo por la escalera de la izquierda, en el primer piso, estaban las literas.

 Tenga cuidado con las escaleras de madera. Sobre todo al bajar. Estas dos últimas semanas ha llovido mucho y resbalan.

1.6

Nada más guardar su sofisticado teléfono móvil, Fernanda Lucía comenzó a poner todas sus pertenencias encima de la cama. Había comprado cuatro camisetas, tres camisas, tres pantalones cortos, dos largos, dos jerseys, mucha ropa interior, calcetines, una prenda para el frío, otra para el agua y un paraguas. Además, estaban las botas de monte que le habían recomendado. Había elegido las mejores, porque tenía pánico a que le salieran ampollas.

 ¡Lo siento, mi querido antepasado! Yo no puedo recorrer tantos kilómetros con unas sandalias abiertas.

También había unas playeras. De marca, por supuesto. Y dos tipos de chancletas. Le asustaba la posibilidad de contagiarse de hongos. Tenía pavor a utilizar duchas comunes, lavabos comunes y servicios comunes. Tenía tres bañadores y un bikini. El bikini era de lujo. Llevaba la etiqueta de la marca Calvin Klein. Además, estaba toda la ropa que había traído desde Estados Unidos. Era ropa de vestir elegante. Algunos modelos exclusivos. Los tenía colgados en el armario. No debían arrugarse.

Colocó la mochila encima de la mesilla, junto al teléfono. La había comprado según las indicaciones del servicio de turismo de Pamplona. No tenía que pesar mucho. Debía tener numerosos departamentos. Tenía que adaptarse bien a la espalda. Debía ajustarse a la cintura y al pecho. Lo del pecho le preocupaba. Se la había probado y la pillaba justo a la altura de las tetas.

 A ver si me va a deformar estas tetitas que tanto he cuidado.

Comenzó a colocar las cosas más pesadas y voluminosas en el fondo de la mochila. Sacó la cantimplora, porque recordó que debía colocarla en un compartimento del exterior. Sólo con lo comprado en Pamplona, estaba llena. Recordó el consejo que le habían dado las guías de la información turística. 'La mochila no debe pesar más del diez por ciento del peso de la persona que la lleva'. Nunca había confesado pesar más de sesenta kilos. Pero ahora calculó que podía llevar casi siete en la mochila. No se iba a enterar nadie. Buscó el peso en el cuarto de baño.

 Ya están los siete. ¿Qué hago ahora con lo del armario? Además, se puede arrugar.

Pensó que no debía preocuparse. Su papá le compraría, de nuevo, todo eso y más, como recompensa por haber hecho ese horrible Camino.

 No puedo pensar que es un Camino horrible. Aunque no me guste, debo hacerlo con alegría. Sobre todo ahora que sé que es para evitar la enfermedad de papá, y la de mi hermano James John y la de todos sus posibles descendientes. ¡El destino de mi familia está ahora en mis manos!

La primera carta de su antepasado le había llenado el ánimo de entusiasmo. También de preocupación. Era muy importante lo que iba a hacer. Lo haría bien. Estuvo a punto de caer en la tentación de abrir de nuevo el paquete de los pergaminos y leer otra carta. Eso iba en contra de las órdenes estrictas recibidas de su padre. Debía leer cada carta en el lugar desde donde fue enviada por su antepasado. Había escrito a su esposa una carta desde cada uno de los albergues de peregrinos en que pernoctó. No podía saltarse

ninguna ni adelantarlas. Había leído ya la de la víspera. La próxima tenía que leerla, esa noche, en Roncesvalles, antes de iniciar la primera etapa de su viaje a pie. Su larguísimo viaje a pie. La esperaban casi ochocientos kilómetros, que tenía que recorrer en menos de un mes.

 ¡Mis pobres pies! Cómo vais a sufrir. No os preocupéis. ¡Después, os compensaré! Os llevaré a los mejores masajistas de Florida.

En ese momento, recordó que en el cajón de la mesilla había guardado las cremas y pomadas que había traído desde Estados Unidos. También había comprado un sombrero para el sol, y otro, por si hacía viento. Ya no cabía nada más en la mochila.

 ¡Tiene que entrar todo!

Colocó todo lo que quedaba, incluso los vestidos lujosos, en la boca de la mochila. Cerró los ojos y empujó. No importaba que se arrugaran. Debían entrar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para ajustar los lazos y cerrarla. Una vez cerrada, todavía encontró varias prendas y objetos que consideraba imprescindibles. Los colocó como pudo antes de atar el último lazo.

 ¡Por fin, ha entrado todo en la mochila!

Comprobó que su cuerpo olía mal por el sudor y el esfuerzo de completar la mochila. Pero decidió no ducharse. Llevaba una hora de retraso. Tenía que llegar al albergue antes de que se hiciera de noche. Respiró hondo mirándose al espejo. En ese momento, comenzaba su camino, su reto, su aventura, su.....Bueno su todo.

Se acercó a la mochila. Intentó levantarla con una mano. ¡Imposible! Aquello pesaba mucho. Optó por traer el peso que estaba en el baño. ¡La mochila pesaba trece kilos! Exactamente el doble de lo que tenía que pesar. De todos modos, la llevaría así. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para colocársela. Se miró de nuevo al espejo. Tenía un aspecto horrible. Menos mal que no estaba allí ninguna de sus amigas norteamericanas. Ni tampoco su novio. Prometió no hacerse ninguna foto. Así, nadie conocería su autentico aspecto como peregrina. Se acercó al teléfono de la mesilla y marcó el número de recepción.

 Ya estoy preparada. Bajo ahora mismo. ¿Puede avisar al taxista que me está esperando?

1.7

 Señorita...

 Llámeme hospitalera, por favor.

 ¿Puede decirme si ha llegado una joven venezolana,

procedente de Estados Unidos, llamada Fernanda Lucía de Arcentales?

La brusca hospitalera se quedó mirando al nuevo peregrino que preguntaba por la joven venezolana. Era un señor de escasa estatura, robusto, con el pelo ya blanco. Parecía un peregrino curtido y veterano. Sus ropas no eran nuevas y, por su seguridad, parecía ser conocedor de las costumbres que deben seguirse en el camino.

 ¿Qué pasa con esa señorita venezolana?

 Simplemente deseo saber si ha llegado ya para saludarla.

 ¿Sólo desea saludarla?

 Pues sí. Sólo deseo saludarla.

A pesar de su brusquedad, la hospitalera se dio cuenta de que había algún otro interés en la mente del veterano peregrino, que directamente había apoyado en la pared su cayado, mientras se desprendía de la mochila y sacaba su credencial ya preparada.

 Lo siento. No puedo darle ninguna información sobre ningún peregrino.

Es una pariente lejana y... ¿Qué pasa? ¿No me cree?

 Yo ni creo ni dejo de creer. Pero no puedo darle esa información. Si esa señorita ha llegado, asistirá a la misa de bendición de los peregrinos en la Colegiata. Allí la podrá encontrar.

 No la conozco personalmente. Ha vivido siempre en América.

 Yo no le pido ninguna explicación pero no puedo ayudarle,

1.8

Estaba Fernanda Lucía medio mareándose en el taxi a causa de las muchas curvas de la carretera, cuando un pitido de su móvil le indicó la llegada de un mensaje, Lo abrió inmediatamente.

‘Yo te recuerdo más. Debí acompañarte. Amor distinto en hotel español. Aunque pedido por tu padre, infórmame de todo. Soy muy celoso. Cuando no estoy contigo, me humedezco pensando en ti. Espero noticias. Te deseo. M. Jr.’

Volvió a leerlo. Resultaba más expresivo que al natural. Quizá, en el camino, tuviera tiempo también para reflexionar sobre las relaciones con Michael. Suspiró y cerró el móvil.

1.9

La hospitalera del albergue de Roncesvalles, llegó a enfadarse por la insistencia de aquel peregrino en desear saber más datos sobre la llegada de la joven americana.

 ¿Va a pasar la noche en el albergue o no?

El veterano peregrino decidió no insistir más y extendió directamente su credencial para que la hospitalera tomara los datos y la sellara. Dejó los tres euros encima de la mesa antes de que se los pidiera.

 Me sonaba su cara y ahora recuerdo también su curioso nombre. ¡Marcos Evangelista! Vd. ha estado aquí hace poco.

 Hace dos semanas hice las tres primeras etapas del camino, como experiencia, para ver cómo me respondían las rodillas.

 Una pregunta quizá indiscreta. ¿Si Vd. se apellida Evangelista, cómo es pariente de una señorita que se apellida Arcentales?

 Ya le he dicho que es un parentesco lejano.

1.10

Fernanda Lucía llegó a Roncesvalles mareada. Quizá, en otra situación, podía haber prestado un poco de atención al extraordinariamente bello paisaje de los montes que había cruzado. Quizá se hubiera percatado de los casi infinitos matices del color verde en las hojas de los árboles, de los arbustos y de las hierbas. Quizá se hubiera percatado también de que la niebla quita algo de visibilidad, pero aporta una tonalidad llena de misterio propia de esa zona. Incluso podía haberse dado cuenta de que el ligero sirimiri también parecía parte imprescindible del paisaje. La joven americana sólo se había dado cuenta de que la carretera tenía muchas curvas y de que el taxi no era tan lujoso como los coches que tenía papá.

 La entrada al albergue está detrás de ese arco, le indicó el taxista antes de dejarla.

1.11

Una mujer anciana estaba sentada junto a la puerta de la pequeña ermita de Santiago, edificada en la explanada, casi al lado de la colegiata, en recuerdo de los muchos peregrinos que han muerto en ese lugar a lo largo de tantos siglos de historia del Camino jacobeo. Iba toda vestida de negro en contraste con su pelo completamente blanco. A su lado, apoyado sobre las patas traseras, jadeaba un perro negro. En su cabeza, destacaban unos ojos blancos muy brillantes.

Ambos presenciaron, con gran atención, la llegada de la joven procedente de los Estados Unidos. Ninguno de los dos se movió hasta que el taxi volvió a arrancar y desapareció. En ese momento, la mujer atusó el lomo del perro. Este se incorporó y caminó despacio hasta el lugar donde la joven trataba de colocarse la

mochila con muchas dificultades a causa de su desproporcionado peso. Al llegar a su altura, la ladró tres veces con un sonido seco y ronco.

Con el mismo paso tranquilo, el perro volvió hasta la puerta de la ermita de Santiago donde están enterrados los peregrinos que han muerto a lo largo de la historia del camino justo antes de comenzarlo. La anciana vestida de negro le dio, en la boca, una pastilla blanca. El perro la tragó inmediatamente, Después, los dos desaparecieron.

2.- DECISIÓN

2.1

 ¿Señorita, es Vd. la recepcionista de este hostal?

 Ni soy señorita. Ni hay recepcionistas. Ni esto es un hostal. Soy la hospitalera de este albergue del camino de Santiago en Roncesvalles.

 Me llamo Fernanda Lucía de Arcentales y ...

 Por fin, ha llegado la deseada, la joven venezolana procedente de Estados Unidos.

 De venezolana me queda poco. Estoy ya nacionalizada como ciudadana de los Estados Unidos, igual que toda mi familia. ¿Ha llamado mi papá para recomendarme?

 Aquí no recibimos ninguna recomendación. Todos los peregrinos son tratados igual. ¿Vd. es nueva, verdad?

 Trátame de tú, por favor. ¿Por qué sabe que soy nueva?

 Acabas de estrenar todo tu equipaje. Vas peinada de peluquería. Llevas mucho peso en la mochila. Tendrás que ir dejándolo por el camino. Llevas las uñas pintadas. Te has dado rímel en los ojos....

La eficaz hospitalera la ayudó a rellenar todos los papeles. También completó los datos que debían figurar en su credencial como peregrina jacobea. A la hora de pagar los tres euros, Fernanda Lucía sacó el billete más grande de los existentes.

 El dormitorio está en el primer piso a la izquierda. Ten cuidado con las escaleras. Están mojadas y resbalan mucho.

 Por favor, necesito una habitación con una cama blanda. Tengo la espalda lesionada. También necesito una luz potente y una mesa para poder escribir. Supongo que habrá agua caliente y que la regadera de la ducha será móvil.

 ¿Algo más?

 Me vendría muy bien una bañera con chorros de agua potentes para los pies. Los tengo lastimados.

 Señorita norteamericana, aquí el dormitorio es corrido. Todas las camas son de litera. Las duchas son las mismas para todos. Si se termina el gas, tendrás que ducharte con agua fría.

 ¡Eso es imposible!

 Vas a comenzar el camino de Santiago. No estás haciendo un crucero para multimillonarios norteamericanos.

 ¿No puede haber una excepción?

 Debes darte prisa. Vete a coger la cama. Si te retrasas, ya no

encontrarás literas libres y deberás dormir en el suelo.

 ¿Has dicho la escalera de la izquierda?

 Ten cuidado con las escaleras. Recuerda que resbalan.

Fernanda Lucía no tuvo más remedio que resignarse. Por lo que iba conociendo, la misión que le había encomendado su querido papaíto era una misión difícil y penosa.

 Sería bueno que redujeras el peso de tu mochila. En el camino, se aprende a vivir con lo imprescindible.

2.2

La cafetería situada en el extremo derecho de la explanada frente a la colegiata de Roncesvalles, tiene un restaurante en el que se puede comer a la carta, además de ofrecer un menú barato para los peregrinos. Como los clientes que comen a la carta dejan mucho más dinero, son mejor atendidos y tienen reservada la mejor zona del local. Las ventanas dan al monte con una vista preciosa en los escasos días en que no hay niebla.

En la zona de los clientes a la carta, existe un reservado todavía más íntimo, en el que se ofrece un trato aún más cuidado. La mesa tiene capacidad para que puedan comer cómodamente cuatro clientes. Pero, esa noche, estaba ocupada exclusivamente por una sola persona. Era un señor de mediana edad, algo corpulento, bien vestido, pero sin ninguna sofisticación.

 Voy a cenar sólo verduras. Pero exijo que sean absolutamente frescas. Cogidas hoy mismo de la huerta. Deseo pequeñas cantidades. En primer lugar, espárragos. Cuatro. Gruesos y tiernos. A temperatura ambiente. Tráigame aceite de oliva y yo me serviré. Después, alcachofas. A continuación, vainas o alubias verdes, como quiera llamarlas. Con una sola patata cocida. ¿Tienen borrajas cogidas hoy?

 Nos las suben todos los días de la huerta familiar.

 Entonces, también unas pocas borrajas. Dos cazos. Ya le he dicho que deseo raciones pequeñas, pero todo en platos separados. No me lo traiga todo a la vez. Cuídeme la temperatura, por favor.

 ¿Qué desea para beber?

 Estamos en Navarra. Tomaré, por supuesto, vino navarro. Un rosado para empezar. Después, un vino tinto. Crianza de tres años. A ser posible, de las bodegas Chivite de Cintruénigo.

 Muy bien, señor.

 ¡Espere! Prefiero hacerle el pedido completo desde el principio. De postre tomaré queso. Desearía un plato con cuatro o cinco variedades. En pequeñas cantidades. Que haya Idiazabal

ahumado y Roncal. El resto lo dejo a su elección. ¿Le puedo preguntar su nombre? En los restaurantes, me gusta tratar con amigos.

 Me llamo Francisco José. Pero puede llamarme Patxi. ¿Va a hacer Vd. el camino de Santiago?

 ¿Le sorprende?

 No es mi misión meterme en la vida de los clientes.

 No es una intromisión. Tengo que hacer el camino de Santiago como penitencia. Me lo ha impuesto mi párroco en Sevilla. Es la penitencia que tengo que cumplir por haber sido infiel a mi mujer. Debo hacer el camino completo andando. Además tengo que presentarle un certificado con las firmas de diferentes sacerdotes que acrediten que me he confesado, por lo menos, doce veces en lugares separados por cincuenta kilómetros.

 Había oído historias curiosas de peregrinos. Pero como ésta, ninguna.

 Patxi, permítame completar mi pedido. Para terminar, tomaré dos copitas pequeñas de...

 Aquí lo llamamos chupitos.

 Perfecto. Tomaré un chupito de licor de hierbas y otro de orujo. ¿Pueden ser caseros?

 Los hacen en el caserío familiar.

 Que los vasos estén en el congelador.

 Muy bien, señor. No me ha dicho su nombre. Yo también deseo tratarle como a un amigo.

 Me llamo Federico.

2.3

El ruido se oyó desde el dormitorio común, desde recepción y desde casi todas las dependencias del albergue. A alguno de los peregrinos malévolos, se le escapó una sonrisa de socarrona satisfacción.

 ¡Otro se había caído por las escaleras húmedas!

En este caso, había sido la joven norteamericana de origen venezolano. Todavía no dominaba bien las botas de monte que se había comprado por recomendación de las guías de turismo de Pamplona.

La mochila había evitado que el golpe afectara directamente la espalda. Pero las posaderas del culo habían impactado contra las maderas y habían ido rebotando de peldaño en peldaño.

Fernanda Lucía quedó en el suelo, despatarrada casi junto a la puerta. Lo primero que pensó es que, afortunadamente, no estaban

allí sus amigas norteamericanas de la residencia estudiantil para verla en esa posición ridícula. Varios peregrinos la atendieron inmediatamente. Con gran solicitud, la levantaron. Recogieron su mochila y se interesaron por su estado. Ella quedó más preocupada por la suciedad que se había acumulado en sus pantalones. Las manos también las tenia llenas de barro y mojadas. Se las olió.

 ¡Qué horror! ¡Qué mal huelen!

Muy poco tiempo después, comenzó a notar el dolor en las posaderas de su culo. Pero no lo confesó a pesar de las preguntas de los peregrinos que se habían precipitado con toda amabilidad para ayudarla.

 La litera encima de mi cama está libre. Puedo ayudarte. Yo llevaré la mochila.

El peregrino que se ofreció tan generosamente era un señor alto, bastante delgado, de unos treinta y cinco años. Tenía el pelo corto y bien peinado. Comenzaban a apuntarse las primeras canas, lo que le hacía todavía más atractivo. Vestía con un pantalón de monte con varios bolsillos. Además de cargar con la mochila, ayudó a la joven hasta llegar a la litera en la que él había colocado su ropa.

 Me cambiaré yo a la cama de arriba. La de abajo es más cómoda.

 Muchas gracias. Está siendo muy amable conmigo.

La solidaridad de los peregrinos y la delicada amabilidad del caballero que iba a ser compañero de litera le proporcionaron a Fernanda Lucía la sensación de confraternidad existente entre los peregrinos. Ya le habían hablado reiteradamente de ella las guías de turismo de Pamplona.

 Si necesitas algo, no tienes más que pedírmelo. Voy a estar por aquí. Dentro de poco, tendrá lugar la misa de bendición de los peregrinos. No debes perdértela. Es muy emocionante. Allí nos reuniremos todos los que comenzaremos mañana el camino, aunque no sean católicos practicantes o no tengan fe.

Fernanda Lucía siguió con la mirada a su peregrino protector, mientras éste se distanciaba de la litera. Él era consciente de esa mirada. Caminó sin dejarlo notar y no volvió la mirada. La joven venezolana tuvo una sensación de agrado. Pensó que era un hombre atractivo. Después, buscó en su desordenada y apretada mochila lo que consideraba imprescindible para esa noche. Encontró también el sobre con los pergaminos de su antepasado. Hizo el propósito de acordarse de que tenía que leer otra carta antes de acostarse.

2.4

Marta Martín, la mujer todavía joven que había preguntado en recepción por Fernanda Lucía, estaba nerviosa. Consultó varias veces el reloj. Se puso la capucha del chubasquero y se alejó del edificio que formaban el albergue y la colegiata. Entró en un patio amplio frente a lo que parecía ser una residencia juvenil. Allí sacó su teléfono móvil y marcó automáticamente el número de la central de policía donde trabajaba.

 ¿Toni? Todavía no he contactado con 'el objetivo'....Supongo que habrá llegado, Pero no lo sé.... Por supuesto, lo he preguntado. Pero no me han dicho nada... No puedo ir a preguntar otra vez. ¿Quieres que vaya gritando a los cuatro vientos que soy una policía y que deseo contactar con una joven venezolana? Tengo que localizarla y vigilarla disimuladamente... Si no me entero esta noche, me enteraré mañana.... ¿Tú has descubierto en que hotel se hospedó ayer en Pamplona?... Los policías de la central no os enteráis de nada con todos los medios que tenéis ahí. Yo aquí no puedo mirar los archivos. Investiga y me llamas... La de recepción se ha dado cuenta de que no soy una peregrina normal porque llevo toda la ropa nueva. Desde luego, hemos empezado con mal... Llámame antes de las diez.

2.5

Cuando Fernanda Lucía entró, la iglesia estaba ya casi llena. Sólo había algunos lugares vacíos en los últimos bancos. Le impresionó la luminosidad. Era un templo acogedor. La joven venezolana se fijó en el palio metálico colocado sobre el altar mayor. Se colocó en el primero de los huecos existentes.

A las ocho y media en punto, salieron desde el lado izquierdo del ábside cinco sacerdotes. La música del órgano sonaba solemne. Había un ambiente especial. La joven, a pesar de su distancia emocional, sintió el clima de unión. Se notó vinculada a todos los presentes.

 ¡Este debe ser el espíritu del camino de Santiago! -Se dijo Fernanda Lucía a sí misma.

No había pensado comulgar. De hecho, hacía mucho tiempo que no asistía a los actos litúrgicos. Desde que se habían trasladado a Florida en Estados unidos, casi todos los miembros de la familia habían dejado de ir a misa. Sólo su papá se mantenía constante en la asistencia a las prácticas religiosas. Ahora, Fernanda Lucía lo comprendía mejor. Debía pedir por su salud y la de sus descendientes. A la hora de la comunión, ella también se acercó

hasta el altar para comulgar. Fue un impulso interior. Vio que el señor apuesto que le había cedido su cama, también recibió la comunión. En el momento litúrgico de darse la paz, los tres compañeros del banco la saludaron estrechando su mano. El compañero de la litera también la saludó. Estaba colocado en el banco de atrás.

También impresionó a la joven americana la bendición final que recitó el sacerdote principal, después de pedir a los peregrinos que se acercaran al rededor del altar. Fernanda Lucía sintió mucho no conocer el texto de la 'Salve regina' que cantaron todos. Pero se sintió igualmente identificada con el espíritu. En algunos momentos, notó la piel de gallina y hasta alguna lágrima de acercó a sus ojos.

2.6

La última en llegar ese día al albergue de peregrinos de Roncesvalles fue Doña Mercedes con su hija Merceditas. A pesar de sus muchos años y sus muy abundantes kilos, había decidido comenzar el camino de Santiago en la parte francesa de los Pirineos.

Había sido una etapa muy dura. Veintitantos kilómetros en cuesta, a veces, muy empinada. Comenzaron el camino con el cielo cubierto de nubes. Una buena parte de la ascensión tuvieron que hacerla con un sol abrasador. Cuando, en la última parte del monte, llevaban ya la ropa húmeda del sudor, se mojaron además por la lluvia. En varias ocasiones, la anciana se había detenido para ayudar a su hija. Incluso, en los tramos más empinados, había llevado también su mochila.

 ¡Hay! No sé si me pesan más los años o los kilos. Venimos desde San Juan a pie de puerto.

 Su auténtico nombre es Donibane Garazi. Estamos en el país vasco.

 Estoy demasiado cansada para esas precisiones geográficas.

Lo primero que hizo doña Mercedes, en la recepción del albergue, fue dejar caer la mochila al suelo y sentarse en la primera silla que encontró. Su hija, Merceditas, se quedó estática mirándola con la boca entreabierta, mientras respiraba también con dificultad por el cansancio.

La anciana, a pesar de su fatiga, se levantó diligente. Acarició las mejillas de su hija todavía mojadas y besó su frente con dulzura antes de ayudarla a quitarse la mochila. Merceditas, despojada ya de la carga, se dejó también caer al suelo apoyada en la pared. La hospitalera se acercó con amabilidad.

 Lo siento. Pero ya no queda ninguna cama libre.

 ¿Nos tirarás un par de colchones en el pasillo?

 Quizá puedan conseguir alguna cama en el restaurante o en la taberna de arriba. Si dicen que son peregrinos, les harán un descuento.

 ¡Un peregrino tiene que dormir en el albergue! Para conseguir la protección de Apóstol, no se puede tener ninguna comodidad durante el Camino. Si se han terminado las camas, dormiremos en el pasillo.

 Lo único que puedo hacer es preguntar si algún chico joven quiere cederles la cama.

 ¡Ni hablar! He hecho ya cinco veces el Camino. Nunca he pedido un favor para lograr mayor comodidad. Un peregrino tiene que ser duro ante cualquier eventualidad.

 Quizá su hija sí que desee pedir ese favor.

 Mi hija está en todo de acuerdo conmigo. Es una bendita. ¿No lo ves?

La hospitalera se fijó, en ese momento, con detención en la joven que estaba despatarrada junto a la pared. Tenía los rasgos achinados de padecer el síndrome de Down en grado profundo.

 Lo siento, señora. Como ha habido tantos peregrinos, he ocupado hasta las dos camas de la enfermería. Ahora mismo las desocupo y las reservo para Uds.

 ¡Te he dicho que vamos a dormir en el suelo! A ver si, de una puñetera vez, se apiada el Apóstol Santiago de mi hija. Las cinco veces que he hecho el camino, he pedido al Santo que se apiade de ella y no me ha hecho caso. ¡Es un rácano ese Apóstol Santiago!

 Señora, por favor. No hable así.

 No digo más que la verdad. Yo me voy a morir pronto no sé si por los años o por los kilos. ¿Qué será de ella? ¿Eh? Cabrón de Apóstol ¿qué va a ser de ella? ¿Y tú? ¿Qué crees tú que será de ella?

 Yo no lo sé, señora.

 Esta vez la he traído al camino para ver si el señor Santiago se apiada ya de ella. Toma. Séllanos las credenciales.

 De verdad, desearía hacer algo por Uds.

 Puedes hacer algo muy importante.

 ¡Dígame qué!

 Primero, dinos dónde nos pones el colchón en el pasillo. Después, ábreme la ermita de Santiago.

 La ermita de Santiago no está abierta al público, ni puede ser visitada por los peregrinos.

 Por eso, te digo me la abras. No se va a enterar nadie. Vuelvo

antes de que termine la misa.

 ¿Por qué tiene tanto empeño en entrar en la ermita? Está abandonada y llena de polvo.

 Hay una estatua de la virgen negra casi escondida en una esquina del retablo. Si las ceremonias religiosas legales no tienen ningún efecto en la curación de mi hija, habrá que recurrir a las esotéricas.

 ¿Me promete salir antes de que termine la misa en la colegiata?

 Sólo tengo que poner nueve velas negras y persignarme al revés ante la imagen otras nueve veces a la sombra de las velas.

 ¿De verdad, cree en esas cosas?

 Yo creo en lo que sea, con tal de arreglar el futuro de mi hija.

2.7

Federico se retrasó más de lo previsto. Había calculado que la misa de bendición de los peregrinos duraría tres cuartos de hora. Duró casi una hora. A pesar de todo, llegó tarde. Se entretuvo con los chupitos de orujo y de hierbas. En lugar de dos, Patxi le sacó cinco variedades. Además de probarlos, estuvieron hablando sobre las diferentes formas de hacerlos. Discreparon sobre el tiempo que es preciso tener los frutos o las hierbas con el licor. Pero coincidieron absolutamente en la calidad de los licores navarros del Pirineo.

Con ese retraso, cuando Federico llegó, la puerta de la Colegiata ya estaba cerrada. Sus golpes no sirvieron para que le abrieran. Tuvo que preguntar por dónde podía llegar directamente a la sacristía.

 Lo siento. ¡Está cerrado! Todos los demás sacerdotes ya se han ido. Yo estoy terminando de recoger.

 Necesito confesarme.

 Tendrá que esperar hasta mañana. La primera misa se celebra a las ocho. Un cuarto de hora antes, habrá un sacerdote para confesarle.

 ¡No puedo esperar hasta mañana!

 ¿Tan graves son los pecados que tiene?

 En realidad....

 ¡Resignación! Me parece que vamos a perder menos tiempo, si comenzamos ahora. ¿Tienes inconveniente en confesarte aquí? No hay nadie en la iglesia. O sea, que no te pueden oír. Arrodíllate. Ave María Purísima.

 En realidad, lo que necesito es un certificado por escrito de

que me he confesado.

 ¿Un certificado de que te has confesado? ¿Eso qué es?

 Es un poco largo de explicar. Si tiene prisa, lo mejor es que escriba en un papel: Certifico que se ha confesado en esta iglesia de Roncesvalles Federico Echanove. Pone el sello y ya está.

 Le ruego que se vaya. Huele demasiado a licor.

 Ya le he dicho que es difícil de explicar. He sido infiel a mi mujer....

 ¿Se está confesando?

 Le estoy explicando por qué necesito el certificado. He sido infiel a mi mujer. Me he confesado en Sevilla. El párroco de allí me ha dicho que, por ser reincidente, debo hacer el Camino de Santiago y presentarle un certificado de haberme confesado de este pecado en doce iglesias diferentes a lo largo del trayecto.

 Le doy dos soluciones. O se confiesa aquí mañana o todavía le quedan muchas iglesias antes de que llegue a Santiago.

 El párroco de Sevilla quiere que la primera confesión sea en esta colegiata de Roncesvalles.

 ¡Resignación! Voy a escribir lo que me dice porque, si no, no vamos a terminar en toda la noche. A ver. ¿Qué tengo que escribir?

El sacerdote se sentó en una pequeña mesa de la sacristía. Buscó un papel en el cajón y cogió un bolígrafo que tenía en un bolsillo. Fue escribiendo con letra rápida y casi ininteligible lo que le iba dictando Federico. Al terminar, puso la firma y la fecha, y se lo entregó.

 Muchas gracias. Ha sido Vd. muy amable.

 ¡Resignación, hermano! Dígale al párroco ese de Sevilla que no imponga penitencias que molesten a los que no tenemos ninguna culpa. Y Vd. deje de ser infiel a su mujer.

 Lo primero no depende de mí.

2.8

Estaba ya casi acostada, cuando Fernanda María recordó que debía leer la segunda carta de su antepasado. La sacó con cuidado del sobre. Volvió a guardar éste en la mochila como medida de seguridad. Se sentó a los pies de la cama para aprovechar mejor la luz del dormitorio corrido.

'Querida e respetada esposa e señora mía, Doña Urraca de Leguizamón.

Aquesta es la segunda carta que os envío en aqueste mi camino hacia Santiago de Compostela. Lo hago en el refugio de los peregrinos en lo más alto de los montes Pirineos. Me fallo en el pórtico de una

pequeña ermita dedicada a la advocación del Santo Apóstol, junto al hospital de los peregrinos.

Os escribo después de haber recibido los Santos Sacramentos de la confesión e la comunión. También he preparado mi espíritu para comenzar aqueste Camino. A través del mesmo, espero que se purifique la mía alma e sane el mío cuerpo para poder servir más dignamente a Nuestro Señor Redentor e así reconducir el destino de nuestra familia.

Espero que aquesta carta después de leerla vos, la guardéis en unión de la primera que os habrá entregado mi fiel servidor Teodoro. Debéis conservarlas intactas e cerradas como os indicaba también en la anterior. Os insisto especialmente en aquestas precauciones de seguridad a causa de los graves peligros por los que puedo pasar durante aqueste camino e la importancia de que, en todo momento, vos tengáis garantía escrita de mis pasos.

Otra seguridad que debéis tener en cuenta es la …'

En ese momento, se apagó la luz. Era la hora establecida para el silencio en el albergue. Todos los peregrinos debían acostarse para recuperar las fuerzas necesarias con el fin de recorrer la etapa del día siguiente. Fernanda Lucía se disgustó ante la imposibilidad de seguir leyendo. Hizo ruido al incorporarse. Inmediatamente su compañero de litera se ofreció solícito a ayudarla. La joven se lo agradeció y salió en busca de una luz que le permitiera terminar de leer la segunda carta de su antepasado.

Sólo encontró luz en los servicios. Así que se sentó en el water y buscó el punto de la carta que estaba leyendo.

'Otra seguridad que debéis tener en cuenta es la siguiente: Os iré numerando las cartas que os envíe con el fin de que sepáis si alguna es interceptada por nuestros numerosos enemigos. Yo también sabré si ha habido algún percance, porque cada dos días el fiel Teodoro con una caballería rápida os llevará una carta e volverá al lugar donde yo termine la etapa del camino con el fin de que yo le entregue la siguiente. De esa manera, él me podrá informar sobre los incidentes que hayan tenido lugar.

Si pasan más de dos días e non recibís carta mía, debéis enviar un mensajero diferente a Teodoro, porque es posible que los nuestros enemigos le hayan matado con el fin de eliminar aquesta comunicación que mantenemos.

Dilecta esposa, deseaba en aquesta carta explicaros las características del Santo Grial de Santiago que voy a entregar en la catedral dedicada al Apóstol. Pero las indicaciones previas han ocupado ya el tiempo que podía dedicar a la escritura. Aquí termino aquesta segunda carta, que agora mesmo doy a nuestro fiel servidor Teodoro

para que os la entregue.

Pido a Nuestro Señor e Redentor que a los dos nos dé fuerzas para superar aquesta prueba, a vos en la soledad e a mí en los avatares de aqueste Camino.

Se despide de vos aqueste vuestro esposo que os recuerda e os respeta, Juan de Arcentales'.

3.- VIGILANCIA

3.1

El primero en levantarse, a la mañana siguiente, fue el peregrino identificado en su credencial como Marcos Evangelista. Estuvo atento a vigilar que nadie saliera sin verlo. Tenía que conocer todos los movimientos de Fernanda Lucía. Como la hospitalera se había negado a darle información sobre su pariente lejana, no había otro remedio que apostarse ante la puerta y ver pasar a todos los peregrinos hasta reconocerla. Sabía que era joven, bastante alta, corpulenta y morena. Solía llevar el pelo largo. No eran muchos datos, pero podían ser suficientes.

3.2

'Toni. Envío primer mensaje confirmación sobre la vigilancia de Fernanda Lucía de Arcentales. Se incorporó anoche. Muy despistada. Ninguna pinta de peregrina. Menos que yo. Marta'.

3.3

 Hola, papaíto. Soy Fernandita. ¿Cómo estás?.... Te oigo muy bien por teléfono. Como si estuvieras aquí. ¿Cómo van tus dolores?... ¿Te puedes levantar?...Te llamo para decirte que voy a comenzar ahora mismo el Camino.... Aquí son las seis y media de la mañana. Estoy desayunando en una pequeña cafetería junto al albergue de los peregrinos... Esta noche no he dormido nada. Pero ya me he enterado de todo... Me refiero a que he leído las dos primeras cartas. Con ellas, he comprendido cuál es mi misión. Estoy muy orgullosa de que me hayas elegido a mí para cumplirla... No tengas ninguna preocupación. La voy a cumplir hasta las últimas consecuencias. Voy a estar a la altura de las circunstancias y te voy a demostrar todo lo que te quiero.... Como tú me dijiste, si todo sigue bien, no te llamaré hasta que llegue a Compostela.... Quiero que no estés preocupado. ¡Yo voy a reconducir el destino familiar! Voy a arreglar todo lo que tú ya sabes.... Me refiero a tu secreto, a lo que se dice en las cartas de nuestro antepasado. Se va a arreglar todo y te vas a poner bueno. Dale un beso muy grande a mamá y también James John. Me parece muy bien que no le hayas dicho nada de lo suyo... Me refiero a lo heredar la enfermedad de todos los varones de la familia de los Arcentales.... El que se tiene que cuidar eres tú. Ponte bien y no te preocupes por mí.... Hoy voy a

andar veintitantos kilómetros... No te preocupes. Cuando llegue a Santiago y haya cumplido la misión, te llamaré.... Sí. Desde luego. Cuando termine el camino, iré a visitar el lugar donde vivieron nuestros antepasados... Lo recuerdo. Se llama Arcentales. Chiao. Adiós, papaíto. Ponte bueno pronto.

3.4

La mujer misteriosa, de cabellos blancos y vestida de negro, estaba sentada de nuevo junto a la puerta de la ermita de Santiago. El perro de ojos blancos brillantes también estaba junto a ella, jadeando con la lengua afuera, apoyado en las patas traseras. Vieron pasar inmóviles a los peregrinos, cuando iniciaban la primera etapa de su camino. Doña Mercedes acarició a perro, al pasar junto a él. Merceditas, en cambio, se apartó con temor.

 ¡No tengas miedo! Los perros de ojos brillantes no te harán a ti ningún daño.

En cuanto el perro vio a Fernanda Lucía salir de la cafetería se levantó y corrió hacia ella. Cuando estuvo cerca, la ladró, hasta que llegó su anciana dueña a recogerlo y se lo llevó. Antes de alejarse, la mujer misteriosa miró a la joven con insistencia a los ojos y la dejó desconcertada.

3.5

Los peregrinos comenzaron su primera caminata en pequeños grupos. Algunos optaron por caminar en solitario. Se notaba quiénes habían realizado ya, en otras ocasiones, el camino, por la rapidez en tomar las decisiones. Los primerizos, en cambio, andaban más pendientes de encontrar las flechas amarillas en cada bifurcación de caminos o en cada curva.

 No hay ninguna posibilidad de perderse. -advirtió un caminante veterano- Siempre hay flechas amarillas para indicar por dónde va el camino. Se ven muy bien.

 ¡Ojo! Las flechas amarillas del Camino del Santiago crean adicción. - Añadió un peregrino que adelantó al grupo con un paso mucho más rápido. - Una vez que se ha hecho el Camino, no se sabe andar sin ellas por la vida. Se echan de menos.

 Ya hemos captado el doble sentido. -contestó el interlocutor veterano- Pero no es para tanto.

Fernanda Lucía se había colocado a pocos metros de este grupo de peregrinos. Pero no se integraba en él. Podía oír la conversación y tenía la seguridad de no perderse. Le seguía pesando la mochila. En cuanto comenzaron a andar por el monte entre los árboles, sintió

que tenía mal ajustadas las botas.

Desde el grupo antecesor, se retrasó un poco el señor apuesto que había sido el compañero de Fernanda Lucía en la litera y que le había tratado con tanta solicitud.

 ¿Qué tal vas?

 Voy muy bien. Muchas gracias.

 ¿Te pesa la mochila?

 De momento, puedo resistirlo.

 Ya sabes que si tienes algún problema, puedes recurrir a mí.

 Es Vd. muy amable.

 Debes tratarme de tú. Entre los peregrinos no hay diferencias. Todos somos iguales. No importa ni el nombre, ni la profesión, ni el lugar de origen.

 Yo me llamo Fernanda Lucía y procedo de Estados Unidos aunque soy de origen venezolano.

 A mí me puedes llamar Pepe.

 Encantada.

 Creo que es mejor que nos integremos en el grupo.

3.6

Doña Mercedes y su hija Merceditas habían sido de las primeras en comenzar el Camino. Antes de que el resto de los peregrinos comenzaran a salir del dormitorio, ellas ya habían dejado libre el pasillo. Se habían lavado muy poco. Esperaron a desayunar en el primer descanso del camino. Comieron sendos bocadillos de queso. La madre lo acompañó con varios tragos de vino y la hija con leche.

 No te voy a quitar esos mocos nunca más. ¡So guarra! Tienes que aprender a ir limpia.

A pesar de su aparente amenaza, Doña Mercedes le quitó los mocos una vez más a su hija. Lo hizo con cariño a la vez que volvía a acariciar su rostro. La cogió de la mano para caminar juntas. Pronto fueron adelantadas. Los kilos y los años de la madre así como la inconsciencia de Merceditas no les permitían mantener un ritmo rápido en su caminar.

3.7

En el móvil de Fernanda Lucía, sonó el pitido indicador de la llegada de un nuevo mensaje. Se quedó un poco retrasada para leerlo.

‘Como no comuniques, capaz de coger un avión para ir a vigilarte. No tolerar que te eches otro novio ni para días que vas a estar lejos. Exijo saber todo, M. Jr.’

La joven americana volvió a sonreír. Le halagaban esas bravuconadas que eran tan frecuentes en su novio. Seguía reaccionando como un latino, a pesar de que insistía en que no le quedaba sangre cubana en las venas, porque su padre ya había nacido en Estados Unidos y a pesar de que se habían cambiado de apellido para ocultar su origen.

Fernanda Lucía recordó que debía dedicar algún tiempo a reflexionar sobre las relaciones con Michael. No estaba segura de que debieran seguir como hasta ese momento.

3.8

Una de las integrantes de pequeño grupo de peregrinos era Marta Martín, la policía que realizaba, con el mayor disimulo posible, la vigilancia de la joven norteamericana. Miró con mucha curiosidad las nuevas atenciones del apuesto señor del pelo muy peinado hacia el joven, siguiendo con el trato preferente iniciado en el dormitorio del albergue. El grupo se detuvo para descansar y colocarse los chubasqueros impermeables. Había comenzado una lluvia fina pero intermitente.

 Quien bajo árbol se protege, se moja dos veces. Lo dice el refrán. -sentenció el caminante veterano que se había convertido ya en el guía del grupo.

El peregrino apuesto, que se había identificado como Pepe, encontró en la colocación del chubasquero un nuevo motivo para intimar con la joven americana. La ayudó a realizar la complicada operación de sacar la prenda impermeable casi del fondo de la mochila. También la ayudó a colocársela. Incluso le prestó un poncho supletorio que llevaba para cubrir la mochila y evitar así que se mojara.

Marta Martín, con todo el disimulo de que era capaz, no se perdió detalle sobre esas nuevas atenciones. En su deformada mentalidad profesional de policía, pensó que, en ese interés, había una intención oculta que debía ser investigada.

3.9

En el albergue de Roncesvalles, la hospitalera tuvo que advertir a Federico que iban a cerrar para proceder a la limpieza. Pocos minutos después de las nueve de la mañana, era el único peregrino que no había comenzado todavía la etapa del día. Le faltaba afeitarse, ordenar su mochila y vestirse.

Fue a desayunar a la cafetería del restaurante donde había realizado su primera cata gastronómica del Camino. Preguntó por

su ya amigo Patxi. Pero le dijeron que el maitre no había llegado todavía. Estaría en la huerta seleccionando las verduras del día. No se incorporaría al restaurante hasta un par de horas antes de la comida.

 Dale recuerdos de su amigo Federico. Dile que la de anoche fue una velada gastronómica memorable.

3.10

Marta Martín se mantenía en la cola de su grupo de peregrinos. Notó que, desde atrás, alguien la chistaba para llamar su atención. Pensó que, en el camino, también había hombres que se dedicaban a piropear a las mujeres. No hizo caso. Pero, ante la insistencia, tuvo que volverse.

 ¿Qué haces tú aquí?

Su grito había estado motivado por ver, en el camino asfaltado, a Toni Miranda, su obeso y sudoroso compañero en el trabajo policial.

 Vengo a comunicarte que mañana me incorporo al Camino.

 Ya te he dicho que puedo hacer yo sola la labor de investigación. Esto es muy tranquilo.

 Me ha contratado el padre de la chica desde Estados Unidos.

 ¿Para qué?

 Déjame hablar. Te lo estoy explicando.

 Es que se me está escapando el grupo.

 Su padre cree que la chica está en peligro a lo largo del Camino. Dice que lleva unas cartas muy importantes, muy antiguas y de mucho valor. Teme que, si encuentra el tesoro que busca, puede estar en peligro hasta su vida.

 Eso ya lo puedo hacer yo.

 ¿Es que no te enteras? Tenemos que hacer dos investigaciones. Tú harás la del museo de la catedral de Santiago para garantizar que ese tesoro...

 Es el Santo Grial de Santiago.

 Ya lo sé. Pero no hace falta ir diciéndolo a los cuatro vientos. Tú tienes que garantizar que ese Grial llegue al museo. Yo tengo que vigilar a la chica para su padre.

 O sea que somos espías dobles.

 Yo no lo veo así. Simplemente matamos dos pájaros de un tiro. Cobraremos de dos sitios.

 ¿Vas a hacer el Camino en bici? Con tu peso, se van a reventar las ruedas.

 Los voy a hacer a pie, como tú.

 ¿Va a aguantar los ochocientos kilómetros con tus kilos?

 Igual los aguanto mejor que tú. Me incorporo mañana en el albergue de Pamplona. Está al lado de la iglesia de san Saturnino.

 Ya lo sé. No hace falta que me digas dónde está. Una cosa te advierto. Si te incorporas al camino, tendremos que actuar como si no nos conociéramos.

3.11

Fernanda Lucía llegó al final de la primera etapa en el pueblo de Zubiri muy cansada y con el firme propósito de desprenderse de la mitad de lo que llevaba en la mochila. Pesaba demasiado. No tenía por qué cargar con todo. Si necesitaba algo, podía comprarlo. Al fin y al cabo, su papaíto no le había puesto ninguna limitación en los gastos.

 ¿Cuándo llegamos al albergue?

 El albergue está en medio del pueblo -indicó el caminante veterano que continuaba, con gran satisfacción, ejerciendo como guía del grupo-. Son unas antiguas escuelas, al lado del frontón. Este pueblo tiene muy pocas obras de arte para ver. La iglesia fue románica. Tuvo valor hasta que la restauraron hace un par de siglos. La historia, o mejor la superstición, interesante es la del puente que vamos a pasar ahora. Le llaman el puente de la rabia.

Fernanda Lucía estaba tan sudada y tan molesta que no se preocupó mucho por utilizar una ducha comunitaria, ni por entrar en un servicio compartido por hombres y mujeres. Hizo cola con todos los otros peregrinos. El amabilisimo Pepe le cedió el turno. Ella se lo agradeció. Estaba demasiado cansada para rehusar cortésmente tal amabilidad.

A la inspectora Marta Martín, tampoco se le pasaron por alto estas atenciones del hombre que cada vez le parecía más interesante. Aunque también estaba cansada y tenía ampollas en los pies, aprovechó que los dos estaban en la ducha para buscar algún dato sobre la personalidad del apuesto señor que tan amigablemente trataba de intimar con la joven venezolana. Tuvo que actuar con disimulo porque otros peregrinos andaban entrando y saliendo. Lo único que pudo encontrar en el bolsillo superior de la mochila del que se hacía llamar Pepe, fue una tarjeta de identificación.

Le dio tiempo a leer lo que ponía en letras mayúsculas. ‘José María Aguirre. Sacerdote. Roma’. También había otras indicaciones escritas en un cuerpo de letra todavía más pequeño. No se arriesgó. Volvió a colocar la tarjeta donde estaba y de la manera en que la

había encontrado, para que nadie tuviera conocimiento o sospecha de su descubrimiento. Marta Martín, sin quitarse siquiera las botas, se tiró sobre la cama que había podido elegir en el dormitorio corrido. Desde allí, vio que todavía había varias personas haciendo cola para ducharse. Las especulaciones sobre los motivos por los que el sacerdote José María Aguirre estaba haciendo el Camino de Santiago y su posible relación con Fernanda Lucía de Arcentales ocuparon su mente.

 ¡Quizá todo sea una casualidad! Puede ser un cura que ve pasar su juventud y tiene ganas de una agradable aventura sentimental.

Tras una breve y agradable ensoñación de ser ella la deseada, Marta se contestó a sí misma que un cura, para tener una aventura amorosa, no hace el Camino de Santiago. También rechazó la hipótesis de un posible flechazo amoroso irrefrenable. Podía ser simplemente que había visto a esa joven totalmente desvalida. Era sacerdote y estaba haciendo una obra de caridad ayudándola.

 Hay que reconocer que tener una aventura sentimental con un cura tan apuesto tiene que ser muy interesante.

En realidad, estaba considerando todas esas posibilidades para no aceptar otra que desde el primer momento había aparecido en su mente. El cura José María Aguirre podía pertenecer al Museo de la Catedral de Santiago. La referencia de Roma encajaba, además, perfectamente porque en la capital italiana había muchos sacerdotes que se especializaban en historia del arte.

 ¡Eso quiere decir que desconfían de mí!

Miró ocasionalmente hacia la puerta de las duchas y vio que se había reducido la cola. Prefirió prepararse. Además del cansancio personal, quizá también podría lavar el pesimismo que estaba invadiendo su espíritu.

3.12

Doña Mercedes y su hija Merceditas llegaron todavía con luz a Zubiri. Les había resultado más fácil descender el monte que subirlo el día anterior. Además, la anciana tenía un especial interés en llegar lo más pronto posible para realizar con su hija el rito tradicional del puente de la rabia. Lo cruzó tres veces seguidas, en las dos direcciones, de la mano de su hija. Las tres veces, se metió en el saliente de la piedra para arrodillarse y santiguarse.

 ¡Eso no es para las personas! -gritó un anciano del pueblo que paseaba por allí ayudado por su cachaba-. Esa superstición es para que los animales se curen de la rabia. Por eso, se llama el puente de

la rabia.

 Yo también tengo rabia. Y mi hija tiene una enfermedad todavía peor.

3.13

El peregrino de edad ya madura, identificado en su credencial como Marcos Evangelista, no se quedó esa tarde en Zubiri. Prefirió continuar el camino hasta Larrasoaña, localidad situada unos kilómetros más adelante. Había concertado una cita para las siete de la tarde en la Iglesia de San Nicolás. Pensaba que allí iba a poder hablar con su interlocutor sin ser visto por nadie.

Para garantizar la confidencialidad de su entrevista, se acercó a la iglesia con más de media hora de adelanto. Comprobó que, en el templo, no había nadie en ese momento y se colocó en el último banco, junto a la escalera de caracol que llevaba hasta el coro, casi en la oscuridad, para esperar a su interlocutor. Cuando éste llegó, le hizo esperar un tiempo, para estar seguro de que nadie podía presenciar su encuentro. Después, se acercó a él por detrás.

 Sígame hasta la escalera de caracol del coro. Allí no nos podrá ver nadie.

 ¿Es Vd. Lucas de Arcentales?

 Por favor. ¡Nada de nombres!

El recién llegado le siguió a Lucas hasta el lugar indicado. Allí volvieron a esperar para comprobar que no había nadie en la iglesia.

 ¿Es Vd. Lucas de Arcentales o no?

 He dicho que nada de nombres. Yo tampoco diré su nombre. Quiero tratar con Vd. la compra de una importantísima reliquia.

 ¿Vd. la compra o la vende?

 Yo la vendo. Bueno. La venderé dentro de algún tiempo.

 ¿Si no la va a vender ahora, para qué me ha citado aquí con tanto misterio?

 Es una reliquia de muchísimo valor.

 Todos los que tienen algo, piensan que es de mucho valor.

 No he dicho mucho valor. He dicho muchísimo valor.

 ¿De qué reliquia se trata?

 No debe enterarse nadie.

El peregrino de edad madura se acercó al oído de su interlocutor. Con gran misterio y sigilo, le dijo que se trataba del Santo Grial de Santiago.

 ¿El auténtico Grial de Santiago? -preguntó su interlocutor con gran sorpresa.

 Chiiisss. ¡He dicho que ningún nombre! Dentro de unos días, estará en mis manos esa reliquia auténtica.

 Eso es imposible. No se sabe nada de él desde principios del siglo catorce cuando desapareció la Santa Orden de los Caballeros del Temple y se ajustició a su gran maestre. ¡Han pasado seis siglos!

 Yo le aseguro que la tendré dentro de unos días.

 Si eso fuera cierto, Vd. tiene un grandísimo tesoro. Lo están esperando los más grandes coleccionistas del mundo.

 ¿Cuánto puedo pedir?

 Puede pedir lo que quiera.

 En cuanto yo consiga la reliquia, quiero desprenderme de ella. Deseo ponerme en contacto con Vd. inmediatamente. Me entrega el dinero y desaparezco.

 ¿Cuánto dinero quiere?

 Tres millones de euros.

 Comprenderá que, en metálico, no se lo puedo entregar. Antes, tengo que venderlo yo.

 No le ha parecido mucho. Así que le voy a pedir cuatro millones de euros.

 Señor Arcentales, ya está bien. ¡Tiene que estar loco! Le he seguido la corriente hasta aquí. ¿Vd. cree que es serio estar hablando de esas cantidades de dinero en un lugar como este y de esta manera? O me está tomando el pelo o tiene otras intenciones que me está ocultando.

 Hablo completamente en serio. Se lo repito para que quede claro. Dentro de unos días, tendré en mis manos el Santo Grial de Santiago. Mi intención es venderlo inmediatamente y no saber nada más del asunto. ¡Escuche bien! Lo que le propongo es lo siguiente: Vd. debe estar dispuesto a entregarme en ese momento el dinero y yo le entrego el Grial. ¡Ahí termina nuestra relación! Si nos hemos visto, no nos acordamos ninguno de los dos. No sé el día exacto en el que voy a tenerlo. Por lo tanto, Vd. tiene que estar preparado para que yo pueda avisarle. Para que vea que lo tengo todo bien atado, no le exijo el dinero por adelantado. Una parte al contado y otra en un banco de Brasil.

 ¿Ha terminado?

 No he terminado. Pero he dicho lo asencial.

 Le contesto lo mismo que antes. En estas circunstancias y con esta precipitación no se puede tratar un asunto tan serio. Por supuesto, un negocio sobre el Santo Grial de Santiago me interesa, porque hay beneficio seguro. Pero en el caso de que Vd. tenga algo que ver con un tesoro tan grande, debemos tratarlo de otra manera

y con más calma.

 Si no lo quiere Vd., hay otros muchos interesados.

 Está bien. Adiós. Me tiene a su disposición si desea hacer una negociación en serio y con garantías. ¡Pero no así!

 ¡Espere! Salgo yo delante. Si se arrepiente, sabe donde encontrarme. Pero seguramente será demasiado tarde. De todos modos, le doy una pista. Mi auténtico nombre es Lucas Lope de Arcentales. Lope de Arcentales es un solo apellido. Soy miembro, aunque mi primer antepasado fuera bastardo, de la ilustre familia a quien fue confiado el San Grial de Santiago. Pero en el camino, estoy utilizando el nombre de Marcos Evangelista. Se lo digo por si quiere localizarme. No me vuelva a llamar nunca ni Lucas, ni Lope, ni de Arcentales.

 No creo que sea necesario. Si Vd. tiene tanto interés en mantener el anonimato yo también. A partir de ahora, seré Miguel Angel, en honor del más grande artista de todos los tiempos.

 Espere, por lo menos, diez minutos para salir. Nadie debe saber que hemos estado reunidos.

3.14

Fernanda Lucía rechazó, en el albergue de Zubiri, varias proposiciones para ir a cenar en grupo. Se las hicieron los compañeros que habían hecho la etapa juntos. Por supuesto, Pepe también se lo había propuesto. Ella les dijo a todos que se iba a acostar pronto porque estaba muy cansada.

Cuando los miembros del grupo se marcharon, la joven americana aprovechó para leer la carta de su antepasado correspondiente a esa etapa. Buscó un banco apartado en el patio escolar que rodeaba a la escuela reconvertida en albergue.

`Muy querida e muy respetada mía esposa, Doña Urraca de Leguizamón.

Espero e deseo que os encontréis bien, igual que nuestros fijos. Es aquesta la tercera carta que envío a través de nuestro fiel e muy leal servidor Teodoro. Insisto en que ésta es la tercera para que podáis seguir la contabilidad e saber si alguna ha sido interceptada.

Pero mientras sigáis recibiendo todas las cartas, non face falta que enviéis a ningún otro mensajero además de Teodoro. El tiene orden de venir cada dos días, pase lo que pase, al hospital de los peregrinos en el que yo termine esa etapa de aqueste mío Camino de penitencia e acción de gracias. Os insisto en ello, porque aquesta tarde ha llegado a aqueste hospital de Zubiri vuestro primo Alfonso García de Leguizamón, para prevenir una posible ausencia de Teodoro o un posible asalto hacia su

persona. Ya le he explicado a él claramente que sólo deberá venir, si Teodoro non llega a entregar mi ininterrumpida misiva.

Había prometido describiros hoy detalladamente el Santo Grial de Santiago que deseo entregar en la Catedral del Santo Apóstol. Pero, antes, quiero deciros que estoy bien de salud. He podido comprobar en aquestas primeras etapas del Camino que el Apóstol me está dando fuerzas para realizarlo en su honor. Incluso pienso que se está notando su intervención en mi enfermedad, ya que he podido andar con menos dolores que en otras ocasiones.

He cruzado el puente llamado de la rabia, donde me he arrodillado para pedirle al Santo Apóstol que me cure de mi dolencia e que también libre de ella a mis descendientes. Agora os escribo desde el hospital de los leprosos, que hay a la entrada del pueblo. Non tengáis ningún temor a que me contagie. Tienen una caseta apartada destinada a los peregrinos. Además, seguro que el Apóstol Santiago sabe corresponder a aquesta visita de solidaridad con esos enfermos de lepra.

El mayor peligro está en el mucho frío que estamos padeciendo. Los tejados están llenos de nieve e por las ventanas entra el granizo arrastrado por el fuerte viento. He comprobado que soy un peregrino privilegiado, aunque deba caminar muy despacio, ya que los demás non llevan ni una manta entera para taparse.

Paso agora a describiros el Santo Grial del Santiago que el último maestre de la Santa Orden de los Caballeros del Temple, Jacques de Moley, entregó a mi abuelo para su custodia hasta el restablecimiento de aquesta santa orden. Conservad bien en la mente, aquesta descripción por si alguna vez tenéis que identificarlo por desaparición o por robo.

Es un cáliz de pie bajo e copa larga. Más bien delgado. Está todo recubierto por dentro e por fuera de plata de ley de gran calidad. El exterior de la copa está dividido en tres partes por dos anillos de oro tallados. El de arriba representa a tres serpientes que entremezclan sus cuerpos como símbolo de la sabiduría. El anillo de abajo, también tallado, es un cuerpo de mujer alargado como símbolo del amor. Cada uno de los tres paneles de la copa tiene cuatro crismones: Dos de oro e dos de piedras preciosas alternativamente. Los de oro también están tallados. Los dos de arriba representan a dios padre con barbas largas. Los del medio muestran a María e a la suya madre, Santa Ana. Mientras que los de abaxo, representan a sendos corderos.

Las piezas de más valor están colocadas en la base del Grial. Las piedras preciosas colocadas e sujetas con incrustaciones de oro blanco tienen un valor incalculable.

Hay también un distintivo en la base del Grial. Allí está escrito en letras de oro, con símbolos templarios, las seis letras que componen la

palabra Temple.

Con aquesta descripción, es imposible confundir aqueste Santo Grial con ningún otro cáliz. Pero habéis de saber que en el caso de que a mí me sucediera algo durante aqueste camino e non pudiera entregarlo en la catedral del Apóstol Santiago, será vuestra responsabilidad mantener su custodia hasta que nuestro fijo Jacobo, llegue a la mayoría de edad total

Muy querida e respetada esposa mía, Doña Urraca de Leguizamón, tengo absoluta confianza en la vuestra fortaleza de ánimo e la vuestra diligencia para saber que, en el caso que sea necesario, sabréis cumplir con aquesta responsabilidad e trasmitírsela a nuestro fijo. Pero confío en la bondad del Santo Apóstol Santiago para que aquesto non sea necesario e para que además de perdonar mis pecados me conceda la vida suficiente para poder cumplir toda la misión que me he propuesto.

Se despide aqueste vuestro esposo, que os ama e os respeta, Juan de Arcentales'.

4.- MUERTE

4.1

 Buenos días. ¡Que se ponga Toni Miranda! Soy Marta Martín.... Ya sé que es muy pronto. ¡Que se ponga!... Te despierto, porque tienes que hacer una investigación urgente.... No podemos esperar a que te incorpores al Camino. Tienes que hacerla antes... ¡Escucha bien! Busca todos los datos que puedas sobre un tal José María Aguirre... Sí. Has oído bien. Es cura. Tiene alguna relación con Roma.... Treinta y tantos años.... No tengo más datos. Por eso, te los pido.... No seas imbécil. ¿Cómo va a ser un ligue? Está relacionado con el Santo Grial de Santiago.... Ahora no te lo puedo explicar. En cuanto tengas los datos, me llamas. No esperes a llegar al albergue de Pamplona.... Si tienes que retrasar tu incorporación al camino, la retrasas. Este dato es muy importante. Ponte a investigar inmediatamente.

4.2

 Muy pronto llega Vd. al albergue. ¿No habrá utilizado coche o algún otro vehículo para venir hasta Pamplona?

 ¡Soy auténtico peregrino y vengo a pie! He salido de Larrasoaña a las cuatro de la madrugada. Me gusta andar de noche.

 Se lo digo porque ya sabe que, si viene en algún vehículo, tendría que esperar a que se hospeden los peregrinos que hacen el camino a pie. Esas son las normas y debemos cumplirlas todos.

 Ya le he dicho que hago el camino a pie.

 Como hospitalero, soy el primero que debe cumplir todas las normas. ¿Tiene la credencial en orden?

 Por supuesto. Mi credencial está en orden perfecto. Tengo mucha prisa. Deseo oír, por lo menos, cuatro misas en otras tantas iglesias de Pamplona. Así que, si me sella la credencial y me deja poner la mochila en la cama, se lo agradezco.

El encargado del albergue de los peregrinos en Pamplona era un hombre muy delgado y bajito. Por su manera de actuar, se podía deducir que era muy amante del orden y también meticuloso en su trabajo.

 Curioso nombre. ¡Marcos Evangelista! Nunca había visto un nombre así.

 Ya le he dicho que tengo prisa. ¡Por favor!

Lucas Lope de Arcentales no esperó a escuchar todas las recomendaciones del hospitalero pamplonés. Recogió de nuevo su

mochila, guardó la credencial con nombre falso y se dirigió al dormitorio.

 ¡Señor Evangelista, espere un momento! Tengo aquí un listado de las iglesias de Pamplona con el horario de las misas. Le puede ayudar para poder oír las cuatro misas que desea.

4.3

En el pórtico de la iglesia de la Trinidad de Arre, pocos kilómetros antes de llegar a Pamplona, Doña Mercedes se detuvo. Se quitó la mochila. Ayudó a hacer lo mismo a su hija Merceditas, quien a pesar de su deficiencia, entendía perfectamente las indicaciones de su madre, seguramente por el afecto con que la trataba.

La anciana se colocó con su hija justo entre el sol y la puerta del templo. Aprovechó para atusar el pelo de Merceditas que caía desordenado sobre sus ojos. Ambas se arrodillaron tres veces a la vez que se santiguaban. Cuando entraron en la iglesia, Doña Mercedes cogió agua con la mano izquierda por tres veces y la derramó sobre la cabeza de su hija. Después, las dos se volvieron a arrodillar frente al altar mayor y rezaron tres credos.

 Lo importante es que, en total, se complete el número de nueve. ¡A ver si el jodido Apóstol Santiago se compadece de ti de una vez!

Antes de salir del templo, la madre y la hija subieron y bajaron tres veces la estrecha escalera de caracol que llegaba hasta el coro. Doña Mercedes tuvo dificultades con su gordura. Merceditas tropezó varias veces y estuvo a punto de caerse pero su madre lo evitó con diligencia.

4.4

Fernanda Lucía notó, durante esta segunda etapa del camino, que la mochila pesaba menos. Antes de salir del albergue de Zubiri, había escondido debajo de la almohada los vestidos de lujo que había traído desde Estados Unidos por si tenía que asistir a alguna fiesta o recepción. Ya estaba claro que no los iba a necesitar. En caso de necesitarlos, compraría otros nuevos.

Los que habían empeorado notablemente, en cambio, eran sus pies. Al quitarse las botas, comprobó que tenía varias ampollas. Se asustó. Nunca las había tenido. En su casa, siempre se había cuidado con cremas para tener la piel suficientemente hidratada y con los necesarios nutrientes recomendados en las casas de estética corporal.

El guía del pequeño grupo de peregrinos con el que Fernanda Lucía había caminado también la segunda jornada, le explicó con detención lo que debía hacer. Se recreó en demostrar lo útil que era su experiencia. Le recomendó que, una vez duchada y bien seco el pie, utilizara una aguja e hilo desinfectado para taladrar la piel superior de las ampollas y lograr así que se secaran.

 Según mi experiencia, es importante dejar el hilo desinfectado dentro de la ampolla y moverlo de vez en cuando para que ésta se seque bien.

La joven americana siguió al pie de la letra esa recomendación. Se duchó. Ya no le importaba tener que utilizar las duchas comunes, pero se daba una larga serie de cremas olorosas que perfumaban los lugares por donde después caminaba. Al salir de la ducha, el complaciente Pepe ya tenía preparada la aguja, el hilo y el líquido desinfectante. Se sentó en la cama de enfrente. Ella colocó la pierna en su rodilla. El comenzó a limpiar con algodón cada una de las ampollas de ella. Después, las traspasó con la aguja y el hilo. Realizó la operación con todo cuidado. Casi con mimo. La repitió cuatro veces, porque ese era el número de ampollas que la joven tenía.

La investigadora Marta Martín no se perdió detalle de la operación. Con curiosidad mal disimulada y evidente envidia, se fue colocando en diversos puntos del dormitorio para poder presenciar desde cerca todos los movimientos.

 ¡Toma con los curas de ahora! Lo que saben hacer. ¡Quizá, en lugar de estudiar arte en Roma, haya estudiado medicina religiosa y artes para seducir!

4.5

Cuando Lucas Lope de Arcentales regresó al albergue de Pamplona, trató de evitar el encuentro con el desconfiado y minucioso hospitalero. No quería que le preguntara por las misas, que había utilizado, antes, como excusa para instalarse pronto. Pero no lo logró.

 ¡Señor Evangelista! Tiene un mensaje.

 ¿De quién?

 Ha venido un señor mayor, con pelo blanco y largo preguntando por Vd.

 ¿No ha dejado ninguna nota o recado?

 Ha dicho que se llama Miguel Angel y que se pondrá de nuevo en contacto con Vd.

 ¿No ha dejado ningún recado más concreto?

 Sólo ha dicho eso.

 ¿Tampoco ha dicho dónde le puedo localizar?

 Lo siento. Ha insistido en que él se pondrá de nuevo en contacto con Vd.

 Muchas gracias.

4.6

Al salir de la ducha, Marta Martín tuvo que darse mucha prisa en secarse. Fernanda Lucía y Pepe estaban ya preparados para salir juntos. Por lo que pudo escuchar disimuladamente desde su cama, separada por tres literas de la de ellos, iban a ir solos. Aprovecharían la tarde para visitar la ciudad. Pepe parecía tan experto como un guía turístico. Recomendaba a la joven americana que debían darse mucha prisa porque debían ver, por lo menos, la trayectoria que seguían los toros, durante los famosos encierros de Pamplona hasta la plaza de toros. También tenían que visitar varias iglesias, destacando la catedral, sobre todo, su claustro.

Marta Martín tenía que llamar a su compañero de investigación Toni Miranda. Esa llamada y la información que le pudiera dar sobre la auténtica personalidad del sacerdote José María Aguirre, que se hacía pasar por Pepe, era más urgente que nunca. Estaba a punto de llevarse al huerto a la joven venezolana procedente de los Estados Unidos o al revés.

 En realidad, no sé si se la va a llevar al huerto o a dónde. Por eso, es más urgente esa información.

Pero no tuvo tiempo para hacer esa llamada. Ni siquiera pudo secarse el pelo. Ni arreglarse para llamar la atención del apuesto y galante sacerdote. Tuvo que salir del albergue siguiendo los pasos de sus dos objetos de investigación policial.

4.7

Federico realizó en Pamplona una nueva cata gastronómica. Tuvo dudas sobre dónde llevarla a cabo. En Pamplona, hay restaurantes de mucha categoría y contrastada calidad. Pero él había decidido no ir a ese tipo de locales, donde la calidad estaba asegurada. Deseaba dejarse sorprender. Buscaba un local más familiar y cercano al cliente. Tenía varias recomendaciones de restaurantes tradicionales. Dos de ellos estaban regidos por mujeres. Ese era uno de sus alicientes. Por fin, se decidió por el restaurante de una mujer muy cordial y dicharachera, de nombre Angelita. No se arrepintió.

Allí le prepararon las mejores alubias pochas que Federico había

comido en su vida. En contra de lo que había hecho en Roncesvalles tomando pequeñas raciones, en el restaurante de Pamplona, se dejó llenar bien el plato. Después, repitió. Preguntó cuál era el secreto para conseguir el punto exacto de sabor. La cocinera insistió en que la clave estaba en la cantidad de cebolla y de ajo.

De segundo plato, pidió una trucha según la auténtica receta a la navarra. No necesitó insistir. Inmediatamente la cocinera comprendió que no se trataba de poner el tópico trozo de jamón dentro del pez, sino de la formula tradicional con huevos y patatas, además del adobo que incluía cebolla bien picada, hierbabuena, pimienta negra, tomillo, romero y una hoja de laurel, todo ello cocinado con vino tinto.

Federico estuvo a punto de pedir que le hicieran otra trucha de la misma manera, aunque tuviera que esperar. Pero recordó que había quedado en que le sacarían también unos pimientos verdes rellenos de perrechicos. Inicialmente le sacaron tres. Tuvieron que duplicar la ración. El postre también fue doble. Primero una cuajada. Después, leche frita con queso y membrillo.

Al terminar de comer, no pudo levantarse. En contra de su costumbre, tomó un café, pidió una copa de pacharán y jugó una partida de mus con el personal del restaurante, para dar tiempo a hacer la digestión.

Se prolongó tanto la partida que volvió a tener problemas para conseguir el certificado de su segunda confesión. La primera iglesia que encontró a la salida del restaurante fue la de Santo Domingo. Allí convenció al párroco a la vez que contempló el retablo en que se representa al Apóstol Santiago consiguiendo un burro para que un peregrino enfermo pueda seguir el Camino.

4.8

Cuando Marta Martín regresó al albergue desde la Iglesia de San Saturnino, después de haber seguido disimuladamente las andanzas de Fernanda Lucía y el sacerdote José María Aguirre, ya la estaba esperando su obeso compañero de investigación.

Toni Miranda estaba de muy mal humor. Se lo había provocado la espera a que había sido sometido. Había llegado a primera hora de la tarde y era ya casi de noche. Las explicaciones de Marta, aludiendo a su obligación de vigilar, en todo momento, a la pareja no sirvieron para calmarle. Además, cuando llegó al albergue, el puntilloso hospitalero le había dicho que los que ya estaban haciendo el camino tenían preferencia sobre los que se incorporaban. Así que esa noche tenía que dormir en el suelo del

pasillo.

 Bueno, de todos modos, lo que importa es lo que has descubierto sobre el cura ese. -le dijo Marta sin prestar atención a sus quejas.

 Si querías investigar al cura ese, haberlo hecho tú. Mi misión es investigar a la chica para informar a su padre.

 ¡Toni, no te pongas así! En definitiva, estamos los dos en el mismo saco y en el mismo negocio. Olvida tu enfado y dime lo que has descubierto.

 José María Aguirre es sacerdote desde hace doce años. Ahora tiene treinta y nueve.

 Muy bien llevados.

 Si me interrumpes, no sigo. Está destinado en Roma, en el departamento vaticano de patrimonio artístico religioso.

 ¿Ha estudiado historia del arte en Roma?

 Eso no lo sé. Es el responsable de la recuperación de obras de arte antiguas y medievales. Ha participado en las operaciones de recuperación de obras artísticas religiosas, perdidas o robadas en varios países europeos y americanos.

 Otra cosa importante. ¿Qué hace aquí en el Camino de Santiago y qué pretende obtener de la chica americana?

 Eso es lo que tienes que descubrir tú. ¿O te crees que estás de vacaciones?

 Está bien. No has descubierto mucho. Ahora tenemos que separarnos. No deben vernos juntos. Nadie puede sospechar que somos policías.

 Tienes que decirme quién es Fernanda Lucía. También tienes que indicarme quién es el cura ese.

 Ya te lo diré en otro momento. Ahora, adiós.

Toni no terminó la frase porque Marta había desaparecido y no podía oírlo.

4.9

Fernanda Lucía decidió leer esa noche cómodamente la carta de su antepasado, fuera de las estrecheces de las noches anteriores. Salió del albergue. Eligió una cómoda cafetería. Buscó una mesa y una silla agradable. Se acomodó. Pidió un té con leche y pastas. No todo iba a ser sacrificio en el Camino de Santiago.

'Querida e muy respetada esposa, Doña Urraca de Leguizamón.

Os envío aquesta cuarta misiva con gran pesar e dolor por la muerte violenta que ha sufrido nuestro fiel servidor Teodoro. Aquesta mesma tarde he acudido de nuevo a misa en la iglesia de San Cernín que está

muy cerca del hospital de los peregrinos donde me hospedo. Se la he dedicado por el eterno descanso de su alma.

Por lo que me ha contado vuestro primo, Alfonso García de Leguizamón, su comportamiento ha sido heroico defendiendo el mensaje que debía entregaros a pesar del ataque de varios asaltantes e de las graves heridas recibidas por aquellos. Según las noticias que he recibido, murió al poco tiempo de entregar en vuestras manos mi mensaje.

Yo desearía estar ahí para presidir sus funerales. Pero considero que la misión que estoy llevando a cabo en aqueste Camino es tan importante e a la vez tan peligrosa que debo continuarla. Deposito, por lo tanto, en vos la responsabilidad de tributar a aqueste fiel servidor nuestro las honras fúnebres que bien merecidas tiene. Os ruego que le tratéis como si hubiera sido un miembro de la familia e que deis tierra al suyo cuerpo en un lateral de nuestro panteón familiar. Al fin e al cabo, ha dado su vida por mí y por la toda nuestra familia'

 ¡Cuántas ganas tengo de ir a conocer Arcentales y el solar de mis antepasados! Tiene que ser un auténtico palacio. -se dijo Fernanda Lucía interrumpiendo un momento la lectura, que reanudó inmediatamente.

'En cuanto a la identidad de los autores e mentores de aqueste ataque, debéis tenerme informado de cualquier novedad que conozcáis a través de vuestro primo Alfonso García de Leguizamón. Según me ha dicho, está dispuesto agora a cumplir, a pesar de los peligros existentes, con la misión de llevar mis mensajes hasta vos.

Creo que debemos sospechar de dos grupos como posibles autores de aqueste ataque e aquesta muerte. O bien han sido miembros de la Orden de Hospitalarios de San Juan, que desde siempre han deseado usurpar los bienes de la Santa Orden de los Caballeros del Temple. O bien han sido espadachines a sueldo de altas jerarquías de la iglesia romana en venganza por el apoyo que nuestra familia dio al papa Benedicto XIII antes e después de su establecimiento en el castillo templario de Peñíscola.

De todos modos, aquestas non son más que suposiciones mías. Antes de tomar ninguna decisión, debemos investigar, para tener la seguridad de obrar con el suficiente conocimiento de causa. Cuando tengamos ese conocimiento e con la ayuda del Nuestro Señor Redentor e del Santo Apóstol Santiago, non nos temblará la mano para castigar e vengar aquesta afrenta.

Aún con el riesgo de alarmaros, debo contaros que yo también he recibido el ataque de aquestos mesmos enemigos. Afortunadamente, los efectos de aqueste ataque non han caído sobre mi persona. Pero mis pertenencias han sido registradas e revueltas. De momento, non me han

robado nada. Estoy convencido de que su objetivo era encontrar el Santo Grial de Santiago. Al non encontrarlo, puesto que ese era su único objetivo, non se han llevado nada.

A pesar de aqueste ataque, mi ánimo sigue firme. Estoy convencido de que, por muchos que sean los ataques, non impedirán que lleve a cabo mi misión hasta depositar ese Santo Grial en la catedral del Santo Apóstol. Aqueste sagrado cáliz permanece muy bien guardado e nunca lograrán robármelo.

En la esperanza de que aquesta cuarta misiva llegue hasta vos, querida e muy respetada esposa mía, Doña Urraca de Leguizamón, se despide aqueste vuestro esposo, Juan de Arcentales'.

Fernanda Lucía tenía el té con leche y las pastas encima de la mesa de la cafetería. Pero no lo había empezado. El impacto de las noticias sobre las desventuras que sufrió su antepasado durante el Camino de Santiago, hace casi seis siglos, fue tan grande que no le permitió separar los ojos del ya viejo pergamino.

Al terminar la lectura, había perdido el sentido del tiempo y del lugar donde se encontraba. Se frotó los ojos y comenzó lentamente a poner azúcar en la infusión, que ya estaba fría.

5.- VENGANZA

5.1

Fernanda Lucía salió del refugio de los peregrinos de Pamplona muy pronto. Sabía que tenía que leer otra carta de su antepasado en la localidad de Cizur menor, a pocos kilómetros de la capital navarra.

No tuvo dificultades para encontrar la iglesia de san Miguel, en un pequeño altozano, la izquierda del camino, antes de llegar a las primeras casas del pueblo. Le impresionó el buen estado del templo. Buscó la manera de entrar para depositar la mochila y leer la carta de su antepasado con más comodidad. Pero ninguna de las puertas estaba abierta. Dio una vuelta intentando encontrar algún establecimiento donde instalarse. Tampoco vio ninguno. Así que decidió leer la carta sentada en una piedra adosada a la pared posterior del templo.

'Muy querida e respetada esposa mía, Doña Urraca de Leguizamón,

Entrego aquesta carta a vuestro primo e mensajero común Alfonso García de Leguizamón en un lugar muy peligroso para los dos. En el camino desde Pamplona, me he detenido en la fortaleza e también templo que los miembros que la Orden de Hospitalarios de San Juan de Jerusalén tienen en las afueras de aquesta ciudad.

Os decía en mi anterior mensaje que aquesta orden de los hospitalarios de San Juan debe ser motivo de sospecha por la muerte de nuestro muy llorado mensajero e amigo Teodoro. Ese es el riesgo que corro al haberme quedado aquí. Pero también ese ha sido el motivo de mi parada. Como la distancia entre Pamplona e aqueste lugar es corta, me ha permitido ocultar mi identidad e pasar por un sacerdote navarro que está preparando su peregrinación hasta Jerusalén.

Con la excusa de pedir orientación para ese supuesto viaje hasta Tierra santa, he podido hablar con los jefes religiosos e militares de la orden hospitalaria en aquesta zona próxima a los montes Pirineos. Esa conversación me ha permitido facer algunas preguntas sobre la posible existencia de algún conflicto relacionado con quienes intentan restaurar la Orden de los Templarios, todavía motivo de enemistad para ellos.

Sé que he corrido un grave riesgo al facer esas interesadas preguntas, por lo que os pido perdón al haber puesto en peligro mi vida. Ha merecido la pena. Non puedo tener absoluta seguridad, porque mis preguntas non han sido todo lo directas que yo hubiera deseado. Pero creo que debemos abandonar nuestras sospechas en aquesta dirección. Tengo el convencimiento moral de que nuestro recordado e llorado

Teodoro non ha sido víctima de ningún miembro de la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén.

Es importante aquesta conclusión, porque nos permitirá dirigir nuestras pesquisas en otra dirección con el fin de llegar hasta los verdaderos culpables de ese asesinato.

Os reconozco, mi querida e respetada esposa mía, que en aquestos momentos me invade el poco cristiano deseo de venganza por la muerte del que fue mi amigo además de mi criado. Considero de gran trascendencia descubrir e castigar al verdadero culpable de su muerte. Descubriendo a su auténtico asesino, non solo salvaremos el honor de Teodoro, sino que también sabremos quien desea atacarnos a nosotros directamente e a toda nuestra familia.

Vuestro primo e mensajero mutuo Alfonso García de Leguizamón me ha dicho que vos estáis muy afectada por aquesta muerte. Además de haber mandando oficiar un número muy elevado de misas solemnes por su alma, estáis desarrollando una gran actividad para descubrir a los culpables. Me alegra e me honra vuestra gran determinación.

Coincido con vos, de acuerdo con las noticias que me da vuestro primo, en que los principales sospechosos son los mercenarios que trabajan a sueldo de las altas jerarquías de la iglesia católica romana para vengar el apoyo que nuestra familia ha dado al papa Benedicto XIII para su establecimiento en el castillo templario de Peníscola.

Respetada e querida esposa mía, una cosa importante os digo. Tened mucha prudencia en las posibles investigaciones. De ninguna manera, pongáis en peligro la vuestra seguridad e la vuestra vida así como la seguridad e la vida de nuestros fijos. También os pido que non os dejéis influir por la ira e deseo de venganza inmediata. Antes de llevar a cabo alguna acción, debéis comunicármela con el fin de realizarla con el suficiente conocimiento e con las garantías necesarias.

Agradeced, de nuevo, a vuestro pariente Alfonso García de Leguizamón aqueste peligroso trabajo que realiza para mantener el contacto entre nosotros. Facedle saber que, cuando yo termine aquesta peregrinación que me llevará hasta la tumba del Apóstol, tendrá su justa recompensa.

Deseo deciros que el mío amor hacia vos e mío respeto son cada día más grandes. Se despide vuestro esposo, Juan de Arcentales.

5.2

A pesar del sueño que tenía a esa hora de la mañana, la policía Marta Martín, nada más incorporarse en la litera, dirigió su primera mirada hacia la cama de Fernanda Lucía. Se limpió los ojos sobresaltada.

 ‘¡No está!’.

Saltó al suelo. Se acercó. Comprobó que tampoco estaba su mochila ni ninguna otra de sus pertenencias. El nerviosismo invadió su cuerpo. Inmediatamente buscó a Toni Miranda. Recordó que había tenido que dormir en el pasillo. Aunque no tenía puesto más que un corto pijama, salió para encontrarlo. Lo vio al fondo, sentado junto a una de las mesas del comedor del albergue. Estaba comiendo un yogour y galletas.

 ¡Te la has dejado escapar!

 ¿A quién?, -contestó Toni Miranda, mientras se le atragantaba la cucharada de yogour que se había metido a la boca.

 ¿A quién va a ser? A la venezolana.

 Es imposible. De aquí, no puede escapar. De todos modos, si ha salido ya, la encontraremos en el próximo albergue.

 La encontraremos, si no se ha dado el bote. ¿En qué has estado pensando?

 No te pongas nerviosa. No he estado pensando en nada. No he cogido el sueño hasta la madrugada. Y, después, me he quedado roque.

 ¡Vamos! Ponte a buscarla ya.

 ¿Por dónde?

 Por donde quieras. Si no la encuentras, pregunta. Pregúntale al cura. Seguro que ése sabe dónde está.

Nada más dar esa orden, la policía Marta Martín se dirigió a su litera para vestirse con rapidez. Pero, a medio camino, rectificó. Volvió a acercarse a Toni Miranda.

 ¡Espera! No preguntes al cura. Ya se lo preguntaré yo.

Toni quiso hacer una mueca irónica. Pero Marta le lanzó una mirada tan expresiva que le quitó la intención de gastar bromas en ese momento.

5.3

El solícito sacerdote también se dio cuenta de la ausencia de la joven americana nada más levantarse. No se le pasó por la cabeza la posibilidad de que Fernanda Lucía hubiera escapado. Decidió dar muestras de absoluto control. Esa noche había soñado con la joven venezolana. Había sido un sueño de alto contenido erótico. En varias ocasiones, se había despertado sobresaltado y muy excitado sexualmente. Incluso en los periodos de vigilia posteriores a los sobresaltos, había reflexionado sobre la atracción física que estaba experimentando hacia Fernanda Lucía.

 ¡Soy sacerdote! Hasta ahora he cumplido con absoluta

fidelidad todas mis obligaciones. Debo seguir así.

Al levantarse de la litera, notó su sexo excitado. Trató de disimularlo inmediatamente. Estaba convencido de que todos le estaban mirando. Para vestirse, dio la espalda a la litera en que había dormido la joven que llevaba la reliquia, como símbolo de distanciamiento.

Se dijo a sí mismo que era mejor que Fernanda Lucía hubiera salido ya. Se autorrecomendó un trato más distante con la joven. Mantendría la vigilancia. Estaría enterado de todos sus movimientos. Pero sin estrechar la intimidad que en los pocos días de camino ya había logrado.

Se duchó con agua fría, pensando que así ahuyentaba los deseos pecaminosos de su carne. Después, ordenó con cuidado sus cosas. Las introdujo en la mochila y salió al comedor para desayunar.

5.4

 ¿Me puedo sentar aquí?, -preguntó la policía Marta Martín con nervios casi de adolescente.

 ¡Por supuesto!, -respondió el sacerdote.

A pesar de que había preparado con todo cuidado lo que iba a decirle, la policía no acertaba a entablar la conversación. Tenía claro que no debía comenzar con la pregunta sobre la joven venezolana. Era preciso disimular su interés. Pero los nervios provenían más de la proximidad con aquel hombre cuya atracción ya había notado.

Mientras untaba una galleta de coco en su té con leche, aprovechó para contemplar su rostro. Se detuvo en la perfección de su nariz. Pero tuvo que cambiar su mirada, disimulando, porque el también levantó su vista.

 Parece que hoy también va a hacer calor, -dijo la policía secreta tratando de improvisar una conversación intrascendente.

 No sé. Creo que hace demasiado viento.

 Si nos da de espalda, será bueno para caminar más deprisa.

 No creas. El viento siempre es malo, cuando se camina con una mochila.

 ¿Vas hasta Puente la Reina?

 Por supuesto. Es el fin natural de esta jornada. ¡Habrá que comenzar a caminar!, -dijo el sacerdote, mientras se levantaba para colocarse la mochila.

Marta Martín comprendió que, si en ese momento se tomaba todo el té que le quedaba de un trago, podía coger también su mochila e iniciar el camino con él. Pero no se decidió. Sintió un

reparo muy cercano al rubor, ya impropio de su edad.

 Por cierto, hoy no está la joven venezolana que suele ir contigo.

 Habrá salido ya. Además, sólo ha ido conmigo ocasionalmente.

La policía percibió en el tono del sacerdote un deseo de poner distancia con Fernanda Lucía. Le agradó ese sentimiento. Sintió como si le permitiera tener esperanzas para una posible relación. Volvió a tener la tentación de tomarse el té de un solo trago y empezar el camino con el hombre por el que cada vez sentía más atracción. Pero tampoco se decidió.

Se quedó mirándole mientras salía por el pasillo hacia la puerta de la calle. Estaba ensimismada. Ni siquiera se enteró de lo que le preguntaba Toni Miranda a sus espaldas. Tuvo que pedirle que repitiera la pregunta.

 Te he preguntado si has descubierto algo sobre el paradero de la joven americana.

 No hay que preocuparse. Habrá salido con antelación. El tampoco está preocupado.

 Pues yo sí que estoy preocupado. Su padre me ha encargado que la esté vigilando en todo momento.

 La encontraremos en el albergue de Puente la Reina. ¡Olvida los nervios!

 Antes eras tú la nerviosa. No sé qué te ha pasado ahora. Voy a buscarla.

Toni Miranda se puso la mochila precipitadamente y salió con la rapidez que le permitían su volumen y su peso. Marta Martín saboreó el último sorbo del té con leche. Le pareció agradablemente dulce.

5.5

Federico salió sin desayunar del albergue de los peregrinos de Pamplona. Había aprovechado el tiempo para dormir un poco más. Hizo, de nuevo, esperar a las limpiadoras. Pero había también un motivo gastronómico en su abstinencia.

En su bien documentada guía gastronómica, estaba anotada a lápiz la indicación de que en la localidad de Zariquiegui, a unos diez kilómetros de Pamplona, en una de las calles altas, por la mañana, solía haber puestos ambulantes de fruta. Resistió hasta allí y su paciencia fue recompensada.

Tras una inspección general, se acercó al puesto de frutas mejor preparado. Inicialmente, eligió dos peras, un racimo de uva

temprana y casi medio melón. Se fue a comerlo a los bancos de piedra colocados en lo más alto del pueblo mirando hacia el pórtico gótico de la iglesia de san Andrés. Repitió de todo y tuvo que hacer unos ejercicios suaves antes de reanudar el camino.

5.6

Toni Miranda también compró fruta en Zariquiegui. Pero no se detuvo a comerla. Estaba haciendo el recorrido muy deprisa para alcanzar a Fernanda Lucía y seguir con la tarea de vigilancia. Antes de superar las tres cuartas partes de la jornada, alcanzó a Pepe. Andaba también a buen paso. Intentó caminar a su lado y entablar conversación con él. Pero fue muy difícil. El cura no manifestaba ninguna gana de hablar. Iba metido en sus pensamientos. Así que el policía aceleró el paso y continuó. Por fin, en Obanos, localidad situada a menos de cuatro kilómetros del destino final en Puente la Reina, encontró a Fernanda Lucía. Respiró hondo. Ya podía dar cuenta de su trabajo de vigilancia. La vio a distancia, sentada en las sillas de una improvisada terraza junto a una pequeña taberna. Estaba tomando algo líquido aunque no alcanzó a distinguir qué.

No se acercó más. Prefería cumplir su labor de vigilancia desde una distancia prudente. Tenía más libertad de movimiento y también más campo de visión. Frente a la taberna había una plaza y en el fondo de ella se oía caer con fuerza un chorro de agua. Además, la fuente estaba situada a la espalda de la joven venezolana. Era perfecto. Podía vigilar sin ser visto. Desde allí, pudo contemplar con toda precisión la llegada del sacerdote. Fernanda Lucía no se dio cuenta de su presencia hasta que estaba casi junto a ella. Pero su reacción fue inmediata. Se levantó de la silla. Como no tenía la mochila puesta, pudo correr con soltura hasta él. Le abrazó. Le besó con afecto y alegría. Fue tal su ímpetu que casi caen los dos al suelo.

 ¡Qué alegría! Te he echado de menos durante todo el camino.

El sacerdote quedó desconcertado. No supo qué contestar. Pero se dejó llevar. La joven le agarró de la mano y entre muestras de alegría le llevó hasta la terraza del bar. Allí le ayudó a quitarse la mochila y se sentaron juntos a tomar un refresco.

A pesar de la decisión tomada para no provocar más acercamiento con la joven, el sacerdote no pudo reprimir la tentación de presumir ante ella de su cultura e intentar sorprenderla con sus conocimientos sobre todos los detalles del Camino de Santiago. Aprovechó para contar que, a mediados del mes de agosto, en esa localidad, se celebra la representación del llamado

‘Misterio de Obanos’, en el que toman parte todos los habitantes del pueblo. En él, se recoge la leyenda según la cual, Doña Felicia de Aquitania a su regreso de Compostela se recluyó en un monasterio para hacer penitencia y servir a los pobres. Pero su hermano, el duque Guillermo, la secuestró para reintegrarla a la vida de la corte. Como ella se resistió, el hermano la asesinó. Arrepentido el duque fue a Roma para pedir perdón al papa. Este le impuso la penitencia realizar como peregrino el Camino de Santiago.

El objetivo de impresionar a Fernanda Lucía fue logrado totalmente ya que la joven escuchó la narración casi con la boca abierta y sin desviar sus ojos del rostro del sacerdote que ocultaba su identidad.

5.7

Antes del mediodía, se presentó en el albergue de los peregrinos de Puente la reina una señora de mediana edad elegantemente vestida aunque con excesivos adornos. Llevaba tacones altos y un sombrero de flores secas. Las limpiadoras y el hospitalero se sorprendieron de su presencia.

 Creo que se ha equivocado, señora. Este es el albergue de los peregrinos del Camino de Santiago. -dijo el hospitalero, acercándose a la puerta para indicarle el hotel más cercano.

 Esto es exactamente lo que estoy buscando.

 Perdón. Me parecía que su ropa no era la más adecuada para caminar como peregrina.

 Yo no soy peregrina. Busco a mi marido. El sí que es un peregrino penitente.

 Hasta dentro de una hora o dos, no comienzan a llegar los peregrinos.

 ¿A cuántos esperan?

 Como estamos a comienzos de mes, vendrá una nueva oleada. A primera hora de la tarde, ya estarán todas las plazas ocupadas.

 ¿Todos los peregrinos hacen el camino por haber sido infieles a sus esposas?

 Perdón. No entiendo su pregunta.

 No importa. ¿En estos albergues, duermen juntos hombres y mujeres?

 Lo de juntos es un decir, señora. Son dormitorios corridos y mixtos.

 ¿Hay vigilantes por las noches?

 Por favor, señora.

 ¡Nada de por favor! De esta manera, las esposas no podemos

estar seguras de que nuestros maridos no continúan cometiendo infidelidades.

 Nosotros no podemos meternos en la vida particular de los peregrinos. Pero garantizamos que en los albergues todos se comportan decentemente,

 Eso no lo diga, porque no lo puede asegurar. Si no hay vigilantes por la noche, Uds. no saben lo que hacen. ¿Puedo ver el dormitorio?

 Si no es peregrina, no puede pasar.

 Seguro que las camas están muy cerca unas de otras para que puedan comunicarse.

 No son camas. Son líteras.

 Todavía más a mi favor.

 Lo siento, señora. Tengo que continuar preparando la llegada de los peregrinos.

 ¿Puedo dejarle un mensaje a mi marido?

 Por supuesto.

 Dígale que ha venido su esposa. Volveré para hablar con él a las dos y media en punto.

 ¿Cómo se llama su marido?

 Federico.

 Federico ¿qué?

 Sólo Federico. Con eso, es suficiente.

 No se preocupe. Yo se lo diré en cuanto llegue.

Después de agradecérselo protocolariamente, la señora caminó hacia la puerta tras girar con alguna dificultad sobre sus elevados tacones. Pero antes de salir, volvió a dirigirse al hospitalero.

 Otro favor deseo pedirle. Fíjese bien con quién llega mi marido. Sobre todo, fíjese si viene con alguna chica jovenzuela. Y me lo dice.

 Señora, yo no vigilo lo que hacen los peregrinos.

 Si es por dinero, le puedo dar una buena propina.

 No es por dinero. Es por principio. No nos metemos en la vida privada de los peregrinos.

 De todos modos, dígale que vendré a las dos y media en punto.

5.8

La anciana de pelo completamente blanco y vestida completamente negro estaba sentada en una piedra frente a los soportales de la Iglesia templaria de Santa María de Eunate. A su lado, el perro de los ojos claros y brillantes jadeaba con la lengua

afuera, mientras vigilaba a los peregrinos que se habían desviado del camino llamado francés para contemplar este templo, considerado como uno de los más valiosos de todo el Camino por su significado histórico y artístico.

Sin embargo, en el momento en que llegaron Fernanda Lucía y el sacerdote, el perro comenzó a ladrar y se dirigió a la joven con agresividad. El solícito acompañante, aunque también se asustó por los ladridos, agarró a la joven y se interpuso entre ella y el animal. La joven aprovechó el miedo para abrazarse a su acompañante. La anciana de pelo blanco llamó al perro y éste volvió a sentarse sobre sus patas traseras junto a la piedra.

 ¡Atención! Los peregrinos que deseen participar en la visita guiada, que entren al templo, -anunció en voz alta la encargada de la custodia del templo.

El sacerdote empujó suavemente a su acompañante y ambos entraron en el templo de planta octogonal y de muy reducidas dimensiones. No estarían presentes más de una docena de personas y se podían desenvolver con dificultades. Fernanda Lucía se colocó muy cerca de su acompañante. Durante las explicaciones de la cuidadora de la iglesia, acercó su mano a la de Pepe y entrelazaron sus dedos. El sacerdote mantuvo el contacto y los movió a modo de caricia. Los dos se miraron y sonrieron.

La guía comenzó diciendo que el origen más probable de la palabra Eunate, era el idioma vasco, en el que significaba cien puertas, en alusión a los muchos arcos que rodeaban exteriormente le templo. En el interior, había que destacar la bóveda de ocho nervios sin clave central. En cada ángulo del octógono, se elevan dos columnas superpuestas con sus respectivos capiteles. El ábside merecía todavía más atención por su estructura semicircular en dos alturas.

Mientras el resto de los peregrinos abandonaban el templo para comprar algunos recuerdos en el edificio contiguo, Fernanda Lucía y Pepe, ya con las manos separadas pero muy unidos, se acercaron a la imagen para contemplar, desde más cerca, su valor.

 Lo más curioso de esta imagen es que aun siendo su cara blanca, tiene toda la estructura y disposición de las vírgenes negras. Las vírgenes negras tuvieron una gran importancia durante los últimos siglos de la edad media. -dijo el sacerdote intentando dejar, de nuevo, patentes sus conocimientos ante la joven americana.

Fernanda Lucía acarició la mano de su acompañante como agradecimiento por las explicaciones y sobre todo por su dedicación. El resto de los peregrinos ya habían salido, por la

indicación de la guía. Ellos también salieron. En lugar de dirigirse a la casa de los recuerdos y souvenirs, dieron una vuelta al edificio para contemplar con más detalle el valor arquitectónico de los contrafuertes y de las columnas. Pepe se detenía cada poco tiempo para mirar cuidadosamente los relieves y los capiteles. En una de esas paradas, Fernanda Lucía, se acercó todavía más y le besó cariñosamente en la mejilla. El sacerdote se lo agradeció acariciando su mano, pero sin volverse hacia ella.

La joven americana miró hacia los lados para comprobar la presencia de otros peregrinos. Al ver que estaban solos, se colocó frente a su acompañante, le cogió el rostro con las dos manos y le besó suavemente en la boca. Le miró a los ojos, para ver la reacción del sacerdote. Este sonrió. Como respuesta, Fernanda Lucía volvió a besarle más apasionadamente. Él colaboró. Pero tuvieron que recomponer la figura al oír los ruidos de otros peregrinos que se acercaban.

5.9

Cuando Doña Mercedes y su hija llegaron a la iglesia templaria de Santa María de Eunate, ya se habían terminado las visitas guiadas y apenas quedaban peregrinos. Ella lo agradeció. Lo que debía hacer allí ya lo sabía de sus viajes anteriores, sin que nadie tuviera que decírselo. Cogió a su hija de la mano y se acercaron hasta la fila de los arcos que rodean el templo. Se paró para quitar los mocos a Merceditas y colocar con cariño los pelos que la caían sobre la frente. Juntas entraron y salieron por cada una de las puertas bajo los arcos. Se acercaron a la imagen de la virgen y se arrodillaron tres veces cada una doblando sólo la rodilla izquierda.

 Apóstol Santiago, a ver cuándo se ablanda tu duro corazón en favor de mi hija. Nosotras ya estamos haciendo todo lo que tenemos que hacer.

5.10

Fernanda Lucía y Pepe caminaban sin hablarse después de la impresión que había dejado en los dos la inesperada manifestación afectiva. Tomaron directamente el camino hacia Puente la reina sin detenerse a comprar ningún souvenir. Sin embargo, desde la puerta del local de venta, le gritó la guardiana del templo y vendedora de los recuerdos.

 ¿No se llamará Vd. Marcos Evangelista?

 No. Yo no me llamo así.

 Perdóneme. Es que tengo que dar un recado a un señor con

ese nombre.

5.11

Eran ya casi las tres cuando la esposa de Federico volvió al albergue. Venía con su ropa excesivamente adornada y sus tacones muy altos. Los peregrinos que estaban en la recepción se separaron y miraron con sorpresa su imagen tan diferente al resto de los allí presentes.

 Vengo a buscar a mi marido.

 No se ha apuntado todavía ninguna persona con el nombre de Federico. -contestó el hospitalero.

 Ya son más de las dos y media.

 Quizá se haya quedado en una localidad anterior o quizá ha pasado de largo para darse más prisa.

 ¿Dónde puedo esperarle?

 Donde Vd. quiera. Si llega, yo le daré el mensaje de que Ud. está aquí.

 ¿Puedo sacar esta silla al otro lado de la calle y sentarme debajo de aquel árbol?

 Por supuesto. Si quiere, la ayudo.

 Puedo hacerlo yo. Muchas gracias.

5.12

Como Fernanda Lucía había quedado en cenar esa noche con su ya íntimo acompañante, adelantó la lectura de la carta de su antepasado. Tras tender la ropa lavada para que se secara aprovechando el sol y el viento suave, sacó el pergamino correspondiente. El ruido de los muchos peregrinos que estaban hablando junto a sus literas, le impidió concentrarse. Prefirió salir, cruzar la calle y sentarse debajo de un árbol, enfrente de la señora elegante que se había quitado también el sombrero para beneficiarse de la suave brisa.

'Muy querida e respetada esposa mía, Doña Urraca de Leguizamón.

Os envío a través de vuestro primo Alfonso García de Leguizamón aqueste sexto mensaje durante mi peregrinaje hasta la tumba del Apóstol Santiago. Lo fago desde la localidad de Puente la reina en el hospital de los peregrinos, junto al nuevo puente, mandado construir sobre las aguas del río Arga por la esposa del rey Sancho el mayor. En aquesta ocasión, non me he arriesgado a quedarme en la casa fortaleza que tiene abierta aquí la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén. Non me conviene convivir con ellos, aunque non sepan mi identidad, porque ellos son nuestros enemigos.

Estoy muy preocupado por las noticias que me transmite vuestro primo sobre vuestro estado de salud. Sólo puedo deciros que de ninguna manera debéis sentiros culpable de la muerte de nuestro fiel servidor Teodoro. Fui yo el que le pidió que viniera a recoger las misivas que deseaba enviaros.

Debo deciros, además, que non sólo soy culpable de aqueste nuevo infortunio. Quizá pequé por omisión cuando me casé con vos e non os dije que mi familia estaba marcada por el fatalismo e por el destino trágico.

En alguna otra ocasión, os he comentado cómo los males e las tragedias se han acumulado sobre los miembros de mi familia desde que mi abuelo asumió el compromiso de custodiar el Santo Grial de Santiago de las manos del último Gran Maestre de la Santa Orden de los Caballeros Templarios.

Debo deciros agora que ese non es el único motivo por el que la divina providencia ha determinado non amparar a los miembros de mi familia de los males que a todos nos acechan. Estoy seguro de que Dios padre todo poderoso está descargado su ira contra los descendientes de mi aludido abuelo por su desordenada vida.

Cuando él recibió el Santo Grial e se comprometió a restaurar la Santa Orden del Temple, era sacerdote. Hasta que se instaló en esas tierras que agora son el solar familiar, fue fiel a sus votos religiosos. Pero, al poco tiempo de llegar ahí, se dejó seducir por los pecados de la carne. Vivió amancebado con una mujer de vida perversa. También él mesmo se introdujo en las costumbres contrarias a los mandamientos de dios, opuestas a los Santos votos e compromisos que había adoptado al facerse sacerdote.

Además del pecado de la carne, mi abuelo realizó negocios non muy limpios que le permitieron acumular una gran cantidad de riquezas cometiendo injusticias e perjudicando a personas inocentes que quedaron en la miseria por su culpa.

Durante toda su vida, vivió en pecado e sólo al final cuando ya sufría la enfermedad familiar, se preocupó de arreglar el estado de su vida para que el mío padre e sus descendientes hayamos podido vivir dignamente. Entonces, adoptó el nombre de Arcentales por ser ese el lugar donde definitivamente se había instalado. Además, compró con dinero, aunque legalmente, el rango nobiliario que agora tenemos.

Aquestos son los pecados que agora estamos padeciendo todos los miembros de aquesta familia. Sé que es justo que yo padezca tales penas, porque soy descendiente del pecador. Pero soy consciente de la injusticia que significa que vos sufráis también esas consecuencias. Por

aquesta razón, os estoy todavía más agradecido por vuestro noble e tan generoso comportamiento.

Os recuerda e os estima el vuestro esposo fiel, Juan de Arcentales.

5.13

 ¡Señor Evangelista, tengo un Mensaje para Vd.!

El hospitalero de Puente la reina estaba anotando en el registro los nombres de los peregrinos que llegaban y les indicaba que podían entrar a ocupar las últimas literas que quedaban. Esa tarde andaba pendiente de la llegada de dos peregrinos a los que tenía que dar sendos mensajes. Había apuntado sus nombres para no olvidarse, De todos modos, el nombre de Marcos Evangelista era lo suficientemente llamativo como para recordarlo en cuando lo viera escrito en la credencial.

 ¿Para mí? -preguntó Lucas Lope de Arcentales que todavía no se había acostumbrado a que le llamaran por el seudónimo.

 Es un mensaje de un señor que se llama Miguel Angel. Era un señor mayor pero con el pelo bastante largo. Vestía pantalón vaquero a pesar de sus años. Me ha dicho que le espera mañana a las cinco en punto de la tarde junto a la escalera del coro de la iglesia de san Pedro de la Rúa en Estella. ¿De acuerdo?

 ¿Sólo ha dicho eso?

 Sólo ha dicho eso. ¿Ha pasado Vd. por Santa María de Eunate?

 No. Estaba muy cansado, respondió el falso señor Evangelista tratando de excusarse.

 En Santa María de Eunate, le ha dejado el mismo mensaje, por si no pasaba por aquí. Creo que tiene muchas ganas de hablar con Vd.

 Muchas gracias.

Al quedarse libre el hospitalero, se le acercó de nuevo la elegante y presumida esposa de Federico. Traía en la mano la silla en la que había estado sentada debajo del árbol.

 ¿No habrá entrado mi marido por otra puerta?

 Al albergue sólo se puede entrar por esta puerta. Además, yo no he registrado su nombre. Ya le he indicado antes que se ha podido quedar en algún albergue anterior o haber seguido hasta el próximo.

 Si le ve, dígale que no se va a librar de mí. Le seguiré hasta que le encuentre. Mañana estaré en Estella y allí espero verle.

6.- DESEO

6.1

Por primera vez en su recorrido, Doña Mercedes y su hija lograron dormir en cama en el albergue de Puente la reina. Cuando llegaron, ya mediada la tarde, quedaban libres dos camas. Las dos eran de arriba y en dos literas algo alejadas. Merceditas eligió la que estaba más cerca de los servicios. La otra estaba encima de la ocupada por Marcos Evangelista. También por primera vez, tuvieron tiempo para ducharse con agua caliente.

A la mañana siguiente, fueron las primeras en levantarse, bastante antes de que amaneciera. Lo hicieron con mucho ruido, lo que provocó el reproche de otros peregrinos. La madre, a causa de sus gorduras, tuvo numerosas dificultades para bajarse de la litera. Pisó a los peregrinos que estaban en las dos camas de abajo cercanas y casi se cayó sobre Lucas Lope de Arcentales, que estaba todavía dormido. Cuando fue a despertar a Merceditas, casi tuvo que gritar porque la joven estaba en el mejor de sus sueños. Le acarició para separar los pelos mal peinados y la besó en la frente con cariño.

 Tenemos que visitar la iglesia del Santo Cristo. Es el Cristo doloroso más real y verdadero de todo el Camino de Santiago y de toda España. Este es el único que puede obligar al perezoso y egoísta Apóstol para que se ocupe de ti de una vez.

6.2

La policía secreta Marta Martín se peinó con más cuidado ante el espejo lleno de vapor de los servicios del albergue de Puente la reina. Se acercó para comprobar que su piel había cogido un tono más oscuro por el sol y el viento de los días que llevaba recorriendo el Camino. No le disgustó su imagen, pero hubiera preferido tener allí todos los instrumentos y cremas que utilizaba en casa los días que deseaba destacar sus encantos.

Durante la noche, había decidido establecer contacto más directo con el cura José María Aguirre e intimar todo lo que fuera posible. El primer objetivo era llegar a un conocimiento mutuo como base para hacer planes más concretos en los próximos días. Como táctica para lograr ese acercamiento, le confesaría su auténtica misión. Sería fácil ponerse de acuerdo en trabajar juntos. Era lo más adecuado y lo más eficaz para los dos. En ese trabajo en común habría muchas ocasiones para acercarse físicamente.

Tampoco era conveniente dejar ver sus preferencias desde el principio. Estaba segura de que a los hombres como él no les gustaba que las mujeres se insinuasen.

Salió de los servicios con la intención de poner en marcha su plan de modo inmediato. Subió a recoger la mochila. No se la colocó en la espalda. La llevó en la mano hasta el comedor comunitario. Al llevar, miró en las distintas mesas.

 ¡Maldita sea! Están los dos juntos.

En la mesa cercana a la pared, estaban Fernanda Lucía y el sacerdote. Prácticamente habían terminado de desayunar. Tenían, al lado, los recipientes vacíos de dos yogoures y los envoltorios de varias pastas.

 ¡Se están acariciando, los muy cabrones!

Marta Martín presumía de no decir palabrotas ni expresiones fuertes a pesar de ser policía. Hacía un esfuerzo para diferenciarse del resto de sus compañeros de ambos sexos. Pero esta expresión le salió espontáneamente al comprobar que sus vigilados tenían sus manos juntas, con los dedos entrelazados. Instintivamente se separó para no ser vista. Tuvo que colocarse en la mesa en la que estaba sentado Toni Miranda terminando su desayuno improvisado.

 ¡Tienes que intensificar la vigilancia sobre la chica esa americana!

 ¿Qué crees que estaba haciendo hasta que te has sentado tú enfrente y no me dejas verla?

 ¿Has descubierto ya algo sobre ella?

 No tengo que descubrir nada. Sólo tengo que protegerla. Los descubrimientos son para ti.

 Creo que te sería muy útil intimar con ella.

 ¿Estás queriendo decir que debo ligármela?

 No creo que ahora te entren escrúpulos de conciencia por ligarte a una jovenzuela.

 ¡Se van! Te dejo. Me voy tras ellos.

 Tampoco tengas tanta prisa.

 ¿En qué quedamos? ¿No me has dicho que me la ligue?

 Anda. ¡Vete!

 Nos vemos en el albergue de Estella.

6.3

Cuando Doña Mercedes y su hija salían de la Iglesia del Apóstol Santiago, en la calle mayor de Puente la reina, se encontraron con Lucas Lope de Arcentales, que caminaba con prisa. El no hizo ningún ademán de detenerse, pero la anciana se dirigió a él con

decisión.

 ¿Qué? ¿Tiene prisa por llegar a Estella?

 Un poco, sí.

 En el camino de Santiago, la prisa es mala. Ni la tumba del Apóstol ni el fin de la tierra se van a mover.

 Tengo un recado que hacer en Estella.

 Ya me puede perdonar que le haya pisado al bajar de la cama.

 No tiene importancia. Ud. también tenía mucha prisa a pesar de lo que dice ahora.

 Esta noche ha dado muchas vueltas. Se ve que las preocupaciones no le han dejado dormir.

 Si Vd. lo ha oído, tampoco ha dormido.

 Mi preocupación es mi hija. Cuando yo me muera, no va a tener quien la cuide. Y el cabrón del Apóstol Santiago se niega a hacer un milagro para que se pueda valer por sí sola.

 Si le llama cabrón, no puede hacer el milagro.

 ¿Su preocupación cual es?

 El cansancio del camino, -dijo el veterano peregrino, tratando de disimular.

 El que guarda las preocupaciones, nunca se libra de ellas.

 En las preocupaciones que tengo, no me puede ayudar ni Vd. ni el 'cabrón' del Apóstol.

 Aunque no lo parezca, yo entiendo mucho de negocios. Le puedo aconsejar.

Lucas Lope de Ancertales, que había acelerado el paso, se detuvo en seco y volvió a dirigirse a la anciana.

 ¿Por qué sabe Ud. que estoy preocupado por un negocio?

 No lo sabía. Simplemente, lo he supuesto.

 Seguro que sabe más de lo que dice.

 He supuesto que a su edad ya no tiene preocupaciones por las mujeres. Tampoco parece que tenga mala salud. Luego, está preocupado por el dinero.

 Bueno. Nos veremos en Estella.

 No se preocupe. Los problemas de dinero son los que mejor se solucionan.

Marcos Evangelista se distanció de las dos mujeres. Doña Mercedes tuvo que volver para recoger a su hija, que se había quedado entretenida con unos papeles de colores encontrados en el suelo.

6.4

 Vas muy callado, -dijo Fernanda Lucía a su acompañante a

los pocos kilómetros de salir de Puente la reina hacia Estella siguiendo los senderos y atajos marcados por las flechas amarillas del Camino de Santiago.

El sacerdote iba metido en sus preocupaciones. Le hubiera gustado estar alegre y contento, disfrutando del extraordinario paisaje que se veía a ambos lados del camino. Pero sus pensamientos se imponían a esos deseos.

Su primera preocupación era la relación con la joven que caminaba a su lado. Hacía muy poco tiempo que había decidido alejarse de ella y realizar su misión de vigilancia a distancia. Se había prometido a sí mismo sujetar sus sentimientos y, sobre todo, sus instintos. Pero en las últimas horas, había llegado a tener con ella las mayores intimidades de su vida con una mujer.

Tampoco es que debiera andar atormentado por lo que había hecho. Ya no era un niño. En sus años de sacerdocio, tanto en Barcelona como en Roma, había conocido casos de compañeros mucho más escandalosos.

 'Escandalosos' no es la palabra, -se dijo a sí mismo el sacerdote José María Aguirre.

En realidad, él no había hecho más que unas caricias bastante inocentes y unos besos un poco apasionados. Lo que le preocupaba era la trayectoria que iba tomando esa relación. Siempre había presumido ser una persona racional y previsora. Incluso algunos compañeros de trabajo le tomaban el pelo diciendo que todo lo tenía calculado y previsto. Sin embargo, en esta ocasión, se estaba dejando llevar por un sendero cuya meta era desconocida.

Por otra parte, estaba la preocupación sobre el desarrollo de la misión que le había traído a realizar el Camino de Santiago. Para el patrimonio artístico e histórico de la Iglesia católica, era muy importante recuperar, después de tantos siglos, el Santo Grial del Apóstol Santiago. Por supuesto, él era consciente de que no existía ninguna base histórica que asegurar su autenticidad. Incluso podía afirmarse con rotundidad que no era el vaso utilizado durante la última cena antes de que Jesús fuera crucificado. De todos modos, era una reliquia de extraordinario valor tanto material como simbólico.

La Secretaría Vaticana de Patrimonio Artístico, de la que él era subdirector en Roma, tenía un gran interés en conseguir que esa reliquia llegase a ser depositada en el museo de la catedral de Santiago de Compostela. Su misión consistía en asegurar que esa entrega tuviera lugar. Tenía que mantenerse a distancia, controlándolo todo, sabiendo en todo momento dónde estaba la

reliquia, evitando que hubiera algún percance, pero sin intervenir directamente. El mismo había prometido a sus superiores que se mantendría en la sombra.

Oficialmente el Vaticano no tenía ningún conocimiento de esa entrega. Habían sido los servicios secretos de inteligencia, que funcionaban principalmente dentro de la iglesia norteamericana quienes habían detectado esa operación y concretado su misión. Las dos preocupaciones confluían, en ese momento, en la relación que estaba iniciando con Fernanda Lucía. Las dos se mezclaban en el mismo conflicto. Y las dos le obligaban a ir ensimismado durante esos kilómetros del camino sin mantener ningún tipo de conversación con su joven acompañante.

6.5

Doña Mercedes y su hija hicieron una nueva parada antes de salir de Puente la reina. Se detuvieron nada más pasar el puente que da nombre a la población y que recuerda la intención de la reina promotora de ayudar a los peregrinos a pasar el río Arga. Bajaron las dos hasta el borde del agua.

 Si quieres, puedes meter los pies en el agua para refrescarlos.- Recomendó la anciana a su hija- Tenemos que esperar a que venga un pajarito a beber en el río. Trae buena suerte. Hace tiempo, en uno de los arcos del puente, había una estatua de la virgen. Un pajarito venía todos los días, mojaba sus alas en el agua del río y quitaba el polvo que se había acumulado en la imagen.

6.6

 Tú tampoco estas hoy muy habladora, -contestó el sacerdote al reproche que le había hecho Fernanda Lucía sobre su actitud de silencio durante el camino.

También la joven americana estaba ensimismada en sus preocupaciones mientras caminaba al lado o un poco detrás de su acompañante. Una vez solucionados sus problemas con el excesivo peso de la mochila y aprendidos los remedios para curar las ampollas de los pies, sus pensamientos estaban ya centrados en la realización de la misión que le había encomendado su padre.

La otra preocupación era su novio americano. Más exactamente, era su propio comportamiento hacia él. Hacía ya varios días que no pensaba en él, a pesar de lo que se había prometido. La falta de recuerdos era sólo una manifestación del mal momento por el que pasaba su relación. Llevaban cuatro meses manteniendo relaciones sexuales. Todavía no habían hablado de poner fecha a su

compromiso matrimonial, pero ambos pensaban que su relación era definitiva. Pero los sentimientos que, en ese momento, estaba sintiendo hacia su compañero en el camino de Santiago sobrepasaban el compromiso adquirido.

Además, estaba la edad. No sabía con exactitud los años que podía tener Pepe. Podían ser treinta y cinco o treinta y seis. Quizá treinta y ocho. Desde luego, no llegaba a los cuarenta. Es decir doce o, como máximo, quince más que ella. Tampoco eran tantos. A la edad, se unía el desconocimiento total sobre su persona, su oficio, su familia.

 ¿Nos sentamos un momento? Creo que se me ha metido una piedra en la bota, -sugirió Fernanda Lucía agarrando del brazo a su acompañante para retenerle.

 Es mejor que terminemos esta subida. Allí tendremos una vista mucho más bonita, -contestó Pepe.

6,7

Federico se había quedado esa noche en un hostal en Puente la reina. Era la primera noche que lo hacía desde que había comenzado el Camino de Santiago. Desde luego, no tenía la menor idea que coincidía con el día elegido por su esposa para darle la sorpresa de visitarle. Simplemente estaba harto de tener que recluirse a horas tan tempranas como las establecidas en los albergues.

 Al fin y al cabo, yo me he comprometido a recorrer el Camino desde Roncesvalles hasta Santiago. También me he comprometido a conseguir los certificados de haber confesado. Las dos cosas las estoy cumpliendo. No me he comprometido a dormir en los albergues y menos en los pasillos de los albergues.

Era el argumento que Federico se iba dando a sí mismo, mientras se duchaba cómodamente en la habitación del hostal sin tener que esperar a que los servicios comunes quedaran libres. Incluso se afeitó y se perfumó con comodidad, como a él le gustaba.

Después, se dirigió a la iglesia de San Pedro para lograr el certificado de haberse confesado. Eligió esa iglesia porque no estaba recomendada en los recorridos turísticos y era de esperar que estuviera más tranquila.

Estaba tan tranquila que no había nadie a pesar de estar abierta. Después de dar varias vueltas por el templo, intentó entrar en la sacristía. Si encontraba un sello de la parroquia, él mismo podía hacerse el certificado de confesión. Al fin y al cabo, intención de hacerlo sí que había tenido. Pero la sacristía también estaba

cerrada.

En una casa cercana, le indicaron dónde vivía la sacristana. Para convencerla de que se acercara a la iglesia, tuvo que darle una propina. Después, como no encontraron al párroco, le dio otra cantidad complementaria para que pusiera un sello oficial en el papel que él mismo escribió indicando que había realizado una confesión completa de sus pecados.

6.8

Lucas Lope de Arcentales hizo el camino entre Puente la reina y Estella sin realizar ninguna parada. Ni siquiera entró en el servicio de ningún bar de los pueblos que atravesó para aliviar sus necesidades fisiológicas. Las alivió en una ladera, al lado del camino, debajo de un árbol para perder menos tiempo.

Tenía prisa por llegar al albergue y tener tiempo para prepararse antes de la entrevista que debía mantener a las cinco de la tarde con el comprador de obras de arte robadas. Si le había dejado ese recado con las señales tan precisas para reunirse en secreto, era una clara señal de que había cambiado de idea y deseaba comprar. Si el problema era la cantidad a convenir, Lucas estaba dispuesto a aceptar un regateo. Estaban hablando de unas cantidades tan elevadas que perfectamente se podía arreglar con algo menos. En lo que debía ser inflexible era en las medidas de seguridad. En eso, no aceptaría ningún riesgo. Con esa operación, deseaba retirarse. Le preocupaban poco las polémicas familiares. La consideración de pertenecer a la rama bastarda de la familia de los Arcentales estaba ya absolutamente superada en su pensamiento. Desaparecería en unión de su hermano, que era su único pariente vivo. Además, con ellos, terminaba la familia de los Lope de Arcentales. Los dos estaban enfermos, sobre todo, el hermano. Deseaban vivir a gusto los años que les quedaran. Pero sin que la policía les molestara. Buscarían un nuevo nombre, algo menos aparatoso que el que estaba usando en el Camino de Santiago.

 Llamarse Marcos Evangelista es demasiado llamativo. Pero tiene la ventaja de que nadie puede sospechar que es falso por ser tan evidente.

6.9

Al poco tiempo de abrir el albergue de Estella, se presentó la esposa de Federico para preguntar por su marido. Llevaba un vestido igualmente llamativo por unos lazos en forma de flor.

 ¡Señorita, vengo a buscar a mi marido!

La experiencia del día anterior le había proporcionado una gran seguridad. Se dirigió a la hospitalera sin dudar y no se preocupó por las miradas de los peregrinos. Ni siquiera esperó a que la joven responsable del albergue le hiciera las siguientes preguntas.

 Es un peregrino de mediana edad que se llama Federico. Voy a estar todo el tiempo frente a la puerta hasta que llegue. Pero si entra sin que yo le haya visto, dígale, por favor, que estoy esperándole.

 Tenga en cuenta que puede parar en algún albergue anterior o seguir hasta alguna localidad próxima.

 Me he informado de que Estella es una de las localidades más importantes del Camino de Santiago. Por lo tanto, parará aquí. ¿Me hará el favor de avisarle?

 ¿Cómo ha dicho que se llama?

 Federico ¿Puedo sacar una silla para sentarme frente a la puerta?

 Hay un banco corrido en el otro lado de la calle.

 Es muy incómodo.

 Lo siento. El Camino de Santiago no es para estar cómodos.

 De todos modos, muchas gracias. Estaré enfrente de la puerta.

6.10

Los dos policías volvieron a coincidir, por la tarde, en el albergue de Estella. Toni Miranda había llegado antes. Realizó todo el recorrido a una distancia prudencial de la joven americana. Nunca se acercó a ella. Tampoco se distanció lo suficiente como para perderla de vista, salvo en los momentos en que se detuvo para tomar un refresco y algo de comida.

Marta Martín llegó muy cansada, tras realizar toda la jornada en solitario. Había rechazado, incluso en ocasiones con malos modales, la compañía de otros peregrinos que se habían brindado a acompañarla y darle conversación. Atribuía su cansancio a que le había llegado la regla. Pero admitía también que su mal humor y su enfado al comprobar la intimidad de las relaciones entre la joven americana y el sacerdote apuesto influía mucho.

 ¿Ya has intimado con la yanqui?, -preguntó Marta Martín a su compañero, que estaba colgando en el secadero la ropa que había lavado.

 ¡Estás obsesionada con que me la ligue!

 Sólo lo digo para que puedas vigilarla mejor.

 De todos modos, es imposible. No se separan ni un sólo instante.

 ¡Ese cura tiene malas intenciones!

 Nunca te puedes fiar de un cura, ni decir que no es tu padre.

 No lo digo en ese sentido. Si pertenece al departamento vaticano de patrimonio artístico, es posible que quiera apropiarse de la reliquia.

 Eso es pensar que es un cura demasiado perverso. Además de mujeriego, ladrón.

 Yo no he dicho que sea ninguna de las dos cosas. Sólo te estoy dando pistas para tu investigación. Te voy a dar un detalle de lo mal que la llevas. ¿Sabes dónde está la reliquia?

 Supongo que la lleva en la mochila.

 ¡No seas ingenuo! ¿Cómo va a llevar una cosa tan valiosa en una mochila? ¿No te has fijado en que la deja encima de la litera sin ninguna preocupación?

 ¿Entonces, dónde la lleva?

 Quizá no la lleva encima. Quizá se la tienen que entregar. Quizá... Hay muchos quizás. ¿Te das cuenta como no tienes ni idea de lo que pasa al rededor de la persona a la que tienes que vigilar?

 Tengo la misma idea que tú.

 Tendremos que establecer una estrategia común para enterarnos.

 ¿Qué estrategia?

 Piénsalo. Voy a ducharme. Huelo que apesto.

Toni Miranda se quedó mirando a su compañera mientras se alejaba. Pensó que, a pesar de tener más años, preferiría acostarse antes con ella que con la jovencita americana. Como si intuyera su pensamiento, Marta Martín se volvió y le hizo un gesto para indicarle que empezara a pensar en la estrategia a seguir.

6.11

En el teléfono móvil de Fernanda Lucía sonó el indicador de que llegaba un mensaje. No resistió la curiosidad. Lo sacó del bolsillo exterior de la mochila y lo leyó.

‘Muy enfadado. No tener noticias tuyas. Si no me dices dónde estás, cogeré un avión e iré a vigilarte, Dime dónde estás y qué haces. Todo. M. Jr.’

La joven americana sonrió levemente. Le gustó, de nuevo, que su novio sintiera celos de ella. Pero no respondió al mensaje. Desconectó el teléfono. Sus sentimientos estaban, en ese momento, demasiado complicados.

6.12

Lucas Lope de Arcentales llegó a la Iglesia de San Pedro de la Rúa con mucho tiempo de antelación. Subió con fatiga las muchas escaleras que conducen a su puerta. Miró, antes de entrar, el panorama. Se detuvo contemplando la fachada y su aspecto de fortaleza militar más que de templo religioso. Una vez dentro, buscó inmediatamente la escalera del coro.

 ¡No es una escalera de caracol! Esto traerá mala suerte.

Se colocó en un lugar casi oscuro, para pasar desapercibido y poder ver sin ser visto. En aquella hora de la tarde, no entraba a la iglesia más que algún turista despistado o algún peregrino con curiosidades artísticas. Tuvo que esperar poco tiempo.

 Lucas,....

 Chisss. Hemos quedado en que nada de nombres. Yo soy Marcos Evangelista.

 Dejémonos de protocolos. He venido a decirte que acepto el trato.

 ¿Lo aceptas con todas mis condiciones?

 Casi todas.

 ¿Cuales no aceptas? ¿Cuánto dinero estás dispuesto a dar?

 Un millón y medio de euros como máximo.

 Tienen que ser dos millones por lo menos.

 En eso, no vamos a discutir, Hay otra condición.

 ¿Cuál?

 ¡Tienes que entregarme la reliquia ya!

 Eso no puede ser.

 ¿Por qué no?

 No la tengo todavía.

 Me exigen que entreguemos la reliquia ya. Si no, no hay trato.

 ¿Quién te lo exige?

 Eso no te lo puedo decir. Los compradores de estas obras siempre son secretos.

 No me vengas con líos. ¡Eh! Si me vienes con líos, no hay trato.

 En estos negocios en los que se mueve mucho dinero, siempre hay líos y riesgos.

 Si hay líos y riegos, no hay negocio. Ya se la venderé a otro.

 ¡No te enteras! Ya no hay marcha atrás. Quieren la reliquia ya. ¡Inmediatamente!

 Ya te he dicho que no puedo entregarla ahora.

 Entonces, nos vemos mañana en la iglesia de San María de los Arcos. A la misma hora y también junto a la escalera del coro.

 Mañana tampoco puedo entregártela.

 No puede haber más plazo. Pasado mañana a las cuatro de la tarde junto a la escalera del coro de la iglesia de Santa María de Viana. Si no puedes entregar el Santo Grial, lleva al menos una señal. Los compradores no quieren bromas.

Sin dar opción a más conversación, el comprador de obras de arte robadas se levantó y se dirigió con decisión hacia la puerta de salida de la iglesia.

 ¡Miguel Ángel!, -le llamó asustado Lucas Lope de Arcentales.

 Déjate de Miguel Ángel ni hostias. Lleva la reliquia o la señal. ¡Nos jugamos el cuello!

6.13

Marta Martín decidió no salir a pasear ni a cenar esa noche. El período le provocaba siempre muchas molestias. Prefería acostarse pronto. Aunque no durmiera, descansaría. Para rematar la jornada, antes de subir al dormitorio del albergue y después de haberse tomado un vaso de leche caliente con miel, llamó por el teléfono móvil a su compañero.

 Toni, me voy a acostar... Tengo mal cuerpo.... No seas imbécil. Estoy con el periodo... Te veo mañana antes de comenzar la jornada... A ver si, para entonces, tienes ya algún dato sobre la reliquia.... Hasta mañana. Gracias. Igualmente.

6.14

Lucas Lope de Arcentales, tras la entrevista, permaneció bastante tiempo en la iglesia de San Pedro de la Rúa. Estaba desconcertado, porque no sabía cómo interpretar las últimas palabras de su socio. Sabía únicamente que la otra rama de la familia había decidido entregar el Santo Grial en la catedral de Santiago de Compostela. Aunque su hermano mayor estaba en una silla de ruedas aquejado de una enfermedad que habían padecido también sus antecesores, no tenían ninguna otra intención que la crematística. Intentarían apoderarse de la reliquia antes de que sus 'primos' la entregaran. Tendría que vigilar a la joven y adelantarse a ella en el momento preciso.

Cuando salió del templo, comenzó a andar sin rumbo fijo metido en sus preocupaciones. Sin saber muy bien en qué dirección caminaba, recorrió algunos caminos y carreteras que rodeaban la localidad de Estella. Sin darse cuenta, volvió a una parte del camino señalado por las flechas amarillas que ya había recorrido por la mañana. Vio aproximarse a Federico y, más por necesidad que por deseo, decidió ver si podía obtener alguna ayuda.

Caminó durante un tiempo a su lado e intentó saber si él había notado algo raro en los comportamientos de la joven americana. También trató de descubrir si sabía algo sobre la historia del Santo Grial que él deseaba vender. De ninguna de las dos cosas tenía noticia el peregrino gastronómico. Sin embargo, sí que tuvo curiosidad para enterarse de la historia y características de esa reliquia obteniendo más información de la que Lucas Lope de Arcentales hubiera deseado proporcionarle.

6.15

En Estella, Fernanda Lucía también adelantó la lectura de la carta de su antepasado. El motivo fue el mismo que en Puente la reina. Había quedado en cenar con su apuesto acompañante. Incluso tenía intención de prolongar la velada todo lo posible.

'Estimada e respetada esposa, Doña Urraca de Leguizamón.

Os envío con vuestro primo Alfonso García de Leguizamón aquesta séptima misiva desde que estoy realizando el Camino de Santiago.

Os ruego que prestéis un especial cuidado a la numeración de estas misivas, con el fin de que non falte ninguna e así tengáis constancia de que nuestra comunicación non ha sido interrumpida. Esa constancia es especialmente importante en aquestos momentos en los que se están multiplicando los ataques contra nosotros.

Como os relatará también vuestro primo Alfonso, hoy he sido gravemente atacado en el camino antes de llegar a Estella. Estoy agora en el hospital de la iglesia fortaleza de san Pedro de la Rúa donde los monjes han curado mis heridas, me han socorrido e me han alimentado.

Non debéis tener preocupación por mi estado de salud. Afortunadamente e gracias a la intercesión milagrosa del Santo Apóstol, las heridas que me han causado los asaltantes non son muy graves e, por lo tanto, mi vida non corre peligro. Sólo tendrán consecuencias para la continuación de mi peregrinación ya que me veré obligado a detenerme algún día en aqueste hospital hasta que las heridas cicatricen e me encuentre con más fuerzas para continuar.

El asalto ha sido de improviso, cuando caminaba por una zona angosta e muy arbolada en las proximidades del río Arga. Me había detenido a descansar e tomar un bocado de pan con queso, cuando tres homes armados me han asaltado por la espalda. Después de apalearme e ferirme con sus espadas, me han tirado al suelo e rebuscado entre mis pertenencias rompiendo las bolsas en que guardo mis ropas e otros utensilios.

Cuando estaban muy enfurecidos por non encontrar lo que buscaban e se iban a dirigir de nuevo a mí para terminar con mi vida, el Apóstol

ha realizado un portentoso milagro. Los asaltantes han huido repentinamente e ha llegado vuestro primo Alfonso García de Leguizamón, quién me ha socorrido e al que, sin duda, debo la vida, además de a la intercesión divina.

Vuestro primo se ha mantenido junto a mí intentando que non perdiera más sangre, a pesar de que yo le insistía en que persiguiera a los asaltantes. Sin duda, movido por el deseo de garantizar mi vida, él ha argumentado que a los culpables ya les podremos alcanzar, mientras que la vida, si se pierde, nunca se puede recuperar.

La rapidez con que se ha desarrollado el ataque e la fuerza de sus golpes me han impedido a mí fijarme en los detalles necesarios para su identificación. Sin embargo, en su indumentaria he podido distinguir signos muy evidentes de que pertenecen a la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén. Siempre han sido enemigos de los templarios e, por lo tanto, de nuestra familia comprometida en la restauración de la Santa Orden del Temple.

Si aquesto es así, mis investigaciones face unos días en su sede a las afueras de Pamplona fueron erróneas. Allí me pudieron tender una trampa. Sin embargo, debemos ser muy prudentes. Los signos que identificaban a mis asaltantes como miembros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén eran tan evidentes, que también podían haber sido puestos intencionadamente para llevarnos al error e atribuir aqueste asalto a otras personas distintas de quienes la han realizado.

En consecuencia, non debemos precipitarnos. Mantengamos la confianza en Dios e también en el Santo Apóstol bajo cuya protección agora nos encontramos.

Una cosa non sólo os pido sino que os ordeno. Doblad la protección hacia vos e hacia nuestros fijos. Es muy posible que, si los asaltantes non han conseguido en mí lo que buscaban, lo intenten agora con vosotros.

En cuanto se cicatricen las mías heridas e recupere las mías fuerzas, continuaré aquesta peregrinación en la que tantas esperanzas tenemos depositadas.

Os recuerda vuestro esposo, Juan de Arcentales.

6.16

La esposa de Federico tuvo que estar esperando muchas horas sentada en el incómodo banco corrido frente a la puerta del albergue. En varias ocasiones, tuvo que entrar en el edificio con el fin de conseguir bebidas refrescantes y algo de comida. La hospitalera aprovechó una de esas entradas para advertirle que, aunque llegara su esposo, ya no tenía plaza.

Por fin, más que mediada la tarde, vio acercarse por el camino

un hombre de las características físicas de su marido. Se levantó para verle mejor. El caminante que llegaba tenía un aspecto tan deteriorado y sucio como nunca había visto en Federico.

 ¡No puede ser mi marido!

Volvió a sentarse. No se quedó tranquila. Además, había sido tan larga la espera que debía aferrarse a cualquier posibilidad. Caminó en dirección al peregrino que se acercaba. Definitivamente le reconoció. Aceleró el paso hasta alcanzarle. Federico, en cambio, quedó tan sorprendido al ver a su mujer en aquellas inesperadas circunstancias que se paró.

 ¡Por fin, te encuentro!, -dijo la esposa en un tono de censura sin inclinarse a besar o saludar a su marido con alguna muestra de afecto.

 ¿Qué haces tú aquí?, -preguntó Federico sin salir de su asombro.

 Ya lo ves. He venido a vigilarte. ¿Qué hiciste ayer?

 ¿Ayer?

 Sí, ayer. ¿Qué hiciste ayer?

 Ayer llegué a Puente la reina.

 ¡Eso es mentira!, -dijo la esposa con la satisfacción de haberle pillado según sus propias pruebas.

 Es la pura verdad. Ayer estuve en Puente la reina y, además, me confesé. Puedo enseñarte el certificado.

 A ver ese certificado. Es imposible que estuvieras en Puente la reina, porque ayer estuve yo esperándote en el albergue hasta altas horas de la noche y tú no estuviste allí.

 Es que no fui al albergue.

 ¿Dónde fuiste, entonces? ¿A una casa de....

 ¡Cálmate! Lo que tengamos que hablar ya lo hablaremos en privado.

 No sé dónde vamos a poder hablar en privado. Ya no hay plazas en el albergue.

 Iremos a un hostal. Me ducho rápidamente y salimos a cenar juntos.

La esposa siguió protestando y recriminando a Federico su conducta y la suciedad de su ropa. Pero terminó aceptando, como más razonable, la propuesta de encontrar un hostal cómodo para pasar la noche.

6.17

Quienes llegaron todavía más tarde fueron Doña Mercedes y su hija. La hospitalera les indicó, desde el principio, que ya no había

plazas y que no se aceptaban peregrinos para dormir en los pasillos. De todos modos, fue tal la insistencia de la anciana y los requerimientos en favor de su hija, que la responsable del albergue se compadeció y les dejó dormir en las camas reservadas para enfermería.

Cuando iban a entrar en esta dependencia, fueron interrumpidas por Lucas Lope de Arcentales que todavía continuaba pálido por el encargo que le había dado el comprador de obras de arte robadas.

 Señora, por favor, -dijo Lucas pretendiendo llamar la atención de la anciana que ya caminaba renqueante deseando dejar la mochila y descansar.

 ¿Qué quiere Vd. ahora?

 Tengo que consultarle un asunto privado.

 ¿Tiene que ser ahora?

 Es muy urgente.

 Tendrá que esperar a mañana. ¿No ve cómo llegamos mi hija y yo?

 De verdad, es muy urgente.

 Si es tan urgente, habérmelo expuesto esta mañana, cuando nos ha dejado con la palabra en la boca.

La anciana cogió de la mano a su hija y entró en la habitación de la enfermería. Ella ya sabía que podrían lavarse y descansar con más comodidad que los días anteriores.

6.18

En contra de su costumbre, Fernanda Lucía prefirió ese día la cama de arriba, tras mostrar también gran interés en elegir una litera que estaba algo apartada del resto. El sacerdote apuntó algún reparo, pero ella impuso su deseo.

A la hora de acostarse, la joven americana regresó del servicio después de lavarse y perfumarse, cuando ya estaba la luz apagada. Esta vez había cuidado especialmente su perfume. Nada más acercarse a la litera, se inclinó sobre su amigo y le besó varias veces en la boca aumentando progresivamente su apasionamiento. El sacerdote se mostró al principio un poco remiso, pero después fue cediendo al deseo, hasta ser el más activo.

Fernanda Lucía interrumpió bruscamente los besos y procedió a colocar en su mochila el cepillo de dientes, el jabón y el frasco que colonia que había usado. Después, recompuso su camisón y ordenó su litera. Sin embargo, en lugar de subir a la cama de arriba, se metió bajo el saco de dormir en la cama de su compañero. El sacerdote se quedó sorprendido. Pero se apartó a un lado para hacer

sitio en una cama tan estrecha. Intentando no hacer ruido para no ser descubiertos, continuaron con los besos. Más tarde, iniciaron las caricias cada vez más comprometedoras. De vez en cuando, debían interrumpir sus movimientos para no hacer ruido. Juntaron sus cuerpos. El sacerdote fue tomando la iniciativa. No pudieron desnudarse como ambos hubieran deseado. La excitación ya apenas les permitía notar si hacían ruido. Los besos y las caricias eran cada vez más compulsivos, hasta culminar su relación sexual con un apasionado aunque cauteloso y controlado orgasmo.

Tras el descanso y mientras mantenían todavía la respiración entrecortada, permanecieron con sus cuerpos unidos. Volvieron a besarse. En ese momento, eran de nuevo conscientes de los ruidos. Intentaron recomponer sus posiciones. Se colocaron bien sus ropas respectivas. Fernanda Lucía se incorporó intentando no despertar ninguna sospecha. Salió del dormitorio y se encaminó hacia los servicios para realizar la consiguiente ablución de sus partes íntimas. El sacerdote no se atrevió a moverse. Tampoco sabía, en su ignorancia sobre estas aventuras amorosas, lo que debía hacer. La joven, cuando volvió del aseo, antes de subir a la litera de arriba, se agachó para dar un último beso a su amado. Después, logró dormirse con prontitud, sin darse cuenta de que su vecino en la cama de abajo daba vueltas durante toda la noche.

7.- OTRA FAMILIA

7.1

Desde primeras horas de la mañana. Antes de que amaneciera y también antes de que se abrieran las puertas del albergue, Lucas Lope de Arcentales ya estaba esperando con su mochila totalmente preparada. Se mostraba muy inquieto. Paseaba de un lado a otro sin destino concreto. En varias ocasiones, se acercó hasta el grifo de la cocina para beber agua.

No hizo ningún caso a los primeros peregrinos que se levantaron para lavarse y desayunar. Estaba esperando a Doña Mercedes. Todos los días, era la primera en abandonar el albergue con el fin de ganar algo de tiempo, ya que, después, sus gorduras la obligaban a caminar despacio.

Sin embargo, en esta ocasión se retrasó. Estaba muy cómodamente instalada con su hija en la habitación destinada a la enfermería y deseaba aprovecharla. Merceditas se quedó pereceando un poco más y volvió a ducharse para recrearse con tranquilidad en el agua templada.

 Señora, deseo hablar con Vd., -dijo Lucas Lope de Arcentales dirigiéndose a Doña Mercedes en el mismo momento en que apareció por la puerta.

 ¡Otra vez, Vd.! Ahora tenemos que desayunar, -contestó la anciana intentando librarse de él.

 Puedo acompañarlas, si me lo permiten.

 Mi hija toma leche con chocolate y yo, té con leche.

Doña Mercedes pensó que podían redondear la estancia en el albergue siendo invitadas a desayunar. Lucas se quedó inicialmente desconcertado ante la propuesta.

 ¿No quiere que desayunemos juntos? No eche azúcar en ninguno de los dos vasos. En esa máquina, salen suficientemente dulces.

La anciana le indicó la máquina expendedora de bebidas calientes, mientras se sentaba con su hija en una de las mesas del comedor comunitario a la espera de recibir el desayuno. Ella misma recogió unas servilletas de papel y dos cucharillas de plástico. Lucas, mientras, había tenido que buscar monedas sueltas para introducir el dinero exacto.

 A Merceditas, le gustan las galletas de coco.

Doña Mercedes aprovechó el momento en que Lucas depositó los vasos humeantes con las bebidas pedidas para solicitar el desayuno

completo. Lucas se quedó, de nuevo, desconcertado ante la nueva petición, pero la anciana con un gesto significativo le indicó la otra máquina expendedora donde podían adquirirse las galletas. La hija estaba tan contenta con el servicio que recibió todo el proceso con una abierta sonrisa.

 Ahora ya puede contarme eso tan urgente que deseaba decirme ayer.

 Señora, estoy en un grave problema.

 No creo que sea tan gordo como el mío.

 ¿Vd. ha notado algo raro en esa chica americana que está haciendo el camino con nosotros? ¿Ha notado dónde esconde un objeto muy valioso que lleva consigo?

 No haga tantas preguntas a la vez. ¿Dice que hay una chica americana haciendo el camino con nosotros?

 ¡No me diga que no conoce a la chica americana!

 ¿Está aquí ahora desayunando?

 Habla con un acento inconfundible.

 ¡Ah! ¿Esa chica alta, morena y un poco rellenita?

 Esa misma.

 ¡No me diga que es americana! ¿Y qué le pasa a esa chica?

 Quiero saber si ha notado algo raro en ella.

 ¿Qué tenía que haber notado?

 Si se lo tengo que decir yo, es que no ha notado nada.

 Deme alguna pista. Igual lo he visto y no me he dado cuenta.

 Lleva una reliquia de gran valor.

 ¿Para qué?

 Era yo el que quería hacer las preguntas.

 Dígame algo sobre esa reliquia. Yo estoy buscando un milagro para mi hija. Quizá esa reliquia nos pueda servir.

 Ya veo que no me puede ayudar. Perdóneme que la haya molestado.

 A Merceditas le gustaría comer más galletas de coco.

Lucas, que ya se había levantado, se acercó a regañadientes a la máquina expendedora de galletas y sacó otro paquete. Cuando volvió a la mesa para entregárselo, Doña Mercedes intentó reanudar la conversación. Pero él se separó con amabilidad y volvió a pedir disculpas por haberse entrometido en su intimidad.

 Muchas gracias por el desayuno, señor Marcos.

7.2

 ¡Ya he recibido respuesta!

Toni Miranda se acercó a su compañera Marta Martín, cuando

ésta se hallaba terminando de cerrar la mochila en el dormitorio del albergue de Estella.

 ¿A qué respuesta te refieres?

 Ayer mismo por la noche envié un mensaje electrónico pidiendo instrucciones precisas y concretas sobre mis labores de vigilancia a la joven americana.

 ¿Cuál es la respuesta?

 Exactamente dice: 'Ud. limítese a garantizar la seguridad personal de Fernanda Lucía. No tiene que atender a ningún objeto o pertenencia suya. Sólo su seguridad'. Eso quiere decir que...

 Eso no quiere decir nada. Lo que deseamos saber es si lleva la reliquia consigo o no.

 Bueno. Yo deduzco que la chica no lleva la reliquia consigo.

 ¿Entonces, dónde está?

 Atiende. Debemos ir por partes. Si no hay que vigilar nada de lo que lleva, es que no lleva nada de gran valor. Por lo tanto, ella no lleva la reliquia.

 Si no lleva la reliquia, ¿qué hacemos aquí?

 Yo tengo que vigilar su seguridad personal. El problema de la reliquia es tuyo.

 Otra pregunta. Si ella no tiene la reliquia, ¿cómo la puede entregar en la catedral de Santiago?

 Se la entregarán durante el camino. O la encontrará. La tendrá guardada en la caja fuerte de un banco. Si tiene mucho valor, estará muy bien guardada.

 Eso es lo primero que tenemos que descubrir.

 Lo tienes que descubrir tú. Yo tengo que seguir mi misión. La respuesta es clara. Me tengo que preocupar sólo de la seguridad personal de la chica. Así que voy a ver qué hace.

7.3

Cuando Fernanda Lucía se despertó, Pepe ya estaba casi vestido. Ella, en la cama de arriba, se estiró para desperezarse del profundo sueño que había tenido durante toda la noche. Sonrió a su compañero y se acercó para besarle. Él, en cambio, tomó medidas de precaución para no ser visto. Para evitar nuevas intimidades, el sacerdote se dirigió al comedor advirtiendo a su compañera que no tardara mucho.

En el pasillo, continuaba paseando Lucas Lope de Arcentales, metido en sus pensamientos y preocupaciones. Reaccionó inmediatamente ante la aparición del sacerdote. Comprobó que estaba solo y aprovechó la ausencia de la joven para abordarle.

 Deseo hablar un momento con Vd.

 Voy a preparar el desayuno. Tengo un poco de prisa.

 Debemos aprovechar este momento, porque deseo hablarle sobre su compañera.

 ¿Sobré qué compañera?

El sacerdote reaccionó con nerviosismo. Inmediatamente le asaltaron la mente mil fantasmas, todavía impresionado con la relación sexual que, por primera vez en su vida y en contra de sus compromisos sagrados, había mantenido esa noche.

 Me refiero a la joven que le acompaña.

 No es mi compañera. Es una peregrina más. La he conocido en el Camino.

 Antes de que aparezca, porque no puede vernos juntos. ¿Qué sabe Vd. de la reliquia que lleva?

 ¡No sé de qué me está hablando!

Cualquier psicólogo hubiera sabido interpretar el nerviosismo con que volvió a reaccionar Pepe. Quedó absolutamente sorprendido de que alguien sacara el tema de la reliquia, que debía ser un absoluto secreto para todos.

 Vd. está mucho tiempo con ella, tiene que saber que lleva una valiosa reliquia para entregarla en la catedral de Santiago.

 Le aseguro que no sé absolutamente nada de ese tema, Además, esa señorita está a punto de venir a desayunar y Vd. no quiere que le vea hablando conmigo.

 Está bien. Una cosa deseo decirle. Puedo pagar muy bien cualquier dato sobre esa reliquia. Necesito esa información con mucha urgencia.

 No insista. Ya le he dicho que no sé nada sobre esa reliquia.

 Si no lo sabe, lo puede descubrir. ¿En qué albergue van a parar esta tarde?

 Nos quedaremos en Los Arcos.

 Procure enterarse de todo lo que pueda. Hay mucho dinero por medio. Nos veremos en el albergue de Los Arcos.

Lucas Lope de Arcentales se separó tratando de disimular. Pepe completó la preparación del desayuno y se sentó para esperar a Fernanda Lucía. Cuando ésta llegó, dejó la mochila junto a la mesa. Antes de sentarse, volvió a besar en la boca a su compañero. Este reaccionó de nuevo con nerviosismo.

 No podemos seguir comportándonos así.

 ¿Por qué no?

 Estamos en el camino de Santiago. Nadie hace esas cosas.

 ¿Qué pasa? ¿No te ha gustado lo de esta noche?

 El camino de Santiago es....

 Contéstame. ¿Te ha gustado o no?

 Por supuesto, me ha gustado, pero...

 Eso es lo que importa. Nos amamos. Mírame a los ojos.

El sacerdote casi no había levantado la cabeza durante toda la conversación. Ella le cogió la mano y se la acarició, obligándole a mirarla.

 Si nos amamos, ¿por qué no nos vamos a besar? Seguro que al Apóstol Santiago no le parece mal.

 Es que vamos demasiado deprisa.

7.4

Federico tuvo que madrugar. Su esposa se empeñó en poner el despertador a las seis de la mañana. Había leído en una guía de los peregrinos del Camino de Santiago que ésa era la mejor hora para iniciar cada mañana la caminata. Tomaron un desayuno muy convencional en el mismo hostal y le ordenó iniciar el camino. La esposa no se separó de la puerta hasta que Federico tomó el destino señalado por las flechas amarillas.

La cena también había sido moderada y tranquila. La esposa decidió quedarse en el comedor del hostal, alegando que su marido tendría que estar cansado por los muchos kilómetros que recorría cada día. Ella también determinó lo que debían comer: Sopa de primer plato, pescado al horno, de segundo, y algo dulce, de postre. Autorizó que su marido tomara un vaso de vino, pero no consintió que bebiera una copa de patxarán tras el café. Además, el café tuvo que ser descafeinado para evitar que se desvelaran y tardaran en dormirse.

Toda la conversación, dirigida por la esposa, fue un auténtico interrogatorio sobre los más pequeños detalles en el desarrollo de la peregrinación. Desde luego, analizó muy detenidamente los certificados sobre los sitios en que se había confesado. Curiosamente, el que le produjo menos sospechas fue el conseguido el día anterior en Puente la reina y que había sido falsificado bajo soborno. Federico expuso la conversación que había mantenido sobre la valiosa reliquia que llevaba la joven americana. Sacó ese tema de conversación como recurso y, para su sorpresa, provocó una gran curiosidad en la esposa.

 ¡Cómo no vas a saber el nombre de ese señor que la quiere vender! Si te hizo todas esas confidencias, es porque tiene una gran confianza contigo.

 En el camino, se hacen amistades muy estrechas sin saber

siquiera el nombre. Se establece una especie de hermandad.

 Esa no era una conversación de hermandad. Ese hombre deseaba hacer un negocio con esa reliquia. Debemos aprovechar esta oportunidad. Seguramente tiene prisa por vender, y podemos adquirirla a un precio ventajoso.

 A mí, sólo me preguntó si había notado algo raro en la joven americana.

 Pareces tonto. Tenías que haberte enterado de muchas más cosas. Te lo digo. Ese hombre está tramando algún negocio sucio.

 Mejor para él.

 No. Mejor para él, no.

 Entonces, peor para él.

 No te enteras de nada. Si ese hombre quiere hacer un negocio sucio para aprovecharse de la chica americana, nosotros.... bueno, tú tienes que aprovecharte de él. Ya sabes el refrán: Quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón.

 ¿Se puede saber qué quieres decir? Yo he venido a este Camino para confesarme. No me metas ahora en otros líos.

 Lo único que te he dicho es que tenías que haberte enterado de más detalles. Y como todavía hay tiempo, cuando te encuentres con él, con disimulo se lo preguntas.

Cuando volvieron a la habitación del hostal para acostarse, la esposa insistió en que debía entrarse de más detalles sobre la reliquia. El peregrino gastronómico intentó convencerla para que, ya que estaban juntos y tenían que dormir en la misma cama, aprovecharan para hacer el amor.

 De eso, nada. ¡Hasta Santiago de Compostela, no hay nada que hacer!

7.5

Fernanda Lucía había tomado ya por costumbre leer las misivas de su antepasado a primera hora de la tarde. Era un momento de descanso muy propicio para hacerlo. Además, le dejaba libre para cenar sin ninguna prisa con su acompañante. Para leer la correspondiente a Los Arcos, salió del albergue y se sentó en la explanada de césped junto a la nueva casa de cultura regalada al pueblo por una aristócrata advenediza.

'Recordada e muy estimada esposa mía, Doña Urraca de Leguizamón.

'Os envío aqueste nuevo mensaje, que face el número ocho, con el fin de que vuestro espíritu non se llene de inquietud por la falta de noticias mías. Pero necesariamente debo ser breve.

A pesar de estar todavía convaleciente de las heridas sufridas en Estella, he caminado hoy hasta la localidad de Los Arcos. Para cumplir la promesa hecha, he andado el trayecto por mi propio pie. He tenido que caminar muy despacio e haciendo muchas paradas, pero agora me encuentro en la ermita de San Blas. Aquí he sido acogido por los monjes, quienes además de proporcionarme cama e comida han curado mis heridas con ungüentos preparados por ellos mesmos que, desde el primer momento, me han proporcionado un gran alivio.

Nada puedo deciros acerca de las investigaciones sobre nuestros enemigos porque nada he podido todavía descubrir. Los días que he pasado en el hospital de Estella han estado llenos de dolores e sufrimientos. La única ventaja que de ellos podemos esperar es que, habiéndoselos ofrecido a Nuestro Redentor, sean tenidos en cuenta a la hora de liberarnos del trágico destino que pende hasta agora sobre los miembros de nuestra familia.

Los monjes de aquesta ermita de san Blas llaman, en aqueste momento, a los rezos de la hora de vísperas. Considero mi obligación acompañarlos como agradecimiento a su generosa acogida.

Recibe mi abnegada esposa, el recuerdo de aqueste tu esposo, Juan de Arcentales.

7.6

Lucas Lope de Arcentales había aprovechado un momento en que Pepe estaba solo para hacerle llegar un papel en que le citaba a primera hora de la tarde en el claustro de Iglesia de Santa María. Había elegido ese sitio porque los visitantes no llegaban hasta él y habitualmente estaba en silencio. Además, tenía para él un gran valor al contar en sus relieves todas las imágenes y símbolos recogidos en el libro 'La divina comedia' de Dante Aligieri.

Como era su costumbre, llegó con mucho tiempo de adelanto. Todavía estaba muy preocupado por el emplazamiento urgente que le había hecho su socio para la posible venta de la reliquia. Mientras esperó, Lucas pudo contemplar con detalle la iglesia de Santa María de los Arcos, uno de los edificios más majestuosos del Camino de Santiago. Dentro del templo, se fijó especialmente en los grandes retablos, sobre todo en el central, donde está la extraordinario imagen gótica de la Virgen de Los Arcos. En cuanto vio entrar al acompañante de la joven americana, ambos se dirigieron hacia el claustro. No les costó mucho encontrar un lugar apartado. Sólo había un visitante y éste prestaba toda su atención al análisis de las figuras de las arcadas.

 ¿Ha podido descubrir algo? -preguntó inmediatamente Lucas

sin poder remediar su curiosidad.

 Ya le he dicho esta mañana que no sé absolutamente nada de ese tema.

 ¿No se lo ha preguntado a ella durante el camino?

-¿Cómo se lo voy a preguntar? Además, no sé lo que debo preguntar.

 Tiene que preguntarlo todo sobre esa reliquia. Es necesario saber dónde está, cómo la guarda, cuándo la va a depositar. Interesa todo. Ya le he dicho esta mañana que yo le puedo gratificar muy generosamente. Escúchelo bien. Le gratificaré muy generosamente.

 Mire, señor Marcos Evangelista,...

 ¿Cómo sabe mi nombre?

Lucas se asustó al comprobar que su interlocutor tenía datos sobre él. Le agarró del brazo y le obligó a separarse todavía más del ensimismado investigador de cada uno de los detalles de las estatuas del claustro.

 Eso no tiene ninguna importancia. Sé su nombre porque lo he preguntado en el registro del albergue. He accedido a verme aquí con Vd. para decirle que estoy muy preocupado con Vd. y que tengo muchas dudas.

 ¿Dudas sobre qué?

 Dudas sobre Vd. En primer lugar, estoy seguro de que ese nombre tan estrambótico de Marcos Evangelista es falso. Pero allá Vd. Una cosa le digo. No sé lo que busca. Pero no haga ningún daño a Fernanda Lucía.

 Yo no voy a hacer daño a nadie y menos a esa joven.

 ¿Entonces, qué está investigando? ¿Por qué dice que hay dinero detrás? ¿Qué es lo que busca?

 Ya le he dicho que no busco nada.

 No sabe ni mentir. Una cosa quiero saber. ¿Quién le manda?

 Ahora no sé yo de qué me está hablando.

 ¿Quién está interesado en esa reliquia?

Lucas se distanció un poco de su interlocutor que le estaba avasallando con sus preguntas. Recuperó un poco el margen de actuación y tomó de nuevo la iniciativa.

 Vamos a ser francos. Los dos estamos mintiendo. ¿Es así? Yo no le digo lo que sé y Vd. también lo está ocultando. ¿Es así?

 Yo lo único que deseo es tener garantías de que a Fernanda Lucía no le va a pasar nada.

 No me ha contestado. Vd, también está ocultando lo que sabe. ¿Es así o no es así?

 No tengo por qué contestarle.

 ¿Está dispuesto a contarme todo lo que sabe si yo le digo todo lo que sé?

 Yo no tengo que hacer ningún trato con Vd. Sepa que le puedo denunciar ante la policía.

 Yo también a Vd.

 No quiero seguir discutiendo. Solamente le digo una cosa. No toque a Fernanda Lucía ni un pelo.

 Eso ya se lo he prometido.

 Entonces, no tengo más que hablar con Vd.

El sacerdote se dirigió con paso firme hacia la salida del claustro. Pero fue interrumpido por su interlocutor.

 Quizá, en lugar de ser enemigos, podíamos jugar en el mismo bando.

 Yo no juego en ningún bando, falso señor Evangelista.

7.7

La anciana de pelo blanco vestida completamente de negro estuvo vigilando a Fernanda Lucía mientras leyó la carta de su antepasado en el jardín cercano al albergue. Se mantuvo en silencio apoyada en una de las paredes de la moderna casa de cultura, desde donde no podía ser vista por la joven americana. En cuanto ésta terminó de leer el mensaje y comenzó a recogerlo, la anciana hizo un gesto al perro de ojos brillantes que estaba jadeando a su lado.

El perro salió corriendo hacia el lugar donde estaba Fernanda Lucía y comenzó a ladrarla con fuerza. Cada vez se acercaba más a ella, intentando llevarla hasta el fondo del césped. Sin embargo, la joven realizó un giro y se encaminó hacia el albergue para defenderse. En ese momento, se oyó un potente silbido. El perro levantó la cabeza hacia el lugar donde se encontraba la anciana. Esta le hizo otro gesto. El animal dejó de ladrar y se dirigió hacia el fondo del césped. Desapareció un momento. Inmediatamente, regresó trayendo en la boca un paquete envuelto en papel antiguo y mal conservado. Lo llevó hasta donde estaba la joven, que ya se había acercado a las mesas corridas próximas a la puerta del albergue.

El perro de ojos brillantes dejó caer el paquete justo a los pies de la joven, quién de nuevo se asustó. Al volverse, el animal rozó intencionadamente con su cola la pierna de Fernanda Lucía y corrió hacia la casa de cultura, donde desapareció.

7.8

El sacerdote, nada más terminar su entrevista en el claustro de

la iglesia de Santa María, envió un mensaje por el correo electrónico a través de su sofisticado teléfono móvil. Para abreviar el texto, utilizó una redacción propia de un telegrama.

‘Subdirector Secretaría Vaticana Patrimonio Artístico. Necesito identificación y rasgos físicos para localizar policía secreto acompañante Camino Santiago caso entrega Santo Grial. Especialmente urgente. José María Aguirre.’

7.9

Fernanda Lucía se quedó paralizada tras la desaparición del perro de los ojos brillantes. Ni siquiera se atrevió a tocar el paquete dejado a sus pies. Miró hacia la casa de cultura por donde había desaparecido el animal. No vio a nadie. Miró también hacia la puerta del albergue. Tampoco había nadie. Todas las mesas alargadas estaban vacías. Se decidió a tocar el paquete con el pie. No hubo ningún ruido o movimiento. Comprobó que el papel que lo envolvía, además de ser viejo, tenía mucho polvo. Estaba atado con una cuerda también vieja.

Por fin, se agachó y lo cogió. Lo colocó encima de la mesa más cercana. Lo observó durante un rato sin atreverse a hacer nada. Salieron tres peregrinos del albergue. La joven se vio obligada a simular que estaba en una situación normal y comenzó a abrir el paquete. Los nudos estaban muy prietos y le costó deshacerlos. Separó los papeles exteriores. Encontró otro envoltorio algo más limpio. Había algo escrito. Fernanda Lucía lo miró con atención. “Cartas de Juan de Arcentales a su ‘otra’ familia”. Se fijó en la palabra ‘otra’ que estaba claramente entrecomillada. Casi temblando, recogió el paquete, también las cuerdas y corrió hasta el dormitorio para esconderlo en la mochila.

7.10

Cuando Federico llegó a la explanada empedrada frente a la fachada principal de la Iglesia de Santa María, se encontró con Lucas Lope de Arcentales que salía del templo. Como no conocía ni su auténtico nombre ni el pseudónimo que utilizaba en el camino, tuvo que acercarse para hablar con él.

- ¡Oiga! He estado pensando en lo que me dijo ayer.
- ¿Ha descubierto algo?
- No he descubierto nada todavía. Pero me gustaría ayudarle.
- Creo que es mejor que lo olvide.
- Eso de las reliquias históricas es algo muy atractivo.
- He dicho que es mejor que lo olvide.

El tono de Lucas Lope de Arcentales fue especialmente brusco. Federico quedó desconcertado y prefirió no insistir, sobre todo cuando su interlocutor aceleró el paso para alejarse.

7.11

Fernanda Lucía se había quedado sentada sobre su cama mirando la mochila donde había escondido el nuevo paquete de cartas de su antepasado, La indicación de que habían sido dirigidas a la 'otra' familia le llenaba todavía más de curiosidad. Comenzó a hacer especulaciones sobre quién sería esa familia. Terminó sacando de nuevo el paquete. Lo desenvolvió sobre la cama. Tras el papel donde estaba escrita la nota, estaban ya los distintos pergaminos. Eran muy similares a los que ella tenía y leía, coincidiendo con las indicaciones desde donde habían sido escritos. Separó el primero de los pergaminos.

 ¡Está fechado aquí, en Los Arcos!

Inmediatamente tomó la decisión de leerlo como hacía con los que le había entregado su padre. Guardó los otros en la mochila y salió. Inicialmente tenía la intención de ir a sentarse en el mismo lugar de césped donde había leído la carta anterior. Miró hacía la casa de cultura por si seguía allí el perro. No vio nada, pero prefirió sentarse en una de las mesas corridas, junto a la puerta del albergue, que estaban solitarias.

'Mi muy querida María.

Lo primero que deseo decirte es que ver a nuestro fijo ha sido una de las alegrías más grandes de toda mi vida. ¡Cuánto tiempo sin veros e sin saber nada de vosotros!

Tanta alegría como ver a nuestro fijo Juan, hecho ya un home, me ha producido saber que tú estás bien e que, después de muchos trabajos para salir adelante, has logrado obtener el respeto de los que conviven contigo e de la población general de Castro de Urdiales, donde vives.

¡Cuántas emociones a la vez se han removido en mi corazón! Me considero indigno de decirte que sigues siendo el gran amor de mi vida. Sigo pensando que fui un cobarde al dejarte por las presiones de mi padre para casarme con la 'muy ilustre dama' Urraca de Leguizamón con el fin de consolidar el rango e también el dinero de la nuestra familia. Puedo asegurarte, aunque sólo sea para descargo de mi conciencia, que nunca he querido a nadie como te he querido a ti.

Tú, en cambio, me diste e me sigues dando un ejemplo de valentía e de dignidad. Ya me la diste cuando non quisiste recibir ninguna ayuda mía ni de mi familia. Me la volviste a dar cuando cogiste a nuestro fijo en tus brazos e fuiste a casa de tus padres. También ellos tuvieron un

gran valor al recibirte con los brazos abierto e con todo el corazón, a pesar de las injurias que te hacían otros muchos por tener un fijo sin estar casada.

Agora sé que tu valentía e tu nobleza de animo han continuado, ya que, una vez muertos tus padres, tú sola has sabido mantener la hidalguía de tu casa paterna, has educado a nuestro fijo e le has convertido en un señor digno de todo amor e respeto que ha heredado todas tus cualidades e non tiene ningún rasgo de mi ya lejana cobardía.

Sabes que, cuando nació nuestro fijo, yo deseaba darle mis apellidos a pesar de non ser un vástago legítimo e que sólo la expresa prohibición de mi padre lo impidió. Soy consciente de que agora puede ser hasta afrentoso proponértelo. Sé, además, que él lleva con mucha satisfacción el nombre de Juan Lope de Valmaseda. Juan, como yo. Lope porque es el apellido de tu familia, e Valmeseda por ser el lugar donde nos amamos e donde él nació. Pero, si tú lo deseas, para mí sería un honor que aqueste fijo nuestro lleve también mi apellido. En tus manos e también en tu recto juicio, lo dejo.

Paso agora a tratar sobre el gravísimo suceso que motivó la llegada de nuestro fijo hasta el lugar donde me encuentro en aquesta peregrinación hacia la tumba del Apóstol Santiago. ¡Nunca hubiera podido pensar que mi esposa Urraca de Leguizamón e su primo Alfonso García pudieran cometer un crimen tan horrendo! Sabía que su ambición era muy grande pero non sospechaba que lo fuera hasta unos límites semejantes.

Nunca podría haber pensado que ellos mesmos hubieran matado a mi fiel servidor Teodoro. Me imagino su heroica muerte al negarse a traicionarme. Me imagino también la mano traidora del primo de mi esposa haciendo de verdugo asesino.

Te prometo, por el gran amor que te profeso, que esa muerte non quedará impune. Será castigada con rigor e con justicia, como también será castigada la doblez e la mentira con la que me tratan, haciéndome ver que son ellos los que me defienden de mis enemigos.

Tengo mi propia reflexión sobre los auténticos motivos que persiguen con aqueste crimen e aquestos engaños. Pero habrá tiempo de descubrirlos e confirmarlos con toda seguridad antes de obrar en consecuencia.

De momento, lo más importante es asegurar tu vida e tu convivencia. Aunque yo nunca he hablado con ellos sobre tu existencia, es preciso suponer que pueden estar al corriente e hayan hecho malintencionadas indagaciones.

Aunque nuestro fijo Juan se ha mostrado decidido a llevar a cabo la venganza con su propia espada, yo le he convencido para que calme el

ánimo e también espere a que yo termine aqueste Camino de Santiago que tan importante es para mi propio destino e para el destino de mi auténtica familia, que agora sois exclusivamente vosotros dos.

Yo continuaré enviando cartas a mi todavía esposa doña Urraca a través de su primo Alfonso, simulando que non sé nada. Aquesto hará que estén confiados en su engaño e nos permitirá ir investigando la verdad, así como elaborar los planes de futuro. También te enviaré a ti, a través de nuestro fijo, los mensajes auténticos. He tratado de convencer a Juan para que non sea él quien haga de mensajero, con la intención de evitarle el peligro que corre, pero ha sido imposible apartarle de su intención.

Mi querida María, el gran amor de mi vida, te pido perdón por todos los sufrimientos que te he causado e te agradezco mucho que, en aquestos momentos tan duros, estés junto a mí. Yo te prometo que, en cuanto termine aqueste Camino de Santiago, non nos separaremos nunca.

Se despide de ti, tu indigno servidor Juan Arcentales.

Fernanda Lucía estuvo tan ensimismada al leer la nueva misiva de su antepasado que no se enteró de nada de lo que sucedió a su alrededor. La sorpresa fue tan grande y el cambio en los acontecimientos tan enorme que la leyó de nuevo.

8.- VIOLENCIA

8.1

El sacerdote estaba nervioso, desde primeras horas del día. Los miembros de su Secretaría Vaticana estaban tardando mucho en proporcionarle la información pedida sobre el policía secreto que se encargaba de garantizar el proceso de entrega del San Grial de Santiago en la catedral compostelana.

 Tampoco hace falta ser tan listo ni disponer de ninguna documentación secreta, - se dijo el sacerdote a sí mismo para justificar su nerviosismo.- A ese policía le hemos contratado nosotros y tenemos que tener sus datos.

Desde que se levantó, cada poco tiempo miraba su teléfono móvil para comprobar que efectivamente lo tenía encendido y había la suficiente cobertura. Así, en cuanto sonó el pitido de recepción de mensajes, lo abrió sin pérdida de tiempo.

'Secretaría Vaticana Patrimonio Artístico. Para subdirector Sr, Don José María Aguirre. El policía secreto contratado para misión entrega Santo Grial de Santiago es una mujer. Nombre Marta Martín. Pelo corto y liso. Cadena de oro al cuello sin medalla alguna. Ruego conformación haber recibido este mensaje.'

 Seguro que ha sido el pelma de Angelo Benini. Siempre tan burocrático y tan lento.

Inmediatamente recogió la ropa que tenía sobre la cama. Metió todo precipitadamente en la mochila. Antes de salir del dormitorio, se dirigió a la cama de Fernanda Lucía que acababa de regresar del servicio.

 Comienza tú el camino sola. Ya te alcanzaré.

 ¿Dónde?

 Espérame en Torres del río. Junto a la iglesia templaria, hay una especie de posada del peregrino que llama 'Pata de oca'.

 Eso parece muy esotérico.

 No sólo lo parece.

 Te esperaré allí. No tardes.

8.2

 ¿Es Ud. Marta Martín?

La policía se encontraba sentada de espaldas a la puerta del dormitorio mientras desayunaba. Se sorprendió al oír su nombre y se volvió. Al ver que era el atractivo sacerdote motivo de sus pretensiones, sonrió a la vez que se puso algo nerviosa por su

proximidad. Después de haber intentado ella acortar las distancias sin ningún éxito, era él quien la abordaba.

 ¡Ah! ¡Es Ud.! Dígame. ¿No quiere sentarse a desayunar conmigo?

 No, muchas gracias. Deseo hablar con Vd. reservadamente. Espero a que termine de desayunar. Estaré en el césped junto a la casa de cultura.

 ¡Voy con Vd.!

La seriedad con la que se conducía el sacerdote la desconcertó. Tuvo el presagio de que algo grave pasaba. Se levantó inmediatamente y le siguió. Fueron los dos sin hablar hasta que se alejaron del resto de los peregrinos. La policía vio de reojo a su compañero Toni Miranda que estaba observándolos, pero no le hizo ningún gesto.

Creo que Ud. es la policía encargada de garantizar una operación de entrega de una obra de arte.

 No creo que deba contestar a eso sin saber con quién hablo.

 Pertenezco a la Secretaría Vaticana de Patrimonio Artístico que la ha contratado.

Marta Martín le miró con detención. No le gustó el tono de autosuficiencia empleado por el funcionario vaticano. Hizo un esfuerzo para que no se notaran sus dudas y sus nervios. Decidió mantener la misma actitud que él. Tosió un poco para aclarar su voz con el fin de que lo que iba a decir le saliera con un tono de firmeza.

 Lo siento. Supongo que se ha equivocado de persona.

Mantuvo su mirada en los ojos marrones del apuesto sacerdote. Se volvió y caminó con seguridad hacia la puerta del albergue. Al cruzarse con Toni Miranda, le hizo una señal para que no se acercara a ella en ese momento. Sin volver la cabeza, llegó hasta la mesa del comedor en que había dejado el yogour a medio comer. Se sentó y lo terminó.

8.3

Casi en la misma puerta del albergue de Los Arcos, aparcó con precipitación un taxi. Inmediatamente, salió de él la esposa de Federico. A pesar de la dificultad provocada por sus elevados tacones, se precipitó corriendo hacia la puerta del albergue.

 ¿Ha salido ya mi marido?

 No sé. Pregunte al hospitalero. Me parece que ya no queda nadie dentro.

La esposa entró también corriendo como si tuviera una

especialísima urgencia en encontrar lo que buscaba. La detuvo el hospitalero, que en esta ocasión era un señor mayor.

 Señora, el albergue está cerrado. Hasta las doce no volvemos a abrir.

 ¡Estoy buscando a mi marido!

 Habrá salido ya. Dentro, sólo queda un señor que se ha retrasado.

 ¡Federico!

Justo en ese momento, salía por la puerta del dormitorio el peregrino gastronómico, que, siguiendo su costumbre, era una vez más el último en abandonar el albergue. Salía colocándose la mochila y sin haber terminado de colocar todas sus pertenencias en ella.

 ¡Juana! ¿Qué haces aquí otra vez?

 ¡Menos mal que te encuentro!

 ¿Ha pasado algo grave?

 Vamos a un lugar reservado.

 En la plaza, hay un bar. Podemos desayunar allí con tranquilidad.

 ¡De desayunar nada y menos con tranquilidad!

La esposa arrastró a Federico unos pasos. En seguida, se dio cuenta de que podían hablar sin dificultad. Ya no quedaba nadie a su alrededor.

 ¡Federico, escúchame bien!

 Te escucho. ¡Pero no me asustes!

 ¿Te has enterado de algo más de esa reliquia?

 ¿Juana, has montado todo este lío para saber si tengo más detalles sobre esa reliquia?

 ¡Es muy importante, Federico!

 Estás perdiendo el juicio.

 Te digo que es muy muy muy importante.

 ¿Por qué es tan importante?

 No tengo por qué darte explicaciones. Yo te digo que es importante y ya está. Simplemente te añado que podemos hacer un buen negocio. ¿Te has enterado de más detalles o no?

 No me he enterado de nada más, ni me interesa enterarme de nada más.

 Te interese o no, te tienes que enterar de todo e inmediatamente.

 ¿Por qué no se lo preguntas tu misma? Yo te lo presento y tú se lo preguntas.

 Para que salga el plan, a mí no tiene que conocerme ese

hombre.

 ¿Me quieres explicar en qué nuevo lío te vas a meter?

 Ya te lo explicaré en su momento. Tú, ahora, entérate de todo. ¿Me has oído bien? ¡De todo! Mañana a esta misma hora, iré al albergue de Navarrete. Me han dicho que es nuevo.

 Me voy a quedar en Logroño.

 ¿Qué tienes tú en Logroño? ¿Quién te espera a ti allí?

 No me espera nadie, pero Navarrete está muy lejos. Además quiero confesarme en Logroño.

 Te confiesas en Navarrete. Y no se habla más. Te voy a dar más tiempo. No iré por la mañana sino al mediodía. Para entonces, te has tenido que enterar de todo. Me voy. Me está esperando el taxi y me va a costar un dineral. Ya lo sabes. Mañana al mediodía en la puerta del albergue de Navarrete.

Retorciéndose de nuevo el tobillo a causa de los tacones altos, Juana corrió hacia el taxi. Desde dentro, sin bajar la ventanilla, hizo un gesto de despedida a su marido, mientras el coche salía con la misma velocidad con la que llegó.

8. 4

Lucas Lope de Arcentales llegó precipitadamente a la localidad de Viana. Caminó sin parar hasta la iglesia de Santa María. No tuvo dificultad en encontrarla, porque las flechas amarillas del Camino de Santiago llegaban hasta ella. Como llegaba antes de tiempo, se entretuvo en beber agua de la fuente de la cercana Plaza de los Fueros. Ya había algunos jubilados sentados en los bancos tomando el sol. Entró en la iglesia y se dirigió directamente a la escalera del coro. No se fijó ni en la gigantesca fachada renacentista, ni en la tumba de César Borgia, ni en la torre herreriana, ni en el barroco retablo mayor, ni en la girola. Sus preocupaciones no le dejaban prestar atención a los elementos artísticos.

 ¡Lucas!

Aunque faltaba más de media hora para que se cumpliera la hora de la cita, ya estaba esperando el viejo vendedor clandestino de obras de arte. De nuevo, llevaba su rara vestimenta, desproporcionada con sus años.

 ¡Te he dicho que no utilices nunca mi nombre!

 ¿Dónde tienes el Santo Grial?

 Tú estás loco. ¿Cómo crees que lo voy a tener aquí?

 ¡Te comprometiste a traerlo!

 No me comprometí a nada. He venido sólo a decirte que se acabó. ¡Ya no quiero saber nada sobre este asunto!

 ¡Ahora es imposible dejarlo! Tenemos que entregar la reliquia hoy mismo.

 Lo siento. Yo he terminado. Te llamé para preguntar si querías comprar la reliquia. Pero ya no la quiero vender.

 No te enteras de lo que está pasando. Hay peces muy gordos en este asunto. ¡Estamos amenazados!

 ¡Suéltame! Yo me retiro.

 ¡Estamos amenazados de muerte! Si no entregamos el Grial ese, nos liquidan.

 Tampoco te pongas así. Ibas a hacer un buen negocio, pero ya no lo puedes hacer. Yo también salgo perdiendo.

Lucas Lope de Arcentales logró soltarse del anciano extravagante, que le había agarrado con violencia aprovechando la oscuridad de esa zona de la iglesia en que se encontraban.

 ¡Lucas!

Ni siquiera se volvió para pedirle de nuevo que no utilizara su verdadero nombre. Se dirigió directamente hacia la puerta. Tampoco esta vez se fijó en ninguno de los elementos artísticos de la iglesia con dimensiones de catedral. Una vez en la plaza, volvió a beber otro trago de agua y caminó sin detenerse siguiendo las flechas amarillas.

8.5

Fernanda Lucía llegó con bastante antelación a Torres del río. Había caminado con rapidez. Estaba sorprendida de que sus pies se hubieran acomodado tan pronto a andar tantos kilómetros y que no le volvieran a salir ampollas. Había notado que la mochila pesaba algo más por el bloque de cartas que tan misteriosamente había recibido en Los Arcos. Pero no tuvo tiempo de pensarlo. Se quedó impresionada por la planta octogonal y la edificación de la iglesia templaria del Santo Sepulcro. Dio una vuelta para ver todos sus contornos y se quedó contemplándola desde la fachada.

 Me recuerda a la de Santa María de Eunate. Estos templarios hacían todo al revés de los demás.

Desde la iglesia, vio la puerta del centro de acogida o posada de los peregrinos ‘Pata de oca’, donde había quedado con su casi inseparable acompañante. Nada más entrar, se dio cuenta de su aspecto misterioso y pretendidamente esotérico. Como su acompañante no terminaba de llegar, pensó que podía aprovechar el tiempo para leer la carta de su antepasado.

 Las dos cartas de mi antepasado, -se corrigió la joven a sí misma.

Antes de ponerse a leer, comprobó que las dos estaban fechadas en Torres del río. Decidió comenzar con la correspondiente al paquete que le había entregado su padre. Volvió a guardar la otra, para mantener la discreción debida.

'Mi respetada e muy bien recordada esposa, Doña Urraca de Leguizamón.

Os escribo sentado frente a la puerta de la Iglesia templaria del Santo Sepulcro en la localidad de Torres del río. Aunque está a media jornada desde Los Arcos donde anoche descansé, me he detenido para poder orar en aquesta iglesia ya que estoy seguro de que Nuestro Redentor nos escuchará mejor aquí, en aqueste templo que debemos considerar nuestro por la vinculación con el compromiso que nuestra familia tiene en la renovación de la Santa Orden del Temple.

Además, en cuanto os envíe aquesta carta con vuestro siempre atento e fiel primo Alfonso García de Leguizamón, voy a tomar un refrigerio en unión de los monjes que aquí quedan e que se mantienen fieles en el espíritu de aquella Santa Orden que fundó aqueste templo.

Alfonso me ha dicho que, a pesar de las muchas diligencias que habéis puesto, non hay ningún progreso en el descubrimiento de los salvajes agresores que me asaltaron en mi llegada a Estella. Yo tampoco he descubierto datos definitivos sobre su identificación, aunque tengo un gran interés en conocer quienes han deseado quitarme la vida de esa manera tan villana e cobarde.

Sé también que andáis preocupada por la seguridad del Santo Grial de Santiago que debo entregar en la tumba del Apóstol. Non debéis tener ningún temor. Yo, e sólo yo, sé donde está. Tal secreto es la garantía de mi supervivencia ante mis enemigos. Nadie podrá terminar con mi vida por que, sin mí, non podrán conocer dónde se halla.

Con el fin de non facer esperar más a vuestro primo Alfonso, termino aquí aquesta nueva misiva que es la novena desde que comencé el camino hacia la tumba del Apóstol.

Vos, recibid el saludo de vuestro esposo. Juan de Arcentales.

 Es la táctica de engañar a su esposa y a su primo, -se dijo a sí misma Fernanda Lucía, como si necesitara recordarse lo que tanto le había impactado en la lectura de la primera carta dirigida a la 'otra' familia.

Estaba colocando en la mochila el pergamino leído e intentando sacar el otro que también estaba fechado en Torres del río, cuando se le acercó la señora que regentaba ese establecimiento, cuyo acento extranjero ya había notado al pedir el anterior té con leche.

 Señorrita, ¿no desea tomar nada?

 ¿Podría ponerme un zumo de naranja natural?

 Por supuesto. Yo misma se lo exprimirré ahorra mismo.

8.6

Fernanda Lucía, nada más tomar el zumo natural de naranja, sacó el pergamino correspondiente al bloque de cartas dirigidas a su otra familia, desconocida hasta ahora y que comenzaba a conquistar sus sentimientos.

'Mi muy querida María,

Debo decirte que non merezco las alegrías que me proporciona la visita de nuestro fijo Juan e las noticias que me trae de ti.

Considero que tu generosidad non tiene límites al permitir que nuestro fijo lleve a partir de agora también mi apellido. Tu propuesta de que se llame Juan Lope de Arcentales e que ése sea el apellido que transmita a sus futuros descendientes para crear una dinastía que non se identifique con la familia que se considera legítima me parece muy oportuna. Es digna a la vez de tu prudencia e de tu sabiduría.

También estoy muy contento de saber que ambos vivís bien en la casona que tú has heredado de tu familia en Castro de Urdiales. Pero hay algo en lo que non estoy de acuerdo contigo e asimesmo en lo que non voy a respetar tu criterio. Cuando regrese, después de depositar en la tumba del Apóstol el Santo Grial de Santiago que yo recibí de mi padre e aquéste de mi abuelo, te visitaré e te entregaré una importante compensación por los trabajos realizados e también por la educación dada a nuestro fijo.

Debo decirte algo importante que non sabes. La entrega del Santo Grial que voy a facer en la tumba del Santo Apóstol Santiago es muy favorable para tu destino e sobre todo para el de nuestro fijo. Todos los Arcentales tenemos un destino trágico a causa de los pecados cometidos en la familia. Los varones heredamos una enfermedad que nos lleva en pocos años a la muerte. Pero la entrega de aqueste Santo Grial con el que el Santo Apóstol Santiago participó en la última cena con Nuestro Señor Jesucristo, va a cambiar ese destino para todos mis descendientes, incluido principalmente nuestro fijo.

Por aquesta razón, agradezco mucho que Juan Lope de Arcentales, permíteme que escriba aquí otra vez su nuevo nombre, me ayude en aquesta importante misión, porque a partir de agora él es mi más querido descendiente.

Te ruego, sin embargo, que calmes su ánimo e su generoso deseo de venganza contra mi todavía legítima esposa e contra sus parientes porque también han querido desfacerse de mí. Logra que nuestro fijo tan querido por los dos, aplace esa venganza, que en forma de justicia verdadera haremos los dos, cuando yo haya terminado aqueste camino cuyo profundo significado te he desvelado más arriba.

Me han convencido las pruebas e testimonios que me ha presentado nuestro fijo para demostrar que mi esposa Doña Urraca e su primo Alfonso non sólo mataron a mi fiel servidor Teodoro, sino que también prepararon el cobarde ataque que yo sufrí al llegar a Estella. De aquesta manera comprendo que la oportuna llegada de Alfonso nada más terminar el asalto non era casual e debida a la divina providencia, sino que estaba allí dirigiendo a mis asaltantes e, después, quiso aparecer como mi salvador.

Con el fin de que conozcas todos los detalles de mis actuaciones, te diré que en las cartas que dirijo a mi todavía esposa le digo que non he descubierto a esos asaltantes para que non tenga ninguna sospecha. También les digo, con el fin de confundirles, que quien quiera descubrir el lugar donde se halla el Santo Grial non deberá atentar contra mi vida porque sólo yo lo conozco.

Mi querida María, nada deseo en aquesta vida más que volver a verte. Pero nuestro encuentro debe esperar. Si cuanto haya entregado aquesta reliquia en la tumba del Santo Apóstol, tú todavía me lo permites, entonces cumpliremos los dos la dicha de volver a reunirnos.

Mientras tanto, sigo amándote como el primer día. Juan de Arcentales

8.7

Federico, saltándose las normas que debe cumplir todo peregrino, alquiló un taxi para trasladarse hasta Logroño. Deseaba, de esa manera, encontrar pronto a Lucas Lope de Arcentales a quien él conocía como Marcos Evangelista y preguntarle más detalles sobre la reliquia con el fin de satisfacer la desproporcionada curiosidad de su esposa.

Le dijo al taxista que le acercara hasta la calle Rúa vieja, en la que se halla el albergue de los peregrinos del camino de Santiago. Pero se bajó a una cierta distancia. Deseaba seguir manteniendo la apariencia de que realizaba todo el camino andando. Quiso enterarse, a través del hospitalero, si había llegado Marcos Evangelista, pero no logró esa información. Así que se inscribió para investigar, por su cuenta, hasta encontrarle. Como no estaba en el dormitorio, ni en el comedor, decidió ducharse y esperar su llegada.

La espera la realizó en el acogedor patio que el albergue logroñés tiene como entrada. Le dieron envidia tres peregrinos jóvenes que se habían descalzado y estaban refrescando los pies en el estanque situado en el centro. Junto a una de las mesas blancas, estaba la policía secreta Marta Martín. Se hallaba realizando

algunas anotaciones. Como era un rostro conocido para él entre los peregrinos, Federico le hizo un saludo con la mano. Ella le contestó y siguió con sus anotaciones. El se remangó los pantalones y metió también las piernas en el estanque. No tuvo que esperar mucho.

 ¡Marcos!

El peregrino veterano no se mostró muy entusiasta con la llamada. Más que el cansancio, influía en su ánimo la preocupación que le había dejado su reunión con el vendedor fraudulento de obras de arte. Federico se secó precipitadamente los pies y se acercó a él con cuidado para no resbalarse.

 Marcos, me gustaría saber más detalles sobre esa reliquia de la que me hablaste el otro día.

 ¡Lo siento! Estoy muy cansado.

 Es que me interesa conocer algunos datos.

 Ya te he dicho que estoy cansado. No quiero hablar de eso.

Lucas Lope de Arcentales entró en el edificio con la intención de inscribirse como peregrino y así alejarse de la curiosidad de Federico. No lo logró.

 Es posible, incluso, que mi mujer y yo estemos interesados en su compra.

 No sabes de lo que estás hablando.

 ¡Insisto! Podemos estar interesados.

 ¡Déjame en paz! ¿Cómo te lo tengo que decir? No quiero hablar más de ese tema.

Estas últimas frases fueron gritadas con gran enfado. Demostraban la fuerte tensión que estaba soportando el veterano peregrino. Todas las personas que estaban en el patio quedaron sorprendidas por el grito y volvieron la cabeza para ver lo que sucedía. Federico se quedó confundido, sobre todo al ver que era el objeto de todas las miradas. Mientras Lucas se encaminaba con más nervios que decisión hacia el interior del edificio, el peregrino gastrónomo intentó buscar una mesa en la que pudiera pasar desapercibido.

 ¿Algún problema?, -le preguntó en tono de rutina Marta Martín, que en ese momento salía del albergue.

 Debe estar muy enfadado. Sólo le he hecho una pregunta.

8.8

Pepe tardó más tiempo del previsto en llegar al refugio de los peregrinos del Torres del río conocido como ‘Pata de oca’. Fernanda Lucía, después de leer las dos cartas, tuvo tiempo para salir y darse otro paseo, todavía impresionada por las noticias sobre su otra familia de la que hasta ese momento no tenía ningún conocimiento.

Se ratificó en su decisión de contárselo todo a su compañero. En cuanto le vio llegar, se precipitó sobre él y le besó.

 ¡No sabes cuánto te he echado de menos!

 Lo siento. He tenido que hacer unos recados.

 Vamos a ese local de La pata de la oca. Dan unos zumos de naranja muy buenos. Tengo que contarte algo muy importante.

Casi le arrastró hasta el interior del local. Mientras él dejaba la mochila apoyada en la pared, ella fue pidiendo dos zumos naturales de naranja.

 Siéntate. Tengo urgencia en contarte mi secreto.

La exposición de Fernanda Lucía fue muy precipitada y desordenada. Tenía tantas ganas y hasta necesidad de compartir su secreto y su responsabilidad que iba mezclando la misión que le había encomendado su padre con la investigación sobre el lugar en que se hallaba el Santo Grial y con la sorpresa que había significado para ella el descubrir la existencia de su otra familia y de las misteriosas cartas con las que ella no contaba.

 Bueno. ¡Calma! Vayamos por partes.

El sacerdote escuchó todo con gran curiosidad. Trató inútilmente de entenderlo sin necesidad de hacer preguntas, porque en ellas podía descubrirse. Tenía decidido mantenerse en el anonimato y hacer ver que todo eso era nuevo para él.

 ¿Cómo dices que te llegaron las cartas de la otra familia?

Fernanda Lucía repitió, con todos los detalles posibles, cómo el perro había ladrado, cómo a una indicación de la anciana de pelos blancos y vestido negro había desaparecido un momento y cómo había vuelto con el paquete de cartas.

 ¡Eso es imposible! No vamos a creer en las brujas a estas alturas.

 Yo no creo en nada. Pero tengo las cartas y hablan de la otra rama de mi familia, que lleva el apellido de Lope de Arcentales.

 ¿Conoces tú a algún Lope de Arcentales?

 No conozco a ninguno. Ni mi padre me ha hablado nunca de ellos. Pero me gustaría mucho conocerlos.

 Bueno. Aceptemos que puede haber misterios en esta vida. Pero hay otra cosa que no he entendido. Has dicho que tienes que entregar el Santo Grial de Santiago en el museo de la catedral de Compostela para cambiar el destino de tu familia.

 Esa es la misión que me ha encomendado mi padre.

 Eso ya lo he entendido. Pero tengo una duda. Una cosa te advierto antes. Lo que no me quieras decir o sea secreto, no me lo digas.

 Contigo no tengo secretos, -dijo Fernanda Lucía, mientras se acercaba a él para besarle suavemente en la boca. -¿Qué es lo que no has entendido?

 ¿Dónde llevas el Santo Grial? Es una reliquia de muchísimo valor.

El sacerdote intentó que no se le notara la curiosidad personal que tenía en esa cuestión y que no estaba motivada exclusivamente por la explicación desordenada que había realizado Fernanda Lucía.

 ¡Yo no llevo el Santo Grial en ningún sitio!

 ¿Quién lo tiene, entonces? ¿Dónde está?

 Hay que ir descubriendo su paradero por las cartas. En su momento, mi antepasado dirá donde dejó el Santo Grial. Yo tengo que recogerlo en ese momento y llevarlo hasta la catedral. Esa es la misión que me ha dado mi padre.

 Eso es muy peligroso.

 ¿Por qué es peligroso?

 Es muy peligroso porque esa reliquia vale muchísimo dinero.

 ¡Nadie sabe que existe!

 ¡No seas ingenua!

 ¡No me metas miedo! - dijo la joven mientras aprovechaba para levantarse y refugiarse en los brazos de su acompañante.

 ¡Escúchame bien! ¿Quién sabe que tú tienes esas cartas?

 ¡Nadie! Ahora sólo tú. Mi padre me dijo que no se lo dijera a nadie, pero no he podido resistirlo.

 Tendremos que tener mucho cuidado.

 ¿Me ayudarás? ¡Tienes que ayudarme y protegerme!

Fernanda Lucía, llevada por los nervios y la tensión, se echó sobre su acompañante, le rodeó con sus brazos y le besó apasionadamente en la boca. Era tal su pasión que no oyó la voz de la señora con acento italiano que regía el local. Esta tuvo que agarrarla del hombro para decirles que estaban teniendo una compostura improcedente y debían salir del establecimiento. El sacerdote que ocultaba su personalidad se puso muy colorado. Pidió disculpas y ambos salieron.

8.9

 ¿Qué te ha contado esta mañana el apuesto y seductor cura?

El policía Toni Miranda se acercó a su colega Marta Martín, que estaba de nuevo en el espacioso y cómodo patio del Albergue de los peregrinos en la calle la Rúa vieja de Logroño. Según la costumbre de su oficio, se había colocado en uno de los extremos para poder observar sin ser vista.

 Ni apuesto ni seductor ni nada.

 ¿Qué pasa? ¿De cerca, pierde sus encantos?

 Me ha llamado para darme órdenes. Se ha presentado como miembro de la Secretaría Vaticana de Patrimonio Artístico. Se ha comportado como un autosuficiente.

 ¿Y tú?

 Le he mandado a tomar viento.

 No te lo creo.

 Con otras palabras, pero se lo he dicho. Le he dicho exactamente que se había equivocado de persona.

 ¿Has negado que eres la policía encargada de seguir la operación de entrega del Santo Grial?

 Si estoy en una misión secreta, no tengo que descubrírsela a nadie.

 El te ha contratado.

 Así ve que cumplo con la confidencialidad.

 Allá tú. Yo creo que el que paga, tiene derecho a saber.

 ¿Tú ya has descubierto dónde lleva la reliquia la americana?

 En este momento, se me está escapando. Así que te dejo. De todos modos, te diré que ella y el apuesto cura han intimado mucho.

 Me importa un pito que intimen o dejen de intimar. Ya no tengo ningún interés en él.

Toni Miranda hizo un gesto de incredulidad y salió del patio siguiendo a Fernanda Lucía, que también había abandonado el recinto del albergue en solitario, después de hablar por el teléfono móvil.

8.10

Fernanda Lucía se había quedado sorprendida con la llamada telefónica que acababa de recibir citándola a tomar una copa en un bar cercano al albergue. El interlocutor no se había identificado, pero el tono de la voz era conocido para ella. Desde luego era un tono americano. Más concretamente, latino. Seguramente, cubano. Era muy similar al tono de su novio, a pesar de los esfuerzos que había hecho él y su familia para que no se le notara la procedencia. Era una voz mucho más ronca que la de Michael Junior.

Entró en el bar con gran curiosidad, incluso con un poco de preocupación por no reconocer, entre todos los clientes, al que le había llamado. No había motivo para ese temor. En la barra, solo había cuatro personas. Un joven alto de tez bastante oscura estaba mirando hacia la puerta y, nada más verla, sonrió. No había duda.

Era él. Fernanda Lucía no supo si debía devolverle la sonrisa. No le había visto nunca.

 Hola piba. ¿Cómo está?

El se acercó con desparpajo. Le dio un par de besos y la abrazó. Ella respondió sin entusiasmo. Se presentó como un amigo de su novio. Era cubano y vivía en Madrid. Dijo que se había acercado hasta Logroño por indicación de Michael Junior para saludarla.

 ¿Te ha dado algún mensaje para mí?

 Sí. Me ha dicho que te echa mucho de menos. Y que desea estar pronto contigo. Tú ya entiendes.

 ¿Y cómo sabías que yo estaba en Logroño?

 En realidad, no lo sabía. El me dijo que estabas haciendo el Camino de Santiago. Y he tenido suerte al encontrarte tan pronto.

 Podías haberme llamado por teléfono antes de venir.

 Bueno. No importa. En realidad, ha salido todo bien. Te he visto. Te he dicho lo que me ha encargado Michael Junior y ahora yo le puedo decir a él que te he visto bien.

 ¿Te ha dicho que me vigilaras?

 Mi misión exacta no era vigilarte. Tenía que verte y darte el mensaje de tu novio.

 ¿Está celoso?

 Es lógico, piba. No tiene ninguna noticia de ti.

 ¿Cuándo le verás?

 Eso no lo sé. El está en América. Le tendré que llamar por teléfono.

Estuvieron casi una hora hablando. Pasaron por tres bares. Al cubano que decía residir en Madrid desde hacía tres años, le gustaba mucho la Coca Cola. Fernanda Lucía recordó su estancia en el país de adopción y también tomó otras tres latas frescas de esa bebida.

Como se acercaban las diez de la noche y a esa hora se cerraba la puerta del albergue, la joven americana tuvo que despedirse de su interlocutor. Insistió en que le dijera su novio que ella también le echaba de menos.

 ¿Nos volveremos a ver?

 No lo sé. Yo tengo que volver esta noche a Madrid.

Él la acompañó hasta el patio. Dijo que era muy bonito el albergue. Dio una vuelta alrededor del estanque. Se despidieron con dos besos y un abrazo protocolario. Fernanda Lucía se quedó con una sensación de irrealidad. Incluso las indicaciones que el cubano le había dicho sobre su manera de ganarse la vida en la capital de España le habían parecido poco creíbles.

 Supongo que vivir tan lejos de casa y sin que te envíen dinero tiene que ser duro. Habrá que hacer incluso cosas inconfesables para vivir.

La única explicación positiva era pensar que su novio se sentía tan celoso que había mandando a un amigo, desde tan lejos, para vigilarla por un momento.

 Los celos demuestran que me quiere más que yo a él. - se dijo a sí misma con una sonrisa teñida de vanidad.

8.11

La policía secreta Marta Martín, desde su observatorio privilegiado, vio cómo Pepe paseaba en solitario. Aprovechó para romper el distanciamiento establecido por la mañana.

 ¡Hola! Supongo que esta mañana he sido demasiado brusca.

 No lo suponga. Esa ha sido la realidad.

 De todos modos, en el caso de que yo fuera la policía secreta encargada de garantizar la operación de entrega del Santo Grial, ¿tendría algo que decirme?

 En el caso de que Vd. fuera esa policía secreta, tendría que preguntarle si está poniendo todas las medidas necesarias y si lo tiene todo controlado.

 ¿Hay alguna duda o alguna preocupación, o alguna sospecha?

 Eso es lo que yo quiero saber.

 Yo creo que todo está bajo control. ¿Vd. no lo cree?

 Creo que el que debe hacer las preguntas soy yo.

 De todos modos, en el caso de ser yo la policía secreta y si Vd. se dirige a mí, debo suponer que me quiere advertir de que ha sucedido algo o va a suceder algo o, por lo menos, que puede suceder algún acontecimiento inesperado.

 La verdad es que no tengo nada concreto que decirle. Pero quiero tener la seguridad de que no existe ningún peligro sobre esa operación.

 Entonces, suponiendo que soy la responsable de esa operación de entrega, le ruego que, si tiene alguna sospecha o indicio, me lo haga saber inmediatamente.

 Espero que la próxima vez no me responda de la misma manera.

Esta enigmática conversación tuvo lugar cuando ya estaba cerrada la puerta exterior del albergue. El hospitalero se acercó a ellos para que dejaran de hablar y se recogieran.

8.12

La primera en levantarse al día siguiente, como casi siempre, fue Doña Mercedes. Como la noche anterior había dejado parte de la colada en el tendedero, al fondo del patio, para que terminara de secarse, fue a recogerla, mientras Merceditas devoraba su desayuno.

La anciana regordeta se sintió bien al salir del edificio. El cielo estaba abierto y la temperatura era fresca pero agradable. Caminó hacia el secadero cruzando el patio. Las mesas y las sillas estaban todavía desordenadas. De repente, se sobresaltó. Se llevó las manos a la cabeza y contuvo la respiración.

 ¡Dios mío! ¡Qué muerte más horrorosa!

Junto a la pared de los lavaderos, había tirado en el suelo el cuerpo desnudo y ensangrentado de un hombre. Tenía la mano izquierda cortada y depositada sobre su voluminoso vientre. En su pecho, habían pintado con sangre una cruz con el brazo horizontal más largo que el vertical.

Aunque tenía la boca muy abierta y el pelo revuelto, Doña Mercedes pudo reconocer las facciones del peregrino que se hacía pasar por Marcos Evangelista, con el que había hablado el día anterior. Dio otro grito de espanto y corrió hacia el edificio del albergue. En varias ocasiones, estuvo a punto de caerse al tropezar con las sillas del patio.

9.- PARIENTE

9.1

El policía Toni Miranda llegó corriendo, con la respiración entrecortada, hasta el dormitorio del albergue. Su compañera Marta Martín estaba todavía cerrando la mochila. Se acercó a ella y trató de que ninguno de los peregrinos cercanos oyera su conversación.

 ¡Han asesinado a un peregrino en este albergue! -dijo precipitadamente.

La policía dejó caer la mochila al suelo por la impresión recibida. Se quedó mirando al rostro de su compañero sin saber qué hacer ni cómo reaccionar.

 ¿No habrán matado a la americana?

 Es uno de los peregrinos del grupo. Un señor algo mayor. El cuerpo está junto a los lavaderos.

 ¡Vamos! Hay que tomar las huellas y sacar fotos antes de que lo muevan.

Marta sacó de la mochila su cámara de fotos. Sin preocuparse de recoger la ropa que había quedado extendida por la cama, comenzó a correr. Toni, a pesar de sus gorduras, la precedía porque conocía el camino.

 ¡Espera!

La policía se paró antes de salir al patio y obligó a su compañero a detenerse. Observó el movimiento y nerviosismo que había en la recepción del albergue. El hospitalero gritó que ya estaba avisada la policía y que vendría inmediatamente. Doña Mercedes estaba sentada en una silla y hacía gestos muy aparatosos, mientras varios peregrinos trataban de reanimarla. Merceditas lloraba junto a su madre.

 Debemos tener calma. No deben saber que nosotros somos policía. -dijo Marta Martín intentando que sólo la oyera su compañero.

 Tenemos que sacar fotos. ¡Quizá esta muerte tenga relación con la reliquia!- insistió Toni.

 Vamos tranquilos. Esta muerte no tiene ninguna relación con nuestra misión.

Cuando los dos policías llegaron al lugar donde estaba el cadáver, había varios curiosos alrededor. Sin embargo, nadie se atrevía a tocarlo. Marta Martín disparó varios flases de su cámara sin colocarse en un lugar destacado.

 ¿Sabes cómo se llamaba? -preguntó Toni.

 No sé su nombre, pero hemos coincidido con él en todos los albergues.

Inmediatamente se acercó el hospitalero rogando a los peregrinos concentrados frente al cadáver que se separaran. Tuvo incluso que empujar a algunos para que le hicieran caso.

 ¿Sabe cómo se llamaba? -preguntó Marta Martín sin mirar directamente a la cara al hospitalero para no demostrar excesivo interés.

 Se llamaba Marcos Evangelista.

 ¿Marcos Evangelista? ¡Qué nombre más raro! Debería decir que nadie salga del albergue.

 ¿Por qué?

 Quizá los policías que vengan deseen interrogar a alguien.

 Tiene razón.

El hospitalero se dirigió corriendo a la puerta exterior del patio y la cerró, a la vez que impedía la salida a los primeros peregrinos.

 Lo siento. No puede salir nadie.

Los que tenían la costumbre de iniciar el camino antes del amanecer, protestaron por la decisión del hospitalero indicando que ellos no tenían nada que ver con lo sucedido. Pero el responsable del albergue mantuvo, con firmeza, su decisión.

 ¡Hasta que no vengan los policías, no sale nadie del albergue!

9.2

Las sirenas del coche policial comenzaron a oírse inmediatamente. Su sonido llegaba limpio en medio de la madrugada. Cada vez, se percibía más cercano. Al poco tiempo, se notó cómo el vehículo de la policía se detuvo con brusquedad junto a la puerta del albergue.

El hospitalero pidió a todos los peregrinos que entraran en el edificio para favorecer la acción policial. Se oyeron, de nuevo, algunas protestas. El encargado del albergue corrió a abrir la puerta del patio antes de contestar a los díscolos. Mientras entraban los policías, volvió a recomendar a los peregrinos que entraran en el edificio y permanecieran en silencio.

La curiosidad pudo más. Casi todos habían aparcado las mochilas junto a la pared y seguían con atención los movimientos de los agentes del orden público. Como éstos llegaban desorientados, algunos peregrinos más decididos les orientaron hacia el lugar donde se encontraba el cadáver.

Para ese momento, ya había comenzado a sonar la sirena de una ambulancia. Muy pronto, se oyó el frenazo en seco. Al poco tiempo,

irrumpieron en el patio del albergue dos enfermeros de la Cruz Roja arrastrando una camilla.

 No se le puede mover. Está muerto y hay que esperar al juez. - les advirtió uno de los policías que se había acercado ya al lugar donde se encontraba el cuerpo de Marcos Evangelista.

 ¿Seguro que no se puede hacer nada? - preguntó el primero de los camilleros.

 Míralo, si quieres. ¡Está completamente tieso! Además, con un ritual raro. Ni lo toques. Hay que recoger las huellas.

El policía que parecía ser el jefe del grupo preguntó quién era el responsable del albergue. Se presentó el hospitalero, y recibió la orden de que no saliera nadie del recinto hasta que no llegara el comisario. El agente también insistió en que no debían acercarse al cadáver, aunque de eso ya se iba a encargar él.

 Agente, nosotros nos vamos. Como no podemos trasladar el cuerpo, aquí no hacemos nada. -afirmó el camillero- Si nos necesitáis, llamáis y en un momento estamos aquí. Buen servicio.

 Gracias.

Tras despedir a los enfermeros de la Cruz Roja, el policía se unió a su compañero que estaba tomando fotografías del cadáver. Movió la cabeza como señal de preocupación por la especial crueldad con que se había cometido el crimen. Volvió a pedir información por su teléfono móvil sobre la llegada del comisario. De nuevo, recibió órdenes de que nadie saliera del recinto. Sin despegar el auricular de la oreja, se encaminó hacia la puerta para impedir que nadie saliera.

9.3

El policía Toni Miranda preguntó a su compañera si no era mejor presentarse a los agentes locales y colaborar con ellos en la investigación. Marta Martín volvió a insistir en que debían permanecer callados y sin perderse detalle. Se apartó un poco y marcó en su teléfono móvil un número prefijado.

 Soy Marta Martín. Ponme con Luis de archivos... ¿Quién esta en su lugar?... Ponme, entonces, con Laura Valle. Es urgente... Laura, es muy urgente. Estoy con el asunto de la reliquia del Camino de Santiago. Ha habido una muerte con pinta de asesinato ritual... Estamos en el albergue de Logroño. Yo no me he identificado como policía. Toni Miranda, tampoco. Necesito que me mires un nombre. Es raro. Marcos Evangelista. Unos cincuenta y bastantes años o sesenta... En cuanto tengas algún dato, me llamas al móvil.

En cuanto Marta Martín colgó su móvil, se le acercó su compañero Toni Miranda. Los dos intentaban distanciarse del resto de los peregrinos para realizar las gestiones con más discreción. Pero era muy difícil conseguir esa tranquilidad.

 Yo debería llamar al padre de la chica. -por el tono que utilizó el policía, se trataba más de una pregunta que de una decisión.

 Es mejor no alarmarle. -contestó Marta- A ella no le ha pasado nada. Se lo podrás decir, cuando todo se haya aclarado.

La sugerencia no convenció al joven y obeso agente. Pero se resignó, a pesar de que los nervios le producían una gran incertidumbre sobre lo que tenía que hacer.

9.4

La joven americana estuvo, en todo momento, entre el grupo de peregrinos más curiosos. Antes de que llegaran los policías locales, se acercó para ver el cadáver. Tuvo que taparse los ojos por la fuerte impresión recibida. Después, siguió con gran curiosidad todos los movimientos que se producían en el patio y en el edificio del albergue. No protestó por tener que esperar hasta la llegada del comisario. Le estaba pareciendo un espectáculo interesante. Su única inquietud estaba motivada porque no había encontrado a su compañero para comentar con él los detalles del trágico suceso.

En realidad, Pepe se movía muy cerca de ella y la tenía bajo control en todo momento. Con gran habilidad, fue uno de los primeros que se acercó al cadáver. Quedó sorprendido e impresionado al darse cuenta de que era el peregrino que le había propuesto colaborar en el hallazgo de la reliquia e incluso le había ofrecido una participación en los beneficios de la venta.

Estaba intentando encontrar a la policía encargada de la vigilancia de la reliquia, contratada especialmente por su departamento vaticano. A pesar de ser reducido el recinto, tardó en dar con ella. La encontró, cuando Marta Martín estaba deliberando con su compañero Toni Miranda sobre si era conveniente o no ponerse en contacto con el padre de Fernanda Lucía. El sacerdote se acercó a la policía y la apartó casi con brusquedad de su compañero.

 ¿Ya estás investigando lo sucedido? -preguntó Pepe con nerviosismo.

 Conozco muy bien mis obligaciones. -contestó Marta Martín adoptando un tono defensivo.

 ¡Esta muerte tiene relación con la reliquia!

 No hay ningún motivo para pensar eso. -volvió a replicar la

policía.

 El asesinado me había preguntado a mí por la reliquia y me había propuesto una comisión de lo que obtuviera en su venta.

 ¿Por qué me lo has ocultado? -preguntó Marta con enfado.

 Exactamente me lo ofreció el día que estuvimos en Los Arcos.

 ¿Por qué no me lo dijiste en ese momento?

 No merece la pena discutir ahora eso. Lo más urgente, en este momento, es proteger la vida de Fernanda Lucía.

Marta Martín se separó del sacerdote sin darle ninguna explicación y corrió hacia su compañero Toni Miranda, que observaba los movimientos de los policías locales.

 ¡Toni! Busca a la americana y no te apartes de ella. Este crimen puede estar relacionado con la reliquia.

 ¿Cómo lo has sabido?

 No te preocupes ahora de eso. Busca a la chica y estate a su lado. ¡Que ella no se dé cuenta!

 Tengo que avisar a su padre. - insistió Toni.

 No pienses ahora en su padre. Es más urgente protegerla.

Aunque tampoco quedó convencido, Toni Miranda buscó con la vista a Fernanda Lucía y se acercó a ella. Se colocó a su lado con discreción pero en actitud vigilante sobre los que se movían cercan de ella. Para más seguridad, comprobó que su pistola estaba junto a su brazo para ser utilizada en el momento oportuno.

Marta Martín volvió a acercarse al sacerdote, que todavía estaba sorprendido porque la policía le hubiera dejado solo en medio de la conversación. Le explicó que Toni Miranda era su compañero y que estaba expresamente dedicado a proteger a Fernanda Lucía. Pepe quiso pedir algunas aclaraciones, pero no tuvo tiempo de hacerlo. En ese momento, sonó el teléfono móvil de la policía.

 Soy Marta. Dime, Laura... ¿No aparece el nombre de Marcos Evangelista?... Tiene que aparecer. Haz una llamada a los archivos generales. ¡Es muy urgente! Parece que este crimen tiene relación con la reliquia... Date prisa, por favor, Laura.

La policía volvió a acercarse al sacerdote, que con los ojos pedía información sobre los resultados de su conversación telefónica.

 En los archivos, no encuentran el nombre de Marcos Evangelista.

 Ese nombre tiene que ser falso. -aseguró el sacerdote con gran convencimiento.

 Pero no sabemos cuál es el verdadero. No lo sabemos de momento. -dijo Marta intentando infundir paciencia a su compañero y a sí misma.

 El cadáver tiene que tener la documentación. Tú eres policía y puedes conseguirla antes de que llegue el comisario. -sugirió el sacerdote con vehemencia.

 No me dejarían acercarme. Además, es mejor mantenernos de incógnito.

 ¿Estás segura de que es lo mejor?

 Estoy completamente segura. Así tenemos los datos oficiales y los que nosotros podamos obtener.

El sacerdote no quedó convencido. Pero aceptó la propuesta para tener ocasión de ir a acompañar a Fernanda Lucía.

¡No le digas nada! - dijo Marta deteniéndole - Es mejor que ella no sepa nada de momento. Ya se lo diremos, cuando nos parezca más oportuno.

9.5

El comisario de policía de Logroño, tras inspeccionar el lugar donde se hallaba el cadáver y recibir la información de sus agentes, fue preguntando a cada uno de los peregrinos sobre los detalles que cada uno conocía. Nadie le proporcionó ningún detalle desconocido ni le dio pistas para avanzar en la investigación.

Sólo autorizó la salida de los peregrinos tras conocer que, en el libro de registros del albergue, figuraba la identidad de todos ellos. Antes de que salieran, les advirtió que en los próximos albergues podrían ser interrogados.

Los peregrinos más ansiosos de andar salieron inmediatamente del albergue para iniciar su camino. Otros, movidos por la curiosidad, se quedaron más tiempo en el patio observando la llegada del juez y la autorización del levantamiento del cadáver. Cuando el coche funerario se llevó el cuerpo, ya apenas quedaban peregrinos en el albergue.

9.6

Uno de los últimos en salir del albergue fue Federico. En esta ocasión, su retraso no estaba motivado por la pereza en levantarse, sino por el gran nerviosismo que le había causado el asesinato tan brutal del peregrino con el que había estado tratando sobre el negocio de la venta de la reliquia.

Otro motivo de duda era lo que le hubiera podido pasar a su esposa, que se había mostrado en los días anteriores tan interesada en participar en esa operación de compraventa. Sabía que era muy dada a meterse donde no la llamaban y podía haber cometido alguna imprudencia fatal.

El nerviosismo le impedía tomar una decisión. No sabía si debía esperar para obtener más información. Tampoco tenía claro que debiera preguntar a los policías por el temor a levantar alguna sospecha. En varias ocasiones, pensó que debía acudir a la cita que tenía con su esposa, aunque llegara tarde a causa de la retención impuesta por el comisario. Pero, después, decidió esperarla en el albergue.

El hospitalero, sin embargo, le indicó que debía cerrar el albergue y le conminó a que iniciara el camino. Pero no había andado ni medio kilómetro, cuando un taxi se paró a su lado. Desde dentro del coche, le llamó su esposa ordenándole que subiera.

9.7

Los dos policías, Marta Martín y Toni Miranda, caminaban casi en silencio, sin perder de vista a Fernanda Lucía y a Pepe. Estos, tras hacer algunos comentarios sobre el suceso del albergue de Logroño, permanecieron también meditabundos, sin hacer más que algunos comentarios sobre los accidentes del camino o el tiempo.

Marta Martín se sobresaltó cuando volvió a sonar su teléfono móvil. Se retrasó un poco para poder recibir la información con más independencia.

 ‘Soy Laura. Definitivamente no encuentro a ningún Marcos Evangelista.... Hay otra noticia. En Castro Urdiales, en Cantabria, ha parecido otro cadáver con señales de asesinato ritual. Es otro señor mayor, de unos sesenta años, y paralítico de las piernas... Se llamaba Luis Lope de Arcentales... Estoy segura. El apellido es Lope de Arcentales ... No tengo más datos. Se me ha ocurrido decírtelo por la coincidencia de dos asesinatos rituales en el mismo día... No te preocupes. Si tengo algún dato, te llamo inmediatamente’.

Marta Martín quedó muy impresionada con la noticia del asesinato ritual de Luis Lope de Arcentales. La coincidencia con el apellido de Fernanda Lucía la llenó de inquietud.

Toni Miranda, que se había quedado un poco apartado durante la conversación telefónica, comprendió inmediatamente que algo había sucedido. Como su compañera no se acercaba, fue él quien se aproximó. Casi al mismo tiempo llegó el sacerdote. A pesar de ir acompañando a Fernanda Lucía, no se perdía ningún movimiento de los policías. En cuanto, notó que Marta Martín estaba hablando por teléfono, puso una excusa a su compañera para acercarse a los agentes.

 ¿Qué ha pasado? - preguntó el sacerdote con gran inquietud.

 Han matado, de la misma manera ritual, a un tal Luis Lope de

Arcentales.

 ¿Arcentales?

 ¡El mismo apellido! - insistió la policía para reforzar la sorpresa de sus dos interlocutores - Ya no hay duda de que todo está relacionado.

 Yo tengo que avisar a su padre. En el contrato, está mi obligación de poner en su conocimiento inmediatamente cualquier acontecimiento que pueda estar relacionado con su hija.

 ¡Espera! - ordenó Marta Martín.

 Es mi obligación informarle.

 ¡He dicho que esperes! No podemos actuar con precipitación. Debemos esperar a tener más datos. Si ponemos en marcha esta información, se nos puede escapar de las manos.

 Coincido con Marta. Debemos esperar a tener más datos. - afirmó el sacerdote dirigiéndose al policía.

 Tú tampoco debes decirle nada a la chica americana. - indicó la policía al sacerdote - Intenta también que no lea ningún periódico ni reciba información por otras fuentes.

 Me voy, para que no sospeche nada. ¿En qué albergue os vais a quedar?

 En Nájera.

 Junto al albergue, hay una iglesia monumental que se llama Santa María la real. Nos vemos a las siete frente al altar mayor.

 Si no coincidimos a las siete, lo intentamos cada media hora.

El sacerdote, tras esas indicaciones, se precipitó de nuevo para alcanzar a Fernanda Lucía y evitar cualquier motivo de inquietud o de sospecha.

9.8

Pocos kilómetros antes de llegar a Nájera, Marta Martín volvió a recibir otra llamada en su teléfono móvil.

 ‘Soy Laura de nuevo... Estabas equivocada en el nombre del muerto en Logroño... La policía de la ciudad ha pasado una información diciendo que ha sido identificado como Lucas Lope de Arcentales... Es hermano del asesinado en Castro Urdiales. El hermano menor. Eran solteros y vivían solos. Tenían fama de ser raros. Apenas se comunicaban con la gente... Lo siento. No tengo más datos... Si sé algo más, te lo comunico inmediatamente’.

9.9

Pepe no tuvo dificultades para que Fernanda Lucía le aceptara una excusa con el fin de ir solo a la Iglesia de Santa María la real

para reunirse con los dos policías. En cuanto dijo que desea realizar un complicado análisis histórico de uno de los retablos, la joven prefirió quedarse sola. Sólo pidió que volviera al albergue con tiempo para ir a cenar juntos.

En realidad, ella también deseaba la soledad. Aunque había quedado impresionada por el sangriento suceso de la mañana, estaba deseosa de leer otra carta de su antepasado para progresar en el conocimiento de lo que le sucedió a él hace tanto tiempo y de lo que ella debía hacer ahora.

Cuando todavía el sol proporcionaba luz suficiente para leer, Fernanda Lucía se instaló en uno de los bancos de la plaza abierta justo delante del albergue. Inicialmente había tenido idea de llevar juntas las dos cartas de su antepasado fechadas en esa localidad riojana dirigidas respectivamente a sus dos familias. Sin embargo, sintió rechazo a juntar lo que, durante tanto tiempo, había permanecido separado intencionadamente. También había pensado cambiar el orden de lectura que hasta ese momento había seguido. Pero al final, no lo hizo. Cogió sólo la carta correspondiente al paquete que le había entregado su padre.

'Muy bien recordada e añorada esposa mía, Doña Urraca de Leguizamón.

Me hallo en la hospedería del monasterio de Santa María la Real de Nájera, donde los monjes han tenido a bien recibirme. Acabo de visitar los panteones reales que aquí se guardan como señal de la grandeza que aqueste lugar ha tenido en tiempos pasados, pero todavía recientes. También he aprovechado mi estancia en aquesta iglesia recomendada por el Codex Calistinus que me guía en aquesta peregrinación, para pedir a Dios e a su Santo Apóstol Santiago por el bien espiritual e material de las personas que quiero e que me quieren.

Antes de pasar a relataros los últimos acontecimientos relacionados con aquesta peregrinación que me llevará hasta los pies del santo apóstol, deseo faceros una difícil encomienda.

He dudado en ponerlo en vuestro conocimiento ante el peligro de contagiaros mi inquietud. Pero creo que su transcendencia me obliga a correr ese riesgo.

Algunos de los documentos e comprobantes de la propiedad de nuestros bienes, tierras e inmuebles non están adecuadamente firmados. Aquesta circunstancia non tendría importancia, si yo me fallara con vosotros. Pero dada mi mala salud e los percances que estoy pasando a lo largo de aquesta peregrinación por el Camino de Santiago, existe el peligro de que si a mi persona le pasara algo fatal, que ni dios ni el Santo Apóstol lo permitan, tanto vos como nuestros fijos tan queridos,

podríais tener dificultades para ejercer los legítimos derechos de reclamar tales bienes.

Por aquestas razones e para proceder a la firma oficial de tales documentos que eviten esos riesgos para vuestros derechos, os ruego que a través de vuestro primo Alfonso García de Leguizamón, e procurando rodear aqueste tránsito de todas garantías, me traigáis temporalmente los documentos de propiedad. Como sabéis están guardados en el gran arcón de la fortaleza elevada e del que vos, como yo, tenéis una llave.

Dado el gran valor de esos documentos, debo insistir en la necesidad de emplear todas las medidas de seguridad en aqueste traslado. Sólo os propongo facerlo por considerarlo absolutamente beneficioso para vos e para nuestros fijos.

En cuanto a mi estado de salud, vuestro primo Alfonso García de Leguizamón podrá confirmar que mantengo muy elevado mi ánimo, sin dejarme influir por los dolores que mi envejecido cuerpo me proporciona.

Estad segura de que vuestro esposo cumplirá con su misión de llegar hasta el sepulcro del Santo Apóstol con el fin de lograr la terminación del destino fatal que pesa sobre los miembros varones de nuestra familia.

Sabed, mi querida e recordada esposa, que estáis constantemente presente en mi pensamiento, de modo especial, en el momento de dirigir mis peticiones al altísimo. Recibid, pues, mi recuerdo, igual que yo me siento reconfortado estando seguro de vuestro amor e fidelidad.

Vuestro esposo e fiel servidor, Juan de Arcentales.

9.10

La reunión concertada por los dos policías y el sacerdote frente al altar mayor de la iglesia de San María la real, no se pudo llevar a cabo. Estaban realizando trabajos de reparación en el templo, por lo que las visitas guiadas se limitaban a explicar el panteón real y la sillería del coro.

Los tres comenzaron la visita con una veintena más de personas. Pero muy pronto se separaron para intercambiar la información que cada uno tenía sobre el sangriento suceso del albergue de Logroño.

El policía Toni Miranda confesó que había desobedecido las indicaciones de sus compañeros y había llamado al padre de Fernanda Lucía para informarle de lo sucedido. Justificó tal actitud asegurando que no deseaba verse afectado por una previsible denuncia de incumplimiento de contrato. Sus dos compañeros mostraron inicialmente su disgusto, pero se preocuparon mucho más por saber cual había sido la reacción del padre de la joven.

 Su única preocupación es la seguridad de Fernanda Lucía.

Inicialmente estaba dispuesto a hacerla volver inmediatamente a Estados Unidos para evitar cualquier peligro.

 ¡Lo ves! - insistió Marta Martín en su reproche - Te dijimos que no le informaras todavía.

 Le he convencido de que no corre ningún peligro. Sólo exige que todos los días me ponga en contacto con él para informarle sobre cual es la situación.

 Llámale inmediatamente y dile que ya está resuelto el caso y que no tiene nada que ver con la reliquia.

 ¡Tengamos calma! - terció el sacerdote.- ¿Qué sabemos sobre esa familia Lope de Arcentales?

 Eso lo tenéis que saber en el Vaticano. - reclamó con rotundidad Marta.

 El padre de Fernanda Lucía me ha dicho que él había oído hablar de otra rama de la familia. Pero pensaba que había desaparecido.

 He llamado a nuestra oficina de información en el Vaticano y no tenían ningún dato.

 El padre de la joven desea conocer toda la información que obtengamos sobre esa familia.

 Cada vez estoy más convencida de que has metido la pata con esa llamada y nos has creado un nuevo problema.

Antes de que comenzara un nuevo enfrentamiento entre los dos policías, el sacerdote insistió en la conveniencia de que las reuniones no duraran más de lo estrictamente necesario.

 Deberíamos tener una reunión como ésta todas las tardes para intercambiar la información que tengamos cada uno.

Los tres estuvieron de acuerdo, por lo que terminó la reunión. El sacerdote se marchó, mientras Marta aprovechó para volver a recriminar a Toni su llamada a Estados Unidos.

10.- DESAMOR

10.1

Nada más terminar de leer la carta de su antepasado. Fernanda lucía volvió a entrar en el albergue para coger el pergamino dirigido a la otra familia, que había despertado en ella un gran interés y afecto.

Salió a la plaza y se sentó en el mismo banco. Nada más comenzar a leer, se dio cuenta, con sorpresa, de que no estaba fechada en Nájera, sino en Santo Domingo de la Calzada.

 ¡Eso está lejos de aquí!

La joven interrumpió la lectura. Recordó que Santo Domingo de la Calzada era el fin previsto para la jornada siguiente. Habría, por lo tanto, una distancia de más de veinte kilómetros.

 ¡No los puedo hacer ahora! Es demasiado tarde.

Fernanda Lucía estuvo a punto de continuar con la lectura. Pero se arrepintió. Se había comprometido a leer las cartas de su antepasado en el lugar donde él las había fechado. La solución estaba en aguantar su curiosidad y esperar hasta el día siguiente.

Seguramente, si hubiera estado en ese momento acompañada por el sacerdote, habrían decidido ir a cenar o simplemente a comentar el suceso de la mañana. Pero al encontrarse sola, tomó una decisión precipitada.

 ¡Tomaré un taxi! Veinte kilómetros, en un coche, se hacen en un momento.

La joven ni siquiera se preocupó de recoger la ropa que había dejado desperdigada por su litera. Su intención era trasladarse hasta Santo Domingo de la Calzada, leer la carta de su antepasado a la otra familia y regresar.

10.2

El teléfono móvil de Fernanda Lucía volvió a sonar indicando que había llegado un mensaje escrito. Ella ni se inmutó. ‘Ya está otra vez el pelma’, pensó. Como sólo recibía mensajes de su novio, estaba segura de que procedía de él. De todos modos, lo comprobó.

 ‘Estoy preparando prueba definitiva de mi amor hacia ti. Con ella, no podrás resistirte más. M.jr.’

La joven americana, sin hacer ningún comentario, volvió a cerrar el auricular y siguió el camino.

10.3

Cuando Pepe regresó al albergue tras la reunión con los dos policías, fue abordado por un hombre cuyo rostro le era conocido, aunque no alcanzaba a recordar cuándo ni dónde le había visto.

 No sé si me recuerda. Soy el hospitalero del albergue de los peregrinos de Pamplona.

 ¿Se ha decidido a hacer el Camino?

 ¡No! - enfatizó el interpelante - He visto, en el periódico, la fotografía del asesinado en el albergue de Logroño. He venido en coche hasta aquí para hablar con sus compañeros de Camino.

 Si desea tener información sobre el suceso, yo le puedo decir muy poco.

 Soy yo el que tiene información. En el albergue de Pamplona, hubo un señor de tipo muy raro que me dejó un mensaje para él. Era un señor mayor. Casi un anciano. Pero llevaba el pelo muy largo. Blanco, pero muy largo. A pesar de sus años, vestía con pantalones vaqueros, de una forma muy juvenil.

 ¿Tenía relación con el asesinado?

 Me dio un recado para decirle que se pusiera de nuevo en contacto con él. Como única identificación me dijo que se dedicaba a la compra y venta de obras de arte y objetos antiguos. ¿Cree que se lo debo decir a la policía?

 No se preocupe. Ya me encargo yo de todo. Muchas gracias por haberse tomado esta molestia.

10.4

Fernanda Lucía, al llegar a Santo Domingo de la Calzada, indicó al taxista que parara en el centro del pueblo. Se bajó junto a la catedral, conocida por la historia de la gallina que cantó después de haber sido asada. Tenía tanta curiosidad por saber lo que decía la carta de su antepasado, que se sentó en una de las sillas de la terraza del cercano parador de los peregrinos. Pidió un refresco y comenzó a leer.

'Muy querida María,

Voy a entrar de modo directo a explicarte mis planes. Eso non debe darte la sensación de que mi amor hacia ti ha disminuido por non reiterártelo. Tampoco significa que se haya reducido la alegría que me proporciona recibir la visita de nuestro fijo tan querido e comprobar el gran parecido en su rostro e contextura que tiene conmigo e con mi difunto padre, que es su abuelo.

Deseo poner en tú conocimiento, para que estés al tanto de todos mis planes, que estoy poniendo en marcha una trampa. He pedido a mi

esposa que en el próximo viaje me traiga, por mediación de su primo Alfonso García de Leguizamón, los documentos de propiedad de las tierras e los inmuebles de la familia. Le he dado como razón para ese traslado, la sospecha de que non los he dejado firmados e deseo facerlo para que tanto ella como mis fijos legítimos non tengan dificultad al heredarlos, en caso de que algo me sucediera en aquesta peregrinación.

En realidad, mi propósito es quedarme con esos documentos de propiedad e dárselos a nuestro fijo Juan, después de haber corregido los nombres de los destinatarios de mi herencia en vuestro favor. Espero e deseo que su avaricia les haga caer en aquesta trampa.

También deseo reconocer tu trabajo de convencimiento e felicitarte por haber hecho cambiar de idea a nuestro fijo Juan para aplazar la venganza hacia mi esposa e su primo Alfonso por su tentativa de darme muerte.

He hablado con él, tras su llegada, e hemos acordado que tras cumplir mi misión en la tumba del Santo Apóstol, ambos nos dedicaremos, como objetivo prioritario, a darles el escarmiento que se merecen.

Mi querida María, te reitero el profundo deseo que tengo de verte e también estar a tu lado. Con esa esperanza, estoy incrementando el ritmo de mi paso en aqueste Camino de peregrinaje con el fin de acortar el número de días que me separan del cumplimiento de mi misión para estar contigo.

Mientras esa dicha llega, sigo amándote. Juan de Arcentales'.

-Tengo que ir también a conocer la casa de María. Me cae muy bien. Aunque no sea mi antepasada, la considera de mi familia. Cuando termine el Camino, haré turismo visitando Arcentales y Castro Urdiales. -se prometió a sí misma la joven americana.

10.5

Cuando el sacerdote funcionario del Vaticano se dirigía al albergue, tras acompañar al hospitalero pamplonés, vio a los dos policías tomando una cena temprana en el popular Bodegón 'La judería'. Se acercó a ellos.

 Convendría tener pistas sobre un señor mayor, de pelo blanco muy largo. Con maneras extravagantes y juveniles de vestir. Se dedica a la compraventa de objetos antiguos de valor. Sé que es difícil, pero la policía puede tener fichada a mucha gente.

 ¿Cómo lo sabes? - preguntó muy sorprendida la policía Marta Martín.

 No tengo por qué descubrirte mis fuentes.

 ¡Tienes que decirme cómo lo sabes! Si no me lo dices, voy a

pensar que tienes alguna implicación. - insistió la policía, después de interrumpir su cena y levantarse de la mesa.

 No te pongas así. El hospitalero de Pamplona me ha dicho que allí el asesinado recibió la visita de un anciano con esas características.

 ¿Para qué se reunieron en Pamplona?

 El hospitalero no sabía nada más.

 Se ha presentado a la policía de Logroño un señor con esas características para decir que había tenido algunas reuniones con el muerto, pero que no tenía nada que ver con los hechos. Han comprobado sus coartadas y le han puesto en libertad.

 Ya ves que mis informaciones eran buenas y no hay motivo para sospechar de mí. - dijo el sacerdote como disculpa.

 En principio, no tenías por qué saberlo.

 ¿Ha dejado alguna pista?

 El viejo extravagante se dedica a la compraventa clandestina de obras de arte. Parece que ... ¿Cómo se llamaba?

 Lucas Lope de Arcentales - le apuntó el policía Toni Miranda, que se mantenía atento a la conversación.

 Parece que este Lucas le había ofrecido la compra muy ventajosa de una reliquia de mucho valor.

 ¿La nuestra?

 No es nuestra. Pero supongo que se refiere a la que estamos vigilando.

 ¡Esto se complica!

 Sus datos están en la comisaría de Logroño. Ha declarado que, en su opinión, el asesinado tenía mucha prisa en vender y ha podido cometer una imprudencia con los miembros de alguna mafia.

 ¿Qué debemos hacer? - preguntó el sacerdote, que iba mostrando cada vez más preocupación.

 Estar atentos a todo y esperar. - aseguró Marta Martín pretendiendo dar una imagen de experta y veterana en esos temas.

El sacerdote, antes de despedirse, insistió en la conveniencia de tener varias reuniones al día, en lugar de una sola, dada la rapidez con que se desarrollaban los acontecimientos. Sin embargo, los policías impusieron la tesis de que con una reunión diaria era suficiente.

10.6

 ¿Se llama Vd. Pepe?

El hospitalero de Nájera, a pesar de ser un señor mayor y con

todas las características de los que se toman las cosas con calma, se precipitó sobre el sacerdote nada más que éste apareció por la puerta del albergue.

 Mi nombre es José María. Pero muchas personas me llaman Pepe.

 Ha tenido tres llamadas telefónicas y le van a volver a llamar dentro de cinco minutos.

 ¿Quién me ha llamado?

 Una señora o señorita con acento extranjero que me ha dicho que se llama... Fernanda Lucía.

El hospitalero tuvo que ponerse las gafas y mirar en un papel colocado encima de la mesa en el que había apuntado el nombre.

 ¿Ha sucedido algo? ¿Ha tenido algún problema?

 Me ha dicho que le va a volver a llamar y que la espere.

El sacerdote recibió el recado con gran nerviosismo. Lo primero que imaginó es que algo grave le había pasado para tener que llamar desde fuera del albergue y no estar esperando para cenar juntos como habían quedado. Pero no tuvo más remedio que esperar.

10.7

En contra de su costumbre, Doña Mercedes dejó a su hija acostada en el albergue desde media tarde, cuando fue a cumplir otro de sus exotéricos ritos. La anciana se dirigió primero a comprar una sencilla jarra de tierra cocida. Después, fue al campo a recoger azucenas. A continuación, se encaminó al altar mayor de la Iglesia de Santa María la real. Tuvo dificultades por las obras que se estaban realizando. Pero logró eludir a los vigilantes y se acercó todo lo que pudo.

 Señora Santa María, tú que fuiste aquí encontrada junto a una sencilla jarra y unas flores como estas, ten a bien acordarte de mi desgraciada hija a la que desde el cielo le han negado las luces necesarias para conducirse en la vida. Convence al terco del Apóstol Santiago para que cuide de ella. Amen.

10.8

En cuanto sonó le teléfono público del albergue, el sacerdote, que había mantenido una espera muy nerviosa, se precipitó, empujando y haciendo casi caer al hospitalero.

 ¿Fernanda Lucía?... ¿Estás bien?... ¿Dónde estás?... Pero ¿qué haces en Santo Domingo de la Calzada? ... ¡Menudo susto me has dado! Has cometido una imprudencia. Puede pasarte cualquier cosa.

Después de lo sucedido en Logroño, hay que tener mucho cuidado... ¿Quieres que vaya yo a Santo Domingo?... ¡Estás loca!... No me esperes en el parador. Cojo un taxi y voy al albergue. Mira a ver si queda algún sitio.... Si no quedan camas, dormiremos en el suelo. Somos peregrinos.... Ya sé que es tarde. Di al hospitalero que no cierre el albergue... Seguro que lo tienes todo revuelto y tengo que organizarte toda la mochila... Espérame en el albergue. Y no salgas. Ten mucho cuidado.

Pepe colgó el teléfono con precipitación y corrió hacia el dormitorio sin dar explicaciones a nadie. El hospitalero, después de recuperarse del empujón, había seguido con curiosidad la conversación telefónica. Quiso hablar con él, pero tuvo que perseguirle hasta el dormitorio.

 Si van a dejar dos camas libres, avisaré a dos señoras mayores que han llegado tarde y tienen que dormir en el suelo.

10.9

Cuando la joven americana salió de la cabina telefónica desde la que había hablado con su compañero, el perro negro de ojos brillantes comenzó a ladrarla con agresividad. Sintió miedo y volvió a encerrarse en la cabina.

Desde dentro de la cabina, no pudo oír el silbido ni ver a la anciana vestida de negro situada detrás de una columna de la plaza cercana. El perro obedeció a su dueña, dejó de ladrar y permitió salir a la joven.

A pesar de las expresas indicaciones que había recibido por teléfono, Fernanda Lucía fue al parador de turismo para reservar una habitación doble. No se dirigió al albergue de los peregrinos para advertir que dejaran abierta la puerta con el fin de permitirles la entrada, cuando Pepe llegara con las mochilas desde Nájera.

 Será mucho más agradable hacer el amor sin la preocupación de no hacer ruido, con comodidad y con la posibilidad de lavarse, después, en un baño aseado.

10.10

Cuando Marta Martín y Toni Miranda llegaron al albergue, en Nájera, faltaba muy poco para la hora del cierre. Entraron al dormitorio justo antes de que se apagaran las luces. Ella dirigió la mirada, casi por rutina, hacia la litera que habían ocupado a primera hora de la tarde el sacerdote y la joven americana. Se sorprendió de ver en ella a dos señoras ancianas. De todos modos, estaba tan cansada por la tensión que no dio demasiada importancia

a ese detalle. Habrían cambiado de lugar para estar más cerca de los baños o para colocarse frente a una ventana y no soportar el olor de los calcetines de algún peregrino poco amigo de la limpieza.

 Quizá han comprobado que tenían al lado a un roncador.

Marta Martín pensó que a la mañana siguiente, durante el desayuno, volverían a planificar los contactos e intercambiar la información.

10.11

Fernanda Lucía, sentada en un banco público frente a la puerta del albergue, se alegró de que llegara la hora del cierre sin ninguna señal de su compañero. Así sería más fácil convencerle para pasar la noche cómodamente en el parador.

Cuando el taxi llegó, Pepe salió precipitadamente con las mochilas en las manos, dispuesto a no perder un minuto, consciente de que ya se había superado la hora del cierre del albergue. No aceptó inicialmente las explicaciones de la joven. Incluso estuvo a punto de llamar a la puerta para solicitar que les admitieran a pesar de haber sobrepasado la hora.

Fernanda Lucía tuvo dudas sobre el momento de comenzar a ponerse cariñosa para convencer a su compañero. Pensó que precipitarse podía ser un motivo de desconfianza por parte de un peregrino que era tan partidario de cumplir con rigor las normas y no ceder a los impulsos de la carne.

Ya instalados en el parador, tuvieron tiempo para cenar cómodamente. La joven pidió ser ella la que invitaba por haber tomado la iniciativa en la elección del lugar sin contar con la voluntad de Pepe.

 Un caballero no puede permitirlo, ni en el Camino de Santiago, donde esas normas sociales no tienen valor.

La joven americana interpretó la argumentación como un síntoma de machismo. Pero le dejó hacer. El momento era favorable para comenzar a ponerse cariñosa. La reacción inicial del sacerdote fue de rechazo. Fernanda Lucía lo atribuyó a que en el comedor había otras personas. Pero también fue reacio a las primeras caricias, tras llegar a la habitación. Incluso improvisó un discurso sobre las circunstancias que estaban pasando.

Sin embargo, la joven fue provocando sus deseos. Poco a poco, el sacerdote fue cediendo. Comenzó responder a las caricias. Al poco tiempo, era él quién tomaba la iniciativa, sin que su compañera pudiera tener sospecha alguna de su falta de experiencia en el juego erótico. Ella notó una cierta precipitación. Incluso

consideró un poco cortos los juegos iniciales. Hizo algún intento fallido por facilitar la práctica del sexo oral para aumentar la excitación. Como la eyaculación del sacerdote llegó antes de que la joven hubiera logrado su clímax, hizo intentos para repetir el proceso amoroso, pero sin éxito.

 Mañana debemos madrugar. Nos espera un día tenso y complicado. - respondió el sacerdote.

No hubo manera de convencerle, a pesar de las intencionadas caricias de Fernanda Lucía. Tuvo que resignarse y dormir.

11.- CULPABLE

11.1

Por el instinto de su profesión, lo primero que hizo Marta Martín al despertarse fue mirar hacia la litera que debían haber ocupado Fernanda Lucía y Pepe. Vio a las dos señoras haciendo esfuerzos para incorporarse.

 ¿Dónde se habrán escondido? ¡Seguro que tratan de ocultarnos algo!

Se incorporó y, sin ningún disimulo, miró por los distintos pasillos. En los baños, tampoco vio a ninguno de los dos. Puso a Toni Miranda también en la labor de vigilancia. En la cocina, entre los peregrinos que ya estaban desayunando, tampoco se encontraban.

 Como se pongan tontos, ellos van a salir perdiendo.

El policía obeso se puso nervioso. Comenzó a pensar lo que tendría que decir al padre de la joven americana sobre su desaparición. Se vistió rápidamente y salió para buscarlos en los alrededores del albergue.

 ¡No busques más! Los muy gilipollas se fueron anoche a Santo Domingo de la Calzada. -informó Marta Martín, después de hablar con el hospitalero.

Toni Miranda tenía muchas dudas, que le hubiera gustado resolver. Pero vio a su compañera tan enfadada que prefirió terminar en silencio de recoger su mochila y esperar en la puerta de salida.

11.2

Cuando Fernanda Lucía se despertó, buscó el cuerpo de su compañero de cama para provocar un juego amoroso matutino. Sin embargo, Pepe ya se había levantado. Estaba duchado y se hallaba preparando su mochila.

 Tenemos que darnos prisa. Es muy tarde.

La joven intentó convencerle de que tenían tiempo suficiente, porque, en realidad, habían adelantado una jornada del camino.

 Nuestros compañeros no llegarán a Santo Domingo hasta esta tarde.

Ningún argumento sirvió para convencerle. Su terquedad llegó a enfadar a la joven, predispuesta ya al mal humor por la desilusión de la aventura amorosa y por la habitual destemplanza que le producía madrugar.

 Creo que te estás comportando como un grosero.

Fueron las últimas palabras que le dirigió durante mucho tiempo. Le hizo esperar intencionadamente realizando toda su preparación a ritmo lento. Mientras colocaba sus cosas en la mochila, comprobó que la próxima misiva de su antepasado estaba fechada en San Juan de Ortega e iba dirigida a su familia legítima. Decidió caminar en silencio hasta ese punto para dejar claro su enfado.

11.3

También Federico había decidido confesarse en el Monasterio de los Jerónimos de San Juan de Ortega e incrementar así su ya nutrida lista de firmas parroquiales para presentar al confesor de su pueblo.

En la elección de este monasterio, no había influido su extraordinario valor arquitectónico, debido al propio San Juan De Ortega, sino el deseo de cenar las famosas sopas de ajo preparadas por el hospitalero del albergue. Fue una cena bastante frugal. Además de la sopa, tomó una tortilla a la francesa y un poco de fruta. Sin embargo, remató el refrigerio con un licor de hierbas preparado en el propio albergue.

11.4

Fernanda Lucía caminaba totalmente ajena a las tensiones existentes entre sus compañeros. Esta vez, la llegada de un nuevo mensaje telefónico fue más temprana. La soledad la llevó a ser más benévola. 'Vamos a ver lo que dice hoy', dijo casi en voz alta.

 'Debes contestarme y romper obligación de silencio q te has impuesto a ti misma. En próximos días, puedo estar cerca de ti. ¿Quieres que nos veamos? M. Jr.'

 Hasta que no deposite la reliquia de mi antepasado en la catedral de Santiago, no veré a nadie.

También dijo en alto esta frase. Lo hizo para recordarse a sí misma la firmeza de su decisión. Pero no se la comunicó a su novio. Cerro el teléfono, lo guardó y siguió caminando.

11.5

Pocos kilómetros después de abandonar la reunión, sonó el teléfono móvil de Marta Martín. La policía se apresuró a contestar con nerviosismo como muestra de que también estaba preocupada para la falta de noticias. Por el número de origen, supo que la

llamada procedía del Servicio de Información Policial.

 Dime, Laura.

 Han detenido a una mujer en Castro Urdiales.

 ¿Eso qué significa?

 La policía de Cantabria dice que tiene relación con las muertes rituales de los hermanos Lope de Arcentales.

 ¿Qué relación puede tener?

 Lo siento. No tengo ni idea. Sólo he recibido ese dato.

 En cuanto sepas cualquier detalle, me llamas inmediatamente. ¡Pero inmediatamente!

Nada más cortar la comunicación, tuvo que repetirle los pocos detalles obtenidos a Toni Miranda, que estaba igualmente deseoso de tener alguna información. Ambos comentaron su extrañeza de que una mujer de Castro Urdiales pudiera tener relación con el asesinato ritual de Logroño. Pero se felicitaron de que hubiera noticias.

 Al que no le voy a decir nada es al cabrón del cura. ¡Que se joda!

11.6

Fernanda Lucía aprovechó la sombra en un banco de piedra junto a la fachada del Monasterio de los Jerónimos en San Juan de Ortega, para leer la carta de su antepasado fechada allí. Ni se inscribió ni entró en el albergue, ya que deseaba pernoctar en una localidad posterior.

'Muy respetada e recordada esposa, Doña Urraca de Leguizamón.

Con gran dolor, he recibido la noticia sobre vuestro enfado, que me ha transmitido vuestro primo Alfonso.

Con todo, lo que más tristeza ha causado a mi corazón es la consideración que me ha transmitido vuestro primo de modo textual de que 'os sentís traicionada en vuestros derechos como esposa a la vez que creéis haber sido engañada'. He pedido a Alfonso García de Leguizamón que me explicara el significado de esa queja. Únicamente me ha dicho que se trataba de unas palabras salidas expresamente de vuestra boca.

Os pido que, en la próxima visita, vuestro primo me traiga una explicación para comprender con exactitud el alcance de vuestro reproche. Pero ruego a Dios padre todopoderoso e también al Santo Apóstol cuyo Camino estoy recorriendo, que ese reproche haya nacido de un enfado momentáneo.

Asimesmo, ha llenado mi corazón de tristeza la comunicación que me ha transmitido vuestro primo sobre la intención que tenéis de recurrir a los altos tribunales de la justicia eclesiástica 'a causa de las traiciones

que vuestro marido (es decir yo)…'

Fernanda Lucía había llegado hasta ese punto conteniendo la respiración con el fin de percibir con más exactitud el grave conflicto que había sufrido su antepasado por culpa de su esposa.

 Es una soberbia. Desde el principio, he sabido que nunca ha querido a mi antepasado. Estoy segura de que se casó sólo por el dinero.

La joven americana aprovechó el descanso para respirar y para dar salida a sus sentimientos. El principal motivo de la interrupción era el deseo de repasar algunas de las expresiones incluidas en el mensaje. Revisó los últimos párrafos del texto y reanudó la lectura.

'… a causa de las traiciones que vuestro marido, (es decir yo) está cometiendo con la excusa de estar recorriendo el Camino de Santiago'. He marcado las últimas palabras porque, de esa manera textual, han sido pronunciadas por Alfonso García de Leguizamón.

Non puedo dar crédito a que ese pensamiento haya podido nacer en vuestro corazón e llegar hasta vuestros labios. Vos sabéis que durante todos los años de nuestro ya largo matrimonio os he dado continuas muestras de respeto e de afecto. Tenéis también constancia de que en aqueste Camino de Santiago, además de los muchos sacrificios e padecimientos que soporto para lograr la intercesión del Santo Apóstol con el fin de remediar la maldición caída sobre los miembros varones de nuestra familia, constantemente os doy muestras del afecto que tengo hacia vos.'

 ¡Bruja, más que bruja! -dijo en voz alta Fernanda Lucía a pesar de estar sola, en una nueva y breve interrupción de la lectura. - Tú sigue adelante. ¡Tienes que enderezar el destino de toda la familia!

'Nada más lejos de mi intención el deseo de retirar de vuestra vigilancia los documentos de propiedad de las posesiones e inmuebles de la familia. Mi propósito es exactamente el contrario. Como os decía en mi anterior misiva, es conveniente tener esos documentos firmados para que vos e nuestros fijos non tengáis ningún problema en el caso de que a mí me suceda algo en aqueste peregrinaje hasta Compostela.

La única razón para pediros que vuestro primo trajera momentáneamente esos documentos era proceder a la firma que universalizara vuestros derechos e ratificara la transmisión de tales bienes.

Sólo me queda pediros que reflexionéis con calma sobre aqueste asunto e que meditéis en vuestras oraciones así como solicitéis del Altísimo prudencia para tomar una decisión definitiva.

Yo, por mi parte, nada más entregar aqueste mensaje a vuestro primo, voy a rezar en la capilla privada que los monjes agustinos de

aqueste monasterio construido por San Juan de Ortega me han permitido utilizar.

Sabed que vuestro esposo os recuerda, os es fiel e que sólo se ha alejado de vos e de nuestros muy queridos fijos para, mediante el sacrificio, conseguir el bien más deseado para nuestros descendientes. Vuestro esposo os tiene presente en sus oraciones. Juan de Arcentales.

En lugar de guardar el pergamino de su antepasado, la joven americana se quedó un momento pensando con la mirada perdida. Estaba afectada por el dolor que intuía en la carta de su antepasado, a la vez que se admiraba de la inteligencia con la que pretendía reconducir la situación. Se llevó el pergamino hasta los labios.

 ¡Adelante, Juan de Arcentales! Todos estamos contigo. ¡Yo estoy contigo!

Besó el pergamino. Lo dobló. Lo guardó junto con los otros. Se colocó, de nuevo, la mochila en la espalda y volvió al Camino.

11.7

El sacerdote y los dos policías se habían adelantado hasta Burgos para mantener la reunión diaria de análisis de la situación e intercambio de noticias. Pepe mantuvo su crítica por la falta de resultados en la investigación sobre el asesinato ritual de Lucas Lope de Arcentales.

 ¡Lo siento! -respondió Marta Martín gritando con enfado- Si no hay datos, yo no me los puedo inventar. Si quieres, te digo que ya está todo resuelto. Pero sería engañarte.

 ¿De la mujer detenida, se sabe algo?

 No se sabe nada y no se sabrá. Tendrán que ponerla en libertad. Ella no ha podido estar en dos lugares a la vez.

 El crítico con la labor de la policía debo ser yo. ¿O no? -ironizó el sacerdote.

 A veces, los policías buscamos mentiras para creérnoslas nosotros mismos. Esta vez es imposible.

 ¿Tú tampoco tienes ninguna noticia?

 Llamo tres veces al día a la comisaría de Logroño para poder enviar alguna información al padre de Fernanda Lucía, pero no hay nada. -trató de justificarse Tono Miranda, que en estas reuniones tripartitas permanecía casi siempre callado.

 ¡Tendremos que intervenir nosotros! -afirmó el sacerdote con solemnidad.

 ¿Qué quieres decir con eso de intervenir? - le increpó Marta Martín.

 Tenemos que tomar la iniciativa, ir por delante de los acontecimientos.

 Mi obligación es vigilar. No tomar iniciativas que no se sabe dónde van a terminar.

El grado de tensión era tan fuerte que Toni Miranda, a pesar de ser el más joven, tuvo que intervenir para lograr un poco de calma.

 Creo que lo más eficaz - afirmó el sacerdote después de haber logrado tranquilizarse - es que se lo planteemos todo a Fernanda Lucía para saber dónde está la reliquia y cómo la podemos proteger.

 ¡Me niego! -protestó Marta - Uno de los objetivos que se me indicaron al comenzar esta misión fue que había que realizarla sin que ella se enterara. Me dijeron que, si ella se daba cuenta de algo, la operación habría fracasado.

 Esas normas las di yo. - aseguró Pepe - Pero ahora todo ha cambiado.

 ¡No ha cambiado nada! Ella sigue buscando la reliquia de su antepasado. Nuestra misión es garantizar que la entregue.

 Si no la descubre, ¿qué pasa? Si cuando la va a recoger en ese supuesto lugar donde tiene que estar, no está, ¿qué hacemos? Si llegamos hasta ese punto, ya no hay nada que hacer.

Marta Martín se levantó con cierta parsimonia, disimulando sus nervios. Se colocó enfrente del sacerdote y le miró fijamente.

 Voy a decir algo que vengo pensando desde hace tiempo, pero no me he atrevido a decir hasta ahora. ¡Aquí ha habido un fallo muy gordo!

 ¿Cuál? - preguntó Pepe, que había quedado intrigado.

 El fallo es que tú te has metido donde no te llaman. Nos contrataste para hacer este servicio. No tenías que haber venido. Estabas muy bien en el Vaticano. ¡Aquí sólo causa problemas!

 Ya no tiene remedio. Estoy aquí y no me voy a ir.

 Yo creo que tiene un remedio muy sencillo. A partir de ahora, voy a actuar como si no existieras. Voy a llevar a cabo mi trabajo y, cuando termine, informaré directamente a la oficina del Vaticano que me ha contratado. ¿De acuerdo?

 Supongo que es igual que esté de acuerdo o no.

 Efectivamente. Es igual que estés de acuerdo o no.

11.8

En cuanto Fernanda Lucía llegó a Burgos, se dirigió precipitadamente al albergue. No atendió a las muchas atracciones artísticas y monumentales que aparecían a su paso. Tenía mucha curiosidad por conocer el contenido de la carta que su antepasado había enviado a la otra familia, después del enfrentamiento con su esposa legítima.

Se inscribió en recepción y casi corrió hasta el dormitorio para ocupar una litera. Todavía había muchas desocupadas. Pudo reservar una alejada, pensando en la posibilidad de hacer de nuevo el amor con Pepe, aunque tuvieran que tener cuidado con los ruidos.

Sin quitarse las botas, ni lavarse, ni tomar ningún descanso, sacó el pergamino correspondiente del paquete encontrado en Los Arcos. Lo volvió a cerrar y lo colocó de nuevo con cuidado en la mochila, antes de salir al patio para leer la carta.

11.9

En la puerta del albergue, estaba el perro negro de ojos brillantes. Esta vez, sorprendentemente, no la ladró. Fernanda Lucía ni se dio cuenta de su presencia, ensimismada como iba en la intención de leer cuanto antes la misiva de su antepasado.

El perro, con andar cansino y silencioso, la siguió sin llamar su atención. Cuando ella se sentó en un banco de piedra junto a la pared del patio, él hizo lo mismo, en la sombra, sin dejar de vigilarla.

11.10

Doña Mercedes, al llegar a Burgos, cogió a su hija de la mano y aceleraron el paso. Deseaba llegar a la catedral antes de la hora en punto. Quería ver cómo el papamoscas hacía su recorrido musical para ingenuo deleite de los niños y algunos adultos.

Tuvo buen cuidado en explicar a Merceditas que no iban a rezar sino a presenciar un espectáculo. Acostumbrada a entrar en las iglesias sólo para cosas aburridas, la hija puso en duda tal promesa.

Llegaron justo en el momento en que comenzaban a sonar las campanadas. Las dos se mantuvieron mirando hacia arriba sin pestañear durante todo el recorrido del artilugio mecánico. Las dos lo contemplaron con una sonrisa en la boca.

— ¡Te ha gustado! ¿O no?

— ¡Bah! Estaba muy lejos.

11.11

‘Muy querida María, más querida en aqueste momento de dificultades.

Ya le he explicado a nuestro fijo Juan la grave situación que ha aparecido por la reacción de mi todavía legítima esposa a la petición de que me remitiera los títulos de propiedad de fincas e inmuebles.

He enviado ya un nuevo mensaje intentando aplacar su ira e la de su

ambiciosa familia. Pero me temo que mis palabras servirán para poco.

Espero, deseo e también se lo pido al Altísimo que ellos non conozcan el lugar de tu residencia. Su ambición les puede arrastrar a cometer cualquier tropelía como ya hicieron con nuestro fiel servidor Teodoro.

Os pido a los dos que estéis preparados para cualquier ataque o eventualidad. Os aconsejo que durante algún tiempo cambiéis de residencia. A Juan ya le he dicho que varíe el camino que recorre para encontrarse conmigo.

Dado su decidido carácter e su juvenil empuje, es partidario de enfrentarse en armas contra el primo de mi todavía legítima esposa, Alfonso García de Leguizamón. Yo he tratado de quitarle esa idea de la cabeza. Pienso que, como madre, debes facer lo mesmo. Non es conveniente provocar agora tal enfrentamiento directo. Por nada del mundo, deseo poner en peligro la vida de mi más querido fijo.

Cuando termine aqueste peregrinaje e haya cumplido con la entrega de la reliquia en la tumba del Santo Apóstol para cambiar el destino de los descendientes varones de nuestra familia, yo mesmo tomaré las riendas de aqueste asunto con firmeza. Daré una solución definitiva que será muy favorable para ti e para nuestro fijo.

Mientras tanto, un consejo te doy, que sería una orden si alguna autoridad tuviera sobre ti: procura por encima de todo tu seguridad propia e la de nuestro fijo.

Non seré hoy más prolijo, para que Juan pueda cabalgar de día e consiga evitar de aquesta manera la oscuridad que aumenta los peligros.

Sabes que mis deseos de verte e tenerte de nuevo entre mis brazos son, cada día, mayores. Esa esperanza es la que me da fuerzas para seguir caminando hasta encontrarme con los restos del Santo Apóstol e colocar allí mi ofrenda.

Te quiere más cada día. Juan de Arcentales.

12.- RECHAZO

12.1

Toni Miranda estuvo esperando inquieto a que Marta Martín terminara su conversación telefónica. Por las expresiones que podía ver en su cara, comprendió que le habían dado una noticia importante y a la vez sorprendente.

 ¿Era la comisaría central?

 ¡Atribuyen a la mujer de Castro Urdiales los dos crímenes!

 ¿Qué dos crímenes? - insistió Toni desconcertado.

 ¿Qué dos crímenes van a ser? El de Lucas Lope de Arcentales y el de su hermano.

 Es imposible. ¿No fueron los dos a la vez?

 Parece que no. El del hermano fue cometido un día antes, aunque tardó en descubrirse.

 ¿Tú te lo crees?

 No vamos a actuar nosotros en contra de nuestros compañeros. Además, nos conviene.

 ¿En qué nos conviene?

 Nos hemos librado de la presión solucionar el caso. Pero como no nos lo creemos, podemos seguir atando cabos.

 ¿Qué móvil le atribuyen para los dos crímenes?

 Había sido novia, primero, de Lucas y, después, de su hermano. Además, está loca.

 Ya me habían dicho que al comisario de Logroño le gusta dar pronto carpetazo a los asuntos. Así está ascendiendo tan rápidamente.

 Es una buena noticia para que se la comuniques al americano.

 Me da vergüenza decirle una cosa así.

 Es una noticia oficial. La van a hacer pública esta tarde.

Toni Miranda, sin gran convencimiento, envió un mensaje al padre de Fernanda Lucía asegurando que el asesinato de Lucas Lope de Arcentales era atribuido a la mujer detenida.

12.2

Cuando Fernanda Lucía regresó al dormitorio para dejar el pergamino de su antepasado junto a los otros, se encontró con una desagradable sorpresa. Abrió la mochila. No estaba como ella la había dejado antes de ir a leer la carta. Había puesto arriba el paquete recogido en Los Arcos. Lo había colocado encima de la ropa para no tener problemas al guardarlo después. Buscó con

nerviosismo. No estaba.

 ¡Me han robado las cartas!

La joven americana se quedó pálida. Sintió con fuerza los latidos del corazón. Sacó todas las pertenencias que llevaba en la mochila. Las extendió sobre la cama. Evidentemente faltaba el paquete de cartas encontrado en Los Arcos.

 ¡Es la mayor tragedia! Ya no podré llevar a cabo mi misión.

Volvió a guardar la ropa y las otras pertenencias en la mochila. Miró debajo de la litera por si se había caído. Buscó en los alrededores. No había ninguna señal. Las lágrimas se asomaron a sus ojos. Se quedó estática intentando pensar. Era inútil. Estaba bloqueada. Salió corriendo con la intención de encontrar a Pepe para pedirle ayuda.

12.3

Cuando Federico llegó a la puerta del albergue en Burgos, le estaba esperando su mujer. El peregrino gastronómico, desde que la vio a distancia, comprendió que alguna sorpresa le esperaba.

 Dúchate deprisa para quitarte ese olor y nos vamos. Te he preparado un plan.

 ¿Qué plan? -preguntó Federico con temor por la nueva ocurrencia que podía haber tenido su mujer.

 Vamos. ¡Dúchate! Después, te lo digo.

12.4

El sacerdote tuvo dificultades para calmar a Fernanda Lucía, mientras caminaban de nuevo hacia el albergue. Estaba tan nerviosa que apenas se aclaraba sobre lo que le había sucedido. Decidieron ambos ir directamente al dormitorio del albergue y comprobar la desaparición de las cartas de tanto valor para la joven americana.

 ¡No puede ser!

El paquete de las cartas recogido misteriosamente en Los Arcos estaba en la mochila. Se hallaba colocado encima de la ropa y de las otras pertenencias de la joven americana. Fernanda Lucía se quedó pálida.

 Debes creerme. ¡Antes no estaba! Las han colocado de nuevo mientras he ido a buscarte.

 Lo importante es que ahora está. - contestó el sacerdote con una sonrisa escéptica.

 ¡No me crees!

 Por supuesto, que te creo. Pero lo importante es que has

recuperado las cartas.

 Te juro que alguien me las ha quitado y las ha devuelto.

 Pensemos. ¿Para qué te las han podido quitar?

 No lo sé. Sólo me son útiles a mí. Quizá me las han quitado y al ver que no les servían para nada, me las han devuelto. ¡Hubiera sido una tragedia!

 Debes tener más cuidado con esas cartas.

 A partir de ahora, no me separaré de las cartas en ningún momento.

El sacerdote alegó que debía realizar un recado con cierta prisa y dejó a Fernanda Lucía guardando la carta que había leído junto a las otras. Ella le preguntó si cenarían juntos, y él contestó que no le esperara.

12.5

La esposa de Federico había decidido ir a cenar con su esposo, pero impuso la condición de que sería ella quien eligiera los platos. Cenarían algo ligero, porque era preciso descansar bien con el fin de seguir el Camino con suficientes garantías.

 Si cenamos poco, - sugirió Federico con una sonrisa maliciosa- después, podremos...

 ¡De eso nada! - le cortó su esposa - Te he dicho que, hasta que no te confieses en la catedral de Santiago y cumplas toda la penitencia, no hay nada que hacer. Yo tengo las mismas ganas que tú o más. Pero me aguanto.

12.6

 Por favor, Marta.

El sacerdote había permanecido en una plaza cercana al albergue para hablar con la policía Marta Martín sin que les viera Fernanda Lucía. Era consciente de que ella le había indicado, en la última reunión, que no deseaba tratar ningún asunto con él. Pero consideraba que era urgente plantearle varias cuestiones.

 Hemos quedado en que no te metías más en mi trabajo.

 Tengo que decirte varias cosas importantes.

 Envíame un mensaje con membrete de tu oficina en el Vaticano. A mí, me contrataron desde allí.

 ¡Eso es ridículo!

 ¡Venga! Dime lo que tengas que decir. Es la última vez.

 Fernanda Lucía lleva unas cartas muy importantes en su mochila.

 Eso ya lo sé. A través de ellas, va a descubrir dónde está la

reliquia que tiene entregar en la catedral de Santiago.

 ¿Cómo lo sabes? -se sorprendió el sacerdote.

 Soy policía. Debo saberlo todo. ¿Qué más tienes que decirme?

 ¿No habrás sido tú? -dijo el sacerdote con gran sorpresa, como si de repente hubiera descubierto algo importante.

 ¿Qué me estás atribuyendo, ahora?

 ¿No le habrás robado tú las cartas durante unas horas para enterarte de su contenido?

Marta Martín arrugó su frente como reacción a la retorcida sospecha del sacerdote, mientras éste la miraba inquisitivo en espera de una respuesta.

 ¿Le han robado durante unas horas? - la policía prefirió contestar con otra pregunta para manifestar su sorpresa.

 ¿Has sido tú o no?

 ¿Cómo voy a hacer eso yo? Pero me parece grave que algo así haya sucedido.

 ¡Es muy grave! Lo que deseaba decirte es...

 ¡Chist! Ni se te ocurra decir que, a partir de ahora, tenga más cuidado en la vigilancia para que no se repita ese robo. Yo sé lo que tengo que hacer.

 Si sabes lo que tienes que hacer, espero que lo hagas bien.

El sacerdote no deseaba tener enfrentamientos. En realidad, estaba preocupado porque la entrega de tan importante reliquia en la catedral de Santiago estaba en peligro. Tampoco sabía cómo remediarlo. En consecuencia, no podía dar órdenes precisas.

 José María, espera.

 ¿Qué quieres?

 A la mujer detenida en Castro Urdiales la acusan de haber asesinado a los dos hermanos Lope de Arcentales.

 Eso es imposible.

 Eso mismo pensaba yo. Pero los que llevan el caso creen que fue posible.

 ¿Qué tiene que ver ella con la reliquia?

 Nada. Ha sido una cuestión de celos y de trastorno mental.

 ¿Tú lo crees?

 Es una hipótesis de trabajo.

 ¿Qué pasa, entonces, con el viejo de las melenas blanca y el pantalón vaquero que deseaba hacer negocio con la reliquia?

 Habrá que atar todavía muchos cabos.

El sacerdote había comenzado a girar para volver al albergue. Pero se dirigió de nuevo hacia la policía, que le observaba con simpatía.

 Por cierto, ¿por qué sabes tú que yo me llamo José María?

 Una policía que se precie debe saberlo todo. Pero tampoco te voy a decir mis fuentes.

12.7

Esa noche no le salió bien la estrategia a Fernanda Lucía para repetir el encuentro amoroso, a pesar de haber reservado una litera apartada del resto. Por mucho que insistió, Pepe fue inflexible en el rechazo.

 ¿Cómo puedes rechazarme de esta manera? - dijo ella casi gritando - Es una ofensa.

 Mañana te lo explico todo. Verás como lo entiendes.

 ¡No creo que pueda entenderlo jamás!

La joven americana se enfadó mucho. Consideró que era un gran agravio ser rechazada cuando insistía en meterse en la cama con su amante. Pensó que debía preparar una venganza. Como tardó en dormirse, decidió que, cuando fuera él a darle la explicación prometida, no le escucharía. Le exigiría un desagravio, un desagravio muy doloroso para él, tan doloroso, por lo menos, como había sido el rechazo.

12.8

 Prepárate pronto y vamos a desayunar en la cafetería que hay fuera del albergue. Tengo algo importante que decirte.

Marta Martín se había levantado antes del amanecer y se había preparado con especial diligencia. Deseaba que su compañero Toni Miranda hiciera lo mismo. Nada más darle el recado para desayunar juntos, se colocó la mochila en la espalda y comenzó a andar.

La prisa no fue buena consejera en esta ocasión. Cuando Marta llegó, la cafetería en que había quedado con su compañero, estaba cerrada. Otros varios peregrinos también se acercaron hasta el local para coger fuerzas antes de reanudar el Camino. Tuvieron que continuar hasta el siguiente puesto de avituallamiento. Ella tuvo que esperar a Toni.

 ¡Podías haber tardado más! Casi me quedo congelada.

 Soy yo quien debe protestar. Me has dejado sin desayunar.

 Es igual. -dijo Marta a su compañero- Escúchame bien. Es una misión importante.

 Te temo, cuando anuncias misiones importantes.

 Esta es realmente importante. ¡Pon atención! Tienes que robar, durante unas horas, las cartas que lleva la americana en la mochila.

 ¡Toma castaña! ¿Por qué no lo haces tú?
 Tú lo puedes hacer mejor.
 ¿Para qué quieres esas cartas?
 Necesitamos saber, antes que ella, dónde está la reliquia. Así la protegeremos mejor. Ella lee una carta cada día. Nosotros podemos leerlas todas a la vez.
 Si quieres robar las cartas, hazlo tú.
 Si no lo haces, le digo al americano que no te has enterado de que le han robado las cartas a su hija.
 Eso es un chantaje. Además, es falso.
 ¡Es la pura verdad y no te has enterado!
 ¿Quién se las ha robado?
 Alguien que deseaba enterarse dónde está la reliquia antes que la americana. Así que ya te puedes dar prisa. Se las coges. Hacemos fotocopias y se las devolvemos donde las tenía.

12.9

Fernanda Lucía se levantó muy enfada con el recuerdo del rechazo que Pepe le había hecho la noche anterior. Se reafirmó en su propósito de hacérselo pagar. Le obligaría a suplicar incluso para que le dirigiera la palabra.

Antes de abandonar el albergue de Burgos, comprobó el lugar donde estaba fechada la carta siguiente de su antepasado. Por el orden habitual hasta ese momento, tocaba un nuevo mensaje a su esposa.

 ¿Palacios de Benaver? ¡No me suena este nombre! No lo he visto en mi guía del Camino.

La joven hospitalera le indicó que era una población muy cercana al Camino, donde había un monasterio de monjas benedictinas. En otros tiempos, fue próspero e importante. Le recomendó que, si tenía interés en visitarlo, tomara un taxi y se incorporara, después, al Camino para no perder ninguna jornada.

12.10

Doña Mercedes caminó sin detenerse hasta las proximidades de Castrojeriz a pesar de las protestas de su hija. Se quejaba de estar cansada, de tener ampollas y de todas las enfermedades que venían a su mente disminuida. La madre, con palabras cariñosas, trataba de animarla. Sólo consiguió convencerla cuando prometió que se detendrían a comer en un famoso convento de Castrojeriz llamado de Santa Clara, donde las monjas hacían todo tipo de dulces y tartas.

12.11

Se sorprendió Fernanda Lucía de que sonara su teléfono móvil cuando iba en el taxi camino del Monasterio benedictino de Palacios de Benaver para leer la carta allí fechada por su antepasado. En los últimos días, estaba acostumbrada a recibir sólo mensajes de su novio. Tuvo un momento de duda. Pero se decidió a responder.

 Aquí Fernanda Lucía.

 Hola, hija.

 ¡Papá! -gritó la joven con alegría y sorpresa.

 Te llamo aunque conozco tu decisión de no mantener contactos durante el Camino.

 No te preocupes, papá. Estoy muy contenta de oírte. ¿Cómo estás? ¿Cómo va tu enfermedad?

 He querido decírtelo yo personalmente. Estoy hospitalizado.

 ¿Papá, es grave?

 No te asustes y déjame terminar. Es un paso más de mi enfermedad. ¡De la enfermedad familiar! Los doctores me han recomendado que ingrese en el hospital con el fin de ver si pueden hacer algo. Anteayer, me caí desplomado. Los huesos ya no resisten el peso de mi cuerpo. Pero no llores.

 Papá, estoy muy triste. - dijo Fernanda Lucía sin poder remediar que las lágrimas le cayeran sobre la cara y que los gemidos fueran oídos por su padre.

 ¡Cálmate! Tú estás haciendo todo lo que puedes.

 No puedo ir más deprisa. Te lo juro.

 Lo sé, hija. He dudado mucho en llamarte. Pero creo que debes saberlo.

 Por supuesto que debo saberlo. Voy a hacer todo lo posible por realizar el Camino más deprisa.

 Te lo prohíbo. Tienes que llevar el ritmo de las cartas. Los dos estamos en manos del destino. Tengo absoluta confianza en ti.

 Debes estar completamente seguro. Los vamos a conseguir, papá.

La joven americana hacía esfuerzos para no llorar. Sobre todo, hacía esfuerzos para que su padre no lo oyera. Pero era imposible. El también había comenzado a llorar.

 Por supuesto, estoy absolutamente seguro de que mi destino y el de todos los Arcentales van a cambiar.

 ¡Desde luego que va a cambiar!

 Tengo que dejarte. Los doctores me han dicho que no debo

hacer ningún esfuerzo ni con los brazos ni con los pies.

 ¡Adiós, papá! Lo vamos a conseguir.

 No te preocupes. Pero creo que debías saberlo.

Después de cortar la comunicación, la joven americana siguió llorando. Tuvo que sacar el pañuelo para secarse las lágrimas y quitarse los mocos.

12.12

Toni Miranda tomó su nueva obligación con tal diligencia que volvió hasta el albergue de Burgos para comprobar si Fernanda Lucía tenía todavía la mochila sobre la cama y podía sustraer las cartas temporalmente. Al llegar, se dio cuenta de que, entre los peregrinos rezagados, ya no estaba la joven americana.

12.13

Fernanda Lucía se limpió los ojos antes de salir del coche. Prefería que no supieran que había llorado. Pidió al taxista que la esperara. Quedaron en que necesitaría algo menos de una hora para leer la carta, visitar lo que pudiera del monasterio y caminar por los alrededores. El chofer se comprometió volver al mismo lugar después de haber tomado lo que él denominó como un 'tentempié'.

La joven americana, a pesar de la tristeza de su ánimo, se sorprendió de la fortaleza del monasterio de las madres benedictinas, de la austeridad que irradiaban sus muros. Pero sobre todo quedó impresionada por el silencio y la paz que allí se vivía. Su prioridad era conocer el contenido de la carta que su antepasado envió desde allí a su todavía legítima esposa. Deseaba encontrar ya alguna pista sobre la reliquia que debía entregar en la catedral de Santiago para remediar el destino de su familia y, en concreto, de su querido padre. Se sentó en una pilastra al lado de la puerta de la iglesia para resguardarse del sol.

'Respetada esposa Doña Urraca de Leguizamón,

Os envío aquesta comprometida misiva desde el monasterio de las madres que se rigen por la severa regla de san Benito, en el Monasterio de Palacios de Benaver, donde he sido acogido para intentar reconciliarme con la paz de Nuestro Señor Jesús.

Expresamente me he separado del Camino que siguen los peregrinos hacia la tumba del Apóstol Santiago con el fin de mi cuerpo dolorido e cansado, pero sobre todo mi espíritu, logren una calma que sólo puede venir desde arriba, porque en aquesta tierra las preocupaciones llegan a ahogar las mejores intenciones.

Antes de comenzar a escribir, he permanecido durante más de dos

horas delante de la imagen del Santo Cristo tan venerado en aqueste lugar para pedirle que non me dejara llevar por la ira que me invade.

He estado a punto de interrumpir mi peregrinaje hacia la tumba del Apóstol Santiago, con el fin de regresar hasta nuestra residencia para poner orden en los graves acontecimientos, decisiones e rebeldía que ahí están teniendo lugar. Pero tras la reflexión realizada ante Nuestro Señor Crucificado, he decidido continuar porque la misión de liberar a nuestra familia e a sus descendientes varones de su cruel destino debe estar por encima de todas las otras contingencias por muy graves que sean.

Después de aquesta meditación ante la imagen sacrificada de Nuestro Redentor, os escribo para exigiros que, desde el mesmo momento en que recibáis aquesta misiva, expulséis de nuestra residencia e de todo trato a vuestro primo Alfonso García de Leguizamón. Las graves faltas de respeto e agresiones físicas que ha tenido hacia mi persona en aqueste monasterio, constituyen un agravio imperdonable que merece ser excluido inmediatamente de nuestras relaciones familiares.

He de reconocer que para vos aquesta decisión puede ser dolorosa de llevar a cabo. Pero es necesario que así lo cumpláis por el bien de nuestra familia, en especial por el de nuestros fijos todavía menores de edad.

Como muchas veces hemos comentado e como os recordó el oficiante en nuestro desposorio, vuestra familia agora es la familia de los Arcentales e non la de los Leguizamón. Por esa razón, es vuestra obligación defender los intereses de nuestra familia. En aquestos momentos, esos intereses se concretan en la expulsión de vuestro primo e mantener en suspenso cualquier trámite que pueda cambiar la situación de los bienes e inmuebles de nuestra familia.

Dada la urgencia de aquesta decisión e la prontitud con que debe ser puesta en práctica, non me extiendo en ninguna otra consideración.

Os aseguro que, a pesar de las circunstancias por las que estamos pasando, debéis saber que vuestro esposo permanece fiel a sus compromisos e mantiene hacia vos la mesma unión e compromiso de siempre.

Vuestro esposo. Juan de Arcentales.

13.- SACERDOTE

13.1

 ¿Cuándo llegamos al convento ese de las pastas?

Cada menos de cien metros, Merceditas recordaba a su madre la promesa de ir a comer dulces y pastas al convento de las monjas clarisas de Castrojeriz. A pesar de que Doña Mercedes insistía en que ya estaba próximo, la niña, en varias ocasiones, amenazó con sentarse en señal de protesta.

Cuando llegaron, Merceditas no podía contener el deseo de coger todo tipo de pastas entre el tentador muestrario que las monjas seguidoras de Santa Clara ofrecían.

 Tienes que elegir tres. Las que quieras, pero sólo tres.

 ¡Cuatro!

 He dicho que tres.

Fue un grave problema para Merceditas realizar la elección por la necesidad de excluir algunas especialidades que también deseaba. En primer lugar, eligió un trozo de tarta del peregrino. Estaba hecha con almendras molidas, huevos, canela y jerez dulce. Después, cogió un Puñito de San Francisco, hecho por las monjas en honor del compañero de Santa Clara con bizcocho relleno de crema, yemas de huevo, leche, corteza de limón y un palo de canela. La tercera elección fue la más difícil. Implicaba dejar de probar todos los demás dulces. Después de dar muchas vueltas, se decidió por la tarta de manzana, hecha con yogur y ralladura de limón, además lógicamente de manzanas reinetas.

 Amá, ¿cómo se llama este pueblo?

 Castrojeriz.

 Castrojeriz es el mejor pueblo del Camino de Santiago.

13.2

Estaba Fernanda Lucía descansando con otros compañeros de peregrinaje, sentada en los pilares del crucero de piedra situado en las afueras de un pequeño pueblo conocido como Castrillo Matajudíos, cuando sonó, en su teléfono móvil, la señal de un nuevo mensaje. A pesar de participar ocasionalmente en la conversación común, el pensamiento de la joven americana estaba todavía afectado por la enfermedad de su padre y por el rechazo que había recibido de Pepe. La decisión de no volver a hablar con él se estaba suavizando con el tiempo. Se imponía la curiosidad por conocer

cuales habían sido sus razones. Con esa preocupación, abrió el teléfono.

 ‘Si no me contestas hoy mismo, me presento ahí. Juro que, esta vez, cumplo la amenaza. M. Jr.’

Fernanda Lucía pensó que su novio era capaz de cumplir la amenaza, presentarse en el Camino de Santiago y armar un escándalo. Estuvo a punto de escribir un mensaje de respuesta, pero rectificó. Mantendría la promesa de no comunicarse con nadie hasta no llegar a Santiago.

 Además, todavía no se ha enterado de que papá está en el hospital.

Al incorporarse para leer el mensaje, la joven americana había dejado un poco apartada la mochila. Fue el momento aprovechado por el policía Toni Miranda para acercarse. La intención no era lógicamente realizar el robo en medio de los peregrinos. Simplemente deseaba observar de cerca la mochila.

Ni eso pudo hacer. La joven americana, tras la falta temporal de las cartas, se preocupaba mucho de no dejarla en ningún momento descuidada. Había decidido incluso esconder las cartas entre las sábanas a la hora de dormir.

 Como ya no tendré acompañante de cama, será más fácil esconderlas, -pensó con cierta tristeza.

13.3

Federico andaba preocupado y solitario desde que recibió el nuevo encargo de su esposa. No sabía cómo dar el paso para obtener nueva información sobre la reliquia ni cómo plantear el tema a la joven americana o a su acompañante. Tenía temor incluso a que le relacionaran con el crimen. Pero esa preocupación no le quitaba el deseo de ir degustando la gastronomía de los lugares por los que pasaba el Camino de Santiago.

Se detuvo en un pequeño mesón, casi una casa particular, en la localidad de Villasandino. Allí saboreó con gran deleite un típico cocido castellano. Empezó con una sabrosa sopa de fideos. Siguió con un plato colmado de garbanzos y berza. La dueña del local, y a la vez camarera, le preguntó si deseaba mezclarlo con los acompañantes de carne. Federico prefirió comerlo por separado para disfrutar de todos y cada uno de los sabores. El cocido de carne fue también muy abundante. Había morcilla castellana, carne de costilla de cerdo en adobo, chorizo, tocino blanco, carne de morcillo, además de una cabeza de ajos, cebolla, puerros y tomate. Incluso, añadieron un relleno hecho con huevos, miga de pan,

perejil y pimentón dulce.

 Que me dejen a mí de nuevas cocinas y de experimentos culinarios. Este es el mejor combinado gastronómico.

Para mantener su costumbre, pidió un orujo de hierbas y aceptó la recomendación de probar unas pastas famosas procedentes de la localidad cercana de Grijalba. Con todo, quedó tan lleno que tuvo que esperar más de una hora para poder reanudar el Camino.

13.4

Fernanda Lucía se encontró con Pepe justo en el momento en que salía de visitar de iglesia románica de San Martín de Frómista. Estaba muy impresionada por los sentimientos que había experimentado en presencia de la escultura del crucificado de tamaño natural en madera de cerezo.

El encuentro fue tenso. Casi no se miraron a los ojos. Tardaron en dirigirse la palabra. Al fin, Pepe dijo que deberían hablar en privado.

 Ahora estoy muy atareada.

Fue la primera excusa que le vino a Fernanda Lucía a la boca en ese momento de desconcierto. Tampoco deseaba rehuir la conversación. Cada vez tenía más deseos de escuchar sus razones.

 Nos podemos ver cuando quieras. Debo decirte algo importante.

 Preferiría que nos viéramos, cuando lleguemos a una ciudad grande. En León, por ejemplo. ¿Te parece bien?

 Me parece bien. No debes estar enfadada. Estoy seguro de que mis razones te parecerán justificadas.

Fernanda Lucía estuvo a punto de cambiar su propuesta y reconocer ante su compañero que prefería arreglar la situación cuanto antes. Se sentía mucho más a gusto disfrutando de su compañía. Pero el sacerdote se había alejado ya hacia el interior de la joya del arte románico a través de sus naves abovedadas camino de los ábsides.

13.5

Se hallaba Marta Martín descansando en un pequeño bar frente a la plaza del ayuntamiento de Frómista esperando a que el grupo de peregrinos terminara de visitar las iglesias. Su espíritu práctico y su deformación profesional le impedían disfrutar de los placeres de la contemplación artística. Ese distanciamiento del grupo le permitió recibir en solitario un mensaje urgente de la comisaría central.

 Marta, soy Laura. Vete urgentemente a Carrión de los Condes.

 ¿Qué ha pasado?

 No tengo muchos datos. Debes presentarte allí cuanto antes y enterarte tú misma.

 Desde donde estoy hasta Carrión, hay bastantes kilómetros.

 Tú verás. Si no puedes ir, yo te tendré informada.

 No te preocupes. Cojo un taxi y voy para allá. ¿Adónde exactamente?

 Al Monasterio de San Zoilo. Está en la salida Oeste de Carrión.

Pensó que debía comentar su marcha a Toni Miranda. Pero el aviso de la comisaría central era tan urgente que prefirió buscar inmediatamente el vehículo que la llevara lo antes posible hasta el lugar indicado.

13.6

Fernanda Lucía se sentó frente a la fachada románica de la iglesia de Santa María de la Blanca en Villálcazar de Sirga, para leer la carta de su antepasado fechada en ese lugar. Después de las impresiones recibidas en Frómista, este templo le pareció más una fortaleza que un lugar dedicado al culto.

 Seguro que las pistas sobre la reliquia del Santo Grial van a estar en estas cartas y no en las dirigidas a la esposa legítima.

'Querida, recordada, anhelada e deseada María,

Debo decirte en primer lugar que respeto, aunque non estoy de acuerdo, tu decisión de permanecer en tu residencia a pesar del peligro que puedes correr como centro de venganza por parte de la belicosa e ambiciosa familia de mi esposa, repudiada ya definitivamente de mi corazón.

Nuestro fijo Juan me ha explicado que te has negado a abandonar tu casa porque, creo que son palabras textuales, 'estas acostumbrada a afrontar los peligros de frente e non vas a cambiar de actitud'. Sólo puedo alabar tu valentía, pero te manifiesto mi temor por el riesgo que esa actitud representa para ti, que eres la persona que más amo en aquesta vida en unión de nuestro fijo.

Junto a ese temor, paso también a transmitirte mi esperanza por las gestiones que he realizado aquí en el convento de Santa María de la Blanca, durante mucho tiempo propiedad de los caballeros del Temple. En la actualidad, tras los ataques que aquesta Santa Orden ha sufrido por sus interesados enemigos, ha pasado a estar regida por los Caballeros de la Orden de Santiago. Entre ellos, he encontrado amigos que tenían fresco el recuerdo de los trabajos e ayudas hechos por mi padre e por mí mesmo para restaurar la Santa Orden del temple.

Cuando estés leyendo aquesta carta, ya habrás sabido que tres Caballeros de Santiago han acompañado a nuestro fijo. Dos dellos permanecerán constantemente contigo para garantizar tu seguridad. El otro acompañará a Juan en sus recorridos para facer de mensajero entre nosotros.

Asimesmo, otros tres caballeros de aquesta mesma orden e de aqueste convento de Villasirga, entre los que estará su maestre superior, se van a trasladar hasta mi residencia familiar con el fin de impedir la venganza que desea llevar a cabo la familia de mi esposa.

Mi esposa ha comenzado las gestiones legales e judiciales para declararme prófugo. Además, ha presentado una cláusula en que se solicita que sea yo considerado falto de las luces de conocimiento e voluntad necesarias para regir los bienes e destinos familiares.

De esa manera, non sólo pretende usurparme todos mis bienes sino, además, impedir que pueda regresar a mi propia residencia.

Estoy seguro de que la acción de aquestos caballeros e su Maestre Superior impedirán, porque ellos me lo han prometido, que se consume tal atropello. Volverán a colocar las cosas en el orden justo donde yo las dejé cuando inicié aquesta peregrinación hasta la tumba del Santo Apóstol.

Aquesta ayuda que he recibido por parte de los Caballeros de la Orden de Santiago nunca podrá ser bien agradecida ni bien remunerada. Pero he comprometido mi honor en que, cuando haya terminado mi peregrinación hasta Compostela e una vez que haya recuperado el control de mis propiedades, ordenaré la reconstrucción de aqueste monasterio de Villasirga que tan ilustre ha sido en la historia de la Santa Orden del Temple.

Non deseo retrasar más la salida de nuestro fijo Juan e de los tres caballeros que le van a acompañar. Sólo me queda pedirte que te dejes defender por ellos. Tú eres lo más precioso e sagrado que para mí queda en aqueste mundo, a la vez que representas el motivo de mi lucha después de que cumpla mi misión a los pies del Santo Apóstol.

Con renovado afecto, te recuerda e también es tuyo para siempre, Juan de Arcentales'.

13.7

Mientras Fernanda Lucía se enteraba, ensimismada, de las trágicas vicisitudes que vivió su antepasado en esas tierras de Castilla, entraron en la Iglesia - fortaleza de Santa María de la Blanca doña Mercedes y su hija. Se dirigieron directamente a la capilla de Santiago y, sin ninguna dilación, se arrodillaron ante la estatua de piedra policromada de la Virgen.

Merceditas había sido aleccionada, antes de entrar, de que ésa era una de las visitas más importantes de todo el Camino en el propósito de conseguir un milagro del Apóstol Santiago. Por esa razón, no puso ningún reparo para arrodillarse junto a su madre e imitar todos sus movimientos.

 Santa María de la Blanca, señora nuestra y de todos los desfavorecidos, estamos arrodilladas a tus pies con el fin de pedir que, una vez más, corrijas las negligencias del Apóstol y te apiades de esta niña antes de que la muerte de su madre la deje sin ningún apoyo en esta vida.

 Amén. - Se precipitó Merceditas dando un grito que se oyó en toda la capilla.

 Espera. Todavía no hemos terminado. Santa María, tú que has curado a enfermos y tullidos que regresaban de la tumba del Apóstol sin haber sido atendidos por él, acuérdate de esta niña a quien Santiago tampoco desea socorrer.

Doña Mercedes miró a su hija y le hizo un gesto para que asintiera a la oración. La niña volvió a repetir el grito con la palabra 'amén' con la entonación de una canción popular.

13.8

Después de encontrarse con Doña Mercedes y su hija, Fernanda Lucía guardó cuidadosamente la carta, se colocó la mochila, echó una última mirada a la fachada de la iglesia y reanudó el Camino.

Se quedó sorprendida al ver a dos jóvenes que se dirigían hacia ella. Se fijó en el más moreno. Su cara le resultaba conocida, aunque, en ese momento, no recordaba su identidad.

 Hola, piba. ¿Ya no te acuerdas de mí?

Por el tono de la voz, recordó que era el cubano, amigo de su novio, que la había visitado en Logroño justo en la víspera del asesinato de Lucas Lope de Arcentales. Como en aquella ocasión, el joven se acercó con desparpajo, le dio un par de besos sonoros y la abrazó.

 Este es Giovanni, un amigo mío y de tu novio. Es italiano pero vive en Madrid como yo.

Fernanda Lucía se acercó al desconocido para saludarle, mientras el italiano le daba también un par de besos.

 ¿Cómo así por aquí? -inquirió la joven americana.

 Venimos con un poco de prisa. Pero Michael nos ha encargado que te digamos que está enfadado porque no contestas a sus mensajes.

 Ya le dije que, durante el camino, no iba a mantener

comunicación con nadie.

 Esperaba que tuvieras una consideración especial hacia él ya que es tu novio. ¿Cuál es tu respuesta?

 ¿Le vais a ver? -preguntó Fernanda Lucía con sorpresa.

 Bueno. Hablamos frecuentemente con él por teléfono.

 Decidle que tenga un poco de paciencia.

 Ya sabes que Michael no tiene paciencia. Cualquier día se presenta aquí.

 Debe esperar a que termine el Camino.

 No te extrañes si, dentro de poco, tienes una sorpresa.

El joven cubano tomó la iniciativa de despedirse con otro par de besos y otro abrazo. El italiano, que había permanecido callado durante toda la conversación sin apartar los ojos del rostro de Fernanda Lucía, también le dio los besos y el abrazo, antes de que los dos continuaran su camino en dirección contraria a la que seguía la joven americana.

13.9

Cuando Marta Martín llegó al Monasterio de San Zoilo en Carrión de los Condes, ya estaba toda la zona acordonada por la policía local. Tuvo que presentar su credencial para que la autorizaran a acercarse al cadáver. Al levantar la sábana que lo cubría, pudo comprobar que tenía las mismas heridas e idéntica disposición ritual que el cuerpo de Lucas Lope de Arcentales cuando fue hallado en el albergue de Logroño.

Se trataba de un hombre anciano, delgado, con melena larga y el pelo blanco. Aunque toda su ropa estaba manchada de sangre, podía percibirse que sus pantalones eran vaqueros y que llevaba zapatos modernos con hebilla. Respondía con exactitud a la descripción que el sacerdote le había dado días antes sobre el negociante de obras de artes que había dejado un recado para Lucas Lope de Arcentales en el albergue de Pamplona. Marta Martín hubiera deseado sacar algunas fotografías del cadáver, pero pensó que podía llamar demasiado la atención y quizá tener problemas con los policías locales. Prefirió mantener las imágenes en la retina. Estaba todavía observando el cadáver, cuando notó que la llamaban desde el límite de la zona acordonada. Allí se hallaban Toni Miranda y el sacerdote.

 ¿Qué hacéis aquí?

 Hemos supuesto que, si habías venido tan precipitadamente, había sucedido algo grave. -respondió Toni justificando su viaje.

 ¿Quién os ha dicho que estaba aquí?

 Lo había oído el taxista que nos ha traído. Estaba aparcado al lado del que tú has tomado.

El sacerdote, sin preocuparse de justificar la persecución realizada, trataba de captar algunos detalles a pesar de la distancia que separaba el cordón policial del cadáver.

 ¿A quién han matado ahora? -preguntó directamente.

 El viejo de melena larga y pantalón vaquero. -respondió Marta Martín.

 Estaba seguro de que iba a aparecer un día u otro. Por lo tanto, la teoría de que la mujer de Castro Urdiales ha matado a los dos hermanos Lope de Arcentales no sirve para nada.

 ¡Vámonos! No es éste el sitio apropiado para hablar de estas cosas.

Mientras se alejaban, Toni Miranda se acercó a su compañera para pedir que le explicara quién era ese viejo de melena blanca y pantalones vaqueros. Pero tampoco recibió respuesta.

13.10

 ¿Cómo está papá?

Fernanda Lucía decidió romper la decisión de no tener relación con los familiares durante el Camino. Todos los días haría una llamada para interesarse por la enfermedad de su padre. Además, iba a decirle a su hermano que a la menor novedad, le comunicara cualquier novedad.

 Papá sigue igual. Está sedado. Es la única manera de que soporte los dolores.

 John, estoy muy afectada por la enfermedad de papá.

 Todos estamos muy afectados. Pero no podemos hacer nada.

 Quiero que me informes de cualquier novedad. Me llamas inmediatamente. ¿Lo prometes?

 Lo prometo. No te preocupes. Tienes que decirle al policía ese que no envíe más mensajes. Papá no puede recibirlos.

 ¿De qué policía hablas? -dijo Fernanda Lucía muy sorprendida.

 ¿De qué policía va a ser? Del policía que contrató papá para que vigilara tu seguridad.

 ¡Yo no sabía nada de eso!

Su hermano tuvo que responder a las muchas preguntas que Fernanda Lucía le hizo sobre el contrato del policía y sobre la vigilancia para garantizar su seguridad. Él tampoco conocía muchos datos, por lo que no pudo sacarla de las dudas que le surgieron de repente.

 De todos modos, dile que no envíe más mensajes. -sentenció el hermano.
 ¿Cómo se lo voy a decir, si no le conozco?
 Alguien que te sigue a todas las partes.
 ¿Tú no tienes alguna pista sobre él?
 Me puedo enterar de su nombre.
 ¿Cuándo lo contrató?
 Supongo que cuando te fuiste.
 Vamos. Dame su nombre cuanto antes.
 Tengo que mirarlo. Te llamo dentro de un rato para decírtelo.

13.11

Fernanda Lucía había realizado la llamada telefónica a su hermano desde la explanada, enfrente de las ruinas del monasterio cluniacense de Sahagún. Había buscado un lugar espacioso para no tener problemas de interferencias. Sin embargo, antes de guardar el teléfono, vio cómo se acercaba corriendo hacia ella y ladrando con fuerza el perro negro de ojos brillantes. Se asustó. El animal se detuvo, pero continuó ladrando hasta que llegó a su altura la anciana de pelo completamente blanco y vestida de negro.

 Cuando tengas algún problema o estés en peligro, debes pedirme ayuda, jovencita. -dijo la anciana con un tono muy misterioso, mientras dominaba al perro y le hacía callar.

 Lo que tiene que hacer Vd. es dominar al perro. Me ha ladrado ya varias veces a lo largo del Camino. -replicó Fernanda Lucía recuperándose del susto.

 No me refiero al perro. Yo puedo ayudarte, cuando tengas cualquier problema o estés en cualquier peligro.

La anciana dio una palmada al animal para que se alejara. Ella se dio la vuelta y caminó deprisa, sabedora de la sorpresa que en la joven americana habían causado sus palabras.

 ¿Cómo sabe Vd. que tengo problemas?

La joven gritó su pregunta con la suficiente fuerza para que la anciana la oyera. Pero ésta no contestó. Siguió su camino detrás del perro.

13.12

La esposa de Federico estuvo esperando en la puerta del albergue de León desde primera hora de la tarde. Su marido se hizo esperar. Se había detenido en Mansilla de las Mulas para comer. El primer plato, unos puerros, le gustó tanto que pidió la receta. Además de los puerros, llevaba pimientos de piquillo, tomates

maduros, almendras peladas, ajos abundantes y aceite de oliva. La ternera que tomo de segundo plato, no le pareció tan novedosa, aunque también le dejó satisfecho. El ingrediente principal del postre fue la manzana, pero puesta de diversas formas. Se trataba de láminas de manzana carameleadla, rellena de mouse de manzana y sorbete también de manzana reineta. Al llegar al albergue de León, estuvo a punto de cortársele la digestión. Su esposa estaba ya muy enfadada por la espera. Pero se enfadó todavía más cuando se enteró de que Federico no había realizado ninguna gestión para retomar los contactos sobre la reliquia de tanto valor.

 Te doy dos días de plazo. En Ponferrada, te espero con todo resuelto.

 Tardo más de dos días en llegar a Ponferrada.

 ¡No me lleves la contraria! -gritó la esposa. -Te espero en Ponferrada, con todos los contactos hechos.

 Juana, eso...

 ¡Ni rechistar! Ya lo sabes. Otra cosa. ¡No me hagas esperar nunca más!

13.13

Fernanda Lucía y Pepe se pusieron de acuerdo en ir a un buen restaurante en León con el fin de aclarar las cosas y recomponer su relación. Pidieron consejo a varias personas. En todas las recomendaciones, aparecía el restaurante del Parador de San Marcos. Se decidieron por él. Nada más sentarse en el lujoso comedor, llegaron a otro acuerdo. Antes de hablar sobre su problema, elegirían los platos de la cena. La joven americana se dejó llevar por los consejos del maître. Pidió Mousse de cecina de León con vinagreta de pimientos del lugar, crujiente de puerros de Sahagún al ajo arriero sobre crema de queso valdeón, y, para postre, Milhojas de chocolate rellenas de crema de castañas con salsa de higos agridulces. Pepe coincidió en Mousse de cecina como primer plato. Después, pidió congrio al ajo arriero, y completó su pedido con arroz con leche acompañado de helado de canela y crujiente de pasas.

 Bien. -comenzó Fernanda Lucía en cuanto el maître los dejó solos - Antes de que me des tu explicación, quiero que sepas que me he sentido muy ofendida por tu desplante y tu rechazo.

 Te pido disculpas, de verdad. -respondió con gran sentimiento Pepe.

 También quiero que sepas que, en principio y a la espera de conocer tus razones, estoy dispuesta a la reconciliación. Para que

veas que te lo pongo fácil.

 Muchas gracias.

 Soy toda oídos.

 La razón es muy sencilla. Yo no debía haber comenzado a tener relaciones sexuales contigo en ningún momento.

 ¡Me vas a decir que estas casado!

 ¡Soy sacerdote!

La joven americana se quedó inmóvil, mirándole fijamente, sin reaccionar.

 ¡Repítelo, por favor!

 He dicho que soy sacerdote.

 ¡¡¡No!!!

Fue un grito muy fuerte. A la vez, se levantó precipitadamente. A causa del movimiento brusco, tiró las dos copas al suelo. Una de ellas se rompió haciendo mucho ruido y llamando la atención de todos los presentes en el comedor. Pepe, por la sorpresa, tardó en reaccionar.

 Fernanda Lucía,...

 Déjame en paz. ¡Ni me hables!

 Escucha.

 ¡Otro cura, no!

La joven corrió hacia la puerta del comedor, casi desencajada, como si hubiera perdido el control. El sacerdote la siguió desconcertado y sin saber cómo reaccionar.

 Pero ¿qué pasa?

 El pecado carnal de un cura ha traído la maldición sobre los descendientes varones de mi familia. No quiero que otro cura me impida cumplir mi misión.

 Yo no tengo la culpa de nada.

 ¡No vuelvas a acercarte a mí! ¡No quiero ni verte!

La joven americana siguió corriendo hasta llegar a la calle sin prestar ninguna atención al sacerdote. Este se detuvo al llegar a la puerta. Desde allí, observó cómo se alejaba. Después, retrocedió. Volvió a entrar en el comedor y arregló con el maître el pago de la cena no consumida.

14.- ACUERDO

14.1

Cuando Fernanda Lucía, todavía con el rostro desencajado por la ira, llegó al albergue de los peregrinos, comprobó que tenía un mensaje escrito en su teléfono.

 'El poli q informa a papá se llama Toni Miranda. No sé +. Tendrás q encontrarle pronto y decirle q no envíe + informes. JJ'

En cualquier otra circunstancia, la joven americana se habría puesto inmediatamente a buscar a ese policía. Pero estaba tan afectada que ni siquiera lograba reflexionar con serenidad. Consideraba una gran tragedia haber reproducido la situación del abuelo de su antepasado, que siendo sacerdote se dejó arrastrar por la carne. Ese pecado era el origen de la maldición familiar.

 ¡Es el culpable de la enfermedad de mi papá!

14.2

 ¡Merceditas, he dicho que te vistas!

Era la cuarta vez que Doña Mercedes ordenaba a su hija que se preparara para salir del albergue de León. Pero Merceditas no se movía de la cama. Tenía agarrada la almohada con los dos brazos y apretaba la cara contra el colchón para evitar hablar con su madre.

 ¡Vamos! Hoy haremos muy pocos kilómetros.

Tampoco esa promesa sirvió para animar a la niña disminuida. No se movió ni contestó. Doña Mercedes se acercó y empleó toda su fuerza para separarla de la almohada.

 Me duele mucho el pie y no puedo andar.

-Entonces, vamos al médico.

14.3

Fernanda Lucía recordaba perfectamente que el nombre del policía que la vigilaba era Toni Miranda y debía localizarlo. Pero consideró más urgente leer otra carta de su antepasado. Era importante encontrar cuanto antes la reliquia. En cuanto la encontrara, caminaría día y noche sin descansar hasta la catedral. Deseaba ganar tiempo para evitar, en lo posible, el fatal desenlace de la enfermedad de su padre.

 Espero que Santiago se apiade inmediatamente y levante, al instante, la maldición.

La joven americana se santiguó para que las palabras que le

habían salido espontáneamente se convirtieran en una oración. Después, comprobó el lugar donde estaba fechado el siguiente mensaje. Era Hospital de Órbigo. Estuvo, una vez más, tentada de leer todas las cartas de una vez y allí mismo. De esa manera, podría enterarse del lugar donde estaba la reliquia, recogerla y entregarla sin ninguna dilación. Sin embargo, su padre le había dado órdenes muy estrictas en ese sentido.

 No puedo arriesgarme a incumplir las normas.

14.4

 Señor doctor, mi hija tiene que tener algo en ese pie. Si no, ella no se quejaría.

 Señora, la he analizado tres veces. Hemos hecho una radiografía. Su hija no tiene nada. Está cansada, pero no tiene nada roto, ni hinchado ni dolorido. Lo único que le puedo recetar es que descansen.

 No podemos descansar. Tenemos que llegar a Santiago.

 A Santiago, pueden llegar dentro de una semana o dentro de un mes. Le aseguro, señora, que ni la catedral ni la estatua del apóstol se van a mover de su sitio.

14.5

Mientras Fernanda Lucía llegaba a Hospital de Órbigo, para leer la carta de su antepasado, fue conociendo, con la ayuda de la guía del Camino, la curiosa historia que se cuenta de un famoso y quizá enloquecido noble, llamado Suero de Quiñones. Se peleaba con los que deseaban cruzar el puente cercano a su castillo con la intención de que todos reconocieran que su dama era la más noble, más digna y más hermosa. Cuando llegó, pudo comprobar que dicho puente, llamado desde entonces 'Paso honroso', estaba perfectamente conservado en sus diecinueve arcos. Buscó un lugar apartado junto al río, sacó de la mochila el pergamino y comenzó a leer.

'Señora Urraca de Leguizamón,

Prescindo en aquesta carta de todo tratamiento afectuoso e incluso de cualquier manifestación de respeto que serían falsas por mi parte, después del deshonroso e interesado comportamiento que habéis tenido.

Entrego a vuestro primo Alfonso García de Leguizamón, en presencia de los tres caballeros de la Santa Orden de Santiago, que actúan como testigos, aqueste documento escrito e firmado de mi puño con el fin de retiraros toda autoridad. Aunque continuéis todavía figurando como mi esposa, non podréis administrar, transferir o cambiar la propiedad de

ningún bien mueble o inmueble mío o de mi familia, bajo ningún pretexto, razón o motivo.'

 ¡Esta bruja me la va a armar! Podía haber elegido otro momento para provocar estos problemas. - dijo Fernanda Lucía interrumpiendo momentáneamente la lectura.

'Los tres Caballeros de la Santa Orden de Santiago que han aceptado mediar en aquesta disputa familiar, son además testigos de que vuestro primo se ha comportado una vez más de forma violenta en mi presencia e ha pretendido conseguir una renuncia de mi potestad para administrar mi hacienda en todas sus partes e determinaciones.

Determino, por la presente, que tanto vos como cualquiera de vuestros parientes deberán abstenerse de realizar cualquier gestión relacionada con los bienes de la familia de Arcentales e que en caso de realizarla será considerada nula a todos los efectos.

Asimesmo, por mi letra os hago saber que los Caballeros de la Santa Orden de Santiago han sido encargados por mí e tienen firmados los correspondientes derechos para custodiar mis bienes, para impedir vuestras maniobras torticeras e también para manteneros vigilada en vuestras habitaciones de nuestra residencia familiar hasta que yo regrese, después de terminar mi misión en aqueste Camino de Santiago.

También aquestos caballeros tienen ni encomienda, debidamente firmada, para custodiar la integridad de nuestros fijos, a quienes vos non podréis visitar por lo menos hasta que yo haya regresado. Ellos, por delegación directa de mi autoridad, son los responsables de tomar las decisiones que correspondan.

Firmo aquestas disposiciones en el castillo de don Suero de Quiñones...'

 ¡Suero de Quiñones, el del puente! -comentó Fernanda Lucía sorprendida.

'Firmo aquestas disposiciones en el castillo de don Suero de Quiñones, joven e valiente señor de Órbigo, que también participa como testigo. Asimesmo, se compromete a intervenir en el caso de que non sean llevadas a cabo con rigurosidad e prontitud.

Ante testigos e para todos los efectos. Juan de Arcentales.

Fernanda Lucía respiró hondo. Estaba afligida por las desventuras que tuvo que pasar su antepasado. Pero, en ese momento, le afectaban más las dificultades para el pronto hallazgo de la reliquia.

14.6

 ¿Te has enterado bien de lo que te he dicho?

Doña Mercedes, a pesar de sus muchos kilos, subió con su hija al

departamento del tren que la correspondía. La buscó el asiento. La atusó el pelo y la besó con ternura. Se dio la vuelta para que Merceditas no se diera cuenta de que las lágrimas se la escapaban sin poderlas contener. Era la primera vez que la dejaba hacer un viaje sola.

 Por favor, señora, cuando lleguen a Ponferrada, ¿puede ayudar a mi hija a bajar a la estación?

 No se preocupe. Yo continúo hasta Santiago, pero la ayudaré a bajar.

Doña Mercedes agradeció con generosidad la buena disposición de la señora, también mayor, que estaba sentada junto a Merceditas. Quiso darle dinero como compensación, que la señora no se lo aceptó.

14.7

Antes de abandonar el puente de Hospital de Órbigo, Fernanda Lucía había notado que un peregrino la seguía. También se dio cuenta de que no la había adelantado a pesar del tiempo que empleó para leer la carta de su antepasado, como habían hecho otros con naturalidad. Tuvo la corazonada de que era el policía encargado de vigilarla. Era un peregrino joven, especialmente gordo, con el que había coincidido en muchos albergues y otros lugares del Camino. No le dio más importancia y siguió caminando.

14.8

Federico aprovechó su paso por Astorga para confesarse una vez más. Eligió la catedral. Su estado de ánimo estaba tan afectado por los desproporcionados encargos de su esposa, que no se fijó ni en la talla románica de la Virgen de la Majestad, ni en el retablo del altar mayor, ni en el púlpito ni en la sillería del coro.

El sacerdote que le confesó se negó a estampar su firma en el documento que acreditaba estar cumpliendo la penitencia impuesta por el párroco de su pueblo. Tuvo que negociarlo en la sacristía, con uno de los encargados de la administración del templo. Cuando salió de la catedral, se encontró con Pepe. Le sorprendió que caminara solo, sin acompañar a la joven americana. Tuvo la tentación de acercarse a él para preguntarle sobre la reliquia y así dar una satisfacción a su esposa, pero no se atrevió.

14.9

Marta Martín había pasado las últimas fechas tratando de

conocer los resultados de las investigaciones policiales sobre el asesinato del viejo implicado en la compra de obras de arte robadas. Su interlocutora seguía siendo su amiga Laura. Desde su puesto en el servicio de información de la comisaría central, controlaba todos los datos que pudieran ser descubiertos.

 No digas que no se sabe nada. - insistía Marta por teléfono a su amiga informadora. - Por lo menos, se sabe que las tres muertes están relacionadas y han sido cometidas por la misma o las mismas personas.

 El comisario cree que no se puede sacar todavía esa conclusión. En el informe, pone que ha podido ser cometido por alguien, con problemas psíquicos, que ha leído las informaciones sobre los asesinatos de los hermanos Lope de Arcentales.

 Eso es absurdo.- apostilló con enfado la policía que seguía el Camino de Santiago.

 Yo ni entro ni salgo. Pero ese tipo de noticias influye mucho.

 ¿Todavía no han puesto en libertad a la pobre mujer loca que detuvieron en Castro Urdiales?

 El comisario se ha negado expresamente a soltarla.

 Bueno. Ya te volveré llamar. Estamos dando palos de ciego.

14.10

Cuando Fernanda Lucía oyó el sonido anunciador de un nuevo mensaje telefónico, se dispuso para leerlo inmediatamente. Pensó que trataría sobre la evolución de la enfermedad de su padre.

 'Se te está pasando el tiempo para contestarme. Cumpliré mi amenaza. M.Jr'

Esta vez, consideró que debía contestar para evitar males mayores. Además, ya había roto el compromiso de no tener comunicación exterior a causa de la enfermedad de su padre.

 Michael, ten un poco de paciencia, por favor. Me pillas ahora en un momento bajo. Cuando todo termine, me pondré en contacto contigo. Besos. F.'

Fernanda Lucía estuvo a punto de borrar la palabra 'besos', pero decidió dejarla. Dio al botón para enviar el mensaje y apagó la comunicación.

14.11

Las preocupaciones ocasionadas por las extemporáneas propuestas de su mujer, habían disminuido el afán que Federico tenía por disfrutar de los placeres gastronómicos que ofrece cada lugar. Sin embargo, al llegar a Castrillo de los Polvazares, una de las

localidades más típicas de la región de la Maragatería, recordó que algo digno de ser degustado era el cocido maragato.

En cuanto a los componentes, no es muy diferente al cocido castellano que había paladeado con gusto unas etapas antes. La diferencia está en el orden de los platos. Se comienza por la carne y se deja la sopa para el final, por si no se puede terminar la comida. Así el primer plato incluía pizpierno, morcillo de vaca, chorizo, tocino, gallina, relleno, cecina, oreja, pata y morro de cerdo. El segundo estaba compuesto por garbanzos, patatas y repollo, mientras que la sopa de fideos fue colocada en tercer lugar. Federico todavía tuvo apetito para tomarse un postre.

 Ponme unas natillas maragatas y un orujo de hierbas a ver si, así, se me van todas las preocupaciones.

14.12

Fernanda Lucía no tenía pensado detenerse en una pequeña localidad llamada Rabanal del Camino. Deseaba aprovechar al máximo las etapas, andar el mayor número de kilómetros con el fin de llegar cuanto antes a Ponferrada, donde estaba fechada la siguiente carta de su antepasado. Sin embargo, antes de llegar a esa localidad volvió a notar la presencia del peregrino joven y obeso que la seguía a corta distancia. Con la nueva sospecha de que podría tratarse del policía encargado de vigilarla, decidió hacerse la encontradiza y salir de dudas. Aprovechó la casa llamada de las cuatro esquinas, donde según la tradición pernoctó el rey Felipe II, para llevar a cabo su estratagema. Giró por detrás del edificio. Se escondió. Esperó un tiempo prudencial hasta oír pasos. Cuando salió, se encontró de frente con el joven peregrino, que se mostró sorprendido por la inesperada aparición.

 ¡Hola! -saludó Fernanda Lucía parándose frente a él con el premeditado propósito de entablar conversación.

 Hola -se vio obligado a contestar el joven obeso.

 Supongo que te llamas Toni. -dijo la joven americana con seguridad, porque era la frase que había preparado durante su escondite.

 ¿Por qué lo supones?

 ¿Te llamas Toni o no?

 Me llamo Toni Miranda. ¿Cómo lo sabes?

 Supongo también que eres policía y que tienes la misión de vigilarme.

 ¿Te lo ha dicho tu padre?

14.13

Doña Mercedes aprovechó también el paso por Rabanal del Camino para hacer una llamada a la encargada de la Fonda de la estación de Ponferrada con el fin de preguntar por su hija.

 No se preocupe. Ha llegado muy bien. Ahora está viendo la televisión... Sí. Ha comido mucho y muy bien... Sí. Se ha lavado. Me ha tirado mucha agua al suelo, pero ya lo he limpiado... No se preocupe. Yo me encargo de todo... No se preocupe. Yo me encargo de que esté aquí en la fonda sin salir hasta que Vd. venga... No se preocupe. No se preocupe por nada.

14.14

Fernanda Lucía y el policía Toni Miranda caminaron unos cuantos kilómetros juntos. La conversación que mantuvieron durante el camino fue, además de agradable, muy fructífera para los dos. La joven americana le comunicó que no debía enviar más mensajes a su padre a causa de la enfermedad.

 ¿Entonces, queda suspendida mi misión? -preguntó preocupado el joven policía.

 Todo lo contrario. En lugar de vigilarme, mi padre te seguirá pagando para que me ayudes.

 ¿Cómo quieres que te ayude?

 No lo sé muy bien. -le dijo Fernanda Lucía con total franqueza por la confianza que había nacido entre los dos jóvenes. -Seguramente tú sabes más que yo de esto. Estoy muy preocupada. Tengo miedo de no conseguir la reliquia para entregarla antes de que a mi padre le pase algo fatal.

A lo largo del camino, los dos jóvenes se sinceraran y sintieron una simpatía mutua. Toni informó a Fernanda Lucía de la misión que realizaba Marta Martín y de la identidad del sacerdote que había encargado el seguimiento desde la oficina del Vaticano. Aunque la joven americana no le contó nada de su aventura y desventura con el sacerdote, le explicó con detalle la fórmula para encontrar la reliquia y entregarla. Los dos quedaron en que mantendrían la apariencia de no conocerse y solamente se informarían en privado, procurando que no se enteraran ni Marta Martín ni el sacerdote del Vaticano.

 Hay una cosa que me tiene muy preocupada. Estoy segura de que un día me cogieron las cartas de mi antepasado de la mochila. Las han podido leer y enterarse de todo. Me gustaría pillarles para que paguen su curiosidad.

Arrastrado por la sinceridad con la que se estaban expresando los dos, Toni estuvo a punto de rebelarle el encargo que a él mismo le había hecho su compañera Marta Martín. Pero prefirió no introducir un elemento de desconfianza en el buen entendimiento existente.

14.15

El sacerdote había quedado muy impresionado por la reacción de Fernanda Lucía. Había reflexionado sobre su conducta y había llegado a considerar que había cometido un pecado muy grave. Le remordía la conciencia no sólo por haber cedido a los deseos de la carne, sino también por haber puesto en peligro su misión.

Desde la conversación que mantuvo en León con la joven americana, caminaba en solitario, no hablaba con nadie, visitaba todas las iglesias, se confesaba con frecuencia y él mismo se imponía nuevas penitencias de ayuno para lograr el perdón divino. En Ponferrada, nada más dejar la mochila en el dormitorio del albergue, se encaminó a la pequeña ermita cercana donde todas las tardes el párroco oficiaba la ceremonia de recepción a los peregrinos que allí se incorporaban al Camino. Cuando él llegó, estaba desierta. Aprovechó para tumbarse en el suelo con los brazos en cruz, con el fin de rezar al Santo Apóstol por la salvación de su alma. Ya llevaba tres días alimentándose con agua y un trozo de pan. Esa noche decidió imponerse la penitencia añadida de dormir en el suelo sin utilizar ningún tipo de colchoneta ni almohada. Inicialmente estuvo a punto de decidir no descansar en ningún albergue hasta llegar a Santiago, parando solamente bajo la protección de algún árbol. Sin embargo, pensó que antes de poner en práctica esa decisión, debía informar de la misma a la policía encargada de vigilar la buena marcha de la misión. Se lo comunicaría a primera hora de la mañana siguiente y, a partir de entonces, ya no pisaría ningún albergue hasta llegar a la catedral de Santiago.

14.16

Ninguno de los peregrinos se detuvo en el pequeño pueblo deshabitado llamado Manjarín, salvo Doña Mercedes. Había pasado ya las ruinas del pueblo ensimismada en los pensamientos sobre el futuro de su hija, cuando oyó la campana procedente del albergue. Recordó, entonces, que en su anterior recorrido por el Camino se había detenido allí y había conocido al hospitalero, que se consideraba la viva encarnación de los caballeros templarios por

llevar su inconfundible cruz roja sobre el pecho y por su deseo de ayudar a los peregrinos. Recordó también que, en aquella ocasión, tras contarle sus preocupaciones por el futuro de Merceditas, el hospitalero le dio una pequeña piedra plana con forma de estrella de cinco puntas.

 Cuando llegues a la catedral de Santiago, - le indicó entonces el abnegado hospitalero - debes depositarla en la primera grada del altar mayor.

Entonces, Doña Mercedes no pudo realizar ese rito ya que perdió la piedra antes de llegar a la catedral. Pensó que esta era la ocasión para intentarlo de nuevo y procurar no perderla.

Encontró al mismo hospitalero, vestido también con el hábito de los caballeros templarios. Le dio otra piedra de las mismas características. Doña Mercedes prometió de nuevo poner todo el cuidado para no perderla y llevarla hasta la primera grada del altar mayor de la catedral compostelana.

14.17

El policía obeso oyó la señal de un mensaje en su móvil. Se lo enviaba su compañera Marta Martín.

'Tenemos sospechosa en el grupo. La mujer gorda camina sola. Ha enviado a su hija a casa. Aunque no lo parezca, es mucha coincidencia. MM'

 Eso es imposible. -comentó Toni pasa sí mismo.

14.18

Fernanda Lucía ni siquiera se entretuvo en ir al albergue para dejar la mochila o para lavarse, cuando llegó a Ponferrada. Durante el camino, tras separarse de Toni Miranda, había preparado la ruta para dirigirse directamente al Castillo de los Templarios. En cuanto lo vio, quedó impresionada por su grandeza, su fuerza y su belleza.

 ¡Cómo me hubiera gustado vivir en los tiempos de mi antepasado Juan de Arcentales!

Llegó incluso a imaginarse vestida con las galas de las jóvenes nobles de comienzos del siglo XV, mientras desde las orillas de los ríos Sil y Boeza, miraba la magnifica silueta del castillo en uno de los altozanos. Buscó la puerta principal del Castillo, señalada con un llamativo cartel turístico. Como estaba cerrada, se sentó a un lado, en la hierba, y sacó el pergamino de su mochila.

`Mi muy querida María,

Aquesta vez sí que utilizo la autoridad que pueda tener sobre ti para ordenarte que obedezcas a los Caballeros de la Santa Orden de

Santiago. En unión de nuestro fijo, debes refugiarte en las dependencias auxiliares de la iglesia fortaleza que ellos tienen en Villasirga. Desdella te trasladarán a otra residencia más pequeña e solitaria, propiedad de uno de los caballeros que se han prestado a ayudaros situada en las proximidades de Los Arcos, localidad situada también en el Camino hacia Santiago e lugar donde por primera vez volví a ver a nuestro fijo.

Te ruego que, sin la obligación de obedecerme, cumplas aquestas medidas de seguridad a causa del grave peligro que corre tu vida por los deseos de venganza que albergan los corazones de los parientes de Urraca de Leguizamón, mi ya repudiada esposa. Ante la imposibilidad de atacarme a mí directamente, intentarán facer daño a las personas que quiero e que me quieren.

Los caballeros que han acudido a mi residencia familiar para impedir que mi esposa e sus parientes me despojen de todos mis bienes, me han informado de que han visto en su poder documentos con vuestro nombre e mapas que indicaban las rutas para llegar hasta vuestra casona.

Cuando aquestas turbulencias familiares terminen e cuando yo regrese una vez cumplida mi misión de entregar el Santo Grial a los pies del Santo Apóstol, volveremos a realizar una vida normal, tras castigar como se merecen a mi esposa ya repudiada e a sus parientes rebeldes.

Os aseguro también que aquestas insidias e tropelías non podrán permitir que normalicemos e regulemos, antes los ojos de la iglesia e de los homes, nuestra relación.

Mi queridísima María, esposa ante mi amor e ante Dios, te suplico de nuevo que pongas inmediatamente en práctica las medidas de seguridad aquí dictadas e todas aquellas que te indiquen los Caballeros de la Santa Orden de Santiago que nos ayudan.

Te envío aquesta carta desde el monumental castillo que la Santa Orden de los Caballeros del Temple mandó construir en Ponferrada.

Todo mi amor e todo mi recuerdo están contigo. Juan de Arcentales.

Fernanda Lucía leyó la carta sin ninguna interrupción, preocupada por las asechanzas que perseguían a la mujer que su antepasado amaba. Al terminar, suspiró. Se quedó un momento, en silencio. Se levantó. Se dirigió a la puerta, la tocó con veneración y apoyó la frente sobre ella.

15.- NEGOCIO

15.1

Doña Mercedes llegó a Ponferrada, por la tarde, casi al anochecer. Estuvo tentada de ir a recoger en ese momento a su hija, por el deseo que tenía de estar a su lado. Pero pensó que Merceditas descansaría mejor en la fonda que en los duros y sucios colchones del albergue. Esperó hasta la mañana siguiente. Cuando se presentó a recogerla, después de sacar dinero de su cartilla de ahorros, Merceditas estaba todavía durmiendo. De acuerdo con la señora encargada de la pensión, prefirió esperar y dejar que descansara un poco más. Tampoco sirvió de mucho esa condescendencia.

 No quiero, no quiero y no quiero. -gritaba Merceditas mientras se agarraba fuertemente a la almohada. -Yo me quedo aquí. No quiero andar más.

 Tenemos que ir hasta Santiago. Desde aquí, faltan doscientos kilómetros y tenemos que ganar el jubileo. -insistió Doña Mercedes.

 Vete tú sola. Yo me quedo aquí.

Ante la rabieta de la joven disminuida, la señora encargada de la fonda se ofreció a mantenerla, por un precio reducido, hasta que su madre volviera a recogerla después de llegar a Santiago. A Merceditas, le pareció muy bien el plan. Pero su madre no lo aceptó.

 Tienes que ganar tú el jubileo. El Apóstol se tiene que compadecer de ti, no de mí.

15.2

Fernanda Lucía había abierto su teléfono nada más oír la señal anunciadora de un nuevo mensaje. Pensaba que llegaría alguna noticia sobre el estado de salud de su padre. Se desilusionó al comprobar que procedía de su novio. Ella misma se sorprendió del desapego que había experimentado en el transcurso del Camino hacía Michael. Había cambiado mucho durante esas semanas en todos los sentidos. Pero no era el momento de hacer balance.

 ‘Si lo estás pasando mal, es buen motivo para vernos. Te preparo sorpresas. Seguramente nos veremos en Santiago o quizá antes, pero más allá d Triacastela. Estate preparada. M. Jr.’

‘Está loco’, pensó la joven americana. Sintió rechazo hacia la propuesta. No deseaba verle. En Santiago de Compostela estaría muy atareada con la entrega de la reliquia del Santo Grial en la catedral. Después, vio alguna ventaja en la presencia de Michael al

final del Camino. Serviría de ayuda para los trámites del regreso hasta los Estados Unidos. Ante la ambigüedad de sus sentimientos, prefirió no contestar.

15.3

El sacerdote funcionario del Vaticano se había levantado muy temprano, tras pasar la noche en vela por sus remordimientos morales. Como mantenía su decisión de no alimentarse más que con agua y un pequeño trozo de pan, tuvo tiempo para acudir a rezar a la ermita cercana, antes de que el resto de los peregrinos estuvieran preparados para iniciar la jornada. En cuanto vio a la policía Marta Martín salir del dormitorio, se acercó a ella.

 Perdona que te moleste.

-A ver si nos aclaramos. No me molestas. Simplemente nos hemos puesto de acuerdo en comunicarnos únicamente cuando tengamos que enviarnos algún informe.

 Deseo comunicarte que voy a cambiar el ritmo de las jornadas. No creo que nos veamos ni en los albergues ni en las paradas del Camino.

 Mejor. Si tengo que enviarte algún informe, lo remitiré a la oficina del Vaticano.

 Por favor, te rogaría que, en ese caso, te pusieras en contacto conmigo por teléfono. Te he anotado aquí el número de mi móvil.

 De acuerdo.

Marta Martín recogió el papel con corrección y lo guardó mientras caminaba hacia el comedor del albergue. El sacerdote tuvo la sensación de que la policía se alegraba de no tener que encontrarse con él. Lo aceptó como otra parte de la penitencia por su pecado.

15.4

El sacerdote del Vaticano había comenzado a andar con decisión nada más entregar a Marta Martín el papel con la anotación del número de su teléfono móvil. Tenía la firme decisión de no mantener ningún contacto con el resto de los peregrinos que, hasta ese momento, habían sido sus compañeros. Sin embargo, se arrepintió. Mientras caminaba, estando ya a punto de llegar a Villafranca del Bierzo, pensó que debía dar también una explicación a Fernanda Lucía, incluso a riesgo de ser rechazado.

Tuvo dudas a la hora de poner en marcha esa decisión, pero retrocedió con firmeza. Volvió a recorrer el Camino en dirección contraria hasta encontrarla.

 Fernanda Lucía, he vuelto sólo para...

 Te dije que no quería saber nada contigo. Así que déjame en paz. ¡No quiero volver a verte!

15.5

 ¿Ya has visto a la mujer 'sospechosa' acompañada de su hija? -preguntó Toni cuando alcanzó a su compañera Marta Martín

 No ironices. Hay que sospechar de cualquier movimiento.

 Esa mujer no ha podido hacer nada. -contestó el joven policía.

 Ya lo veremos. Y tú ¿qué? ¿Has conseguido las cartas de la americana?

 No hay manera de que se separe de la mochila. Hasta para dormir, la tiene agarrada.

 Pues, no te apartes de ella y al menor descuido las fotocopias. Estamos llegando a Santiago y no tenemos ni idea sobre la reliquia.

Marta Martín hizo un gesto a su compañero para que acelerara el paso y volviera a aproximarse a la joven americana, sin tener ninguna sospecha de que eso era exactamente lo que Toni Miranda deseaba.

15.6

Fernanda Lucía, para leer la carta de su antepasado fechada en Villafranca del Bierzo, se situó en la famosa Calle del agua, frente al Castillo de los Marqueses de Villafranca. Pensaba que Juan de Arcentales podía haberse hospedado allí durante su camino hacia Santiago para entregar el Santo Grial.

'Muy queridos fijos míos Jacobo e María Urraca,

Os dirijo directamente a vosotros aquesta carta con el fin de explicaros las razones de las medidas que me he visto obligado a tomar con vuestra madre, así como los auténticos motivos que me retienen en la realización de aqueste Camino de Santiago a pesar de los graves acontecimientos que están sucediendo en nuestra casa familiar.

Os diré, en primer lugar, que me fallo en Villafranca del Bierzo, cerca ya de mi meta de llegar a la tumba del Apóstol Santiago. Para daros más detalles, hoy he sido recibido en la hospedería del Hospital de San Roque, donde se dice que también se hospedó Francisco de Asís en su peregrinación hasta Compostela.'

 ¡Vaya! Ya me he equivocado. No se hospedó en este castillo. -reconoció Fernanda Lucía interrumpiendo un momento la lectura.

'Aquesta tarde he estado rezando en la capilla del Hospital arrodillado en los mismos bancos en que él se arrodilló. Allí me he acordado de vosotros una vez más. Sois las personas más importantes e

más queridas de mi vida, por lo que nunca os apartáis de mi pensamiento e menos en las graves circunstancias que estamos pasando.

Como os he prometido, paso a explicaros por qué permanezco realizando el Camino hasta Compostela, en lugar de haber ido inmediatamente hasta nuestra casa familiar.

Aquesta decisión la he tomado porque estoy realizando una importante misión para nuestra familia. Estoy llevando hasta la tumba del Santo Apóstol el Santo Grial que Santiago utilizó durante la última cena con Nuestro Señor Jesucristo. Aquesta sagrada e muy valiosa reliquia estaba en poder de nuestra familia desde que vuestro bisabuelo recibió en París el encargo de restaurar la Santa Orden de la Caballeros del temple.

La misión de entregar aqueste Santo Grial en la tumba del Apóstol es muy importante, ya que sobre los miembros varones de nuestra familia pesa una maldición a causa de los pecados que cometió ese antepasado nuestro. La mesma la padecerás también tú, Jacobo, e todos tus descendientes varones.

Pienso que aquesta breve explicación, que yo ampliaré cuando regrese, puede justificar ante vosotros que haya permanecido en el Camino hacia la tumba del Santo Apóstol. Sobre la custodia de vuestra madre e la prohibición de que salga de sus habitaciones por ninguna excusa o razón, debo deciros con gran dolor de mi corazón que la que es vuestra madre natural non merece el amor que la profesáis. Ha querido, en unión de sus parientes especialmente de vuestro tío segundo Alfonso García de Leguizamón, robar los bienes que pertenecen a nuestra familia, además de los intentos que han realizado non sólo para desautorizarme sino para terminar con mi vida.

Cuando, una vez cumplida mi misión, regrese a nuestro hogar, personalmente yo me encargaré de vosotros e de solucionar todos los asuntos e conflictos existentes. Mientras tanto, confiad e obedeced a los caballeros de la Santa Orden de Santiago que se han comprometido a velar por vuestra integridad, vuestra salud e vuestra educación.

Sabed que vuestro padre non tiene otro pensamiento ni otras preocupaciones que las referidas a vosotros.

Vuestro padre que os ama e también os recuerda. Juan de Arcentales.

Fernanda Lucía levantó la mirada del manuscrito y la dirigió al Castillo de los Marqueses de Villafranca que tenía enfrente. Se imaginó que la torre redonda podría ser el lugar donde estaba encerrada bajo vigilancia la perversa esposa de su antepasado. Las otras ventanas podrían corresponder a las habitaciones de sus temerosos hijos.

 Tengo ganas de que termine el Camino para ir a visitar las residencias de mi antepasado. Deseo conocerlo todo.

15.7

Doña Mercedes tuvo que pararse varias veces en el Camino, ya en las proximidades de Villafranca del Bierzo, porque su hija se detuvo para coger endrinas. Su mal humor era evidente. Justo al entrar en la villa, la madre se detuvo en la Iglesia de Santiago. Se arrodilló frente a la puerta norte del templo conocida como 'la puerta de perdón'. Obligó a arrodillarse a su hija, que estaba jugando con las endrinas en lugar de comérselas.

 Vamos a ganar aquí el primer jubileo.

-Eso no sirve para nada. El apóstol está enfadado contigo y no me va a curar. -contestó la niña con descaro.

15.8

Fernanda Lucía se sorprendió mucho de que Juana, la esposa de Federico, la estuviera esperando en el albergue municipal de Villafranca y que la invitara a comer. Inicialmente rechazó la invitación. Pero fue tal la insistencia, que no tuvo más remedio que acceder.

 Tendrá que esperar a que me duche y haga la colada.

 Esperaré.

 Quizá tarde. -insistió la joven americana con la intención de que Juana se desanimara.

 No importa. Esperaré lo que sea necesario.

No sólo realizó con gran parsimonia toda su preparación, sino que tuvo tiempo para hablar con el policía, ya amigo suyo, Toni Miranda. Le informó de la desconfianza que sentía hacia esa invitación le pidió que estuviera vigilando. Incluso se entretuvo en sacar de la mochila la ropa y dejar dentro sólo las cartas de su antepasado con el fin de que pesara menos.

Salió del albergue municipal con la esperanza de que Juana se hubiera desanimado. Pero allí estaba recibiéndola con una protocolaria sonrisa.

 He leído, en una guía turística, que hay un restaurante que está regido desde el siglo XVI por los miembros de las sucesivas generaciones de una misma familia. ¿Te parece que vayamos a comer allí?

La joven americana, que iba vestida con ropa deportiva y todavía tenía el pelo mojado por la ducha, asintió sin prestar mucha atención. Estaba más preocupada por comprobar si Toni Miranda

las seguía.

 Hostal ‘El comercio’. Aquel es. -señaló Juana

Fernanda Lucía intentó ralentizar el paso para dar más posibilidades a su amigo. No fue posible. Juana la empujó para que subiera las ya gastadas escaleras de madera hasta el primer piso donde está situado el comedor.

 ¡Oh! Creía que sería más señorial. -dijo Juana mostrando aparatosamente su decepción - ¿Quieres que vayamos a otro sitio?

 Éste está bien. Además, no tengo mucho tiempo.

La joven americana tuvo especial interés en preparar el terreno para realizar una comida rápida y librarse cuanto antes de ese compromiso molesto.

 No sé si eres de mucho apetito, pero te recomendaría que probaras el potaje del Bierzo. Es un plato típico y muy sabroso. También te recomiendo pimientos rellenos.

Fernanda Lucía aceptó las recomendaciones. Las dos pidieron lo mismo. Juana inició la conversación con algunas preguntas protocolarias sobre el Camino de Santiago. Se interesó por las rozaduras y los dolores que la joven podía estar pasando. Pero pronto entró en el objetivo de su invitación.

 Te preguntarás por qué te he invitado. Es muy sencillo. Sé que estás metida en un importante negocio de antigüedades y reliquias religiosas.

 ¿Yo? - dijo la joven americana con gran sorpresa.

 Quizá no me he expresado bien. Me refiero a que tú tienes...

En ese momento, Fernanda Lucía se distrajo. Vio entrar por la puerta a Toni Miranda. Su expresión de alivio fue tan evidente que no pudo pasar desapercibida a la esposa de Federico.

 Te decía que, según mis conocimientos, tú tienes una reliquia muy antigua y de mucho valor.

La joven americana lo negó todo. Ante la insistencia de Juana, aseguró que estaba mal informada. La conversación se fue haciendo cada vez más tensa. Fernanda Lucía se puso muy nerviosa.

 No sé si me estás diciendo la verdad. -replicó Juana mirándola a los ojos. -Te aseguro que si nos unimos las dos, podemos hacer un gran negocio.

 Señora, debe creer que no tengo ninguna reliquia, ni estoy metida en ningún negocio, ni quiero vender nada.

Estuvo a punto de levantarse en ese momento. Pero prefirió esperar. Ya tenía en la mesa el postre de higos en almíbar que le había recomendado su interesada anfitriona. Lo comió sin levantar la cabeza. Miró de reojo al lugar retirado donde se había colocado

Toni Miranda. La esposa de Federico realizó un nuevo intento para reconducir la conversación hacia el negocio de antigüedades. Pero no logró sacar a la joven de su negativa. Sólo provocó un adelanto en su despedida.

 Señora, le agradezco mucho su invitación. Pero debo despedirme.

 Creo que hemos desaprovechado una oportunidad excelente para hacer las dos un buen negocio.

 Ya le he dicho que está equivocada.

 Lo que creo es que tú, jovencita, estás mal aconsejada. Quizá te arrepientas de haber dejado pasar esta ocasión.

15.9

Doña Mercedes, nada más dejar la Puerta del perdón de la iglesia de Santiago, se dirigió al albergue. Pero no fue al moderno edificio construido por el ayuntamiento. Se dirigió a la vieja y poco cuidada casa de la familia Jato, que desde hace siglos, viene acogiendo a los peregrinos y que es recomendada a los amigos de misterios y ritos tradicionales.

 Jato, esta noche tienes que preparar una queimada de los espíritus como tú sabes hacerla. Debemos pedir por mi hija.

15.10

Al llegar al albergue municipal, Fernanda Lucía todavía estaba nerviosa. Decidió leer la siguiente carta de su antepasado dirigida en este caso a su familia no oficial pero más querida. La buscó en su mochila. Iba a salir del edificio para leerla con más comodidad, cuando se dio cuenta de que no estaba fechada en Villafranca sino en O Cebreiro.

 Habrá que aguantar la paciencia y esperar.

Compensó esa pequeña decepción, enviando un nuevo mensaje a su hermano para pedir información urgente sobre la evolución de la enfermedad de su padre. Insistió en pedir una respuesta inmediata.

15.11

El sacerdote de la oficina vaticana siguió caminando sin detenerse, a pesar de que los días que llevaba haciendo ayuno a pan y agua iban haciendo mella en sus fuerzas. En la subida hasta O Cebreiro para entrar en Galicia, tuvo un pequeño desfallecimiento. No le concedió más atención que un breve descanso, sentado a la sombra de un árbol. Un poco más lejos, se detuvo en una fuente

para beber agua. Como estaba solo, aprovechó para santiguarse.

 Te pido, Señor, perdón por mis pecados, especialmente por haberme dejado llevar por la tentación de la carne.

15.12

 ¿Has visto bien a la señora con la que estaba comiendo?

Fernanda Lucía se encontró con Toni Miranda nada más enviar el mensaje a su hermano. El policía tenía todavía la respiración entrecortada. Había venido corriendo.

 No la conozco de nada. No es ninguna peregrina. Al menos, no hemos coincidido con ella en ningún albergue.

 Tenemos que seguirla. Puede estar mezclada en los crímenes.

 ¡Avisaré a la comisaría central!

 Espera. Sólo tenemos sospechas. Quiere hacer negocio con la reliquia.

 ¿Qué negocio?

 No lo sé. No le he dejado que me lo expusiera.

 Eso ha sido un error. -dijo el policía - Tenías que haber seguido su propuesta para descubrirla.

 Me he puesto muy nerviosa. ¡Estoy asustada!

 Podemos decírselo a Marta Martín para mayor seguridad.

 ¡Ni se te ocurra! Este es un secreto entre tú y yo.

La joven apoyó su cabeza en el hombro del policía en busca de apoyo. Volvió a insistir en que estaba preocupada. Toni Miranda trató de animarla y eliminar sus motivos de preocupación.

 ¡Tienes que buscar a esa mujer! Hablaré de nuevo con ella. Le diré que lo he pensado mejor y quiero entrar en el negocio. Así nos enteramos de todo.

15.13

La queimada de los espíritus en el albergue de Jato no respondió a las expectativas de Doña Mercedes. El anfitrión se esmeró en concentrarse a la hora de hacer las plegarias. Pero nadie respondió a sus llamadas.

 Los espíritus tienen sus propias normas y sólo atienden cuando quieren.

También contribuyó al ambiente negativo la actitud de Merceditas. Como la ceremonia comenzó justo a la media noche, hubo que despertarla, ya que estaba acostumbrada a acostarse pronto. Estuvo constantemente pidiendo a su madre que la dejara ir a la cama de nuevo. No hacía más que bostezar e interrumpir el ambiente de concentración.

 Tomemos el café. Aquí no van a venir ni los espíritus ni nadie. -ordenó el propietario del albergue.

15.14

Fernanda Lucía no esperó a establecerse en el albergue de O Cebreiro. Sentía gran curiosidad por conocer en qué había terminado el enfrentamiento de su antepasado con su legítima, pero perversa, esposa.

Muy querido fijo mío Juan,

Llevo horas derramando lágrimas por la muerte de tu madre. Te vuelvo a asegurar, porque tú e también ella ya lo sabíais, que ha sido la mujer de mi vida, la más querida, la más respetada e la mejor considerada.

Los caballeros de la Orden de Santiago que han venido en tu nombre a poner en mi conocimiento tan fatal noticia, me han dicho que el ataque fue muy rápido, aprovechando que tú e algunos de los caballeros habíais venido a visitarme. También me han dicho que non sólo dieron muerte a tu madre, sino que también mataron a los dos caballeros que cuidaban por su seguridad e a vuestros tres trabajadores domésticos.

Aunque non han dejado ninguna huella para identificar a los asesinos, estoy seguro, como supongo que tú también lo estás, de que ha sido un ejército de forajidos pagados por la familia de mi repudiada esposa.

Mis ojos continúan derramando lágrimas como si estuvieran unidos a un pozo. En verdad, están unidos al pozo sin fondo de mi amor hacia tu madre.

Los dos, tú e yo, adquirimos el firme compromiso ante Dios Padre e ante el Santo Apóstol de rendir un gran homenaje a tu madre e construir para ella un panteón, bello e solemne, como merece su memoria.

En cuanto a ti, atiende bien a aquesta indicación, los caballeros que te entreguen aquesta carta tienen una orden expresa de mi parte para recogerte e llevarte de modo inmediato a la casa campestre de las afueras de la localidad de Los Arcos. Aquesta casa es desconocida para mi esposa e mi familia por lo que será una garantía para tu seguridad.

Sabes que aquesta mesma diligencia se la había mandado a tu recordada madre, pero a ella non le dio tiempo a ponerla en práctica.

Perdóname que te dé una orden tan tajante. Pero debes saber que, en aqueste momento, eres mi único descendiente querido. Non puedo arriesgar en nada tu vida. En cuanto termine aqueste Camino, realizaré todos los trámites para convertirte en mi heredero único, completo e legítimo. En las actuales circunstancias e después de todo lo sucedido, non puedo fiarme de tus hermanos, los fijos tenidos con mi agora

repudiada esposa. Su madre e sus parientes habrán envenenado su corazón contra mí e contra ti.

Deseo poner finalmente en tu conocimiento que es mi firme decisión mantener encerrada en sus habitaciones a mi repudiada esposa hasta mi regreso, para juzgarla e facer caer sobre ella el peso de la ley.

Non dilato más aquesta carta para que los Caballeros de la Orden de Santiago lleguen a buena hora hasta tu casa e podáis iniciar hoy mesmo el camino hasta Los Arcos. Mis ojos, como expresión de mi corazón, siguen derramando lágrimas, a la vez que depositan mi amor e mi esperanza en ti.

Tu padre. Juan de Arcentales.

Cuando Fernanda Lucía terminó de leer la carta, se dio cuenta de que las lágrimas le habían bajado ya por toda la cara y goteaban desde la barbilla. Suspiró y tardó en levantarse. Prefirió esperar hasta tener el rostro sereno.

16.- HALLAZGO

16.1

Federico estaba sorprendido de que su esposa no hubiera aparecido durante los últimos días. No es que deseara su presencia. Más bien la temía. Estaba convencido de que había cumplido su amenaza de investigar por su cuenta sobre las posibilidades de hacer negocio con la reliquia.

Decidió aprovechar su estancia en O Cebreiro para anotar una confesión más en su lista. Se llevó una sorpresa al comprobar, en el recuento, que sólo le faltaban dos para cumplir la penitencia del párroco de su pueblo.

 ¡Estupendo! Me confieso aquí. Y la última en la catedral de Santiago.

Para dar más solemnidad fue a la Iglesia de Santa María la Real, muy conocida por las leyendas de los milagros allí realizados y por las visitas de reyes ilustres. No encontró ninguna dificultad para conseguir el certificado y la firma. Tuvo la sensación de que era una práctica habitual entre los peregrinos. Pero no se atrevió a preguntar si todos tenían que cumplir penitencia por infidelidad matrimonial. El sacristán se empeñó incluso en rubricar el certificado con el sello oficial del Camino en la entrada en Galicia. Salió tan a gusto de la iglesia que, sin pasar por el albergue, se dirigió a un restaurante cercano. Tenía muy claro su deseo de comer un plato único pero abundante e incluso repetir varias veces. Nada más sentarse pidió que le pusieran un caldo gallego. Pudo saborear detenidamente el jamón y la panceta. Rechupó el hueso de cerdo. No dejó ni una patata, ni una alubia, y rebañó hasta el último trozo de berza.

Después, consideró obligado tomarse un buen trozo de queso de Cebreiro, joven y tierno. Para rematar la cena, pidió un orujo de hierbas. Como la camarera le dijo que podía elegir entre tres, pidió que le trajera una muestra de cada uno.

16.2

Fernanda Lucía, nada más entrar en la recepción de albergue de O Cebreiro, reconoció a los dos jóvenes que la estaban esperando con evidentes signos de impaciencia. Fue, de nuevo, el cubano quien tomó la iniciativa del saludo. Pero sus besos y su abrazo fueron más rápidos, igual que los de su compañero italiano.

 Piba, esta vez, nos has hecho esperar mucho.

 No sabía que me estabais esperando. - se justificó la joven americana.

 Estábamos a punto de marcharnos. Tenemos mucha prisa.

 La prisa no es buena.

 Tu novio nos manda hacer muchas cosas. Escucha, piba. Nos ha dicho que te digamos que, como sigas sin contestarle, un día de estos se presenta aquí para verte.

 ¿No le dijisteis que esperara a que termine el Camino? Ya queda muy poco.

 Tú sabes que a Michael no le gusta esperar.

 Decidle, de nuevo, que hasta que no termine el Camino y cumpla la misión que me encomendó mi papá, no voy a atender a nadie.

 Nosotros hemos cumplido al decirte lo que él nos ha ordenado.

 Me sorprende cómo podéis localizarme, si yo no dejo ninguna pista.

 Michael lo sabe todo sobre ti. Ahora nos vamos. No podemos perder más tiempo.

De nuevo fue el cubano el primero en despedirse con el par de besos sonoros y el abrazo. El italiano tampoco esta vez intervino en la conversación. Se mantuvo mirando el rostro de la joven. Al despedirse, forzó una sonrisa para resultar simpático.

16.3

 ‘Lamento crearte + angustia. Papá está muy mal. No sé si t dará tiempo a terminar el recorrido q estás haciendo. JJ’

La joven americana quedó muy afectada por la noticia. Volvió a leer el mensaje, antes de cerrar el móvil. Instintivamente le vino a la mente el recuerdo de su antepasado y de las graves noticias que estos días estaba leyendo en sus cartas.

 No quiero que a mi papá le pase lo mismo.

Volvió a preocuparse porque todavía no había encontrado la reliquia. Por lo tanto, tampoco podía acelerar su paso hasta la catedral de Santiago con el fin de entregarla y romper el maleficio.

16.4

 No creas que no me doy cuenta de nada. Lo veo todo.

Marta Martín miraba a su compañero Toni Miranda con una sonrisa burlona, que terminó poniéndole nervioso, mientras tomaban un pequeño refrigerio en un bar de Triacastela. A pesar de que ésta era una parada elegida por muchos peregrinos, ellos dos

habían decidido seguir hasta el monasterio de Samos.

 ¿A qué te refieres? -preguntó Toni incomodado por la actitud de su compañera.

 Aunque quieras disimularlo, he notado la intimidad que vas cogiendo con la americana.

 Tú misma me has ordenado que la vigile de cerca y que intente coger las cartas de su mochila.

 ¿Qué pasa con esas cartas?

 Si lo ves todo, te has podido dar cuenta de que no se separa de la mochila.

 Ya estamos cerca de Santiago y no tenemos ni idea sobre dónde está la reliquia.

 Ella tampoco lo sabe.

 ¡Vaya! Por lo menos, la intimidad sirve para enterarse de algo.

 También sé que está muy preocupada porque su padre está enfermo.

 Por lo tanto, tiene prisa por terminar este Camino y regresar a su casa. -dedujo Marta Martín adelantándose al pensamiento de su obeso compañero.

 Y tú ¿qué? ¿Te has informado de algo en la comisaría central?

 Han tenido que soltar a la loca que detuvieron en Castro Urdiales por las muertes de los hermanos Lope de Arcentales.

 ¿A quién se las atribuyen ahora?

 No tienen ni idea. Dicen que puede estar implicada la mafia de contrabando de obras de arte y antigüedades. Se habrán quedado calvos.

 De todos modos, sigues relacionando las muertes con la reliquia de Fernanda Lucía. -concluyó Toni.

 Yo no relaciono nada. A ver si aparece esa dichosa reliquia, se entrega en la catedral, cobramos y terminamos de una vez. Por cierto. ¿Has vuelto a ver al cura? -preguntó Marta Martín con interés.

 No. Debemos continuar. Tengo que ir a vigilarla.

 Yo me voy a quedar en Triacastela. Estoy cansada. Así cubrimos dos frentes. Tú vas a Samos y yo me quedo aquí.

16.5

Fernanda Lucía no se entretuvo en ningún pueblo hasta llegar al Monasterio de Samos. Había comprobado que la siguiente carta, dirigida por su antepasado a sus hijos legítimos, estaba fechada en ese lugar. Al cruzar las calles de Triacastela y pasar junto al cementerio construido alrededor de la iglesia parroquial, tuvo que

detenerse porque le salió corriendo el perro negro de ojos brillantes. Estuvo ladrando muy agresivo sin dejarla pasar durante un bien rato, hasta que la anciana de pelo completamente blanco y vestida de negro lo llamó. Al llegar al monasterio, y una vez que se hubo duchado, antes incluso de tomar ningún refrigerio, sacó el pergamino de su mochila y comenzó a leer.

Mis queridos fijos Jacobo e María,

Me dirijo primero a ti, fija mía. Ves que en el encabezamiento de aquesta carta te nombro sólo como María, eliminando tu segundo nombre, que te fue puesto con el fin de que prorrogaras el recuerdo de tu madre.

Aunque sea duro para ti, a partir de aqueste momento, utilizarás únicamente tu primer nombre con el premeditado fin de borrar en nuestra familia el recuerdo de una persona que aunque haya sido vuestra madre e también mi esposa, se ha deshonrado a sí mesma e non es digna de que nos acordemos más de ella.

He sabido por los caballeros que velan por vuestra seguridad que estáis pasando los dos muy malos días, que, en algunas ocasiones, os negáis a comer, e que, en otras, os halláis muy angustiados por los acontecimientos que suceden en vuestra propia casa.

Uno de aquestos acontecimientos ha sido el sangriento asalto llevado a cabo por numerosos homes armados a cuyo frente estaba vuestro tío segundo Alfonso García de Leguizamón, con el fin de sacar a vuestra madre de las habitaciones donde está confinada por expresa orden mía.

Ese, sin duda, ha tenido que ser un momento de gran incertidumbre para vuestros jóvenes pensamientos e corazones. Pero, en él, habéis podido comprobar la fortaleza de los Caballeros de la Orden de Santiago que les hicieron huir sin haber alcanzado su improcedente propósito.

Podéis tener la seguridad de que esos caballeros velarán en todo momento por vuestra vida e porque non os ocurra nada hasta que yo, una vez cumplida la misión que me retiene en el Camino de Santiago, regrese para estar con vosotros e facer justicia sobre vuestra madre.

Os envío aquesta carta para recordaros que mi misión está ya a punto de cumplirse pues me fallo a pocas jornadas de llegar a la tumba del Apóstol Santiago. Non tendréis, por tanto, que soportar durante mucho tiempo aquesta situación tan penosa para vosotros.

Vuestro padre que os quiere e os tiene constantemente en sus oraciones. Juan de Arcentales.

16.6

José María Aguirre tuvo que ser atendido médicamente en la localidad de Sarria. Estaba empeñado en continuar el Camino

manteniendo su ayuno a pan y agua. Sin embargo, el deterioro de su cuerpo y la reducción de sus fuerzas eran tan grandes, que tomó la iniciativa de entrar en el albergue para peregrinos de esa población con el fin de realizar un pequeño descanso antes de proseguir.

La hospitalera del albergue, una señora de mediana edad que llevaba varios años realizando ese trabajo sin cobrar absolutamente nada a causa de una promesa, se empeñó en que debía verle un médico. José María se opuso, pero la firmeza de la mujer le obligó a rectificar.

El doctor informó al sacerdote sobre el grave estado de debilidad en que estaba cayendo. Le obligó a tomar un reconstituyente y recomendó que permaneciera unos días de descanso antes de reanudar el Camino.

El sacerdote aceptó sólo a medias las recomendaciones médicas. Esa noche se quedó a dormir en el albergue. También cenó y tomó las vitaminas recetadas por el doctor. Pero no permaneció los días de descanso prescritos, aunque prometió a la solícita hospitalera que abandonaría el ayuno para alimentarse adecuadamente hasta llegar a Santiago.

16.7

Nada más leer la carta de su antepasado dirigida a sus hijos legítimos, Fernanda Lucía se dispuso a leer allí también la dirigida a su otro hijo, fruto de sus amores con la ahora asesinada María antes de casarse. Esta misiva también estaba fechada en el Monasterio de Samos. En el momento en que iba a comenzar la lectura, apareció en el otro lado del claustro Toni Miranda. La joven americana guardó el pergamino en la mochila y caminó hacia él.

 Ya sé quién es la mujer que te invitó a comer y te propuso el negocio sobre la reliquia. -afirmó el policía con la esperanza de que su interlocutora reconociera el éxito en su investigación.

 ¿Una traficante de antigüedades?

 Todo lo contrario. Es una ama de casa sevillana. Sin ningún antecedente penal.

 ¿Dónde está? -preguntó Fernanda Lucía decidida a ponerse en contacto con ella en ese mismo momento.

 Ahora, no lo sé. Ella no hace el Camino. Sólo viene a ver a su marido de cuando en cuando.

 Localízala y le propongo que comamos de nuevo juntas.

 Es mejor que no sepa nada de que yo he estado investigando sobre ella.

 En las películas, se dice: 'Buen trabajo, jefe'. Así que yo te digo lo mismo.

 Eso no es todo. -dijo Toni Miranda mirando a la joven.

 ¿Hay más?

 En las películas, después de decir: 'Buen trabajo, jefe', la chica da un beso al chico.

El obeso policía se puso colorado al hacer esa proposición. Pero fue correspondido. Fernanda Lucía se acercó a él y le dio un sonoro beso en la mejilla.

16.8

Federico fue otro de los peregrinos que se quedaron en Triacastela. Estaba cansado todavía por las subidas efectuadas en las jornadas anteriores. No tenía ganas ni de probar nuevos platos típicos de la cocina gallega del interior. Era la mejor señal de su cansancio. Con el propósito de acostarse pronto, cenó sólo una sopa de pescado, un trozo de empanada y una tarta de manzana. Para beber, prefirió probar la sidra. Al llegar al albergue, pasó con cuidado al lado del hospitalero, temeroso de tener algún recado de su esposa. No tenía ninguno. Siguió tranquilo hasta el dormitorio.

16.9

 'Te pongo un acertijo: Aunque tú no lo sepas, estoy cerca de ti. Te daré una gran sorpresa. Me presentaré con mis 2 amigos. Ya los conoces. M.Jr.'

Fernanda Lucía se quedó pensativa sobre el significado del nuevo mensaje que le había enviado su novio. Lo de los amigos, no le gustó. No tenía nada contra ellos, pero no le caían bien. Le intrigaban las primeras palabras referidas a que ya estaba cerca de ella, aunque no lo supiera.

 Seguro que se presenta en Compostela. Lo único que pido es que me deje terminar el Camino en paz. Además, en cuanto termine, cojo un avión de vuelta para ver a papá.

16.10

Toni Miranda se puso nervioso cuando sonó su teléfono móvil. Como casi nunca le llamaban, pensó que podría ser algo grave o urgente. Quizá Fernanda Lucía tenía algún problema. Pero era muy improbable ya que acababa de estar con ella.

 Dígame.

 Soy Marta Martín.

 Dime. ¿Ha pasado algo?

 No te pongas nervioso. No ha pasado nada. Te llamo simplemente para que no puedas decir que no te informo. Acabo de recibir una información de la comisaría central. Tienen datos de que está actuando un grupo mafioso extranjero de compraventa ilegal de obras de arte robadas.

 ¿Han detenido a alguien?

 Todavía no. Son meras sospechas. Vete a saber si terminan en algo. ¿Y tú?

 ¿Yo, qué?

 Que si tienes alguna información o has descubierto algo.

 Nada de nada. Fernanda Lucía no suelta la mochila por nada del mundo.

16.11

Fernanda Lucía, en cuanto se quedó sola, volvió a sacar el pergamino de la mochila para leer la carta dirigida al hijo ilegítimo pero más querido de su antepasado.

'Mi querido fijo Juan Lope de Arcentales,

Pongo tu nombre completo en el encabezamiento e destacando el primer apellido procedente de tu madre con el fin de rendir así homenaje a la mujer a la que los dos debemos tanto.

He recibido con alegría la noticia que me han traído los caballeros de la Orden de Santiago de que ya estás instalado con seguridad en la casa de Los Arcos. Me tranquiliza que hayas accedido a mantenerte en ella hasta que yo regrese de cumplir la misión de depositar a los pies del Apóstol el Santo Grial que utilizó en la sagrada cena con Nuestro Señor Jesucristo.

Ya non puede faltar mucho para nuestro reencuentro, porque me hallo en el monasterio dedicado a los santos Julián e Basilisa en Samos, perteneciente a la esperanzadora tierra de Galicia.

Me hallo justamente en la gran biblioteca de aqueste centro de santidad e también de sabiduría. Rodeado de aquestos manuscritos, admirables por su profundo contenido e su artística forma, he pensado en las palabras que tu madre me dijo cuando tú ibas a nacer. Ella, queriendo lo mejor para ti, non deseaba que fueras un señor de la guerra, sino un sabio lleno de profundos conocimientos.

En aqueste momento en que nos estamos comprometiendo a honrar su memoria, debemos facer los dos promesa firme de llevar a cabo aqueste deseo suyo. Cuando yo regrese de Compostela, buscaremos la manera para que asistas a las clases de una universidad. Entre los dos, elegiremos la más apropiada, que quizá pueda ser, por la fama de sus

profesores, la de Salamanca.

Querido…'

 ¡Qué mala letra tiene aquí! Casi no se entiende nada. -dijo la joven americana, mientras se esforzaba por descifrar lo escrito en el pergamino.

'Querido fijo, me veo obligado a interrumpir en aqueste punto mi comunicación, ya que un fuerte dolor en el pecho me impide respirar. El galeno del monasterio ha acudido a reconocerme en la mesma biblioteca e non debo facerle esperar.

Se despide tu padre, que te quiere e te pide que veles por tu propia seguridad. Juan de Arcentales.'

 Muy fuerte debía ser el dolor. Casi no podía hacer las letras.

Al guardar el pergamino leído en la mochila, Fernanda Lucía comprobó que ya sólo quedaba una carta por leer. Sintió a la vez, esperanza e intranquilidad. Podría ser que en ella estuviera ya la indicación del lugar donde se halla la reliquia. Podría ser también que las cartas terminaran sin indicar ese lugar y hubiera que comenzar de nuevo a investigar. Comprobó el encabezamiento. Iba destinada a Juan Lope de Arcentales, el hijo más querido, el de la mujer más amada. Miró el lugar donde estaba fechada.

 ¡Triacastela! Pero Triacastela lo hemos pasado ya.

La joven americana sintió la más fuerte tentación de leer allí mismo el último mensaje de su antepasado. Pensó que había motivo para cambiar la norma seguida hasta ese momento, dado que era la última carta y además había que retroceder en el Camino.

 ¡Retrocederé hasta Triacastela! No lo voy a fastidiar todo en la última.

16.12

Doña Mercedes era partidaria de seguir caminando hasta el Monasterio de Samos. Pero fue imposible convencer a su hija. En cuanto vio la explanada de hierba enfrente del albergue de Triacastela, fue imposible moverla.

16.13

 Toni, tengo que volver a Triacastela. La última carta de mi antepasado está fechada allí.

 ¿Ahora mismo quieres regresar? -preguntó el obeso policía que estaba todavía secándose, después de haberse duchado.

 Aunque es casi de noche, me gustaría volver cuanto antes y despejar la última incógnita.

 Ahora mismo me preparo.

Era lo que menos deseaba en ese momento. La jornada había sido larga. Estaba cansado. Su mayor deseo era dejarse caer en la cama y descansar. Pero, en el rostro de su joven amiga, había notado una súplica no concretada en las palabras. Se secó rápidamente. Metió la ropa sin ordenar en la mochila, y en muy pocos minutos, estaba en la puerta dispuesto a deshacer el camino ya andado.

16.14

Tuvo mala suerte, esa noche, Federico. A pesar de haberse acostado muy pronto, no pudo descansar. El dormitorio del albergue de Triacastela estaba dividido en pequeñas habitaciones para cuatro personas cada una. En la litera de enfrente, se acostó un señor bajito y delgado, que roncaba sin consideración.

16.15

Cuando Fernanda Lucía y Toni Miranda llegaron a Triacastela era completamente de noche. Durante el viaje se habían puesto de acuerdo en leer inmediatamente la carta. La joven estaba muy nerviosa pensando en las indicaciones que en ella se podían incluir. Prácticamente toda la conversación versó sobre esas posibilidades. Se mezclaban los momentos de optimismo con la desesperanza. Tan pronto hacía planes para correr hasta la catedral de Compostela con el fin de entregar la reliquia encontrada, como se desesperaba pensando que tendría que comenzar a investigar de nuevo. Llegaron hasta la explanada enfrente al albergue. Buscaron la farola con luz más potente para poder leer la carta. La joven buscó la postura más adecuada para colocar el pergamino. Toni Miranda se separó con discreción.

 Esta letra es todavía peor que la anterior. No se entiende nada.

'Mi muy querido fijo Juan Lope de Arcentales.

Me hallo en la Casa da Pedra de Triacastela. Entregaré aquesta carta al párroco para que, cuando lleguen, se la entregue a los caballeros de la Orden de Santiago e también ellos te la hagan llegar a ti.

Siento que mis fuerzas llegan a su fin e que aquí debo entregar mi alma a Dios así como enfrentarme al juicio definitivo para responder de mis acciones.

He ordenado asimesmo al señor párroco que proceda a mi entierro. Le he entregado también el dinero necesario. Le he recomendado que non construya ningún panteón solemne. Sólo he pedido una cruz de piedra en cuyo pie debe inscribir: Juan de Arcentales, caballero

cristiano, renovador de la Santa Orden del Temple e peregrino de Santiago. Non deseo más honores. Él me ha dicho que me reserva el quinto panteón a la derecha enfrente de la puerta principal de la iglesia mirando hacia el altar.

Mi mayor dolor es non haber podido cumplir la misión de entregar en la tumba del Santo Apóstol Santiago el Santo Grial.

He pedido también al párroco que me entierre con las pocas pertenencias que me acompañan, entre ellas el Santo Grial, aunque non le he hablado de su existencia, para evitar las malas tentaciones de quedarse con él. Me queda una ligera esperanza de que el Santo Apóstol se compadezca de vosotros, mis descendientes, al comprobar que entrego mi vida junto a la reliquia que deseaba depositar a sus pies en Compostela.

Al despedirme definitivamente de ti, además de recomendarte fortaleza en la lucha contra tus enemigos, te dejo como principal herencia, muy por encima de mis bienes materiales que los Caballeros de Santiago te ayudarán a conseguir, el respeto a la verdad e al honor que siempre ha sido el lema e guía de mis actos.

Recibe la última bendición de tu padre. Juan de Arcentales.

Cuando Fernanda Lucía terminó de leer la carta de su antepasado, sus suspiros se dejaron oír en el silencio de la noche. Toni Miranda se acercó para consolarla.

 ¡Mi antepasado ha muerto!

Casi no pudo pronunciar esta corta frase. Se llevó las manos a la cara para secarse las lágrimas y se abrazó al obeso policía para recibir consuelo.

 Tenemos que ir al cementerio parroquial, que está alrededor de la iglesia, y buscar... ¡Espera!

La joven americana se limpió de nuevo los ojos y cogió otra vez el pergamino. Buscó el párrafo en que se indicaba la situación exacta del panteón donde se hallaba enterrado su antepasado.

 Tenemos que buscar '*el quinto panteón de la derecha enfrente de la puerta principal de la iglesia, mirando hacia el altar*'.

 ¿Quieres que vayamos ahora?

 Tenemos que ir cuanto antes. Allí está enterrado mi antepasado con el Santo Grial de Santiago. Debemos cogerlo y entregarlo cuanto antes en la catedral de Compostela.

 Si esperamos a que amanezca, veremos mejor. -sugirió el policía intentando poner calma en los nervios de su acompañante.

 ¡Mejor, ahora! -insistió la joven con decisión - Yo prefiero recogerla ahora.

 Entonces, vamos.

El policía se colocó inmediatamente la mochila. Tuvo tiempo para ayudar a la joven, que no acertaba a doblar el pergamino, ni a ponerlo dentro de la mochila, ni a colocarse ésta en la espalda.

 Recuerda que tenemos que buscar el panteón número cinco a la derecha mirando al altar.

En el silencio de la noche, sonaron con fuerza los ladridos del perro negro. En la oscuridad, se vieron sus ojos brillantes. Pronto desaparecieron, después de ser llamado por la anciana vestida de negro a quien tampoco se la pudo ver.

A pesar de que había una bombilla encendida en una de las esquinas del templo, la joven tropezó varias veces antes de colocarse enfrente de la puerta de la iglesia mirando hacia el altar. Dio la mano al policía amigo y se santiguó. Después, se giró hacia la derecha para buscar el panteón.

 Uno, dos, tres, cuatro.... ¡Está abierto!

Fernanda Lucía se echó las manos a la cabeza. El policía se acercó a la tumba. La tierra estaba removida. La lápida se hallaba retirada a un lado. Los huesos estaban revueltos y esparcidos.

 ¡Alguien se nos ha adelantado! ¡Se han llevado la reliquia!

Toni Miranda no pudo continuar con la inspección. Tuvo que correr para socorrer a Fernanda Lucía, que había caído al suelo desmayada.

17.- SOSPECHAS

17.1

Desde que Fernanda Lucía y Toni Miranda comenzaron a buscar el Santo Grial en el cementerio parroquial, eran vigilados a poca distancia. Marta Martín, tras seguirlos, se había escondido en la oscuridad, en la otra zona del muro de la iglesia.

 ¡Estaba segura de que éstos se habían confabulado para ocultarme sus maquinaciones! -se dijo para sí misma.

Desde ese punto, podía seguir perfectamente los movimientos de los dos, que estaban iluminados por la bombilla de la fachada. Vio cómo Fernanda Lucía leía la carta de su antepasado. Observó cómo se acercaban hasta una de las tumbas y llegó a asustarse cuando se cayó desmayada la joven americana.

Se separó un poco de la pared del templo para ver cómo Toni trataba de reanimar a la joven desmayada. Pero no pudo seguir su labor de espionaje. El perro negro de ojos brillantes entró corriendo al cementerio. No se detuvo junto a Fernanda Lucía sino que continuó hasta el lugar donde se hallaba la policía escondida para observarlos. Al llegar, comenzó a ladrar.

Fue tal el susto que se llevó Marta Martín, al oír los ladridos, que echó a correr en medio de la oscuridad. Tropezó varias veces. Estuvo a punto de caer. Pero logró salir del recinto parroquial.

17.2

Toni Miranda tuvo que trasladar a Fernanda Lucía hasta la entrada de la iglesia y apoyarla en la puerta. Con sus nervios y su falta de conocimientos asistenciales, no supo más que darle aire para que se reanimara.

Cuando abrió los ojos, la joven se mostró desorientada sólo un momento. Recordó inmediatamente todo lo ocurrido. Se incorporó y se acercó hasta la tumba abierta. Miró con detención.

 ¡Han robado sólo el Santo Grial!

 ¿Quién podía conocer que estaba aquí?

 No tengo ni idea.

Fernanda Lucía seguía muy afectada. Volvió a sentarse junto a la puerta de la iglesia. Escondió la cabeza entre los brazos. Toni Miranda echó otra mirada a la tumba. Quizá a la luz del día podría observarse alguna huella. En esos momentos, sólo podía deducirse que la operación se había realizado con mucha rapidez y muy poco cuidado.

 ¿Alguien tenía una copia de tus cartas? -preguntó el policía acercándose a la joven.

 Ha tenido que ser el que me robó las cartas hace unos cuantos días.

 ¿Tenemos alguna pista sobre él o sobre ella?

 Yo no tengo ninguna.

La joven se incorporó con decisión y volvió a acercarse a la tumba. Miró en los alrededores e hizo un gesto a Toni Miranda para que se acercara.

 Lo mejor es aparentar que no lo sabemos. -dijo Fernanda Lucía. - Quizá convenga tapar la tumba de nuevo para que nadie sospeche nada.

 Si tapamos la tumba, destruimos las pruebas que podamos encontrar.

 De esa manera, sólo nosotros sabemos lo que ha pasado. Así jugamos con ventaja, porque nadie sabe que nosotros lo sabemos.

 Aquí tiene que haber pisadas y otras muchas huellas. Así podremos descubrir a los autores. -insistió el policía.

 ¿Qué hacemos?

 De momento, irnos de aquí hasta que amanezca. Entonces, lo podremos observar con más luz. Si viene alguien, no es conveniente que nos vea aquí.

Fernanda Lucía sintió un escalofrío. Dirigió una última mirada a la tumba. Se puso al lado del obeso policía y ambos caminaron con cuidado para no tropezar ni hacer ruido.

17.3

Federico estaba harto de dar vueltas en la cama. En varias ocasiones, se había acercado hasta la litera del roncador y le había empujado para que se despertara. Pero, a los pocos minutos, volvía a roncar incluso con más fuerza.

 Mañana mismo, propondré que pongan un dormitorio separado para roncadores.

Ante la imposibilidad de dormir, se levantó. Se puso un pantalón y una chamarra para dar un paseo. No había mucha claridad porque la luna había menguado mucho. La temperatura era agradable aunque se notaba un grado de humedad elevado. Mientras estuvo paseando por la explanada de hierba, vio a algunas personas en la calle que conducía a la iglesia. Notó que se movían con precipitación, pero no lo dio mucha importancia. Pensó que la humedad era excesiva para la poca ropa que llevaba puesta. Volvió a entrar en el albergue. Se sentó en una de las butacas de la

entrada, en lugar de dirigirse a su dormitorio. Desde el pasillo, se oían los ronquidos de su compañero.

17.4

Cuando Fernanda Lucía y Toni Miranda salían del recinto parroquial con cuidado para no ser vistos, se encontraron casi de bruces con Marta Martín. Se dirigía de nuevo al cementerio con la misma precaución.

El encuentro fue tan repentino que ninguno pudo hacer nada por esconderse, aunque todos hubieran deseado hacerlo. Los tres se quedaron sorprendidos y sin saber qué decir o cómo reaccionar.

 Iba a buscaros. -terminó diciendo Marta Martín, más por desbloquear la situación que por confesar sus propósitos.

 ¿Cómo sabías que estábamos aquí? - preguntó su compañero policía.

 Lo mejor es hablar claro. - se decidió a confesar la policía- Os he estado vigilando. He visto todo lo que habéis hecho. He observado cómo habéis mirado una tumba y cómo te has desmayado tú.

 ¿Se puede saber por qué nos vigilabas?

 Una policía debe desconfiar de todo. Era evidente, en los últimos días, que estabais preparando algo en secreto.

 Entonces, tú... - Fernanda Lucía comenzó la frase con decisión, pero se interrumpió inmediatamente.

 Entonces, yo ¿qué? -preguntó Marta Martín para obligarla a terminar su frase.

 No. Nada.- la joven americana se protegió detrás del redondo cuerpo de Toni Miranda.

 ¡Tienes que terminar la frase que has empezado!

 Iba a decir que, entonces, tú tienes que saber quién ha abierto la tumba y ha robado la reliquia.

 ¡Vaya! No sólo me lo ocultáis, sino que ahora sospechas de mí.

 ¡Contéstame! -insistió la joven- ¿Lo sabías o no?

 ¡No digas bobadas! ¿Cómo lo voy a saber?

Marta Martín contestó a la joven americana sin mirarla a la cara. Se dirigió inmediatamente a su compañero en una actitud de severo reproche.

 ¿Por qué no me has dicho nada? ¿Querías llevarte tú sólo la medalla o pretendías impresionar a esta jovenzuela? ¡Contesta!

 En realidad, me acabo...

 ¿Veis los resultados? - reprochó la policía a los dos - Por no decírmelo, se han llevado la reliquia. ¡Sois unos imbéciles! ¿Se

puede saber por qué me habéis excluido de esta operación?

 No me dejas que te lo explique. Nos acabamos de enterar. Fernanda Lucía ha leído la última carta delante de la puerta de la iglesia. Hasta ese momento, no sabíamos dónde estaba enterrado su antepasado.

 ¿Por qué habéis venido desde Samos por la noche?

 En la carta anterior de mi antepasado, -se adelantó a informar la joven americana - decía que regresaba a Triacastela porque estaba muy enfermo.

Marta Martín dejó de enfrentarse a sus dos interlocutores. Dio unos pasos para recomponer la situación. Fernanda Lucía se acercó a Toni, temerosa de la reacción de la policía.

 Bueno. -terminó diciendo Marta Martín - No ganamos nada con discutir. Estoy segura de que, si me lo llegáis a decir desde el principio, no habría pasado esto. Pero ya no hay remedio. Tenemos que decidir qué hacemos ahora.

 Deberíamos buscar una cafetería o algo que esté abierto para reflexionar. -propuso Toni Miranda como medida para reducir las tensiones.

 ¿Dónde te crees que estás? ¡Esto es un pueblo!

 ¡Busquemos, por lo menos, una máquina para tomar algo caliente!

 Yo estoy tiritando. -ratificó Fernanda Lucía para apoyar esa idea.

17.5

La primera en dejar el albergue fue Doña Mercedes. Lo hizo sin despertar a su hija y sin llevar la mochila. Se había acordado de que antes de llegar a Triacastela, según la tradición, los peregrinos debían coger una piedra caliza y llevarla hasta la localidad de Castañeda, donde estaban antiguamente los hornos que preparaban la construcción de la catedral en honor del Apóstol Santiago. En este momento, ya no tenía ningún sentido práctico transportar piedras. Pero se mantenía la creencia de que quien transportaba alguna, por pequeña que fuera, recibía como recompensa un favor del Santo Apóstol.

 No puedo darle a Santiago ninguna excusa para que se niegue a hacer el milagro en favor de Merceditas.

Doña Mercedes retrocedió hasta encontrar las piedras buscadas. Las había de distintos tamaños. Cogió dos bastante pasadas y volvió con ellas hasta el albergue. Todavía estaban todos acostados. Hasta Federico se había quedado dormido en la butaca del vestíbulo.

Antes de despertar a Merceditas, metió una piedra en cada mochila.

17.6

Mientras Fernanda Lucía caminaba con los dos policías para buscar alguna bebida caliente que les permitiera entonar el cuerpo, sonó el aviso de un nuevo mensaje en su teléfono móvil. Se retrasó un momento para leerlo.

 ‘Papá ha ingresado de nuevo en la unidad de cuidados intensivos. Ha tenido un ataque muy fuerte. Los médicos están muy pesimistas.’

 ¡Malditos ladrones!

Fue un grito que la joven americana no pudo contener. Los dos policías se volvieron. Le disgustaba profundamente no poder ir a toda velocidad a entregar el Santo Grial en la catedral de Santiago para remediar la enfermedad de su padre.

 ¡Malditos ladrones! Lo pagarán.

17.7

 ¡Mira! -Marta Martín señaló hacia la entrada del albergue. En ese momento, entraba Doña Mercedes. - Después, dice que no tenía motivos para sospechar de ella. ¿De dónde viene ahora? ¿Has visto el bulto que llevaba en las manos? Es la reliquia.

 No digas tonterías.

 No son tonterías. ¿De dónde puede venir a estas horas? Si tú te niegas a vigilarla, lo haré yo.

 Tengo una pista mejor. La mujer de un peregrino que se llama Federico se entrevistó el otro día con Fernanda Lucía para proponerle un negocio relacionado con la reliquia. Quizá sepa algo sobre el robo.

Los dos policías aprovecharon que la joven americana se había retrasado atendiendo al teléfono, para hacer especulaciones con su compañera sobre lo sucedido.

 La conozco. - aseguró Marta- Tiene la cabeza llena de pájaros.

 ¿La descartamos?

 No estamos para descartar a nadie. Hay que acumular sospechas. Entre todas, saldrá la verdadera.

 ¿De quién más se puede sospechar además de tu vieja?

 ¿A quién echa la culpa ella?

 Fernanda cree que ha tenido que ser el que le robó durante unas horas las cartas de su antepasado.

 Si las hubieras conseguido tú, habríamos llegado nosotros antes.

 No insistas en eso. Desde que se las cogieron, no se ha separado de la mochila ni un momento.

 ¿Dónde está el cura del Vaticano?

 ¿De ése sospechas?

 ¿Por qué ha desaparecido si no?

 Motivos sentimentales.

 Quizá provocó él la ruptura, cuando tenía datos suficientes para realizar la operación. Los curas son muy retorcidos. No hacen nada gratis. Ni el amor. Es el único que ha podido tener conocimiento de las cartas.

Los dos policías tuvieron que interrumpir la conversación. Fernanda Lucía se acercaba, después de haber leído el mensaje sobre la enfermedad de su padre.

 Investiga tú a la mujer del Federico y yo me encargo de la señora mayor y del cura, si no ha desaparecido definitivamente. -concluyó Marta Martín precipitadamente.

Los dos policías recibieron a la joven americana y los tres confirmaron su idea de buscar una bebida caliente para poder analizar con tranquilidad lo que había sucedido.

17.8

Mercedes notó que su mochila pesaba más de lo normal, nada más ponérsela. Protestó inmediatamente. Se la quitó. Sacó todo lo que había dentro y puso la piedra encima de la cama de su madre.

 ¿Quién ha puesto esta piedra en mi mochila?

 Tienes que llevarla para que el Apóstol Santiago haga el milagro.

 Yo no llevo esta piedra. Pesa mucho. ¡Que se vaya el apóstol a tomar 'pol' culo!

 ¡No digas palabrotas!

Doña Mercedes estuvo a punto de dar un cachete a su hija, pero se contuvo. En el fondo, estaba de acuerdo con ella. Incluso estaba muy contenta por lo mucho que su hija había resistido y la sumisión que estaba demostrando.

 La llevaré yo.

 Es mejor que la tires. El apóstol ese no nos va a hacer caso de ninguna manera.

17.9

El único sitio donde Fernanda Lucía, Marta Martín y Toni Miranda encontraron una máquina para tomar algo caliente fue el albergue. El policía fue el encargado de sacar dos cafés con leche y

un té. La joven americana sacó varios paquetes de galletas de otra máquina.

En la conversación que mantuvieron, no había más que dudas e incógnitas. Repasaron los acontecimientos de esa noche para tratar de descubrir, entre todos, algún detalle significativo. Recordaron, con todo tipo de detalles, lo sucedido durante los últimos días buscando alguna pista. No encontraron ninguna.

Cuando Marta Martín expuso su sospecha sobre el sacerdote vaticano, Fernanda Lucía quedó muy sorprendida. Después, aceptó que era conveniente investigarle. También hubo coincidencia en que de la esposa de Federico y de la Doña Mercedes poco se podría sacar. Pero, a falta de otras pistas, Toni Miranda y la joven americana se encargarían de entrevistarse con ella. Antes de separarse, decidieron hablarse por teléfono antes de comer. También coincidirían en el mismo albergue al término de la jornada para hacer otra revisión de lo conseguido.

17.10

Mientras Fernanda Lucía aprovechaba su estancia en el albergue para ducharse y asearse, Toni Miranda se dirigió al cementerio parroquial para analizar, con la primera luz del día, las huellas que habían dejado los asaltantes de la tumba.

Cuando llegó, se encontró con una nueva sorpresa. La lápida había sido colocada de nuevo en su sitio. La tierra estaba recogida y amontonada alrededor.

 ¡Maldita sea! Otra vez llegamos tarde.

El policía lanzó unas cuantas protestas contra sí mismo por no haber acudido antes. Pensó que los asaltantes se habían adelantado otra vez y habían borrado todas las huellas. Se acercó hasta la tumba y se inclinó para comprobar la lápida, con la ligera esperanza de encontrar algo.

 ¿No habrás sido tú el gamberro que ha profanado esta tumba?

Toni Miranda se volvió sorprendido al oír, a sus espaldas, tal reproche. Todavía se sorprendió más al ver la cara airada del párroco y su gesto de amenaza. Inicialmente no supo cómo reaccionar. Estuvo tentado de contar al sacerdote lo sucedido y reprocharle haber anulado la posibilidad de identificar al culpable. Pensó que ya no había posibilidad de recomponer ninguna de las posibles huellas existentes. El cura había reconstruido la tumba con la mejor de las intenciones y lo más prudente era no remover más el asunto. Se disculpó como pudo ante el párroco, que no llegó a convencerse de la inocencia que proclamaba el policía.

17.11

Marta Martín tardó en localizar al sacerdote vaticano. Utilizó todos los medios. Unos trozos del camino los hizo andando, mientras preguntaba a otros peregrinos y recibía testimonios contradictorios. Otras partes las recorrió en taxi para poder avanzar con más rapidez. Llegó a convencerse de que Pepe había huido. Por fin, siguiendo el testimonio de un peregrino que decía acabar de verle, le encontró en la iglesia - fortaleza de Portomarín. Estaba confesándose. La policía se colocó estratégicamente para observarle sin ser vista. Esperó a que abandonara el confesionario. Le observó mientras rezaba la penitencia en una actitud muy evidente de sacrificio y mortificación. Le pareció sospechosa esa aparatosa apariencia de arrepentimiento. Pero no se atrevió a sacar ninguna conclusión definitiva, aunque sospechó que su pecado podía haber sido el robo de la reliquia.

Marta Martín estaba decidida a no abordar al sacerdote inmediatamente. Prefería observarle con discreción a fin de descubrir algún detalle que le delatara. Sin embargo, se cansó de esperar. El sacerdote seguía rezando y dándose golpes de pecho. Así que se acercó a él.

 ¿Podemos salir? Tengo que hablar contigo.

La policía observó la reacción del sacerdote. Consideró desproporcionados los gestos con los que demostró la sorpresa recibida por esa propuesta. Inmediatamente, se santiguó varias veces, se dio otros tantos golpes de pecho y salieron.

 ¿Ha sucedido algo grave? -se precipitó a preguntar José María Aguirre.

 ¡Tú sabrás! -contestó la policía, mientras estaba muy atenta a todas sus reacciones.

 Yo no sé nada. No tengo contacto con nadie.

 ¿Seguro? ¿No estás disimulando?

 ¿A qué viene este interrogatorio?

El sacerdote vaticano se sintió molesto por la actitud inquisitorial de la policía, que no dejaba de observarle con una expresión claramente acusatoria.

 No es ningún interrogatorio. Simplemente...

 Soy cura, pero no soy tonto. Es evidente que ha pasado algo, que sospechas de mí y que quieres sacarme información. ¿Es así o no?

 Te lo pregunto otra vez. ¿Seguro que no me estás engañando?

 ¡Vamos! Dime lo que ha pasado.

Marta Martín terminó relatando lo sucedido. El sacerdote, con sus preguntas, demostró ser un investigador muy experto, quizá por la costumbre vaticana de buscar herejes o por el mucho ejercicio dialéctico que suelen hacer los miembros de la jerarquía católica. La policía llegó a la conclusión de que era inocente por su deseo de saber todos los detalles, su afán por descubrir al asaltante de la tumba y su pesar por ver en peligro la misión de entregar en la catedral compostelana el Santo Grial de Santiago,

 Este robo es muy grave para el Vaticano. Esta era la recuperación artística más importante de toda la iglesia católica en muchas décadas.

 ¿No debemos sospechar de nadie de tu oficina en Roma? -insistió Marta Martín.

 ¡Imposible!

 Tú enseguida descartas a los posibles sospechosos.

 En mi oficina, nadie sabía nada.

 Los funcionarios del vaticano también pueden caer en la tentación del dinero. -ironizó la policía.

 Te digo que es imposible.

 Por si acaso, investiga.

17.12

Fernanda Lucía y Toni Miranda tardaron mucho en encontrar a Federico. Por mucho que preguntaron, ningún peregrino les daba señal de su presencia. La joven americana creía que era señal de que los dos esposos habían huido con la reliquia. Al final, tuvieron suerte. Encontraron al peregrino gastronómico, en unión de su esposa, que era a quien realmente buscaban. Estaban en un restaurante de Palas do rei, tomando una cena temprana.

Federico quiso degustar una sopa de fideos con almejas y un rape en salsa con gambas. Juana se inclinó por unos grelos con ajo, de primer plato, y un rodaballo al horno, de segundo. Se hallaban ya terminando este segundo plato, cuando entraron Fernanda Lucía y Toni Miranda en el restaurante. Ambos esposos se levantaron de la mesa al verlos. Juana tuvo un momento de duda. Le desapareció en cuanto Fernanda Lucía se dirigió a ella y le dio dos besos con aparente afecto. Según la estrategia establecida previamente, el policía debía entretener a Federico, para que la joven americana pudiera comprobar si Juana sabía algo de lo sucedido en el cementerio parroquial de Triacastela.

 He venido a preguntarle si todavía está interesada en el negocio que me propuso. -dijo Fernanda Lucía intentando mantener

una sonrisa amistosa - El otro día, reaccioné de modo brusco porque me pilló de sorpresa.

 ¿De verdad deseas que hagamos el negocio entre las dos? - preguntó Juana sorprendida de la propuesta.

 Lo primero que debemos hacer es conseguir la reliquia. - aseguró la joven americana fijándose con detención en la reacción de su interlocutora.

 ¿Qué quieres decir con eso de conseguir la reliquia? -volvió a preguntar la esposa de Federico muy sorprendida de la pregunta. - ¿No la tienes tú?

Fernanda Lucía comprendió, por esa sorpresa, que Juana no sabía nada de lo sucedido en la tumba ni había participado en el robo del Santo Grial de Santiago. De todos modos, decidió insistir para tener más seguridad.

 Yo entendí durante la comida que Vd. iba a adquirir la reliquia y que me proponía que le ayudara a venderla.

 No, querida, entendiste mal o yo me expresé incorrectamente. -trató de explicarse Juana - Pensaba que eras tú quien tiene la reliquia. Yo, en todo caso, te puedo ayudar a venderla.

Fernanda Lucía comprendió que no era necesario prolongar la conversación. Estaba claro que aquella señora no tenía ni idea sobre el lugar donde se hallaba la reliquia. Hizo una señal a Toni Miranda para dar por terminado el encuentro.

17.13

En la reunión que mantuvieron, esa noche en Palas do Rei, Fernanda Lucía y los dos policías se congratularon de los avances conseguidos al descartar a los sospechosos iniciales. Pero quedaron preocupados por no tener ninguna prueba, sospecha, indicio o señal para continuar la investigación.

 Yo insisto en que la clave está en el vaticano. -afirmó Marta Martín.

 Tenemos que hacer un esfuerzo de memoria para recordar alguna actitud extraña en algún peregrino. El ladrón tiene que estar haciendo el Camino con nosotros. -dijo el policía obeso.

 A mí me cuesta descartar a la señora gorda.

Hubo discrepancia sobre la utilidad de poner en conocimiento de la comisaría central el robo de la reliquia. Marta Martín era firme partidaria de hacerlo. Creía que desde allí podrían obtener datos interesantes para continuar la investigación. Fernanda Lucía, apoyada por Toni Miranda, pensaba que era mayor la ventaja de aparentar que no sabían nada para que los ladrones se confiaran.

17.14

Fernanda Lucía estaba muy cansada porque la noche anterior no había dormido y porque la jornada había sido muy tensa. Decidió acostarse pronto. Antes de dirigirse al dormitorio, pasó por los servicios del albergue para hacer un aseo rápido. Tuvo que interrumpir su aseo. De nuevo, sonaba la señal de mensaje en el teléfono. Lo cogió inmediatamente. Deseaba saber cómo evolucionaba su padre.

 'Ya has pasado Triacastela. Te dije que estaría junto a ti. Debemos vernos cuanto antes. M.Jr.'.

 ¡Otra vez este pelma! Seguro que se va a presentar aquí justo en el peor momento. Debo recuperar el Santo Grial y entregarlo en la catedral, antes de que a papá le suceda algo fatal.

Todo este discurso se lo dijo Fernanda Lucía a sí misma, después de haber apagado el teléfono y haber reanudado su aseo para acostarse cuanto antes.

17.15

En el comedor del albergue, estaban Doña Mercedes y su hija. Se peleaban, en esta ocasión, porque Merceditas quería tomar sólo yogour y pastas para cenar.

 Date prisa. Tenemos que acostarnos pronto. Yo estoy muy cansada.

 Tú tienes la culpa. - afirmó casi gritando Merceditas - Te empeñas en llevar dos piedras gordas en la mochila.

17.16

Fernanda Lucía terminó rápidamente su aseo precipitado. Comenzó el camino hacia el dormitorio, mientras bostezaba. De repente, se detuvo a causa de un pensamiento que acababa de surgir en su cabeza.

 'Ya has pasado Triacastela'. ¿No lo habrá hecho Michael? ¿No estará el muy cabronazo detrás de todo esto? ¡Si has sido tú, lo pagarás muy caro!

Inmediatamente sacó el teléfono y dio a los botones para enviar un mensaje. Escribió con rapidez. 'Michael, no creía q fueras capaz de cumplir tu promesa de estar aquí junto a mí. Estoy deseando verte.' Borró la palabra. 'Estoy deseando abrazarte. Llámame inmediatamente. FL.'.

18.- EL PULPO

18.1

Marta Martín tuvo gran interés en reunirse con Fernanda Lucía y con Toni Miranda. Debía decirles que, desde la comisaría central, había recibido noticias de que en el mercado clandestino de obras de arte y antigüedades se ofrecía una reliquia de un valor incalculable.

 ¿Quién la ofrece? -preguntó la joven americana con vehemencia e ingenuidad.

 Eso no se puede saber, querida. -respondió la policía con suficiencia. - Los ladrones son muy expertos en lanzar globo sondas manteniendo el anonimato. Sólo quería decíroslo para demostrar que tenía razón al defender que debíamos informar a la comisaría central.

 Podemos preparar una trampa. -sugirió Toni Miranda.

-En la comisaría central, ya están mirando esa posibilidad. Hay que hacerlo con mucha prudencia. Si se dan cuenta de que la policía está detrás, perdemos todas las posibilidades.

 ¿Qué hay que hacer, entonces? -requirió Fernanda Lucía. - Yo tengo prisa por recuperarla.

 Debemos buscar pruebas, indicios, sospechas y cualquier cosa que pueda servir.

 Esto demuestra que estabas equivocada. No han sido los del Vaticano.

 No descartemos sospechas tan pronto.

 Más que prisa, tengo necesidad de encontrar la reliquia.

 Y nosotros también, querida.

 ¡Es diferente! Mi padre está muy enfermo y su salvación depende de que entregue cuanto antes el Santo Grial en la Catedral de Santiago.

 No te preocupes. -intervino Toni Miranda con afecto - Vamos a hacer todo lo posible por recuperarla cuanto antes.

 Mira, chica. -apostilló Marta Martín - No creo que la enfermedad de tu padre dependa de que entregues o no la reliquia. Pero nuestra obligación es recuperar la reliquia cuanto antes y lo vamos a hacer.

18.2

Federico y su esposa volvieron a pasar la noche juntos en un hostal de Palas do Rei. El peregrino gastronómico propuso una vez

más tener relaciones sexuales.

 Hasta que no llegues a Santiago de Compostela con todas las confesiones hechas y selladas, no hay nada que hacer. - contestó la esposa.

18.3

Se encontraba Fernanda Lucía ultimando los preparativos para salir del albergue de Palas do Rei, cuando recibió el aviso de un nuevo mensaje. Estaba sola y no tuvo que buscar ninguna intimidad mayor.

 'Por fin, das señales de vida. Estoy muy cerca de ti. Te sigo los pasos. Nos podemos ver en pueblo que se llama Melide. Han dicho que hay un plato muy bueno que se llama pulpo. M.Jr.'

La joven americana se quedó pensativa mirando el mensaje después de haberlo leído. Se le agolparon en la cabeza miles de preguntas sobre la presencia de su novio. Todas las sospechas la llevaban a relacionarle con el robo de la reliquia.

 Este asunto lo resolveré yo sola.

Mientras contemplaba el mensaje, tomó la decisión de no comentárselo a ninguno de los policías, ni siquiera a Toni Miranda, para que no hubiera interferencias. Dio a la tecla para enviar un mensaje nuevo y lo escribió.

 'Estoy deseando verte. Dime dónde y cuándo tomaremos ese plato de pulpo. Que sea cuanto antes. FL.'

Lo leyó antes de enviarlo para corregirlo. Le pareció un mensaje frío. Al término de la primera frase, añadió 'mi amor'. Al final, antes de sus iniciales, puso 'Tuya. Besos', para que resultara más cariñoso.

 ¡Así se animará más!

18.4

El sacerdote vaticano había llamado a Marta Martín por teléfono para concertar una cita urgente. Tenía que comunicarle una información importante y deseaba hacerlo personalmente. Para no levantar ninguna sospecha y poder hablar con tranquilidad, quedaron en verse dentro de una pequeña iglesia románica de un pequeño pueblo llamado Leboreiro. Llegó antes el sacerdote, a pesar de que la policía tomó un taxi para trasladarse. Se sentaron en un lugar retirado. Marta Martín preguntó, casi exigió, por la prometida información tan importante.

 Me han llamado de mi oficina en el Vaticano. Se ha recibido una llamada telefónica ofreciendo el Santo Grial de Santiago por tres millones de euros.

 ¿Sólo han dicho eso? -requirió la policía con curiosidad profesional.

 Eso es lo esencial. Han dicho que volverán a llamar esta noche para recibir la respuesta.

 ¡Tenías que haber preguntado más detalles!

 Los he preguntado. Pero sólo uno me ha parecido interesante. El que ha llamado, hablaba un italiano perfecto.

 ¿Seguro?

 Eso me ha dicho el secretario adjunto de la comisión. El es italiano. Lo ha podido distinguir bien.

 Contradice mis datos. La comisaría central tenía información de una mafia sudamericana.

 De todos modos, es una pista importante. ¿O no? -insistió el sacerdote.

 ¡Hay que aceptar esa oferta! -afirmó con rotundidad Marta Martín - Dile a ese secretario adjunto que regatee un poco el precio, pero que no ponga en riesgo la operación. Debe mostrar alguna duda sobre la autenticidad y pedir garantías sobre la entrega inmediata.

 Puedo trasladarme yo a Roma para hacer las gestiones.

 Es más fiable que siempre hable el mismo.

 ¿Entonces, es mejor que vaya o que me quede?

 Es mejor no introducir ningún cambio. Es posible que nos tengan controlados. Pero debes estar preparado para viajar en cualquier momento. Ahora debemos separarnos, por si nos están vigilando.

 ¡Tendré el teléfono abierto en todo momento! -dijo el sacerdote mostrando su absoluta disposición a colaborar.

 Otra cosa importante. No digas nada a nadie. Ni a Fernanda Lucía ni a ninguna otra persona. Lo llevaremos personalmente entre tú y yo.

La policía recomendó al sacerdote que abandonara primero el templo. Ella se quedaría un rato dentro para que, si alguien les estaba siguiendo, no pudiera sospechar que habían estado juntos.

 ¡Espera! -gritó Marta Martín - ¿No te estarán tendiendo una trampa tus propios compañeros del vaticano?

 ¡Eso es absurdo!

 No es absurdo. Debemos sospechar de ellos.

 Yo te digo que es absurdo.

18.5

Doña Mercedes estaba deseando llegar a la localidad de

Castañeda. Aunque ya no queda ningún horno para la construcción de catedrales, los peregrinos dejan allí las piedras para lograr la intercesión del Santo Apóstol con el fin de conseguir sus deseos o la satisfacción de sus necesidades.

 Ya que no has traído tu piedra, por lo menos te arrodillarás para pedir a Santiago su intercesión. - dijo la madre mientras sacaba las dos piedras que había traído hasta ese momento en su mochila.

Doña Mercedes se acordó, en ese momento, de que tenía que llevar otra piedra en el bolsillo de su falda. Se sobresaltó ante la posibilidad de haberla perdido otra vez. Se palpó encima de la ropa. ¡Estaba allí! Con los dedos repasó sus cinco puntas, mientras reiteraba el compromiso de colocarla en la primera grada del altar mayor de la catedral.

18.6

Fernanda Lucía llevaba el teléfono abierto y en la mano para no tardar nada en leer la contestación de su novio al mensaje que le había enviado. En cuanto, comenzó a sonar el primer pitido, dio a la tecla con el fin de leerlo inmediatamente. No era de su novio.

 'Papá está cada momento peor. Debes volver, si quieres verle antes de q muera. JJ.'

La joven americana quedó conmocionada con la tremenda noticia del empeoramiento de la salud de su padre. Volvió a leer el mensaje. Era muy contundente. No requería ninguna pregunta para conseguir más aclaraciones.

 ¡Espera un poco, papá! -suplicó la joven mirando al cielo- Dame tiempo a que encuentre la reliquia. Nada más encontrarla, la depositaré en la catedral e iré a verte. No me quedaré a visitar las residencias de nuestro antepasado. Ya las veré en otra ocasión.

18.7

Federico decidió confesarse en la localidad de Arzua. Fue a la iglesia dedicada a Santiago a primera hora de la tarde y la encontró cerrada. Le dijeron que se abría a las siete. Cuando regresó, pasada ya esa hora, estaba todavía cerrada. Después, el sacerdote se negó a salir del confesionario para firmarle el certificado. Tuvo que esperar a que llegara el sacristán. Pudo contemplar, varias veces y con todo detalle, las estatuas de Santiago peregrino y de Santiago Matamoros que había en el templo. Además, el sacristán le obligó a abonar la tasa de tres euros correspondiente a las certificaciones parroquiales para ponerle el sello que certificara que se había confesado.

18.8

Fernanda Lucía seguía caminando con el teléfono abierto para no perder ningún segundo en contestar a la propuesta que le hiciera su novio. Caminaba deprisa para acercarse hasta Melide ya que la reunión debía tener lugar en esa localidad. No tardó en llegar el mensaje deseado.

 'Me han recomendado la Pulpería Ezequiel. Estate allí a las 2 y media. Vete sola. No quiero malas compañías. M. Jr.'

Estuvo a punto de contestar aceptando la propuesta. Pero consideró que no era necesario. Con estar allí a las dos y media era suficiente respuesta. Fernanda Lucía cerró el teléfono y comenzó a pensar cómo tendría que actuar para descubrir si su novio tenía algo que ver con el robo del Santo Grial. No podía esperar que se lo dijera espontáneamente.

18.9

 La señora gorda se ha desprendido del bulto que llevaba en su mochila. - Le dijo Marta Martín por teléfono a su compañero Toni.

 Y ¿qué?

 ¿Cómo que y qué? Podía ser la reliquia.

 A mí, me sigue pareciendo imposible. Pero tú te encargaste de vigilarla.

18.10

 Una cosa quiero comentarte. -dijo Fernanda Lucía a Toni cuanto éste terminó de hablar por teléfono - Tengo interés en visitar una iglesia románica donde hay una estatua del apóstol Santiago de gran valor en un pueblo llamado Boente de Baixo. Te lo digo porque tú debes adelantarte y asistir a la reunión con Marta Martín. Seguramente yo llegaré un poco tarde. En el caso de que se enfade, me excusas.

La explicación fue tan complicada que a Toni Miranda le sonó a excusa. Pero tampoco puso ningún inconveniente. Pensó que la joven americana desearía caminar sola y no lo dio más importancia. Fernanda Lucía se alegró de que su compañero policía no le pidiera más explicaciones sobre esa mentira improvisada. De ninguna manera, deseaba que se enterara de la reunión que iba a mantener con su novio.

18.11

 ¿Marta Martín?... Soy José María, el sacerdote. Necesito verte cuanto antes... Prefiero no darte muchos detalles por teléfono... El secretario adjunto de mi oficina en el Vaticano ha concertado una entrevista clandestina con el vendedor de la reliquia robada... No. Tiene que ser aquí en Galicia... Ya te he dicho que no me gusta hablar sobre esto por teléfono... Proponen reunirnos mañana en un restaurante de Monte do Gozo, a cinco kilómetros de Santiago... Tenemos que prepararlo. Siguen pidiendo tres millones de euros... Vale. Nos vemos a las seis en el albergue de Arzua. Estoy muy nervioso. Hasta luego.

18.12

Fernanda Lucía tuvo que esperar más de media hora en la pulpería hasta que apareció su novio. Se dio mucha prisa para llegar con tiempo. Tuvo dificultades para encontrar el local indicado. Estuvo incluso preocupada por no hacerle esperar. Pero, después, temió que Michael Junior no cumpliera el compromiso de acudir. Pensó que podía haberse arrepentido al sospechar que se trataba de una trampa para descubrir su posible participación en el robo. Cuando le vio entrar por la puerta, sintió a la vez alivio y preocupación. Alivio, porque se presentaba la oportunidad de despejar la incógnita. Preocupación, por no saber cómo afrontarlo. A lo largo del camino, mientras se acercaba, había tenido muchas ideas pero ninguna la veía practicable. Al verle, tuvo un momento de duda, pero inmediatamente corrió hacia él. Tenía claro que debía mostrarse cariñosa para ganar su confianza desde el principio. Le dio un abrazo apasionado y tomó la iniciativa en besarle en la boca. Los dos mantuvieron el beso, hasta que notaron que todos les miraban. Entonces, se cogieron de la mano y caminaron hacia el comedor. Fernanda Lucía, en su espera, había podido conocer perfectamente la distribución del local.

 Bueno. ¿Cómo estás? - dijo la joven para romper el hielo de la conversación.

 ¿Cómo estás tú, que has andado tanto? Has adelgazado. Estás muy morena. Te veo muy buena.

 Gracias. También te veo bien a ti.

A pesar de los diversos intentos que hizo Fernanda Lucía por encaminar la conversación hacia un terreno del que pudiera sacar alguna conclusión, el laconismo de su novio los conducía al fracaso.

 ¿Llevas muchos días aquí?

 Ya te lo anuncié en los mensajes.

 Me decías que me tenías que anunciar una sorpresa importante.

 Me refería a mi presencia. ¿Te parece poca sorpresa?

 Me hablabas de un negocio.

 Eso no es para hablar ahora.

 ¿Te ha gustado Triacastela?

 ¿Triacastela? ¿Qué es eso?

 En tus mensajes, me decías que estabas cerca de Triacastela.

 ¡Ah! Sí. Era el nombre que aparecía en las cartas, pero yo no fui. -dijo Michael mientras acomodaba su silla.

Fernanda Lucía se dio cuenta de que había conseguido un indicio importante, aunque su novio no parecía haber querido destacar nada especial. Intentó conseguir alguna precisión más.

 ¿En qué cartas aparecía el nombre de Triacastela?

 ¿He dicho yo algo de cartas?

 Lo acabas de decir.

 No me acuerdo yo de ninguna carta. Siempre te he mandado mensajes.

La joven se dio cuenta de que su novio trataba de disimular y pretendía desdecir algo que se le había escapado. Recordó que, en los preparativos de esta comida durante el camino, había decidido no manifestar mucho interés para no despertar sospechas.

 No tiene importancia. Pensaba que habías dicho algo de unas cartas, pero es igual.

 Ya me acuerdo. Me refería a las cartas de unos amigos a los que pregunté dónde podía encontrarte.

 ¡Pero tú no fuiste a Triacastela!

 ¡No! - dijo el novio ya con firmeza, dando la sensación de haber superado las dudas anteriores.

 Es que yo tenía unas cartas de un antepasado mío en las que también se habla de Triacastela. Por eso, me había parecido curioso.

 Antes de que empezaras el camino de Santiago, ya me hablaste de tu antepasado allá en América y me contaste la complicada vida que llevó, con varias mujeres, muertes y muchos líos.

Fernanda Lucía estaba segura de que eso no se lo había dicho en América antes de comenzar el camino, por la sencilla razón de que entonces no lo sabía. Ella se había enterado de eso por las cartas que su antepasado envió a su otra familia no por las que le había entregado su padre. Por lo tanto, su novio había leído esas cartas.

 Eso quiere decir que las ha robado o que alguien las ha robado para él. -pensó la joven - ¡Por lo tanto, ha participado en el robo de

la reliquia!

Se recordó a sí misma que no debía exteriorizar ninguna señal que moviera a sospecha. Decidió desviar la conversación hacia otros asuntos para evitar ese peligro. En realidad, ya había conseguido el objetivo de esa reunión.

Además, en ese momento, vio que entraba en el comedor Toni Miranda. Fue una gran sorpresa para ella. Le había dado una pista falsa para no encontrarse con él. Intentó que la sorpresa no se le notara. Pero no lo logró.

 ¿Le conoces? - preguntó el novio con curiosidad.

 Simplemente me ha parecido un hombre muy gordo.

 Más gordos hay en Estados Unidos.

 ¡Ah! Se me olvidaba. -reaccionó inmediatamente Fernanda Lucía para desviar la atención de su novio - Estoy muy preocupada con la salud de mi papá. Está muy grave.

 ¿Cómo lo sabes? Habías prohibido que te enviaran ninguna noticia de fuera de camino.

 La enfermedad de papá es importante para romper esa norma. Tú también la has roto en muchas ocasiones.

 Pero no me contestabas.

Habían llegado a la hora de postre. A Fernanda Lucía le había gustado el pulpo a la gallega y la empanada de bonito. Su novio, en cambio, apenas lo probó. Pidió que se lo cambiaran por un filete con muchas patatas fritas y que le trajeran varias latas de Coca-Cola. Para postre, la joven aceptó la sugerencia de probar el queso llamado de tetilla por su forma. Michael pidió un yogour muy azucarado. A la hora de despedirse, el novio insistió en que pasaran la noche juntos. La joven tuvo dificultades para superar tanta insistencia. Tuvo que aludir a la obligación de presentarse en el próximo albergue del Camino además de prometer volver a verle al día siguiente.

 A las ocho y media en la hamburguesería de Monte do Gozo. - propuso el novio.

 Allí estaré.- prometió la joven.

 Estate en punto. Ya sabes que no me gusta esperar. ¡Ah! Mañana, no podrás decirme otra vez que no.

Michael había alquilado un coche deportivo muy espectacular y se brindó a llevarla hasta Santiago de Compostela o hasta el albergue próximo. Fernanda Lucía se mostró inflexible en su decisión de volver al Camino y continuar andando. Para dejar buen recuerdo en su novio y ganas de tener un próximo encuentro, fue especialmente cariñosa en el largo, intenso, fuerte y voluptuoso

beso de despedida. La joven hizo muchas alabanzas del coche. Sabía que eso levantaba la vanidad de su novio y esperó a que saliera a toda velocidad dando unos sonoros y humeantes acelerones para llamar la atención.

18.13

 Lo más importante es la tranquilidad. - le aconsejó Marta Martín al sacerdote vaticano.

 Eso es muy fácil de decir, pero difícil de hacer. ¿De dónde saco yo tres millones de euros?

 No hay que sacar tres millones de euros de ningún lado. Tu misión es ganar su confianza. Queda en que tú entregarás el dinero en el momento en que él te dé la reliquia. Cuando ese intercambio vaya a tener lugar, intervenimos nosotros y le detenemos.

 Vamos a hablar en serio. No es tan fácil como dices.

 Ya sé que no es tan fácil. Pero no podemos desperdiciar esta oportunidad. Yo estaré disfrazada cerca de ti.

 Eso sí que no. Ha dicho que no vaya ningún policía y esa condición la vamos a cumplir. Entre otras cosas, no quiero jugarme la vida.

 De acuerdo. Yo no intervengo para nada. Lo único que tienes que conseguir es otra cita para intercambiar el dinero por la reliquia. ¡Sólo tienes que darle largas para prolongar el proceso!

 ¡Te parecerá poco!

 Lo que no puedes hacer es llegar tarde.

 Si me ha citado justo a las ocho, nada más abrir el restaurante, es porque quiere que llegue antes que él.

 ¡Quiere observarte! Por eso, lo más importante es la tranquilidad.

 Deséame suerte.

 Bueno. Pues suerte. No te confundas. El restaurante de puertas verdes. Yo te esperaré en el albergue.

18.14

Fernanda Lucía sabía que tenía que darle una explicación convincente a Toni Miranda por la mentira para despistarle sobre la entrevista con su novio. Después de analizar distintas posibilidades, decidió que lo mejor era decirle la verdad.

 Además, debo felicitarte por tu astucia al descubrir el lugar de nuestro encuentro. -afirmó la joven americana, después de contarle, con todo detalle, no solo lo sucedido con Michael Jr. sino también las deducciones que había sacado sobre su participación en el robo

del Santo Grial.

 Te acepto la explicación y las disculpas. Pero creo que no me merecía esta desconfianza. Si tú me dices que no debía aparecer en vuestra entrevista, no habría aparecido.

 Lo reconozco. Ya te he pedido disculpas. Ahora debemos determinar qué hacemos.

 Quizá quieras hacerlo tú sola. -ironizó el policía obeso.

 No digas tonterías. Sabes que te necesito. Vamos a pensar. Si él no estuvo en Triacastela, ha contratado a otro o a otros para que lo hagan. Ahora venderán la reliquia y les dará una comisión.

 También puede ser que te haya mentido y que fue él quien robó la reliquia personalmente.

 De todas las maneras, ahora tienen que venderla. Ahí es donde los podemos coger.

 ¿Tú qué harías? -preguntó el policía.

 ¿Qué quieres decir?

 Si tú estuvieras en su lugar, si hubieras robado la reliquia, ¿qué harías?

 No lo sé. No estoy en su lugar.

 Yo no me precipitaría. Me llevaría la reliquia a Estados Unidos y dejaría pasar el tiempo.

 Entonces, no nos sirve para nada. Mi papá está a punto de morirse.

 No te pongas nerviosa. Pensemos con calma. ¿Tu novio es inteligente?

 Lo normal.

 Nuestra única esperanza está en que tu novio sea un impulsivo poco reflexivo.

 He quedado con él mañana a las ocho y media de la tarde en la hamburguesería del complejo turístico de Monte do Gozo.

 No te preocupes. No iré a interrumpirte.

 Todo lo contrario. Prefiero que estés a una cierta distancia.

 Me adelantaré para comprar una hamburguesa doble con...

 No. No puede verte. Se ha fijado en ti en la pulpería.

 Con mi tipo, seguro que me recuerda. Tendré que vestirme de monja.

 No es mala idea.

 No digas tonterías.

18.15

José María había observado previamente el restaurante de puertas verdes. Había que decirlo más exactamente en singular. Era

una puerta amplia, pero una sola. Desde luego, estaba pintada de verde.

Cinco minutos antes de las ocho, se acercó. Estaba cerrado. Dio una vuelta intentando calmar los nervios. Se había vestido discretamente, aunque con cierta elegancia. No llevaba corbata, pero sí unos zapatos brillantes y una chaqueta de punto.

No abrieron hasta las ocho y siete minutos. Primero, se encendieron las luces del local. Desde dentro, giraron la llave y subieron la protección metálica. Nada más abrir la puerta, el camarero colocó el cartel anunciador con la carta de platos que podían elegirse.

 Buenas tardes. -dijo el sacerdote al sorprendido camarero.

 Todavía no estamos preparados. Va a tener que esperar.

 No me importa. Esperaré.

 Entonces, pase. ¿Va a cenar Vd. solo?

 Espero a otra persona.

 Puede ponerse en aquellas mesas. La de la ventana está reservada.

Apenas le dio tiempo a sentarse. Sonó el teléfono que estaba cerca del mostrador en la otra esquina del restaurante. El camarero, que estaba ofreciéndole la carta de vinos, se disculpó y fue a cogerlo. A esa distancia, no se podía oír lo que decían. Pero José María comprendió que la conversación tenía relación con él por las miradas que le dirigía el camarero.

 ¿Se llama Vd. José María? -le preguntó el camarero, que había dejado el teléfono descolgado en espera de respuesta.

 Sí.

 Entonces, es para Vd.

El sacerdote trató de disimular sus nervios y caminó sin vacilar hasta el mostrador. Tosió para aclarar la voz, antes de coger el auricular.

 Dígame... Sí. Soy yo... Por supuesto. Estoy solo... ¿No va a venir a la cita?... ¿Cómo me ha dicho el nombre?.. Ahora le he oído. Restaurante Carretas.... Sí. En la calle del mismo nombre... No se preocupe del número. Lo buscaré yo... ¿No es un poco pronto? No sé si me va a dar tiempo a llegar... Está bien. Estaré a las nueve en punto. Tomaré un taxi aquí mismo. Muchas gracias.

El sacerdote colgó el teléfono bastante aturdido por el nuevo recado recibido. Ahora tenía que trasladarse precipitadamente a un restaurante de Santiago de Compostela. El camarero se quedó mirándole.

 Lo siento. Tengo que irme.

 ¿Ya no se queda a cenar?

 Mi amigo me ha ... Mi amigo me ha dicho que no puede venir hasta aquí y me ha citado en otro restaurante. Lo siento de verdad. ¿Tengo que darle algo?

 No. No es nada.

De todos, el sacerdote le dio una propina de cinco euros por las molestias ocasionadas. El camarero se lo agradeció y guardó el billete.

18.16

Fernanda Lucía llegó a la puerta de la hamburguesería con antelación a la hora fijada. Estaba convencida de que su novio no iba a estar. Se notaba nerviosa y prefería ir con tiempo. Echó un vistazo. Comprobó que no estaba y se sentó en un banco frente a la entrada para observar a todos los que llegaban.

 Me podré cómoda. Seguro que me toca esperar bastante.

18.17

Cuando el sacerdote vaticano salió del restaurante de las puertas verdes, la preocupación por acordarse del nombre del lugar de la próxima cita le había hecho casi olvidar los nervios por el encuentro fallido con el negociante por la reliquia robada.

 Restaurante Carretas, Restaurante Carretas. Restaurante Carretas.

A la vez que lo repetía mentalmente, iba pensando en cómo llegar a tiempo a la cita que le habían impuesto por teléfono. Miró el reloj. Eran casi las ocho y veinte.

 Me quedan cuarenta minutos.

Se acordó de que mientras paseaba por el recinto turístico, antes de la cita, había visto la parada de taxis en la parte de abajo, junto a la puerta principal. Tuvo una duda sobre si volver antes al albergue para ponerse algo más de ropa o ir directamente a coger el taxi. No tuvo tiempo de decidir.

 ¿Ya has terminado?

El sacerdote se sobresaltó al oír esa interpelación directa hacía él. Estaba ensimismado en sus pensamientos sobre la urgencia de la cita y la decisión de si subir hasta el albergue o dirigirse directamente a la parada de taxis.

 ¿Qué haces aquí? ¡Habías prometido no interferir!

José María reaccionó con enfado al reconocer a Marta Martín frente a él. Expresamente habían llegado al acuerdo de que la policía no se iba a acercar al lugar de la cita.

 No me estoy interfiriendo. Suponía que todavía estarías en la reunión. Estoy dando un paseo.

 Ahora tengo la cita en otro sitio.

 ¿Te habías equivocado de lugar? - preguntó la policía con una mueca de ironía.

 Me ha llamado por teléfono. Me ha dicho que acuda inmediatamente a otro restaurante en Santiago.

 Veo que lo tienen bien planificado. No quieren cometer errores.

 Tengo que irme. Ya que me he metido en esto, no quiero llegar tarde.

 Sé que premeditadamente no quieres decirme el nombre del restaurante de Santiago, para que no me entrometa.

 Me has leído el pensamiento. Prefiero hacerlo yo solo.

 Tengo que saber el nombre, por si te pasa algo.

 ¡Prefiero que no lo sepas!

 No seas inconsciente. Estás tratando con delincuentes. Han matado, por lo menos, a tres personas.

 Prométeme que no irás.

 Ya te lo he prometido antes.

 Promete que tampoco irás a pasear por allí.

 Puedes estar seguro. No me voy a entrometer.

 Me ha citado en el restaurante... ¿Cómo se ...? Ah. Sí. Restaurante Carretas.

 ¿Dónde está?

 En la calle Carretas.

 ¿Número?

 No lo sé.

 Vamos. Dímelo. No me hagas perder el tiempo en buscarlo.

 De verdad, no lo sé. Y ahora me voy. Llegaré tarde por tu culpa.

El sacerdote vaticano comenzó a andar con rapidez hacia la parada de taxis. Ni se acordó de la conveniencia de coger algo más de ropa. Marta Martín se quedó mirándole. Después, anotó el nombre del restaurante en su libreta de notas.

18.18

Fernanda Lucía estaba todavía esperando, sentada en el banco frente a la hamburguesería, cuando pasaron por allí, Federico y Juana. Iban los dos elegantemente vestidos. Ella continuaba con su afición a los colores excesivos y no bien combinados. Él llevaba unos pantalones claros poco planchados y una americana de color

azul oscuro.

 Te invitamos a que vengas a cenar con nosotros. - dijo la esposa al detenerse justo enfrente de la joven americana.

 Lo siento. Estoy esperando a una persona.

 Si cenas con nosotros, podremos terminar la conversación del otro día.

 Ya le he dicho que no puedo. ¡Además, ese es un asunto completamente olvidado!

Fernanda Lucía utilizó un tono premeditadamente seco con el fin de mostrar su inequívoco deseo de no volver a tratar ese tema. Federico se dio cuenta de esa intención y arrastró a su esposa llevándola del brazo.

18.19

El taxista se negó a buscar con el coche el número exacto en que se hallaba el restaurante. Le dejó en el comienzo de la calle. El sacerdote, tras comprobar en su reloj que llegaba con el tiempo justo, echó a correr para encontrarlo. Nada más entrar en el local, justo al cruzar la puerta, el camarero de la barra se dirigió a él.

 ¿Se llama Vd. José María?

El sacerdote quedó sorprendido. Incluso miró hacia atrás para ver si había entrado otra persona a su lado sin que se hubiera dado cuenta. Pero el camarero insistió.

 ¿Se llama José María o no?

 Sí.

 Esa llamada de teléfono es para Vd.

Todavía más sorprendido, se acercó hasta la esquina de la barra donde estaba el teléfono ya descolgado. Lo cogió con precaución.

 Dígame.

 No estés sorprendido. Soy yo. Te he llamado en cuanto te he visto llegar. Ahora también te estoy viendo.

José María se volvió instintivamente para comprobar si alguien en la sala estaba hablando desde algún teléfono móvil. No vio a nadie.

 Yo te veo. Pero tú no me puedes ver por mucho que mires. Pon atención. En esta misma acera, hacia arriba, hay un bar. No hables con nadie y vete hasta allí inmediatamente. Recuerda que te estoy mirando. No des ningún paso en falso, ni hagas ningún gesto a nadie.

 ¿Cómo se llama el bar? - El sacerdote se quedó sorprendido de que hubiera acertado a formular esa pregunta dado el alto grado de desconcierto y nerviosismo en que se hallaba por el control a que

estaba siendo sometido.

 El primer bar que encuentres en esa acera. Vete ahora mismo y sin relacionarte con nadie.

José María colgó el teléfono con cuidado. Inicialmente no se atrevió a dirigir otra mirada a los que estaban junto a la barra y en las mesas. Cuando se decidió, comprobó que nadie estaba guardando ningún teléfono móvil. Caminó hacia la puerta y salió.

 ¿Qué pasa aquí? Usan el teléfono y no consumen nada. -protestó el camarero de la barra.

18.20

Fernanda Lucía estaba ya desesperada, cuando llegó su novio. Sin decir nada, la besó en los labios sin gran entusiasmo y se sentó a su lado en el banco. Ella ni se movió esperando una explicación por la tardanza.

 No me puedo quedar. Me tengo que ir ahora mismo.

 ¿Cómo me puedes hacer eso? Has quedado conmigo. -protestó la joven americana.

 Es un asunto muy importante.

 ¿Más importante que yo? ¿No has venido a verme a mí? -dijo Fernanda Lucía con intención de sacar alguna información de provecho en el frustrado encuentro.

 He venido por ti y por un negocio muy importante relacionado contigo que tengo que terminar de resolver esta noche.

 Dime, por lo menos, qué negocio es ese.

 Hasta que no lo resuelva, no te lo puedo decir. ¡Mañana te lo cuento todo! Chiao.

 ¿No puedo ir yo a esa reunión? Soy tu novia.

 Es una reunión sólo de hombres.

 ¡No seas machista!

 Te lo prometo. Mañana te lo digo todo. ¿Dónde nos vemos y a qué hora? Te dejo que lo decidas tú todo.

 No creas que te voy a estar esperando otra vez. - dijo Fernanda Lucía haciéndose la enfadada, una vez que conocía el deseo que Michael por verse.

 No te haré esperar ni un minuto. A partir de mañana estaré sólo para ti. Te aseguro que va a ser una gran sorpresa, pero grande grande.

 ¡Dímela ahora!

 Un poco de paciencia. ¡Merecerá la pena esperar!

Michael le dio otro beso rápido en los labios y se fue por donde

había venido. Fernanda Lucía le vio dirigirse hacia su coche deportivo de color chillón.

18.21

Lo primero que buscó José María, al entrar en el bar indicado fue el teléfono. Se hallaba también en una esquina del mostrador, pero estaba colgado. Supuso que le llamarían de un momento a otro. Se acercó.

 ¡No te muevas ni mires hacia atrás! Si haces algún gesto raro, te pincho hasta el corazón.

El sacerdote se quedó inmóvil por el susto recibido al oír esa orden. A la vez, notó un objeto punzante empujando en su espalda, a la altura indicada del corazón. Instintivamente, subió las manos y las colocó sobre el mostrador.

 Si viene el camarero, pides dos vinos tintos con tranquilidad. ¿Has traído el dinero de la reliquia?

José María se puso todavía más nervioso. No sabía cómo contestar. Su interlocutor estaba detrás y él no podía volverse. Le hizo un gesto negativo con la cabeza. Sintió que el objeto punzante se apretaba sobre la espalda. Notó perfectamente que era muy puntiagudo.

 ¡Eres imbécil! ¿Entonces, para qué has venido? ¡No contestes! Quiero que mañana me entregues la mitad del dinero, y pasado mañana la otra mitad. ¡No te vuelvas! No digas nada. Ten el móvil abierto desde las diez de la mañana. Te doy tiempo para que prepares el dinero. Yo te llamaré. No se te ocurra avisar a la policía o te rajo igual que a los tíos de la chica y al viejo melenudo. Ahora, llama al camarero y pide los dos tintos.

El sacerdote había estado inmóvil todo el tiempo en una profunda tensión. Obedeció. Llamó al camarero y pidió que le sirviera los dos vinos tintos.

 ¿Dos? - Preguntó el camarero con sorpresa.

 Sí, dos, por favor.

Cuando los vinos estaban servidos, José María hizo un esfuerzo para pasar una de las copas a su violento invitado, intentando no volverse ni mirar hacia atrás. Sin embargo, nadie recogía la copa.

 Tome su vino.

Como seguía sin coger nadie el vino, se fue volviendo despacio y con mucho cuidado. Enseguida, vio que ya no había nadie detrás de él.

19.- LAS PISTAS

19.1

El director del lujoso Hostal de los Reyes Católicos, situado en la plaza del Obradoiro, junto a la catedral de Santiago de Compostela, esperó hasta las diez en punto de la mañana. Pensó que era suficiente consideración esperar hasta esa hora. Debía realizar una muy seria advertencia por organizar un escándalo en las habitaciones con graves molestias para el resto de los clientes. Marcó el teléfono interior de una de las habitaciones desde su propio despacho. Tardaron en contestar. El director mantuvo la llamada porque previamente había consultado en recepción y sabía que el cliente se hallaba dentro. Por fin, levantaron el auricular. Contestó una voz ronca e ininteligible.

 ¿Señor Michael López Junior? -preguntó pausadamente el director.

 ¿Quién llama?

 Soy el director del Hostal.

 ¿Quién?

 El director del Hostal Reyes católicos, donde Vd. está hospedado.

 Hoy no he pedido que me despierten.

 No le llamo para despertarle. Deseo hablar personalmente con Vd. por una falta de disciplina muy grave.

 En otro momento.

 Voy a acudir ahora mismo a su habitación.

 Estoy durmiendo.

 Le ruego que se preparare. Voy ahora mismo.

El director, que había intentado mantener en su conversación un tono severo pero educado, colgó el teléfono. Se puso la chaqueta para dar más solemnidad a su intervención y se dirigió a la habitación con cuyo ocupante había hablado. Michael López Junior le recibió en calzoncillos, bostezando y rascándose la cabeza.

 ¿Puedo pasar? -preguntó el director manteniendo el mismo tono severo y educado.

 Sea breve. Tengo mucho sueño.

 Seré breve y contundente a la vez. Deseo presentarle una queja oficial por su comportamiento anoche junto con sus compañeros de las habitaciones contiguas.

 En nuestra vida privada, podemos hacer lo que queramos. ¿O no?

 Uds. molestaron gravemente al resto de los clientes del hostal. Dieron gritos y corrieron no sólo en sus habitaciones sino también en los pasillos, con varias señoritas de muy dudosa conducta, que no eran clientes del Hostal.

 Le repito que, con nuestra vida privada, podemos hacer lo que nos dé la gana.

 Como director, le hago la advertencia oficial de que al próximo escándalo público no sólo serán expulsados, sino que se avisará a las fuerzas de orden público. Además, le advierto que tienen Uds. una elevadísima cuenta de gastos sin pagar y que deberían ir abonando.

 ¿Puedo ir a dormir ya?

La actitud del novio de Fernanda Lucía fue, en todo momento, despectiva y de muy mala educación. Aunque el director no lo pudo ver, al salir de la habitación fue despedido con un grosero corte de mangas.

19.2

El sacerdote vaticano se levantó temprano. Lo primero que hizo fue encender el teléfono móvil, cumpliendo así la orden recibida por su interlocutor en el intento de venta clandestina de la reliquia robada.

Llevó el teléfono al baño, mientras se aseaba. Lo metió en una bolsa de plástico para que no se mojara. También lo mantuvo al lado mientras desayunaba. Como no tenía otra cosa que hacer sino esperar, se puso a pasear por el recinto turístico. Empleó el tiempo en recordar todos los detalles posibles de su aventura el día anterior. Reconstruyó, de modo cronológico, los acontecimientos que habían tenido lugar. Intentó sacar conclusiones y buscar algunas pistas sobre la persona que ...

 En realidad, estuvo jugando conmigo como con un muñeco. Hice todo lo que quiso. Fui donde me mandó. Y no sé nada de él.

Intentó, de nuevo, recapacitar. Previsiblemente, era joven. Debía ser alto, ya que la voz le llegaba desde arriba. No le venían más detalles a la memoria por mucho esfuerzo que hacía.

 ¡Ah! Lo más importante. Es sudamericano. Su manera de hablar lo denota.

Hubiera preferido conocer los acentos de cada país, para lograr una localización exacta. Recordó que el detalle del acento le había sorprendido desde el principio, desde la primera llamada en el restaurante de las puertas verdes en Monte do gozo. Esperaba que fuera un italiano, ya que a la oficina del Vaticano había llamado

alguien de esa nacionalidad para hacer las gestiones con su adjunto. Enseguida, le vino a la mente la precaución principal. Hoy tenía que acudir a la cita con el dinero. Era una exigencia explícita. Además no se les podía engañar. No iban a entregar la reliquia a cambio. Había que entregar ahora la mitad de la cantidad pedida. Eso tenía que tratarlo con Marta Martín. Le fastidiaba meter a la policía por medio, ya que era una condición concreta impuesta por el interlocutor. Pero no tenía más remedio. Sólo la policía podía conseguirlo.

19.3

Fernanda Lucía también estaba esperando la llamada de su novio. Nada más levantarse dejó el teléfono abierto por si acaso. No tenía ninguna prisa. Sabía que no madrugaba. Por eso, se sorprendió cuando sonó la señal indicadora de un nuevo mensaje.

 Este capullo no me enviará un mensaje en lugar de llamarme.- dijo para sí misma mientras se preparaba para leerlo.

 'Fer, papá ha vuelto a preguntar por ti. Es lo único q ha dicho en los diez minutos que nos han permitido verle. Debes decidir ya si vienes o no. J.J.'

La joven americana se quedó pensativa. Se le nublaron los ojos. Después, se le escaparon las lágrimas. Se limpió para poder leer, de nuevo, el mensaje. Pensó en la posibilidad de dejarlo todo y volver.

 ¡No puedo hacerlo! La única solución está en entregar el Santo Grial en la catedral.

19.4

 Tienes que llevar un maletín lleno de papeles de periódico. -dijo Marta Martín rechazando los argumentos del sacerdote vaticano.

 Hay que entregar dinero auténtico. Después, se podrá recuperar todo. -trató de convencerla José María.

 De la religión y de historias sagradas, sabrás mucho. Pero del trato con delincuentes, no tienes ni idea. Hay que cazarles ya y tú tienes que hacer de gancho.

 ¡Me niego! Yo no me juego la vida.

 Venga. No exageres. Yo me encargo de preparar la detención. Lo único que necesito es estar informado de todas las órdenes que te dé. Voy a llamar a un técnico de la policía para que conecte las llamadas de tu móvil al mío. Yo no puedo llamar, pero recibo toda la información.

 Eso no sirve para nada. Me llama a los teléfonos de los bares

en cuanto entro.

 No te pongas nervioso. Te colocamos en el pecho un micrófono inalámbrico para recibir la información.

 Te he dicho que no estoy dispuesto a jugarme la vida. Además, no sirve para nada. Ellos pueden ser muchos.

 También nosotros seremos muchos. La policía de Santiago está avisada. De tu seguridad, no tienes que preocuparte. Me encargo yo.

 ¿Me das garantías, de verdad?

 Creía que los sacerdotes no estabais tan apegados a la vida.

 No es momento de bromas.

 Hablo en serio. Yo me encargo de todo. En cuanto te llame, avísame. Ahora mismo voy a hacer tres cosas: Preparar el maletín con papeles de periódico, conseguir un micrófono disimulado y llamar a la policía de Santiago.

 Cada vez me parece más peligroso.

19.5

Toni Miranda trató de convencer a Fernanda Lucía de que no debía seguir esperando. Era preciso tomar la iniciativa en lugar de ir a remolque de las propuestas que hacía su novio.

 Mientras sigamos haciendo lo que él propone, colaboramos con su estrategia. Tenemos que rompérsela.

 No podemos tomar nosotros la iniciativa. No sabemos dónde está el Santo Grial. Tú, como policía, quieres detener a los culpables. Pero, a mí, sólo me interesa recuperar la reliquia y entregarla en la catedral para salvar a mi papá.

 Vamos a conseguir las dos cosas a la vez.

 ¡No tienes motivo para asegurar eso! -dijo la joven americana, muy nerviosa por la necesidad de encontrar con urgencia una solución - No estamos seguros de que Michael tenga el Santo Grial. Si nos equivocamos, perdemos las posibilidades de encontrarlo.

 Atiende. Tu novio es sospechoso.

 Es sospechoso, pero no estamos seguros de que tenga la reliquia.

 Como no estamos seguros, debemos actuar o bien para descubrir dónde tiene la reliquia o para descartarle como sospechoso y empezar a investigar en otra dirección.

 No me has convencido, pero lo acepto. ¿Qué debo hacer?

 El objetivo a conseguir es ir al sitio donde ahora está viviendo. Allí o está la reliquia o existe algún indicio o se descarta todo. Como no conseguimos nada es citándote en un restaurante o en la puerta de una hamburguesería.

 No creas que es tan fácil.
 No es fácil, pero hay que conseguirlo.

19.6

Después de mucho esperar, sonó el teléfono móvil de José María. Se puso tan nervioso al oír su sonido, que se le cayó. Al agacharse para recogerlo, casi se cae él mismo. Tuvo, de todos modos, tiempo para colocarse bien el micrófono inalámbrico que le había entregado Marta Martín.

 Dígame.
 ¿Eres el cura del Vaticano?
 Sí. Soy yo.
 ¿Tienes la pasta preparada?
 Me dijiste que preparara la mitad. Pero sólo he podido preparar un millón de euros. En este momento, no puedo conseguir más. Es una muestra de nuestra buena voluntad por negociar.

No hables tanto. Sólo contesta a mis preguntas. ¿Está en billetes pequeños?

 Está en billetes de veinte, cincuenta y cien euros.
 Ya no tienes que hablar más. Sólo escucha. Tienes que ir ahora mismo a la Iglesia de Santa María del Camino. Ahora mismo con el dinero. Para que no pierdas tiempo buscándola, está en la calle de las Casas Reales. Ya te estoy esperando. Te sientas en tercer banco de la derecha enfrente del altar mayor. No hables con nadie. No te veas con nadie. Ya sabes que yo te estoy vigilando.

19.7

 ¿Quién es, ahora? ¿Es que no voy a poder dormir? -gritó Michael al contestar a la llamada de su teléfono móvil.
 Michael, soy yo. No te enfades. - dijo Fernanda Lucía con temor al ser recibida con ese exabrupto.
 ¿Qué quieres ahora? Estoy durmiendo.
 Deseo estar contigo.
 Te he dicho que estoy durmiendo. - contestó el novio rechazando la proposición.

Fernanda Lucía tuvo los suficientes reflejos para aprovechar la ocasión y hacerle ver su novio que podía ser la oportunidad para estar juntos. Para ella era la mejor manera de llegar hasta su actual residencia. Carraspeó para adoptar un tono sugestivo.

 Bueno. La cama es el mejor sitio para estar juntos. ¿No crees?
 ¿Qué quieres decir?

 ¿Te lo tengo que decir más claro? Quiero estar contigo ahí donde estás.

 ¿En la cama?

 ¿No te parece bien?

Hubo un momento de silencio. Fernanda Lucía temió haberse pasado en la propuesta para encontrarse con Michael en su actual residencia. Esperó la respuesta con tensión. Estuvo a punto de intervenir de nuevo, pero no hizo falta.

 Vente inmediatamente. Vete quitándote las bragas. Yo comienzo a ponerme cachondo.

La joven americana no llegó a darse cuenta de la grosería que acababa de decir su novio. Simplemente comprendió que aceptaba recibirla en su actual residencia. El objetivo estaba cumplido.

 No sé dónde te hospedas. -preguntó con la tensión de superar la última prueba.

 Hostal Reyes Católicos, habitación ciento veintitrés. Ven muy rápido.

Al desconectar el teléfono, Fernanda Lucía se dejó caer en la silla más cercana, a la vez que expulsaba todos los nervios que había acumulado durante la conversación.

19.8

El sacerdote vaticano iba en el taxi camino de la Iglesia de Santa María del Camino. Llevaba el maletín de cuero negro que le había entregado Marta Martín. Lo tenía colocado encima de las piernas y lo acariciaba como si de él dependiera su vida.

Se sobresaltó cuando sonó su teléfono móvil. Retiró el maletín y lo colocó al lado del asiento. Estornudó instintivamente para disimular los nervios.

 Dígame.

 No contestes. Sólo escucha. No vagas a la Iglesia de Santa María del Camino. Vete a la iglesia de San Benito. Está cerca de la otra. Ponte en el sexto banco del lado izquierdo frente al altar mayor. Ven inmediatamente.

La comunicación se cortó repentinamente. El sacerdote supuso que comenzaba, de nuevo, el juego de la noche anterior con continuos cambios para despistar a los que le pudieran acompañar.

 Señor taxista. Cambio de destino. No vamos a la Iglesia de Santa María del Camino sino a la de San Benito. ¿Sabe dónde está?

 Ningún problema. Está aquí cerca. -respondió el taxista, a la vez que volvía a subir el volumen de la música.

Al poco tiempo, volvió a sonar el teléfono. José María lo conectó

preparado ya para cambiar de nuevo de destino.

 Dígame otra vez.

 Soy Marta. Tranquilo. Todo está controlado. Cuelgo.

Realmente, la llamada de la policía le produjo tranquilidad. De momento, la estrategia estaba funcionando, aunque era consciente de que estaban todavía en los preámbulos.

19.9

 ¿Cuánto tiempo quieres que espere para asaltar la habitación? - preguntó Toni Miranda para terminar de coordinar el plan de actuación.

 Tienes que intervenir nada más que yo llegue.

 Es demasiado precipitado. Hay que darle un tiempo para que se relaje, se entregue y pierda todas las dudas.

 ¿Por qué sabes que tiene dudas?

 Es lógico que las tenga. Está metido en un asunto muy gordo. Bueno. Suponemos que está metido. Igual descubrimos que es inocente.

 Debes intervenir pronto. ¡No quiero acostarme con él!

 Dale conversación. Hazte de rogar.

 Conociéndole,....

Fernanda Lucía terminó la frase con un gesto expresivo de la tozudez y violencia con las que su novio se comportaba en esas ocasiones.

 ¿No te has acostado nunca con él? -preguntó el policía.

 No quiero seguir con él.

 Sólo diez minutos. Tendrás que resistirte sólo diez minutos.

 Bueno. Que sea lo que Dios quiera. Mi papá vale mucho más.

19.10

José María entró en la Iglesia de San Benito con muchísimos nervios. No sabía en qué mano llevar el maletín. Para cumplir todos los requisitos, se acercó primero a la pila del agua bendita. Mojó los dedos y se santiguó. Desde allí, miró hacia el altar mayor. No había mucha gente en los bancos. Calculó unas veinte personas. Quizá alguna menos. Intentó no aparentar ninguna duda, ya que se sentía vigilado. Caminó por el pasillo central.

En uno de los últimos bancos había un sacerdote, de rodillas, leyendo un libro religioso de pastas negras. Se notaba movimiento alrededor de los confesionarios. Había más mujeres que hombres. Se fue fijando en los bancos de la izquierda. Hacia el medio de la iglesia, en esos bancos, había tres mujeres juntas, vestidas de negro.

Rezaban el rosario. Más adelante, un hombre joven con traje y corbata.

El sacerdote vaticano se detuvo para contar los bancos. Se colocó en el sexto de la izquierda, más o menos en el centro. Se puso de rodillas y se santiguó. Rezó para pedir que todo saliera bien. A continuación, se sentó en el banco corrido. Colocó el maletín a su derecha, en el lado del pasillo central. No pasaba nada anormal. No había ruidos extraños. Tuvo tentación de mirar hacia los lados, pero prefirió esperar sin hacer ningún movimiento. Al poco tiempo, por el pasillo lateral de la izquierda se acercó el sacerdote que estaba arrodillado en los últimos bancos. Se arrodilló a su lado. También se santiguó. Al poco tiempo, se sentó en el banco corrido.

 Pon el maletín a este lado. -dijo con sequedad el sacerdote recién llegado.

José María obedeció. Colocó el maletín entre los dos sin hacer ningún comentario. Tampoco se atrevió a mirar de frente a su interlocutor. Sólo le observó de reojo. No notó nada especial. Era joven. Quizá sorprendían un poco las patillas. Eran demasiado largas para un sacerdote.

 Vas a obedecer a todo lo que te diga. Tengo una pistola en el bolsillo de la sotana. Ahora, vas a salir de la iglesia sin hacer ningún gesto raro. Vas a coger un taxi y te vas a marchar donde quieras, pero lejos de esta zona. Pronto me pondré en contacto contigo para la próxima entrega. ¡Ya puedes salir!

El sacerdote vaticano, que había escuchado atentamente, decidió comportarse con tranquilidad. Se arrodilló. Aparentó rezar con piedad y volvió a santiguarse.

 ¡Vamos! Vete de una vez.

Salió del banco. En el pasillo central, hizo la genuflexión. Se volvió para mirar hacia la puerta. Aunque tenía la mirada fija en el fondo, vio que dos de las mujeres vestidas de negro, de los bancos posteriores se levantaban y caminaban hacia adelante. Antes de salir, José María tomó una decisión arriesgada. En lugar de dirigirse a la puerta, giró hacia el último confesionario que estaba en una zona menos iluminada. Desde allí, pudo ver que las dos mujeres vestidas de negro se acercaban al banco que él había ocupado y donde todavía estaba sentado el sacerdote de las patillas largas. La que entró por el pasillo lateral de la izquierda se sentó a su lado. Notó que le hablaba, pero desde donde estaba, no pudo oír nada. La mujer que se adelantó por el pasillo central, se colocó detrás. A José María, le pareció que debajo del velo le apuntaba con un objeto

brillante.

Inmediatamente, se acercó al grupo el joven vestido con traje y corbata. Lo hizo precipitadamente y tropezando a la salida del banco, mientras sacaba un objeto brillante del bolsillo.

 ¿Qué pasa quí?

El joven vestido elegantemente no pudo decir más que esa frase en italiano. La tercera mujer vestida de negro se había precipitado sobre él, le había retorcido el brazo donde tenía el arma y le había obligado a tumbarse en el banco con la cara pegada a la madera. José María estaba alucinado por la rapidez con que se sucedieron los acontecimientos. Estuvo a punto de acercarse para ayudar en caso de necesidad, pero decidió permanecer junto al confesionario en la zona no iluminada. Tras unos momentos en los que no se produjo ningún movimiento, el sacerdote vaticano vio que una mujer, vestida con ropa de color, se levantaba. Se fijó bien. Era Marta Martín. En su pensamiento, José María reconoció que en esta ocasión, la operación había estado bien planificada y realizada sin ningún ruido ni espectacularidad.

Marta Martín se acercó hasta el pasillo central. Lanzó una mirada panorámica por el templo. No había ningún movimiento anormal en la iglesia. Llegó hasta el sexto banco de la izquierda. Cogió las armas de los hombres. Los esposó. Tomó el maletín e hizo un gesto para que sus tres compañeras salieran con los detenidos.

19.11

Cuando Fernanda Lucía llamó al timbre de la habitación número ciento veintitrés del Hostal Reyes Católicos, le abrió Michael en calzoncillos. No bostezaba, pero mantenía sus pelos totalmente revueltos. En el bulto de su entrepierna, se notaba su excitación sexual.

En el mismo pasillo, se abrazó a ella, la empujó hacia su cuerpo con fuerza y la palpó libidinosamente, sin que ella pudiera reaccionar ni resistirse.

 ¡Espera a que entremos en la habitación!

Es lo único que la joven americana logró decir. Mientras, trataba de desembarazarse de los brazos de su novio, que continuaba palpando sus partes íntimas. No consiguió separarse de él. Al menos, hizo que, con un esfuerzo, los dos entraran en la habitación, a la vez que cerraba la puerta con el pie.

 ¡Déjame respirar, por lo menos! - suplicó Fernanda Lucía, mientras luchaba con manos y codos para separarse.

Michael accedió, al fin, a separarse. Pero no cedió en el ataque

sexual. Comenzó inmediatamente a desabrochar los botones de la ropa de su novia. Esta se resistía. Trataba de escapar. Pero era siempre alcanzada. Así que decidió, dejar correr los acontecimientos sin forzar una oposición que estaba resultando inútil.

19.12

En cuanto las tres policías disfrazadas de mujeres vestidas de negro salieron del templo, el sacerdote vaticano se acercó a Marta Martín que caminaba por pasillo central.

 ¿Todo ha ido bien? -preguntó José María en tono de reconciliación.

 ¿Ya se te han pasado los nervios y el miedo? -ironizó la policía.

 Me ha parecido que lo has preparado muy bien. ¡Enhorabuena!

 Ya veo que tenías muchas dudas.

 La falta de experiencia. -se disculpó el sacerdote- ¿Qué tenemos que hacer ahora?

 Yo tengo que ir a la comisaría para realizar el interrogatorio.

 ¿Cuándo tendremos los resultados?

 No seas iluso. Esto no ha hecho más que empezar. ¿Dónde está el albergue de los peregrinos en Santiago?

 En el seminario.

 Nos vemos allí esta noche.

19.13

Toni Miranda llegó a la puerta de la habitación ciento veintitrés del Hostal Reyes católicos con otros dos policías. Procuraron no hacer ningún ruido en el pasillo. Acercó la oreja a la puerta. Oyó el sonido rítmico de los somieres de la cama. Colocó a sus compañeros a sendos lados de la puerta y comenzó a manipular la cerradura cuidadosamente, sin hacer ruido, con una llave maestra.

 ¡Policía!

Entraron los tres apuntando con la pistola. Michael y Fernanda Lucía estaban tan excitados y concentrados en su actividad erótica que no notaron ningún ruido hasta ese momento. El novio levantó automáticamente las manos, mientras la joven americana se tapaba con una sábana para cubrir su desnudez.

 Tú, vete al baño con tu ropa. Cuando estés vestida, sales.

Toni Miranda dio la orden a Fernanda Lucía como si no la conociera de nada, para que su novio no se diera cuenta de que estaba al tanto de la operación. La joven obedeció sin dar tampoco

muestra alguna de conocer al policía, que además había abandonado toda la apariencia de peregrino.

 ¿Yo no puedo vestirme? - preguntó Michael, que trataba de tapar sus partes íntimas con las manos.

 Tú te esperas a que salga la chica. Ponte de cara a la pared.

El policía obeso aprovechó para inspeccionar visualmente la habitación, mientras sus compañeros vigilaban al joven americano. Sin embargo, prefirió no tocar nada en su presencia, aunque estuviera de espaldas. En cuanto salió Fernanda Lucía, ya vestida, ordenó a su novio que recogiera su ropa y entrara en el baño para vestirse. También ordenó a uno de los policías acompañantes que fuera con él para evitar que escapara por la ventana.

 Aunque se haya vestido, -indicó Toni Miranda - no salgáis hasta que yo os lo diga.

El propio Toni Miranda cerró la puerta del baño para quedarse sin la presencia del joven. Inmediatamente, hizo una señal para comenzar a investigar y revisar toda la habitación. El policía acompañante se agachó para comprobar lo que había debajo de la cama. Después, retiró el colchón y las sábanas. Toni Miranda empezó con las mesas, las sillas y las mesillas. Mientras, la joven americana se ocupaba de mirar en el armario.

 ¡No hay nada!

Los tres se miraron confirmando que no habían encontrado nada en sus respectivas búsquedas. La más decepcionada era Fernanda Lucía. Estaba decepcionada y también preocupada.

 ¿Cómo vamos a justificar ahora este registro?

 Calma. - la animó el obeso policía - No te des por vencida a la primera.

 Es evidente que no tiene el Santo Grial.

 Vamos a registrar otra vez cambiando de sitio. Tú mira las camas. Tú, las mesillas, y yo reviso el armario.

Tampoco encontraron nada. Hicieron un nuevo cambio para terminar la ronda. Los resultados fueron igualmente negativos. Fernanda Lucía manifestaba sus nervios con desesperación. El policía acompañante intentaba buscar algún otro escondrijo en la habitación sin hallarlo.

 ¡Hemos metido la pata hasta el fondo! -sentenció la joven americana.

 Yo no me doy por vencido. -aseguró Toni Miranda.

 No te das por vencido. Pero aquí no hay nada.

 Vamos a sentarnos y a pensar.

Fernanda Lucía aceptó inmediatamente el consejo de sentarse.

En lugar de buscar una salida a esa complicada situación, ocultó la cara entre las manos y empezó a llorar.

19.14

El sacerdote vaticano, al quedarse solo y, después de superar parcialmente la situación de nervios, pensó que era el momento de llamar a Fernanda Lucía para darle la buena noticia de la detención de los ladrones del Santo Grial de sus antepasados. Pensó que era también una manera de compensar el daño que podía haberle hecho e incluso una oportunidad de reconciliación.

 Bueno. Reconciliación como amigos exclusivamente.

Consideró de nuevo que la relación amorosa había sido un desafortunado acontecimiento. Quizá la palabra exacta era una debilidad por las dos partes. Eso lo tenía él claro. Aceptaba su responsabilidad. Pero había sido culpa de los dos. Comenzó a marcar el número del teléfono móvil de Fernanda Lucía. Pero interrumpió la operación.

 ¡Es mejor esperar! No son más que dos sospechosos. Todavía no tenemos ningún resultado. A Fernanda Lucía, lo único que le interesa es conseguir el santo Grial. Quizá, con estos dos, no consigamos nada. La llamaré, cuando tengamos resultados más definitivos.

20.- EL REGRESO

20.1

En la habitación ciento veintitrés del Hostal Reyes Católicos, Fernanda Lucía seguía llorando cada vez con más fuerza. El policía acompañante manifestaba su nerviosismo rascándose la barbilla y sin saber qué hacer. Toni Miranda trataba de consolar a la joven americana, a la vez que buscaba una alternativa al callejón sin salida al que había conducido la investigación. Desde el cuarto de baño, el otro policía acompañante había preguntado dos veces si podían salir.

 ¿Qué le digo yo ahora a Michael? ¿Eh? ¿Qué le digo? - se preguntaba Fernanda Lucía entre sollozos - ¿Cómo justifico haberle tendido una trampa al acostarme con él?

 Se nos ocurrirá una explicación. El no tiene por qué saber que tú estás compinchada con nosotros.

 ¿Te crees que se chupa el dedo?

El nuevo golpe de llanto en Fernanda Lucía coincidió con el sonido de una llamada en el teléfono de Toni Miranda. El obeso policía no sabía si atender a su compungida vigilada o atender la llamada. Pensó que era más urgente lo segundo.

 Toni Miranda al habla.

 Soy Marta Martín. Escúchame bien. Hemos detenido a los dos sospechosos del robo de la reliquia. Acaban de cantar y sólo falta comprobar la prueba. Deja todo lo que estés haciendo. Vete al Hostal Reyes Católicos. Es el hotel más...

Toni Miranda estuvo a punto de interrumpir a su compañera para decirle que ya estaba en ese hostal. Un reflejo momentáneo le hizo pensar que, sin decírselo, podría presumir de haber realizado con más rapidez el encargo que le iba a encomendar. Además, era muy complicado explicar por qué se hallaba allí y el fracaso que habían tenido. Así que siguió escuchando.

 ... Es el hotel más lujoso de Santiago. Está en la plaza de la catedral. Se llama Plaza del Obradoiro. Sube a la habitación ciento veinticinco. Si no puedes entrar con tu llave maestra, presentas la placa policial al director y le dices que te abra. ¿Me sigues bien?

 ¡Te sigo perfectamente! -contestó Toni Miranda cada vez más intrigado por el desenlace del encargo.

 En esa habitación, está hospedado uno de los detenidos que es un italiano. Ha confesado que tiene la reliquia escondida en la cisterna del cuarto de baño. Vete a comprobarlo inmediatamente.

 Voy como una flecha.

 Deja todo lo que estés haciendo.

 No te preocupes. Voy ahora mismo.

 En cuanto lo compruebes, me llamas. Si está la reliquia, la tienes que traer a la comisaría del distrito centro de Santiago.

 De acuerdo. Cuelgo y voy.

El obeso policía estaba radiante de felicidad. La noticia le había producido tales nervios, aunque gozosos, que no acertaba a cerrar el teléfono. La joven americana, todavía con ojos llenos de lágrimas, miraba con curiosidad a su compañero. El policía acompañante también tenía esa misma expresión.

 Fernanda Lucía, límpiate los ojos y ven conmigo. -dijo Toni Miranda con una sonrisa de triunfo. Después, se dirigió al otro policía - Tú, espera aquí un momento. Enseguida volvemos.

 ¿Adónde vamos? - preguntó la joven dejándose llevar del optimismo de su compañero.

 Aquí mismo. A la habitación de al lado.

Cuando salieron al pasillo, un cliente estaba esperando la llegada del ascensor. Otro caminaba en esa misma dirección. Toni Miranda tomó del brazo a Fernanda Lucía y caminó despacio para no crear sospechas.

 ¿Quieren bajar? -les preguntaron, cuando llegó el ascensor.

 No, muchas gracias. Nos quedamos. -contestó el policía excediéndose en el gesto de agradecimiento.

En cuanto se cerraron las puertas del ascensor, Toni Miranda, que ya tenía preparada en la mano su llave maestra, corrió hacia la habitación ciento veinticinco. Los nervios y la prisa le hicieron tardar más que en otras ocasiones, pero consiguió abrir la puerta. Entraron los dos sin hacer ruido y la volvieron a cerrar.

 ¿Qué hacemos aquí? - preguntó la joven americana cuya curiosidad se había convertido ya en intriga.

 No preguntes nada y acompáñame.

El policía se dirigió directamente al cuarto de baño. Vio que la cisterna estaba elevada. Efectivamente, tenía la parte superior ligeramente inclinada. Bajó la tapa del inodoro. Hizo un esfuerzo para subirse solo, pero tuvo dificultades.

 ¡Ayúdame, por favor!

Se apoyó en el hombro de la joven. Se incorporó. Levantó la parte superior de la tapa. Pudo sacar un paquete envuelto en plástico cerrado herméticamente. Volvió a apoyarse en el hombro de Fernanda Lucía y se lo entregó.

 ¿Qué es esto? -preguntó la joven todavía con más inquietud.

 Ahora lo veremos. Sigue sujetándome. Hay otro paquete.

Toni Miranda volvió a incorporarse y sacó de la cisterna otro paquete de plástico más pequeño e igualmente impermeabilizado. Se apoyó, de nuevo, en el hombro de la joven y bajó. Comenzaron a desenvolver el primero de los paquetes. Fue un poco complicado quitar el precinto que cerraba el plástico para que no entrara nada de humedad. Los nervios y la prisa influyeron bastante. Había otros dos envoltorios dentro. Uno de papel y otro de tela. Cuando los quitaron, apareció la reliquia.

 ¡El Santo Grial de mi antepasado!

Fernanda Lucía tapó con las manos su expresión de sorpresa. Las lágrimas que llegaron a sus ojos no tenían sabor de tristeza. Cogió la reliquia y la besó reiteradamente.

 ¡La hemos encontrado!

Soltó una de las manos. Abrazó la cabeza de Toni Miranda y le besó. Volvió a mirar el Santo Grial. Se limpió los ojos para verlo mejor. Lo volvió a besar. Lo acarició. El policía dejó que los sentimientos de la joven fluyeran libremente. La miraba con ternura. También llegaron las lágrimas hasta sus ojos, mientras abría el otro paquete. En él, había algunos gráficos, las fotocopias de las cartas y otros documentos.

 ¡Es como lo describía mi antepasado en sus cartas! -ratificó la joven americana.

Mientras lo miraba, iba acariciando cada una de sus partes. Se detuvo en las tres serpientes que tenían sus cuerpos entrelazados. Pasó el dedo por las largas barbas que adornaban la cabeza de Dios padre. Movió el cáliz para que brillaran las piedras preciosas al recibir la luz artificial de la lámpara. Repasó con el dedo índice las seis letras de la palabra Temple. Lo volvió a besar.

 Tenemos que envolverla de nuevo. - dijo Toni Miranda con temor de romper el embelesamiento de la joven.

 ¡Vamos a entregar la reliquia ahora mismo en la catedral!

 Lo siento. Tenemos que llevar los dos paquetes a la comisaría del distrito centro. Vamos a poner las esposas a tu novio y le llevaremos también detenido.

 ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

 Marta Martín ha detenido a los dos compinches de Michael y lo han confesado.

 Tengo que dar un beso a Marta en agradecimiento. Si tenemos que ir a la comisaría, vamos cuanto antes. Supongo que me la devolverán inmediatamente.

 Habrá que hacer unos papeleos y te la darán enseguida.

Fernanda Lucía se encargó de envolver la reliquia, después de besarla de nuevo. Toni Miranda regresó a la habitación ciento veintitrés. Se dirigió directamente al cuarto de baño y puso las esposas a Michael, que pedía explicaciones de lo que consideraba un atropello.

 En la comisaría, te darán todo tipo de explicaciones. ¡Vámonos!

 ¿Puedo llevar yo la reliquia? - pidió Fernanda Lucía que cuidaba el paquete como si de una criatura viva se tratara.

 Por supuesto. ¡No perdamos tiempo!

El policía llamó por teléfono a Marta Martín para indicar que iban hacia la comisaría. Informó, con entusiasmo, de que habían encontrado la reliquia y las pruebas de que habían robado las cartas. Añadió que llevaban un nuevo detenido. A preguntas de su compañera, tuvo que explicar una buena parte de lo sucedido, pero quedó en ser más concreto y prolijo cuando llegaran.

20.2

Doña Mercedes tuvo especial cuidado en asearse antes de llegar a la plaza del Obradorio. Se colocó con su hija en el fondo de la plaza enfrente de la fachada de la catedral. Atusó el pelo de su hija, a quien también había aconsejado que fuera especialmente limpia. Le dio un beso en la frente.

 Aunque no lo sepan ver, tú eres la chica más guapa del mundo.

Se puso a su lado y la cogió de la mano. Comenzaron a andar a la vez, despacio. Le dijo que fuera mirando a la catedral, sin preocuparse de más, dejándose atraer, porque el espíritu del Maestro Mateo infundía paz en todos los peregrinos que se acercaban en disposición de recibirlo.

 Subas por donde subas, hay treinta y tres escalones. - dijo Doña Mercedes a su hija, cuando llegaron a la escalinata, a la vez que apretaba más su mano.

 Yo voy por la derecha y tú por ahí. Verás como llego antes.

Le disgustó a la anciana la propuesta de Merceditas. Deseaba llegar hasta la puerta de la catedral agarrada de su mano. Pero cedió a su deseo. Aunque no se lo hubiera dicho, estaba muy orgullosa del comportamiento de su hija. Nunca pensó que llegarían hasta el final del Camino, y estaban las dos allí a pocas escaleras del templo. Sonrió al ver a su hija contenta. Miró cómo subía corriendo. Pensó que el Apóstol no podría resistirse a concederle el milagro que habían venido a pedir. Hizo un esfuerzo para apresurarse y no

hacerla esperar. Al llegar ante el pórtico, fue Merceditas, sonriente, quien dio la mano a su madre. Las dos miraron con detención sus tres arcos. La hija se detuvo en los instrumentos musicales que llevaban los 24 ancianos del Apocalipsis. Doña Mercedes se arrodilló y puso la mano en la base del parteluz. Introdujo los dedos en las ya profundas huellas que, durante siglos, habían hecho los peregrinos en la piedra. Para Merceditas fue un juego introducir los dedos en aquellos agujeros. Lo intentó de todas las maneras posibles hasta que su madre la arrastró cariñosamente para dar paso al resto de los peregrinos.

20.3

Cuando Fernanda Lucía y Toni Miranda llegaron a la comisaría del distrito centro, Marta Martín les estaba esperando en la puerta. Se felicitaron por el éxito de la operación. Los dos policías acompañantes introdujeron al detenido en las dependencias.

 Deseo agradecerte lo que has hecho. Esta reliquia es muy importante para mí y para mi familia. - dijo la joven americana acercándose a Marta Martín y dándole un afectuoso y sonoro beso en la mejilla.

 Sólo hemos cumplido con nuestra obligación. -respondió la policía intentando aparentar serenidad y que no se notara que ella también estaba emocionada.

Con las mejores palabras explicó a Fernanda Lucía que en ese momento debía dejar la reliquia en la comisaría. Tanto ella como Toni Miranda prometieron hacer lo más rápidamente posible todas las diligencias necesarias para que se la pudiera llevar cuanto antes ya que conocían su deseo de entregarla en el museo de la catedral sin perder tiempo.

 ¡Me quedaré aquí esperando!

 Es mejor que te des una vuelta. - aconsejó Marta Martín - Aquí vas tener más nervios. También tenemos que analizar los documentos del otro paquete.

 Están las copias de las cartas. -dijo el policía obeso con satisfacción.

 Creo que esta vez no se nos escapan.

 Yo te llamaré por teléfono, en cuanto estén todos los papeles cumplimentados. -prometió Toni Miranda.

Fernanda Lucía no quedó convencida. Hubiera preferido quedarse allí esperando, aunque se hubiera comido las uñas por los nervios. Pero obedeció. Ambos policías le habían dado garantías suficientes de que cumplirían su promesa.

20.4

Doña Mercedes y su hija consiguieron buen sitio en uno de los primeros bancos para presenciar la misa solemne en honor del apóstol Santiago. Para ello, la anciana no tuvo inconveniente en empujar y quitar el sitio a otra señora que se había descuidado. No estaba dispuesta a estar colocada, en tan solemne ceremonia, detrás de una columna después de haber recorrido, sobre todo su hija, más de ochocientos kilómetros a pie. Una vez colocada y tras encargar a su hija que no se moviera y que no dejara a nadie ocupar su sitio en el banco, la anciana se acercó hasta la primera grada del altar mayor. Allí, junto a una de las columnas, para que no la pisaran, colocó la piedra plana en forma de estrella de cinco puntas que le había dado el hospitalero de Manjarín vestido con su traje de caballero templario. Se quedó un momento de pie. Miró a la estatua del apóstol y, antes de regresar a su banco, le dirigió una vez más su plegaria.

 Santo Apóstol Santiago, ahora ya no tienes excusa ninguna para conceder el milagro que te estamos pidiendo.

Para Merceditas, el momento más apoteósico fue el acrobático movimiento del botafumeiro. Su madre le había dicho que no apartara los ojos del incensario gigantesco mientras estuviera en movimiento. Quien así lo hace recibe los dones del Santo Apóstol. Resultó una recomendación innecesaria. Fue, para ella, tan divertido el espectáculo, que la joven lo contempló embelesada.

20.5

También Fernanda Lucía se había acercado hasta la catedral, mientras esperaba ser llamada para recibir el Santo Grial de su antepasado. Estaba precisamente en el templo, cuando llegó la esperada notificación. Salió apresuradamente y siguió corriendo hasta la comisaría.

 El comisario deseaba que la reliquia permaneciera en poder de la policía hasta que se resuelva el caso. Pero Marta y yo hemos firmado como garantes. - dijo Toni Miranda haciendo entrega a Fernanda Lucía de la reliquia recuperada.

 En realidad, - añadió Marta Martín -el comisario no hacía más que cumplir la ley. La reliquia debía quedarse aquí, hasta que todo esté concluido. Ha tenido una consideración especial hacia ti. Pero con la promesa de que la vamos a entregar inmediatamente en el museo de la catedral.

 ¡Muchas gracias! - agradeció con gran emoción la joven

americana, a la vez que abrazaba a los dos policías. - No sabéis lo que esto significa para mí.

 Lo sabemos. Por eso, hemos acelerado estos trámites excepcionales. - ratificó Marta Martín.

 Otra cosa queremos decirte. - añadió el policía obeso - Las declaraciones de los testigos deben permanecer en secreto. Pero podemos adelantarte que los tres han reconocido que robaron la reliquia en el cementerio parroquial de Triacastela.

 ¡Un momento! - interrumpió Marta Martín - ¿Tú le habías dejado en Estados Unidos una parte de las cartas a tu novio?

 Se las enseñé cuando le expliqué el viaje que me había propuesto hacer mi padre.

 ¿Se quedó con ellas durante un tiempo?

 No recuerdo. ¡Ah! Sí. Las dejé en su casa mientras yo fui a hacer las últimas compras para el viaje.

 Entonces, copió el primer paquete. Desde ese momento, ha estado planeando hacer este negocio, con los dos amigos que ya vivían en España.

 Aquí te robaron el otro paquete y las fotocopiaron también. - añadió Toni Miranda- Lo han reconocido todo.

Fernanda Lucía se mostró, de nuevo, muy agradecida. Le ofrecieron la oportunidad de ver a su novio, pero la rechazó. Dijo con firmeza que no quería saber ya nada más de él.

 ¡Ah! Los otros papeles que había en el otro paquete son también muy importantes para la investigación. Son planos. Les implican en las muertes de los dos hermanos Lope de Arcentales.

 Que eran parientes míos. -apostilló la joven.

 También han reconocido que mataron al anciano que traficaba con obras de arte robadas, mientras buscaban el paradero de esta reliquia.

 Bueno. No perdamos tiempo. - dijo Toni Miranda - Hay que entregar la reliquia en la catedral.

Fernanda lucía cogió el paquete con el Santo Grial. Lo apretó contra su cuerpo, como si tuviera miedo de perderlo. Los tres se prepararon y salieron juntos de la comisaría.

20.6

Federico estaba esperando en uno de los reclinatorios cercanos a un confesionario de la catedral. En el altar mayor, se estaba celebrando la misa solemne el honor a Santiago. Eran muchos los fieles que esperaban, como él, para confesarse.

 Date prisa. A ver si terminas de una vez y podemos ir ya. - le

dijo su esposa, que estaba paseando por la catedral.

Hacía tiempo para que su esposo cumpliera con el último trámite impuesto por el párroco de su localidad para quedar absuelto de su pecado de infidelidad. Era también la condición que ella misma había establecido para reanudar las relaciones íntimas dentro del matrimonio.

 Como puedes imaginar, -respondió el peregrino gastronómico- más ganas todavía tengo yo de estar contigo. Pero esta cola va muy lenta.

 A ver si nos vamos a enfriar. -añadió Juana intentando que se notara su doble intención.

20.7

Marta Martín dio una nueva muestra de su gran profesionalidad al demostrar que conocía perfectamente el camino hasta las oficinas del director del museo catedralicio. Tuvieron que atravesar el claustro, también algunas salas del museo dedicadas a los libros antiguos, entre ellos el Codex Calistinus.

 Me gustaría que me dieran un resguardo. -pidió Fernanda Lucía en voz baja, mientras se aferraba cada vez con más fuerza a la reliquia que iba a entregar - Es para mi papá. No va a desconfiar. Pero me gustaría que tuviera ese recuerdo. Sobre todo, ahora que está tan enfermo.

 Tendrás un resguardo y toda la acreditación necesaria. -garantizó Marta Martín con firmeza - Aunque no te haya dicho nada, mientras hemos hecho el Camino, me he encargado de que todo estuviera preparado. Te advierto también que el sacerdote del vaticano que nos ha acompañado durante el Camino, está al tanto de todo.

 ¿Estará con el director?

 Supongo que sí. No lo sé. ¿Tienes algún inconveniente?

 No. Todo está saliendo muy bien. Te lo agradezco mucho y te pido perdón por las dudas que he tenido.

 No te preocupes. Muchas más dudas he tenido yo. Dudas y sospechas equivocadas. Pero lo que bien termina, bien hecho está.

Toni Miranda estaba pendiente, en todo momento, de los movimientos de la joven americana. Sentía una gran satisfacción por haber podido completar este trabajo que para ella tenía un significado tan personal.

Cuando llegaron al despacho del director, Marta Martín se encargó de llamar. Enseguida abrieron la puerta. Junto a la mesa, estaba un hombre bajo, regordete, calvo y de mediana edad. Vestía

como los sacerdotes modernos, aunque su figura no le favorecía. Dio la mano a los tres llegados en señal de saludo. El sacerdote vaticano, que fue quien abrió la puerta, se limitó a saludarlos verbalmente. Los dos policías se quedaron discretamente apartados.

La ceremonia de entrega fue sencilla. Estuvo llena de emotividad, sobre todo por parte de Fernanda Lucía. Una vez más, las lágrimas le inundaron los ojos y le rodaron por las mejillas. En sus palabras de entrega, recordó el interés de su antepasado por realizar esta ofrenda a los pies del Santo Apóstol y el deseo de toda su familia de conseguir el amparo de Santiago para librarse de la enfermedad que afecta a todos los varones. Pidió perdón por haber dicho sus palabras interrumpidas por las lágrimas a causa del recuerdo de su papá, que se hallaba muy enfermo en esos momentos.

El director del museo dijo que recibía con gran emoción esa reliquia, una de las más valiosas de la cristiandad, y que asumía la responsabilidad de su custodia. José María Aguirre, en nombre del Vaticano, ratificó las palabras del director e insistió en su convencimiento de que esa entrega produciría los efectos beneficiosos que con ella se buscaban.

Fernanda agradeció las palabras de ambos con emoción. Después, procedieron a la firma de los documentos de la donación. Todos los trámites se hicieron por duplicado para que un ejemplar se quedara en el museo y otro fuera propiedad de la familia Arcentales.

El director se ofreció a hacer de guía en una visita por las principales salas del museo. La joven se lo agradeció, pero aseguró que por las emociones y por el cansancio no estaba, en ese momento, en disposición de realizar esa visita. La despedida fue afectuosa y emotiva.

20.8

Juana estaba esperando junto al confesionario desde que vio que Federico se había arrodillado junto a un confesonario. Se mostró inquieta y nerviosa pensando que tardaba mucho.

 ¿Te ha puesto penitencia? -le preguntó en cuanto se levantó.

 Tengo que rezar tres credos. - respondió Federico mientras era arrastrado por su esposa.

 Los vas rezando por el camino. Ya no puedo esperar más.

Juana llevaba de la mano a su marido e iba abriendo camino entre los peregrinos y otros fieles que se agolpaban dentro de la catedral. Cuando salieron a la plaza, aceleraron el paso y

comenzaron a correr.

 He cogido un hotel que está muy próximo, pensando en esta carrera. - informó la esposa, mientras seguía marcando el paso.

Llegaron al hotel con la respiración entrecortada. Pidieron la llave de la habitación precipitadamente. Llamaron al ascensor. Juana le dio un rápido beso en la boca, mientras comenzaba ya a desabrocharse la ropa.

 Vete entrando en calor. ¡A ver si ahora vas a fallar, después de desearlo tanto tras esta larga espera!

 Estoy tan desentrenado, que no sé si me acordaré cómo se hace.

 ¿Cómo se va a hacer? Pues como siempre.

Nada más entrar en la habitación, Juana comenzó a desnudarse tras lanzar los zapatos al aire. Se dio tanta prisa que tuvo que ayudar a Federico a quitarse los pantalones. Sin retirar siquiera la colcha, se lanzaron el uno sobre el otro a disfrutar el placer pospuesto durante tantas jornadas.

20.9

 ¡Fernanda Lucía!

La joven americana, que caminaba por el claustro hacia la salida acompañada por los dos policías, se dio la vuelta. La llamaba el sacerdote vaticano. Intentó que no se le notara el disgusto. Procuró reflejar en su rostro seriedad. Retrocedió un poco para atender a la llamada. José María colocó una sonrisa forzada en sus labios.

 Deseo felicitarte personalmente por haberlo conseguido y agradecerte la donación.

 Yo también deseo agradecerte la ayuda para recuperar el Santo Grial.

Fernanda Lucía logró mantener su rostro serio sin manifestar ninguna expresión de alegría o afecto. El sacerdote se acercó para despedirse con un beso protocolario, pero ella comenzó a darse la vuelta.

 Quiero decirte también - dijo José María a pesar del desplante recibido - que estoy contento de haberte conocido.

Esperó el sacerdote un momento por si había alguna respuesta. La joven, sin decir ninguna palabra ni volver la cabeza, continuó andando hasta unirse al grupo de los dos policías.

20.10

Cuando terminó la misa solemne en la catedral, Merceditas, muy contenta, bajó corriendo la escalinata a pesar de la gran

cantidad de gente que había. Esperó sonriendo a que bajara su madre.

 Amá, estoy contenta. Aunque el apóstol ese no nos haga el milagro, me ha gustado mucho este Camino y lo he pasado muy bien.

Doña Mercedes no pudo remediar que le llegaran las lágrimas hasta los ojos, mientras besaba a su hija en la frente y atusaba sus rebeldes pelos rizados.

20.11

 Aquí termina nuestra misión. Debemos estar contentos de que todo haya salido bien y esperar que a los tres detenidos se les aplique la justicia como merecen.

Marta Martín dijo esas palabras de despedida con más profesionalidad que afecto, como siempre había sido su manera de actuar. Dio un par de besos protocolarios en la mejilla de la joven americana y esperó a que se despidiera su compañero.

 Estoy muy contento de haberte conocido. - dijo Toni Miranda, mientras acariciaba con afecto la mano de la joven americana.

 Yo también estoy muy contenta de haberte encontrado. Te recordaré siempre y espero de verdad volver a verte. Tengo que regresar para visitar Arcentales, Castro Urdiales y la casa de Los Arcos.

Fue Fernanda Lucía quien tomó la iniciativa para besar al obeso policía. Lo hizo con afecto y se dejó de nuevo acariciar la mano.

Marta Martín tomó del brazo a su compañero, para obligarle a terminar la despedida. Le advirtió que debían volver a la comisaría para terminar las diligencias de las detenciones y volver cuanto antes a su lugar de origen. Durante el camino, le recordó a Toni Miranda que no era conveniente tomar afecto a los implicados en los casos que investigaban.

20.12

Fernanda Lucía tomó un taxi nada más abandonar la plaza del Obradoiro y dirigir una última mirada a la magnifica fachada de la catedral. Pidió al taxista que la llevara hasta el albergue de los peregrinos. Allí, le hizo esperar un momento, mientras recogía la mochila y otros paquetes. Los había dejado preparados para emprender sin ninguna dilación el viaje de regreso a su casa en Estados Unidos. Cuando colocó los bultos en el maletero e iba a entrar de nuevo en el coche, vio en una esquina de la explanada a la anciana vestida de negro. El perro de ojos brillantes, que estaba a su

lado, comenzó a acercarse moviendo la cola en señal de afecto. Llegó hasta ella y le lamió un zapato. Ella aprovechó para acariciar su cabeza. Levantó la mirada. Creyó ver una sonrisa en la enigmática cara de la anciana. Le devolvió la sonrisa y movió la mano para despedirla. Fernanda Lucía entró en el taxi y pidió al conductor que la llevara hasta el aeropuerto. Se sentó en el asiento trasero y no pudo evitar que su mente hiciera un recorrido acelerado de las muchas cosas que le habían sucedido a lo largo del Camino. El sonido anunciador de un nuevo mensaje en el teléfono la sacó de su meditación.

 Papá ha salido del coma y ha vuelto a preguntar por ti. Aunque se mantiene la gravedad, los médicos están sorprendidos de esta mejoría. Debes regresar cuanto antes. JJ'.

Fernanda Lucía sonrió. Decidió leer de nuevo el mensaje de su hermano. Pero no pudo. Las lágrimas habían nublado sus ojos. Suspiró de satisfacción. Pensó en su papá y en su antepasado.

 Quizá hayamos llegado a tiempo para cambiar el destino.